
LA FAMILIA ROSETTI
PSYCHOTIC
faith
PIA SINCLAIR

PSYCHOTIC FAITH

PIA SINCLAIR

© 2025 Pia Sinclair.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción.

Primera edición.

Table of Contents

1. 1 - Luca
2. 2 - Luca
3. 3 - Faith
4. 4 - Faith
5. 5 - Luca
6. 6 - Luca
7. 7 - Faith
8. 8 - Luca
9. 9 - Faith
10. 10 - Luca
11. 11 - Faith
12. 12 - Luca
13. 13 - Faith
14. 14 - Luca
15. 15 - Faith
16. 16 - Luca
17. 17 - Faith
18. 18 - Faith
19. 19 - Faith
20. 20 - Faith
21. 21 - Luca
22. 22 - Faith
23. 23 - Luca
24. 24 - Faith
25. 25 - Faith
26. 26 - Luca
27. 27 - Faith
28. 28 - Faith
29. 29 - Luca
30. 30 - Faith
31. 31 - Luca
32. 32 - Epílogo: Marco

1 - Luca

El hombre vuelve a gritar, pero su grito es cada vez más débil. Decepcionante.

—Dijiste que tenía «labios para mamar pollas». —Pruebo el filo de la cuchilla contra mi pulgar y me hago un fino corte de sangre—. Esas fueron tus palabras exactas en la cafetería. El martes. 9:41 a. m.

Se debate contra las ataduras, con los ojos desorbitados por un terror que antes solía significar algo para mí. Que solía hacerme sentir vivo, cuando aún podía sentir algo. —¿¡Ni siquiera sé de quién me hablas!

—Esa es la cuestión. —Dejo la cuchilla y elijo otra herramienta. La precisión es importante—. Ni siquiera sabías su nombre cuando lo dijiste. No te diste cuenta de su estremecimiento. No viste cómo tu existencia le arruinó el día.

El sótano huele a lejía y a miedo. Las cuatro de la mañana. La mayoría de la gente duerme, pero yo llevo diez años sin dormir una noche como es debido. No desde la masacre. No desde que mi padre dejó de respirar.

Sin embargo, el insomnio tiene sus ventajas. Me da más horas para perfeccionar mi arte.

Llevo veintidós noches observándola. Faith Winters. Veintitrés años. Bibliotecaria. Profesora de catequesis. Hija del juez que cree que puede acabar con mi familia.

Mía.

La palabra apareció en mi mente hace tres semanas, sin ser invitada y de forma absoluta. Estaba manejando una situación en St. Mary's —un camello pensó que el suelo consagrado significaba territorio neutral—. Se equivocaba. Pero entonces la vi a través de la ventana, leyéndole a un círculo de niños, y la luz de la tarde hacía que su pelo dorado brillara como algo sagrado.

Algo se rompió dentro de mí. O quizá algo por fin encajó en su sitio.

—Por favor —gimotea el hombre, devolviéndome al presente—. Tengo dinero…

—Yo tengo más. —Cojo los alicates—. Lo que tú tienes son tres minutos de vida. Quizá cuatro, si vuelves a decepcionarme desmayándote.

Los pasos de Marco resuenan al bajar las escaleras antes de que aparezca. Mi hermano mayor nunca hace ruido a menos que quiera. Es una advertencia, una cortesía entre familia.

—Es tarde, Luca. —Su tono tiene ese peso particular de desaprobación mezclada con resignación. Dejó de intentar cambiarme hace años.

—En realidad, es temprano. —No aparto la vista de mi trabajo—. Pero bueno, ya sabes que ya no duermo.

—¿La hija del juez? —Marco entra en la luz, con su traje de Armani todavía perfecto a pesar de la hora—. He oído que has estado… atento.

—He estado cumpliendo con lo necesario.

—Has sido un temerario. Tres cuerpos en dos semanas, todos relacionados con la rutina de ella. Su padre ya nos está investigando por el cargamento del mes pasado. Le estás dando munición.

El hombre sobre la mesa emite un gorgoteo. Sigue respirando. Bien.

—Seis cuerpos —corrijo—. Te has olvidado del camarero que la miró demasiado tiempo, del borracho que le tocó el brazo en el paso de peatones y del repartidor que la incomodó. Este es el séptimo.

El silencio de Marco se alarga. Y luego: —Has perdido la cabeza.

—La perdí hace diez años. —La noche que murió nuestro padre. La noche que todo cambió. Marco lo sabe.

—Esto es diferente —dice finalmente.

Y tiene razón. Es diferente. Hasta ahora, he sido el fantasma de la familia. El hermano psicópata que se encarga del trabajo sucio, que hace lo que hay que hacer sin sentir absolutamente nada. Trabajo durante noches interminables, perfecciono mis métodos, sirvo a la familia.

Pero entonces la vi.

—El juez… —empieza Marco.

—No será un problema.

—Está presionando para que intervengan los federales. Sabe algo de nuestras operaciones.

—No sabe nada de su propia hija. —Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. Porque el juez Winters no sabe que ella tiene sus propios secretos.

Marco se queda quieto. —¿Qué quieres decir?

—Nada que concierna a la familia. —Todavía—. Yo me encargaré.

—¿Como te estás encargando de esto? —pregunta, señalando al hombre moribundo.

—De él ya me he encargado. —El sonido húmedo que sigue demuestra lo que digo.

Marco me observa trabajar un momento más. —Ni siquiera sabe que existes.

Eso me detiene. La herramienta resbala ligeramente, arruinando mi línea limpia. Porque tiene razón, y eso me ha estado carcomiendo durante veintidós noches. Cada hora de insomnio se hace más larga que la anterior. Ella no sabe que existo. No sabe que me he memorizado su pedido de café, su horario en la biblioteca, la forma en que cuenta los pasos cuando está ansiosa. No sabe que he matado por ella.

Cada domingo reza por la seguridad de su padre. Para tener la fuerza de ser buena. Por algo que nunca nombra pero que la hace agarrarse al banco de la iglesia hasta que sus nudillos se quedan blancos.

No tiene ni idea de que sus plegarias deberían ser por los hombres que la miran mal. Porque su diablo guardián no duerme, no perdona y no se detiene.

—Lo sabrá —digo finalmente—. Pronto.

Marco se dirige a las escaleras. —Limpia esto. Mañana tenemos una cena.

—Allí estaré.

Ambos sabemos que miento.

Cuando se va, termino mi trabajo rápidamente. El hombre expira con un gemido en lugar de un grito. Decepcionante. Pero mi mente ya está en otra parte, ya está en ella.

Saco el móvil y compruebo la señal de la cámara de vigilancia. El apartamento de Faith está a oscuras, pero sé que está despierta. Se levanta a las 2:50 a. m. la mayoría de las noches, bebe té junto a la ventana y escribe en un diario que cree que está bien escondido. A veces mira a la oscuridad como si supiera que hay algo ahí fuera. Como si estuviera esperando algo.

Veintidós noches de vigilancia. Toda una vida de violencia.

Ya es hora de que sepa que su guardián existe.

Examino la Polaroid bajo la tenue luz roja de mi zona de trabajo. La tomé esta mañana mientras colocaba rosas en la tumba de su madre. Dentro de mi bolsillo, un rotulador permanente espera. Doy la vuelta a la foto y escribo una sola palabra en la parte trasera blanca: «Protegida».

Mañana por la noche, la dejaré sobre su almohada.

Mañana por la noche, todo cambiará.

Porque puede que ya no duerma, pero por primera vez en diez años, tengo una razón para recibir el amanecer.

2 - Luca

La llave se desliza en la cerradura sin hacer ruido, aunque ya me he memorizado en qué dirección girarla para evitar el ligero atasco a las tres en punto. Noche veintitrés. La puerta se abre sobre bisagras engrasadas. Arreglé el chirrido durante la noche siete, mientras ella asistía al servicio religioso vespertino.

Su apartamento me recibe con sombras familiares; la luz de la farola se filtra a través de las finas cortinas para pintarlo todo de ámbar y gris. El aroma es lo primero que me golpea: jazmín de su ducha de hace tres horas, vainilla de la vela que enciende mientras lee, canela y azúcar de las galletas que ha horneado para la venta benéfica de la iglesia de mañana, y por debajo, algo singularmente suyo que me oprime el pecho con la necesidad de poseer.

Mi teléfono vibra. Es Nico, para saber si necesito que limpien el sótano después de mi trabajo de antes. Lo silencio sin mirar. Ya me he encargado. El cuerpo del que esta noche hizo un comentario grosero sobre Faith ya ha sido procesado y eliminado. Mis conocimientos de química hacen que la eliminación sea eficiente; sé exactamente qué compuestos descomponen la materia orgánica, qué temperaturas desnaturalizan por completo las proteínas. Ahora nada me aparta de su apartamento, de este ritual que se ha vuelto más necesario que respirar.

Me muevo por su espacio como el humo, con guantes quirúrgicos para no dejar rastro de mi presencia. Primero el baño, siempre el baño. Un único cabello dorado se adhiere al desagüe de la ducha, y lo extraigo con unas pinzas para guardarlo en una bolsa de pruebas etiquetada. La muestra 22-A se unirá a las demás en mi almacén de temperatura controlada en casa. Otros veintiún cabellos, cada uno etiquetado, fechado y conservado. Suficiente para construir un santuario. Suficiente para conservar una parte de ella para siempre, incluso si algo le ocurriera al resto de ella.

Mis fotos de ella están ahora organizadas en álbumes. Cincuenta y tres Polaroids en el primer álbum, antes de que lo supiera.

Cuarenta y dos en el segundo, después de que lo supiera, pero antes de que lo aceptara. El tercer álbum está vacío, esperando lo que vendrá después. Fotos de nosotros juntos, tal vez. O quizás solo más fotos de ella, porque nunca dejaré de necesitar capturarla en momentos que no controla.

La puerta de su botiquín se abre sin hacer ruido. Fotografío cada estante, anotando los cambios desde la última visita. Del medicamento para la ansiedad solo le quedan tres pastillas. Las ha estado tomando con más frecuencia. Serán las cefaleas, probablemente, de mirar pantallas de ordenador planeando las actividades de la biblioteca. O por el peso que sea que carga que la hace buscar alivio farmacéutico. También hay una crema para quemaduras con receta; debe de haberse quemado de nuevo con el horno. Tercera vez este mes. Tomo nota para investigar al médico que se la ha recetado. Si le está dando algo adictivo, le arrancaré las manos antes de matarlo.

Una tarjeta de visita metida detrás del frasco de medicinas me llama la atención. «Dr. Harrison Zu, Psiquiatra». Hombre. El impulso de encontrar a este hombre, de arrancarle la piel a tiras por el mero hecho de existir en su esfera, casi me saca del apartamento. Pero no. Paciencia. Fotografío la tarjeta y añado su nombre a mi lista. Pronto.

Cierro el botiquín con cuidado, asegurándome de que el espejo refleje exactamente lo mismo que antes. Es muy especial con estas cosas, mi Faith. Se da cuenta cuando los objetos se mueven, aunque sea ligeramente. Es una de las cosas que amo de ella, esa hipervigilancia que delata una conciencia más profunda. Sería una excelente incorporación al negocio familiar si no estuviera destinada a algo más puro. O quizás no. Quizás está destinada a ser corrompida por completo.

A continuación, la cocina. Aún hay harina espolvoreada sobre la encimera a pesar de haberla limpiado con esmero. Dos rejillas de enfriamiento con galletas de canela y azúcar reposan, perfectas y doradas, cada una de tamaño uniforme. Es precisa al hornear, lo mide todo con exactitud. Aprecio la precisión.

Los platos de la cena están en el escurridor: un plato, un tenedor, un vaso. Ha vuelto a preparar pasta, cabello de ángel con mantequilla y parmesano. Sencillo. Solitario. Llevo el vaso a mis labios, saboreando donde su boca lo tocó. La intimidad del acto hace que se

me endurezca la polla. Se merece a alguien que le cocine, comidas de verdad. Me imagino dándole de comer en la boca, controlando cada bocado, observando cómo se mueve su garganta al tragar lo que le doy. La idea me hace sonreír, aunque me han dicho que «sonrisa» no describe adecuadamente esa expresión concreta en mi rostro.

Lo documento todo: la leche caducada que no ha tirado, las vitaminas que olvidó tomarse esta mañana, la lista de la compra en su frigorífico donde ha escrito «pan, huevos, esperanza» con su pulcra caligrafía. Esa última palabra me hace detenerme. Esperanza. Como si fuera algo que se puede comprar, algo que se puede agotar. Yo seré su esperanza. O su condenación. De cualquier forma, nunca se quedará sin mí.

Veintitrés noches de esto. Veintitrés noches aprendiendo todo sobre ella mientras sigo siendo un fantasma en su vida. Veintitrés noches corriéndome en mi puño con el recuerdo de su respiración, viniéndome con su nombre en los labios como una plegaria a un Dios en el que no creo.

El diario bajo su colchón apenas puede considerarse escondido. Cualquiera podría encontrarlo, un pensamiento que hace que apriete la mandíbula y que mi mano se deslice hacia el bisturí de mi bolsillo, el que todavía tiene rastros del trabajo de esta noche. Ya lo he leído antes, he fotografiado cada página. Anotaciones inocentes sobre clientes difíciles de la biblioteca, planes de lecciones para la catequesis, oraciones por la seguridad de su padre. Nada revelador, nada real.

Pero esta noche, algo nuevo me llama. La rejilla de ventilación cerca de su estantería tiene un tornillo ligeramente fuera de lugar. Una diferencia microscópica, pero mi formación en química me hace notar indicios, el patrón particular de polvo alterado que delata un movimiento reciente. Siempre me doy cuenta de todo cuando se trata de ella.

La cubierta de la rejilla se levanta para revelar un segundo diario, este encuadernado en cuero y desgastado. Se me acelera el pulso al abrirlo y encontrar páginas con una caligrafía diferente. Urgente. Más oscura. Esta es la verdadera Faith, la que se esconde bajo la oración y la cortesía.

«Paciencia», ha escrito una y otra vez en una página, la palabra presionada con tanta fuerza que ha traspasado a la hoja siguiente. «Doce años y tres meses».

Fechas. Listas. Las iniciales «T.N.» aparecen con frecuencia, rodeadas por círculos y subrayadas. Fotografío cada página rápidamente, mi mente procesando los detalles. Hay bocetos en los márgenes: planos de edificios, rostros que no reconozco.

«La ley tiene que funcionar esta vez», se lee en una entrada. «Pruebas. Evidencias. Solo por la vía legal».

«Él no sabe quién soy. Bien. Que se olvide».

¿Quién es «él»? ¿T.N.? ¿Alguien más? La ambigüedad me frustra tanto como me fascina. Mi Faith tiene enemigos a los que ha estado observando, estudiando. La idea de que alguien le haga sentir este tipo de ira contenida hace que quiera encontrar cada nombre de este diario y eliminarlo de la existencia.

Vuelvo a colocar el diario exactamente como lo encontré, mi mente repasando posibilidades a toda velocidad. Sea lo que sea que esté planeando, lo que sea que la tenga contando los días y memorizando planos, no debería tener que encargarse de ello sola. Para eso estoy yo. Para eliminar obstáculos. Para despejar su camino. Para asegurarme de que nunca tenga que mancharse las manos con la violencia necesaria.

En lugar de eso, me dirijo a su dormitorio.

Duerme de lado, con una mano bajo la almohada y la otra acurrucada contra el pecho. Me arrodillo junto a su cama, poniéndome a la altura de su rostro dormido. Lo bastante cerca para ver el pulso en su garganta, ese punto vulnerable donde la vida late más cerca de la superficie.

Su respiración es profunda, regular. Dieciséis respiraciones por minuto en sueño profundo, veintidós cuando sueña. Ahora mismo está en dieciséis, pero eso cambiará pronto. Siempre lo hace entre las dos y las tres de la madrugada, cuando llegan las pesadillas.

Sus pestañas se agitan contra sus mejillas, y sé que está entrando en la fase REM. Pronto el terror se apoderará de ella. Siempre lo hacen a esta hora, haciéndola retorcerse y murmurar palabras que nunca logro entender del todo. A veces llora. Esas noches son las más difíciles, cuando tengo que agarrarme al suelo para no estrecharla contra mí, para no convertirme en el consuelo que no sabe que necesita. O para no ser el monstruo que le provoca pesadillas de verdad, de esas en las que se despierta siendo de mi propiedad.

Dos y cuarenta y uno de la madrugada. Puntual como un reloj, su mano se crispa. Su respiración cambia, se acelera. Veinte

respiraciones, veintiuna, veintidós. La pesadilla la tiene atrapada.

Murmura algo que suena como «Luke». Se me corta la respiración, la polla me da un respingo al oír algo parecido a mi nombre de esos labios. Su mano busca algo que no está ahí. Un arma, quizás. Mi chica sabe luchar incluso en sueños.

—Shhh —susurro, tan bajo que apenas me oigo a mí mismo—. Ya he matado a los monstruos, mi pequeña Faith. El que te siguió hasta el coche está alimentando a los peces en el río Chicago. Ya no están. Estás a salvo.

Se calma un poco, como si una parte de su mente dormida me oyera, me creyera, aceptara la protección del diablo. Me inclino más, lo bastante cerca para oler el jazmín de su pelo, lo bastante cerca para sentir el calor que irradia su piel. Mi mano se cierne sobre su pelo, a milímetros del contacto.

Una caricia. Es todo lo que quiero. Alisar la arruga de preocupación de su frente, ahuyentar cualquier demonio que atormente su sueño. Rodear con mi mano esa delicada garganta y sentir su pulso contra mi palma, ser dueño de su aliento por un solo instante.

Pero no lo hago. No puedo. Aún no. No hasta que sepa que existo, hasta que decida dejarme acercar tanto. O hasta que yo decida que la elección es un lujo que ninguno de los dos puede permitirse.

La pesadilla pasa. Su respiración vuelve a estabilizarse en dieciséis, y se mueve, hundiéndose más en su almohada. A salvo. Protegida.

La necesidad de despertarla, de ver el reconocimiento amanecer en esos ojos avellana al darse cuenta de que no está sola, casi quiebra mi control. Quiero ver su miedo transformarse en comprensión, que el demonio en su habitación es lo único que se interpone entre ella y otros peores. Que a veces el diablo conocido es la salvación.

En la mesa de su cocina, saco la cámara Polaroid de mi chaqueta. La luz del techo está apagada. Trabajo con la luz de la farola que se filtra por su ventana, la misma luz que ha iluminado mi trabajo en tantos cuerpos. La luz indicadora roja brilla suavemente mientras la cámara se calienta, lista para capturar lo que necesito.

Esta será diferente de las fotos de vigilancia que llenan mi apartamento. Esta es el Primer Contacto. El comienzo de su conocimiento de que alguien la observa, alguien se preocupa, alguien

garantiza su seguridad incluso cuando duerme. El primer hilo de la telaraña que estoy tejiendo a su alrededor.

Saco la foto del bolsillo de mi chaqueta: ella en la tumba de su madre esta tarde, colocando rosas amarillas con una precisión tan delicada. Le doy la vuelta y leo la única palabra en el reverso blanco: «Protegida».

Sencillo. Claro. Una declaración y una promesa combinadas. Cuando la encuentre mañana, se preguntará qué significa. Probablemente pensará que es de uno de sus alumnos de catequesis, algo inocente y dulce. Que piense eso por ahora. Que crea que el mundo todavía contiene una bondad tan simple en lugar de la compleja posesión que yo le ofrezco.

El cuchillo bajo su almohada atrae mi atención a continuación. Buena chica, duerme armada. Pero la hoja está patéticamente desafilada, no cortaría ni papel, mucho menos la defendería de una amenaza real. Saco mi piedra de afilar y trabajo la hoja hasta que podría partir un pelo por la mitad. El ritmo es familiar. He afilado tantas hojas, aunque normalmente están húmedas de sangre en lugar de polvorientas por el desuso.

Pruebo el filo contra mi pulgar, viendo cómo una gota de sangre brota de inmediato. Perfecto. Se merece armas que funcionen, filos que corten profundo, una protección que tenga dientes. Me chupo el pulgar hasta limpiarlo, saboreando mi propia sangre en su espacio, marcando territorio de formas que ella nunca conocerá.

Su manta ha vuelto a caer al suelo. Siempre la aparta a patadas sobre las dos de la madrugada, y luego tirita el resto de la noche, demasiado dormida para recuperarla. La visión de ella acurrucada, buscando calor, hace que algo violento se retuerza en mi pecho.

Levanto la manta, la sacudo y la coloco sobre ella con cuidado. Suspira en sueños, un sonido de pura satisfacción que hace que me palpite la polla dolorosamente. Imagino lo diferente que sonaría ese suspiro con mis manos alrededor de su garganta, controlando su respiración, haciéndole entender que hasta su oxígeno me pertenece ahora.

La Polaroid va sobre su almohada, colocada para que sea lo primero que vea al despertar. Mi tarjeta de visita. Mi presentación. La primera de las muchas pequeñas invasiones que planeo dejarle.

No puedo resistirme a coger una de sus galletas. No como prueba; mis conocimientos de química me permitirían analizar cada

ingrediente hasta la estructura molecular si quisiera. Pero quiero probar algo que hizo con sus propias manos, algo que creó con esmero.

Las tres de la madrugada llegan con las primeras gotas de lluvia contra su ventana. El sonido crea un ritmo, una cuenta atrás para cuando deba irme. Pero me quedo inmóvil, memorizando este momento: Faith durmiendo plácidamente, con la manta cubriéndola como es debido, la fotografía esperando en su almohada, el cuchillo afilado debajo.

Sus labios se entreabren ligeramente mientras duerme, y me imagino metiendo mi pulgar entre ellos, sintiendo el calor húmedo de su boca. Mi mano se dirige a mi polla sin pensarlo, apretándola con fuerza a través de los pantalones. Aquí no. Aún no. Pero pronto.

La lluvia se intensifica, y sé que me he quedado demasiado tiempo. Marco querrá un informe sobre la situación del juez. El guardia de seguridad volverá pronto de su descanso. Incluso mis puntos ciegos cuidadosamente dispuestos tienen sus límites. Pero la idea de irme, de volver a mi apartamento donde solo puedo vigilarla a través de cámaras, me provoca un dolor físico en el pecho.

La necesidad de que sepa que existo ha evolucionado de un deseo a una necesidad. Mi cuerpo rechaza la idea de seguir siendo un desconocido para ella por mucho más tiempo.

—Pronto —le susurro a su figura dormida—. Pronto sabrás que alguien te observa. Pronto entenderás que nunca estuviste sola. Pronto te darás cuenta de que cada aliento que tomas es porque yo lo permito, cada pesadilla que pasa es porque yo lo ordeno.

Me obligo a moverme, a cruzar su apartamento una última vez. En la puerta, hago una pausa, con la mano en el pomo. El chasquido de la cerradura al echarse suena como un disparo en el silencio.

La puerta se cierra detrás de mí con un suave clic. Tres pasos por el pasillo, me detengo. Mi mano ya está de vuelta en el pomo, girándolo, mi cuerpo moviéndose sin permiso de vuelta hacia su apartamento. La necesidad de regresar, de despertarla, de verla descubrir la Polaroid mientras todavía estoy allí, de ver el reconocimiento amanecer en esos ojos avellana, casi rompe mi control.

Mi frente se aprieta contra su puerta, y puedo oírla moverse en la cama a través de la fina madera. El susurro de la manta. Un suave suspiro.

Mi polla se endurece al oírlo, presionando contra mi cremallera hasta hacerme daño. Mi mano se aprieta en el pomo, con los nudillos blancos por el esfuerzo de no girarlo. Una vuelta. Eso es todo lo que se necesitaría. Una vuelta y estoy de nuevo dentro, arrodillado junto a su cama, dejando que se despierte y me encuentre allí. Dejando que grite. Dejando que entienda que el monstruo bajo su cama es real y la ha estado protegiendo todo este tiempo.

El pomo gira una fracción bajo mi agarre. Podría empujar la puerta, podría estar de vuelta a su lado en segundos. Mi mano libre encuentra el cuchillo en mi bolsillo, mis dedos trazando el mango. No para hacerle daño. Nunca para hacerle daño. Sino para mostrarle lo que he hecho por ella, la sangre que he derramado en su nombre.

Se mueve de nuevo, y oigo el susurro de la piel contra las sábanas. ¿Tendrá demasiado calor ahora? ¿Es la manta demasiado pesada? La necesidad de comprobarlo, de ajustarla, de asegurar su comodidad perfecta, tira de mí como la gravedad.

—Por favor —murmura, y mi control se rompe.

Mi mano gira el pomo por completo, la puerta comienza a abrirse.

Entonces lo oigo. Pasos en las escaleras de abajo. Pesados. Varios pares. El guardia de seguridad que regresa con alguien más. Suelto la puerta, dejando que se cierre con un clic como es debido esta vez. Pero no me muevo. No puedo moverme. Mi frente permanece presionada contra la madera, escuchándola respirar, mi polla palpitando con cada suave sonido que hace.

Un sonido. Si hace un sonido más, vuelvo a entrar. Y si vuelvo a entrar ahora, no me iré hasta que ella sepa exactamente a quién pertenece. Hasta que entienda que cada pesadilla que ahuyento tiene un precio. Hasta que me esté mirando con esos ojos avellana bien abiertos de miedo y algo más. El reconocimiento de lo que siempre ha sido verdad.

Ella me pertenece.

Los pasos pasan por el piso de abajo. El guardia de seguridad riéndose de algo. Sonidos normales de un mundo normal que no sabe que una bestia se encuentra un piso más arriba, luchando por no reclamar lo que es suyo.

Me aparto de la puerta, me obligo a bajar por el pasillo. Cada paso es como arrancarme pedazos de mí mismo, dejándolos esparcidos a su paso. Mañana encontrará la Polaroid. Mañana sabrá que alguien

la vigila. Pero esta noche, ahora mismo, la necesidad de hacérselo entender me quema por dentro como ácido.

La galleta me quema en el pecho a través del bolsillo, todavía conservando su calor. Tres pepitas de chocolate en el lado izquierdo, cuatro en el derecho; memoricé el patrón antes de envolverla cuidadosamente en plástico. Una prueba de su amabilidad que nunca sabrá que guardé.

Mi teléfono marca las 3:18 de la madrugada. Tres horas y media hasta el amanecer. Nueve horas hasta que les lea a los niños en la hora del cuento, probablemente llevando ese vestido amarillo con florecitas que la hace parecer la primavera encarnada.

Me he convertido en un matemático de su existencia, calculando cada momento, cada aliento, cada posibilidad.

La matemática es simple: cualquiera que le haga daño, resta de la población mundial.

3 - Faith

La Polaroid reposa sobre mi almohada como una acusación.

Me quedo paralizada en el umbral, con el cepillo de dientes aún en la mano y espuma de dentífrico en la comisura de los labios. Recorro la habitación con la mirada: no hay nada más fuera de lugar, nada robado, solo esa única fotografía colocada precisamente donde había estado mi cabeza.

Alguien ha estado en mi apartamento. En mi dormitorio. Mientras dormía.

Siento las piernas desconectadas del cuerpo mientras me acerco. La foto es nítida, está perfectamente encuadrada. Soy yo en la cafetería ayer por la mañana, riéndome de algo que dijo Sarah. El ángulo sugiere que estaba al otro lado de la calle, quizá en el segundo piso del edificio de enfrente. Lo bastante lejos para permanecer oculto. Lo bastante cerca para capturar el instante exacto en que eché la cabeza hacia atrás.

Debería llamar a la policía. Eso es lo que hace la gente normal cuando se da cuenta de que alguien ha entrado en su casa. Tengo el teléfono en la mano antes de darme cuenta de que lo he cogido, pero mi pulgar se detiene sobre el teclado.

¿Qué les diría? ¿Que alguien ha dejado una foto en mi almohada? No falta nada. No hay amenazas. Ni daños. Levantarían un atestado, me dirían que cambiara las cerraduras, quizá buscarían huellas que no existirían porque alguien tan cuidadoso llevaría guantes.

La fotografía vuelve a atraerme. Le doy la vuelta con dedos temblorosos. En el reverso, en pulcras letras de imprenta: «PROTEGIDA».

No un «vigílate» o un «te estoy observando» ni ninguna de las frases amenazantes que esperaría de alguien que se cuela en los apartamentos de las mujeres. Protegida.

Me hundo en la cama, con la Polaroid en el regazo, intentando procesar lo que esto significa. La manta a mis espaldas está lisa, bien extendida, cuando sé que la aparté de una patada durante la noche,

como siempre. Alguien la ha arreglado. Alguien me ha tapado bien mientras dormía.

El cuchillo. El pensamiento me golpea de repente. Guardo un cuchillo debajo de la almohada; una cosa sin filo que compré en un mercadillo y que no cortaría ni mantequilla, pero que me hace sentir más segura. Mi mano vuela bajo la almohada y lo saca.

La hoja reluce, afilada profesionalmente hasta alcanzar un borde malvado.

Se me revuelve el estómago. Alguien sabía lo de mi patético cuchillo. Alguien lo ha hecho letal. Alguien que escribe «protegida» y lo dice en serio.

Voy a llegar tarde al trabajo.

El ajetreo matutino en la cafetería, a tres calles de mi apartamento, se mueve con su habitual ritmo caótico, pero los familiares sonidos del vapor y el parloteo no logran calmar mis pensamientos acelerados. No dejo de tocar la foto en mi bolsillo, asegurándome de que es real, de que no me lo he imaginado todo.

—¿Lo de siempre? —pregunta Cheryl cuando llego a la cabeza de la cola. Es nueva, empezó la semana pasada, y atiende la caja con eficacia mientras la marabunta matutina crece detrás de mí.

—Sí, pero… ¿dónde está Tony? —recorro con la vista el espacio familiar. Lleva dos años en el turno de mañana, siempre aquí con cumplidos incómodos sobre mi aspecto de «bibliotecaria sexi» y dedos que se demoran demasiado al dar el cambio.

—Ha llamado diciendo que estaba enfermo. —Cheryl ya está cobrando mi pedido—. O eso es lo que ha dicho el encargado. Parecía bastante molesto.

—Ah. —Acepto el cambio —el contacto de Cheryl es breve y profesional— y me muevo para esperar mi bebida. Tony nunca se pone enfermo. Se ha jactado de su asistencia perfecta, normalmente mientras se ponía demasiado cerca, con su aliento a café cálido en mi cara.

La biblioteca se siente como un santuario después de mi mañana agitada. Me retiro a mi lugar habitual: la sección de consulta jurídica que convencí a la junta de ampliar hace tres años. La mayoría de los días me digo a mí misma que es por el acceso de la comunidad, pero en realidad necesito estos recursos. Las Reglas Federales de Evidencia, el Código Penal de Illinois, jurisprudencia que se remonta a décadas. Todo ese tiempo enseñándome lo que los abogados

aprenden en tres años de carrera. Me pierdo en la rutina familiar: registrar devoluciones, ayudar a la señora Canto a encontrar el siguiente libro de su saga de misterio, prepararme para la hora del cuento. A los niños no les importa que alguien estuviera anoche en mi apartamento. Solo quieren oír hablar de dragones.

—Y el dragón desplegó sus poderosas alas —leo, mostrándoles la ilustración—, protegiendo al pueblo de la tormenta.

Protegiendo. La palabra se me atasca en la garganta.

—Señorita Faith, ¿por qué los protegió el dragón? —pregunta una niña llamada Lucy—. Se supone que los dragones dan miedo.

—A veces las cosas que dan miedo también pueden protegernos —me oigo decir—. A veces son exactamente lo que nos mantiene a salvo.

Salgo después de la hora del cuento y lo encuentro. El gorrión yace en los escalones traseros de la biblioteca, con el ala doblada en un ángulo antinatural, el pecho revoloteando con respiraciones rápidas y dolorosas. La sangre empapa las plumas marrones, probablemente por el ataque de un gato.

Dejo mi pila de devoluciones en el suelo y me agacho a su lado. El ojo del pájaro se fija en mí, negro y brillante de dolor.

—¿Señorita Faith?

Me giro y me encuentro a Emma, una de mis habituales de siete años, asomándose por la puerta. Su rostro se descompone al ver al pájaro.

—¡Oh, no! ¡Tenemos que ayudarlo! Podemos llevarlo al veterinario, ¿verdad? Mi mamá llevó a nuestro hámster cuando…

—Ven aquí, cariño. —Mantengo la voz suave, atrayéndola hacia mí. El pájaro se estremece, su respiración es más trabajosa—. ¿Ves cómo tiene el ala rota? ¿Y esta sangre de aquí?

Ella asiente, con los ojos llenándose de lágrimas.

—A veces lo más amable que podemos hacer es detener el sufrimiento. —Acuno al pájaro en mis manos, sintiendo su diminuto corazón acelerado contra mi piel—. ¿Por qué no entras y eliges el cuento de mañana? Yo me encargaré de nuestro amiguito.

—Pero a lo mejor…

—Emma. —La miro fijamente a los ojos—. Confía en mí.

Ella duda, y luego entra. En cuanto la puerta se cierra, coloco mis dedos alrededor del cuello del gorrión. Un movimiento rápido, preciso, eficiente. El pájaro se queda quieto.

La puerta trasera se abre de nuevo. Emma está allí; claramente ha estado observando por la ventana. Su cara está pálida pero curiosa, no horrorizada.

—Señorita Faith, ¿por qué no intentó salvarlo?

Envuelvo el pequeño cuerpo en un pañuelo de papel de mi bolsillo, mis movimientos son tranquilos y sin prisa. —A veces la piedad no es como esperamos, cariño. —Le aliso el pelo con mi mano limpia—. El pájaro estaba sufriendo. Ahora ya no. Eso también es una forma de salvarlo.

Ella procesa esto, y luego pregunta:

—¿Le dolió?

—No. Fue muy rápido.

—Ah. —Reflexiona—. Mi abuela dice que al final todo muere.

—Tu abuela tiene razón. —Me levanto; el pájaro envuelto es ligero como el aire en mi palma—. La muerte no siempre es el enemigo que creemos que es.

Emma asiente solemnemente y vuelve a entrar. Tiro el gorrión al contenedor, me lavo las manos en el fregadero de servicio y regreso a mi escritorio. Mi pulso nunca se aceleró. Mis manos nunca temblaron.

Poner fin al sufrimiento nunca me ha afectado como debería.

Después de que los niños se dispersan, sus padres recogiéndolos con sonrisas cansadas y promesas de almuerzo, Sarah me acorrala durante nuestro descanso.

—Vale, ¿qué pasa? Has estado rara toda la mañana.

—Estoy bien. —Me centro en mi ensalada, evitando su mirada preocupada—. Solo cansada.

—Una mierda. Has mirado el móvil doce veces en la última hora. Nunca miras el móvil durante el trabajo. ¿Novio nuevo?

—No, nada de eso. —La Polaroid descansa en el bolsillo de mi cárdigan, los bordes presionando contra mis costillas. La he estado tocando inconscientemente toda la mañana, asegurándome de que sigue ahí. La prueba de que no lo imaginé.

—Hablando de novios —continúa Sarah—, ¿has visto al señor Patterson hoy? Suele rondar la sección de biografías los martes, fingiendo leer mientras te mira fijamente.

Mi tenedor se detiene a medio camino de mi boca.

—No, no lo he visto.

—Bien. Ese tipo me da repelús. ¿Recuerdas la semana pasada cuando te acorraló junto a la sección de la Guerra Civil?

Lo recuerdo. Me había agarrado la muñeca cuando intenté irme, insistió en que cenara con él, me dejó moratones que acaban de desaparecer.

—Sí.

—Si te vuelve a molestar, díselo a Roger. Le prohibirá la entrada a la biblioteca.

—Lo haré. —Pero algo me dice que el señor Patterson no volverá a molestar a nadie. El pensamiento debería aterrorizarme. En cambio, siento que mis hombros se relajan por primera vez en todo el día.

El resto de mi turno pasa en una neblina de devoluciones y recomendaciones, y antes de darme cuenta, estoy caminando las cinco familiares manzanas hasta el adosado de mi padre para nuestra cena fija de los martes.

—Pareces cansada. —Son las primeras palabras de papá cuando llego a nuestra cena semanal. Ya está sentado en la mesa del comedor, con la copa de vino medio vacía.

—Día largo en la biblioteca. Alguien donó trescientos libros que hay que procesar.

Me sirve una copa sin preguntar. Tenemos nuestras rutinas, ritmos establecidos a lo largo de años de estas cenas.

—La ciudad está cada vez peor, Faith. Han encontrado otro cuerpo esta mañana.

Mi mano se detiene sobre mi copa de vino.

—¿Otro?

—El tercero esta semana. Todos con historiales de violencia: maltrato doméstico, denuncias por agresión, órdenes de alejamiento. Alguien está atacando a estos hombres específicamente.

—Eso es… —busco la palabra correcta. ¿Horrible? ¿Preocupante? —. Extraño.

—Está escalando. Quienquiera que lo esté haciendo tiene recursos, entrenamiento. Esto no es violencia callejera al azar. —Se frota las sienes, pareciendo mayor de sus cincuenta y ocho años—. Quiero que tengas cuidado. Empieza a coger Ubers en lugar de caminar.

—Papá, vivo a doce manzanas de la biblioteca.

—Hazme caso. Con este justiciero ahí fuera y el índice de criminalidad general…

—¿Justiciero?

Agita una mano.

—Así es como lo llama la prensa. El Justiciero de Chicago. Tonterías dramáticas, pero vende periódicos.

Comemos en un silencio cómodo durante un rato. En esto se ha convertido nuestra relación: cenas semanales en las que discutimos la actualidad y evitamos cuidadosamente cualquier cosa personal. Él no pregunta sobre mi vida amorosa. Yo no pregunto sobre su trabajo. Existimos en paralelo, conectados por la sangre y algo de lo que nunca hablamos, pero poco más.

—Se acerca el aniversario —dice de repente, sorprendiéndonos a ambos.

Dejo el tenedor con cuidado.

—Lo sé.

—¿Irás al cementerio?

—Siempre voy.

Él asiente, volviendo a su comida. No hablamos de lo que pasó. No hablamos de por qué empecé a estudiar derecho por mi cuenta, por qué paso horas en las salas de archivos de los juzgados. Simplemente reconocemos la fecha y seguimos adelante, dos personas atrapadas en ámbar, congeladas en el momento en que nuestro mundo se hizo añicos.

El camino a casa desde lo de papá me lleva más tiempo de lo habitual; no dejo de pararme, de mirar por encima del hombro, preguntándome si me siguen o si solo estoy paranoica. Para cuando llego a mi edificio, el sol se ha puesto y las farolas proyectan largas sombras que parecen moverse cuando no las miro directamente.

Mi apartamento se siente diferente cuando vuelvo. No se ha movido nada —lo he estado comprobando obsesivamente—, pero el aire parece cargado, como el momento antes de que caiga un rayo.

Debería estar aterrorizada. Debería estar instalando nuevas cerraduras, llamando a la policía, quedándome con papá hasta que esto se resuelva. En cambio, me encuentro de pie en mi dormitorio, hablando al aire.

—Sé que estuviste aquí.

Silencio.

—La Polaroid. El cuchillo. ¿Estuviste aquí de nuevo hoy mientras yo no estaba?

Nadie responde, pero continúo de todos modos, sintiéndome tonta y obligada a partes iguales.

—Tony no ha venido a trabajar. El señor Patterson no ha venido a la biblioteca. —Toco los moratones que se desvanecen en mi muñeca—. Mi padre dice que ha habido cuerpos. Hombres con historiales violentos.

Me acerco a la ventana, contemplando las luces de la ciudad. En algún lugar ahí fuera, alguien está observando. Protegiendo, según su nota.

—Debería tenerte miedo —le susurro al cristal—. Entrar en mi apartamento, dejar cosas en mi almohada… eso es lo que hace la gente peligrosa. Acusadores. Depredadores.

Mi reflejo me devuelve la mirada, una mujer de veinticuatro años que parece más joven, todo bordes suaves y sonrisas cuidadosas. Pero detrás de mis ojos vive otra persona. Alguien que ha estado esperando durante la mitad de su vida, que eligió su trabajo no por amor a los libros, sino porque la información es poder. Alguien que sabe exactamente en qué sección hay libros sobre venenos, sobre muertes imposibles de rastrear, sobre cómo desaparecer por completo.

—Pero los depredadores quitan cosas —continúo—. No afilan tu cuchillo. No arreglan tu manta. No eliminan otras amenazas.

La palabra «eliminan» queda suspendida en el aire. ¿De verdad estoy pensando esto? ¿Que quienquiera que dejó la Polaroid está conectado con la ausencia de Tony, con la desaparición de Patterson, con los cuerpos en las noticias?

Es una conclusión demasiado precipitada. Demasiadas suposiciones. Pero la foto en mi bolsillo se siente como una confirmación de todos modos.

Debería horrorizarme la idea de que alguien mate por mí. Debería darme asco la idea de la violencia ejercida en mi nombre. En cambio, pienso en la sonrisa lasciva de Tony, en el agarre magullador de Patterson, en todas las pequeñas violencias que las mujeres soportan a diario.

—Todavía voy a misa —me encuentro diciendo—. Todos los domingos en St. Mary's. Me siento en el tercer banco desde atrás, en

el lado izquierdo. Rezo por la salud de mi padre, por la justicia y por la fuerza para ser buena.

¿Por qué le estoy contando esto al aire vacío? Pero no puedo parar.

—Mañana hay hora del cuento a las diez. Voy a leer Donde viven los monstruos. Después del trabajo, iré al mercado de la Quinta Avenida, el que vende flores frescas. Rosas amarillas para… —No puedo decirlo en voz alta.

Estoy estableciendo patrones. Diciéndole a mi acosador dónde encontrarme. Esto es una locura, es peligroso, todo aquello sobre lo que advierten a las mujeres que no hagan. Pero la Polaroid en mi bolsillo no se siente como una amenaza. Se siente como una promesa.

—Si vas a vigiarme —susurro—, al menos sé que estás ahí.

Me preparo para acostarme metódicamente: ducha, crema hidratante, la misma rutina que he tenido durante años. La señora Chen mencionó que hoy me veía delgada. Quizá debería llevar algunas de mis galletas antiestrés a la biblioteca mañana. Las snickerdoodles de anoche salieron perfectas. Pero cuando voy a coger el pijama, dudo. Normalmente uso una camiseta vieja, algo cómodo y sin forma. Esta noche elijo algo diferente: un camisón que compré en oferta y nunca usé, de seda que se adhiere a mis curvas.

Me estoy vistiendo para un público que no puedo ver. El pensamiento debería asquearme. En cambio, envía calor a través de mi vientre, un aleteo de algo que no es exactamente miedo.

Dejo la foto granulada en mi mesita de noche antes de meterme en la cama. El cuchillo afilado vuelve a estar bajo mi almohada. Yazco en la oscuridad, hiperconsciente de cada sonido, de cada sombra.

—Buenas noches —le susurro a la oscuridad.

La oscuridad, por supuesto, no responde.

Pero cuando me despierto a las tres para ir al baño y vuelvo a la cama a tientas en la oscuridad, mi mano roza algo en la almohada que no estaba allí antes.

Otra Polaroid. La imagen es tan oscura que casi no puedo distinguirla: soy yo, dormida en mi cama, tomada desde el ángulo de la ventana de mi dormitorio. Estaba FUERA observándome dormir.

Me tiemblan las manos mientras le doy la vuelta para leer el mensaje del reverso:

«DUERME BIEN».

Dos palabras que se sienten como una declaración de propiedad. Como si alguien hubiera estado sobre mí mientras dormía, lo suficientemente cerca como para colocar esto bajo mi cabeza sin despertarme. Lo suficientemente cerca para ver el camisón que elegí, para vigilar mi pecho subir y bajar, para adueñarse de estas horas oscuras en las que soy más vulnerable.

Debería estar aterrorizada.

En cambio, coloco la Polaroid cuidadosamente junto a la blanca en mi mesita de noche. Dos guardianes de imagen velando por mí mientras me deslizo de nuevo en la cama.

Esta vez, cuando susurro «buenas noches» a la oscuridad, juro que la siento escuchar.

4 - Faith

La alarma suena a las 5:30, pero ya estoy despierta. Llevo despierta desde las 4:00, con la vista clavada en el techo, pensando en la segunda Polaroid de anoche. Mi ropa de correr está preparada en la silla: mallas negras, una sudadera morada de Northwestern y las mismas Nike que llevo usando tres años.

Me visto en silencio en la oscuridad, la memoria muscular guiándome a través de la rutina. Empecé a correr como terapia. Ahora es mi forma de pensar, de planificar, de escapar de los sueños que no me sueltan.

El aire de noviembre me muerde la cara cuando salgo. Todavía está completamente oscuro a esta hora. Me gusta que sea así: una oscuridad sincera en lugar de un amanecer fingido. Mi ruta habitual me lleva al norte por Sheffield, pero hoy voy primero al cementerio. Mamá se merece unas rosas y necesito hablar con ella.

Las puertas del cementerio siempre están abiertas, un hecho que antes me reconfortaba. Ahora, sabiendo que alguien podría estar observándome, parece una invitación.

Las rosas amarillas pesan más de lo que deberían, doce flores perfectas. La niebla matutina se aferra al camposanto, el frío de noviembre se cuela a través de mis mallas de correr mientras recorro el camino familiar hasta su tumba. Mi aliento forma pequeñas nubes en el aire; cada exhalación, una prueba visible de que yo sigo respirando cuando ella ya no.

La lápida sigue exactamente igual que desde hace más de una década: las fechas que enmarcan su vida parecen demasiado juntas, cuarenta y un años no son suficientes. Me arrodillo sobre la hierba húmeda. El frío que se filtra a través de mis mallas me ancla al mundo físico cuando mi mente quiere dejarse llevar por los recuerdos. El aroma de las rosas desentona con el olor a tierra y descomposición del cementerio; demasiado vivas, demasiado brillantes, como llevar la luz del sol a una tumba.

—Hola, mamá. —Mi voz resuena más fuerte de lo necesario en el cementerio vacío. Si alguien está mirando —y se me eriza la piel con la certeza de que así es—, tiene que oír esto—. He estado trabajando para mantener mi promesa.

Saco el gastado cuaderno de cuero de mi mochila de correr, el que he llenado de observaciones, patrones, pruebas. El pulso se me acelera mientras lo coloco deliberadamente sobre la lápida; las páginas se abren y revelan el nombre de Trent Neumann rodeado con tinta roja. Fechas. Horas. Lugares. Patrones que he seguido durante tanto tiempo que se sienten como respirar. Dejo el cuaderno donde cualquiera que esté mirando pueda verlo. Mi prueba, mi desafío, mi confesión, todo a la vez.

—Neumann confía en mí ahora —digo, todavía hablando más alto de lo necesario para una conversación con una piedra—. La invasión de ser observada en la tumba de mi madre debería repugnarme. En cambio, un calor se enrosca en la boca de mi estómago. Alguien me ve entera, la fachada de niña buena y la oscuridad que hay debajo—. ¿Puedes creerlo? De verdad confía en mí. Su esposa cree que soy un encanto. Me invita a sus eventos de caridad.

Mis dedos encuentran el frío granito, recorriendo las hendiduras de su nombre. —A sus hijos les encanta la hora del cuento en la biblioteca. No tienen ni idea de lo que es su padre.

El viento arrecia y agita las páginas de mi cuaderno. Unas fotos metidas dentro amenazan con escaparse. Imágenes de Neumann en varios eventos, su familia, sus socios comerciales. Documentación cuidadosa, todo expuesto sobre esta tumba para que mi Vigía lo vea.

—Estoy tan cerca, mamá. Unos meses más y tendré todo lo que necesito para el juicio. —Las palabras me saben a ceniza en la boca—. Justicia legal. A través del sistema. Eso es lo que quieren las chicas buenas, ¿no?

—La ley tiene que funcionar esta vez —le digo a su lápida—. Tiene que hacerlo. He aprendido cada estatuto, cada precedente, cada vacío legal. Estoy construyendo algo hermético.

Pero incluso al decirlo, algo violento se retuerce en mi pecho. Los sueños de los que no puedo hablar, ni siquiera aquí. Los que me despiertan en mitad de la noche, temblando, sudando y avergonzada.

No le hablo de esos sueños. No le cuento lo que pasó que me hizo empezar a tenerlos. Algunas cosas son demasiado oscuras incluso para los cementerios.

El viento vuelve a soplar, más frío ahora. Me ajusto la sudadera, pero no bajo la voz. Que mi Vigía oiga esto también. Que sepa exactamente qué tipo de oscuridad ha estado protegiendo.

—El padre Molina dice que la venganza es de Dios. Que la justicia terrenal es suficiente. Así que estoy haciendo esto legalmente. Construyendo un caso. Documentando sus crímenes, la evasión de impuestos, los sobornos, los cargos de agresión que ha pagado para hacer desaparecer. —Toco el cuaderno, trazo su nombre rodeado por un círculo con un dedo—. Lo necesito vivo para esto. Lo necesito funcional. Necesito que se enfrente a un tribunal y a una celda, no a… no a lo que me muestran mis sueños.

La confesión me oprime el pecho. No debería estar haciendo esto, dejando confesiones para alguien que entra a la fuerza en mi apartamento. Pero quienquiera que dejara esas Polaroids, quienquiera que haya estado observando… me está protegiendo de formas en que la policía nunca podría. De formas que hacen que mis sueños oscuros parezcan menos monstruosos.

—Justicia legal —repito, esta vez más fuerte, poniéndome en pie sobre piernas temblorosas—. A través del sistema. De la manera correcta. Aunque cada noche sueñe con la manera incorrecta.

Dejo el cuaderno sobre la lápida un momento más, la prueba de mi obsesión al descubierto. Si mi misterioso guardián está mirando, que lo vea. Que entienda que Trent Neumann es mío para destruirlo.

Incluso si mis sueños sugieren apetitos más oscuros de los que cualquier ser humano decente debería tener.

Miro a mi Vigía: las 6:45. Si corro con ganas, todavía puedo hacer ocho kilómetros antes del trabajo. El sendero del cementerio lleva directamente a Lincoln Park, mi ruta habitual. Vuelvo a guardar el cuaderno en la mochila y empiezo a correr; necesito el ardor en mis pulmones, el dolor en mis piernas, algo físico para ahuyentar a los fantasmas.

Alguien me sigue. Puedo sentirlo aunque no lo vea, una presencia que mantiene el ritmo a pesar de mi velocidad. Soy rápida para ser una civil: hago la milla por debajo de los ocho minutos incluso después de tres años. Pero mi guardián no es un civil, ¿verdad?

Aprieto el paso, giro bruscamente a la izquierda y vuelvo sobre mis pasos por un callejón. Poniéndolo a prueba. La presencia se queda conmigo, paciente y persistente como una sombra.

El sol se pone cuando regreso a mi apartamento, agotada por los recuerdos, las confesiones y la carrera más larga que he hecho en meses. El descubrimiento de anoche de la Polaroid borrosa a las 3 de la madrugada todavía me inquieta. Alguien tan cerca mientras dormía, dejando oraciones de papel en mi almohada. En el umbral de mi puerta ahora hay otra, esta de un blanco inmaculado que resalta sobre la pintura oscura. El corazón se me acelera mientras la recojo y encuentro una imagen mía caminando fuera de la biblioteca con una mirada pensativa. Dentro, bajo una luz mejor, le doy la vuelta con dedos temblorosos. Una sola palabra con esas mismas letras de imprenta precisas: «¿POR QUÉ?».

Estuvo allí. Observando. Vio el cuaderno, escuchó mi confesión.

La foto se siente cálida en mis manos, como si acabara de revelarla. Me lo imagino mirando cómo la tinta forma la imagen en el papel, creando mi imagen de la nada. Las mismas manos que podrían haber afilado mi cuchillo, que arreglaron mi manta mientras dormía. Un escalofrío me recorre y no tiene nada que ver con el miedo.

Doblo un cuadrado de papel de periódico por la mitad. Dentro, escribo simplemente: «Justicia».

La ventana junto a la escalera de incendios se convierte en mi punto de mensajería. Coloco el mensaje allí, visible desde la calle, desde las azoteas, desde donde sea que él mire. Luego espero, demasiado nerviosa como para intentar dormir.

Me acuesto en la cama, mirando al techo, preguntándome si lo entiende. Si me juzga por mis sueños violentos o por mi necesidad de vindicación legal. La idea de sus ojos sobre mí, conociendo ahora mi oscuridad, hace que el calor se acumule entre mis muslos. No debería sentir esta atracción por alguien tan peligroso. No debería imaginar qué clase de hombre deja algo tan delicado como una Polaroid mientras observa desde las sombras.

Exactamente a las tres de la madrugada, lo oigo. El susurro de papel deslizándose bajo mi puerta.

Otra foto me espera en el suelo, esta vez con bordes de papel rojo, yo en un primer plano nítido con mi chaqueta verde favorita. Me tiemblan las manos al darle la vuelta, sabiendo ya que esta pregunta será más difícil.

«¿Justicia o venganza?».

Una pregunta tan simple que cala hasta los huesos. Pienso en las promesas que hice. En los crímenes de Neumann. En los sueños donde la justicia se ve diferente a los tribunales. En el cuaderno lleno de pruebas. En las oraciones susurradas cada domingo para lavar la violencia de mis pensamientos.

Mi mano se mueve sin una decisión consciente, escribiendo una sola palabra en papel blanco: «Ambas».

La admisión me oprime el pecho, como confesar mi pecado más profundo. Cuando lo escribo, la mano no me tiembla de miedo, sino por la emoción de ser comprendida por alguien lo suficientemente peligroso como para apreciar ambas caras de mi hambre.

Coloco el cuadrado doblado en la ventana y vuelvo a la cama, sabiendo que no podré dormir. Sabiendo que acabo de admitirle a un extraño algo que nunca me he admitido a mí misma. Algo que me hace apretar los muslos contra el calor creciente, preguntándome qué se sentiría al pertenecer a alguien que entiende que las chicas de iglesia pueden soñar con sangre.

La luz de la mañana se filtra gris y vacilante por mi ventana, exactamente como me siento después de confesar mi oscuridad a un extraño. El cuadrado doblado con «Ambas» escrito dentro sigue en la ventana, esperando. Me visto mecánicamente. Rebeca, falda, el uniforme de una bibliotecaria inofensiva que oculta lo que realmente soy.

El cuadrado ha desaparecido.

Se me corta la respiración y abro la ventana de golpe; el aire frío golpea mi piel acalorada. Allí, en la escalera de incendios, hay una nueva Polaroid. Blanca esta vez, inmaculada contra el metal oxidado, mostrándome de espaldas a la ventana, dentro de mi apartamento. Salgo con cuidado, el metal helado quema mis pies descalzos, y la recojo.

Dentro, dos palabras que hacen que mi corazón se acelere: «Lo entiendo».

Sus palabras se sienten como una declaración. Como si hubiera visto mi oscuridad y hubiera decidido que ahora le pertenece, igual que aparentemente el resto de mí. Él lo entiende. Este extraño que entra en mi apartamento y me protege de las sombras, él entiende la dualidad de querer justicia y venganza, de ser buena mientras sueñas con la violencia.

Coloco mi propio cuadrado doblado y tosco en la escalera de incendios donde él dejó su mensaje, un simple intercambio que se siente como mucho más. Como aceptar algo de lo que no puedo retractarme. Sea quien sea, sabe cosas. El encuadre perfecto, la sincronización cuidadosa, la habilidad de moverse sin ser visto. No es una persona corriente. Es alguien con habilidades. Alguien que opera en las sombras como si perteneciera a ellas.

Dentro, me enfrento a mí misma en el espejo del baño. La misma cara que siempre he tenido. La misma sonrisa cuidada, los mismos ojos inocentes que engañan a todos. Pero algo es diferente ahora. Hay un conocimiento en mi reflejo que no estaba allí ayer. Alguien sabe que mi oscuridad existe. No toda, no el alcance completo de lo que he planeado, pero lo suficiente. Alguien ha visto los sueños violentos que cargo y ha respondido con comprensión en lugar de juicio.

—Alguien lo sabe —le susurro a mi reflejo.

5 - Luca

El papel doblado en un cuadrado descansa entre mis dedos como una confesión; su caligrafía está grabada con tanta fuerza en el papel que puedo trazar la hendidura de cada letra. «Los sueños están empeorando». Cinco palabras que hacen que algo violento se retuerza en mi pecho, la misma sensación que tengo justo antes de hacer gritar a alguien. Aliso el papel sobre mi escritorio y lo añado a la colección de otros seis, cada uno un trozo de su alma que me ha confiado.

Las imágenes de vigilancia brillan en mis monitores y muestran su apartamento desde seis ángulos diferentes. Ahora está vacío, mientras ella trabaja, pero he memorizado cómo la luz de la tarde da en la mesa de su cocina, donde esta noche se sentará a doblar otro mensaje para mí. Mi respuesta ya espera en mi bolsillo: «¿Sueños o recuerdos?». Porque necesito saber si la atormenta lo que fue o lo que podría ser.

Me aparto del escritorio, necesito moverme, quemar esta energía inquieta. El garaje bajo la mansión alberga mi colección: cinco motocicletas de época en diversas fases de restauración. La Vincent Black Shadow de 1948 necesita trabajo, y desmontar motores me ayuda a pensar.

Mis manos encuentran su ritmo con las herramientas, memoria muscular de años en este oficio. Empecé a los diecisiete, justo después de la masacre. Nico dijo que necesitaba un pasatiempo que no implicara sangre. Resulta que reconstruir algo que ha sido destruido me atrae. La precisión requerida, la paciencia. No es tan diferente de mi otro trabajo.

El trabajo de la tarde todavía se aferra a mis nudillos: sangre del número nueve, el obrero de la construcción que cometió el error de gritar «Bonitas tetas, cariño» cuando Faith pasó por su obra a la hora del almuerzo. Los ojos del obrero se desviaron hacia alguien más merecedor después de que le explicara, entre sus gritos, qué aspecto exacto tenían esas «bonitas tetas» que mencionó bajo el suéter de

Faith. No es que las haya visto todavía, pero mi imaginación es vívida y su miedo necesitaba ser alimentado. Los limpiadores ya se han ocupado del desastre, eficientes como siempre.

Miro la hora; tengo que asearme para esta noche. Pero primero, busco más información sobre los patrones de Faith. Ha estado asistiendo a galas farmacéuticas, tres en los últimos dos meses. Siempre como acompañante de alguien, normalmente de la señora Webb o la señora Patterson. ¿Por qué una bibliotecaria necesitaría relacionarse con ejecutivos farmacéuticos?

Su medicación para la ansiedad proviene de Neumann Pharmaceuticals. La conexión parece importante, pero no logro situarla. ¿Está investigando algo sobre sus recetas? ¿Sobre la compañía? Las piezas aún no encajan.

Me quito la camisa manchada de sangre y voy a mi armario. Esta noche no toca traje. Los trajes sugieren negocios, violencia, el hombre que soy en horas de trabajo. Esta noche se requiere otra cosa. Vaqueros oscuros de fabricación italiana y un suéter de color carbón, tan suave que cuando inevitablemente me toque, y me tocará, sentirá un lujo caro en lugar de una amenaza obvia.

Mi teléfono vibra. Es Marco, preguntando por la Vincent. Quiere saber si la tendré lista para la feria de época del mes que viene. Lo ignoro. La moto es mía, como todo lo que restauro. No comparto.

Compruebo la reserva del restaurante una vez más. Mesa de esquina, línea de visión perfecta hacia la puerta y hacia cualquier otro asiento. He comido allí seis veces este mes, aprendiendo los patrones, los puntos ciegos, qué camarero atiende cada sección. El cumpleaños de Sarah proporciona la excusa perfecta. Las flores anónimas que hice entregar esta mañana con una tarjeta que decía «De tu admirador secreto» garantizaban que querría celebrarlo. En las bibliotecas no pagan lo suficiente para un sitio tan bonito, pero los cumpleaños hacen que la gente se dé un capricho.

Una fotografía más sobre la que escribir antes de irme. Mis dedos trabajan sin pensar, creando algo delicado de la nada. En el reverso, escribo: «Búscame esta noche». No sabrá dónde ni cuándo, pero sabrá que voy. La expectación la pondrá en alerta máxima, buscando en cada sombra, en cada rostro. Exactamente como la quiero cuando por fin me vea.

El restaurante bulle con conversaciones caras y el chocar de copas de cristal en brindis que no me importan. Llevo media hora con la

misma copa de vino, situado en mi mesa de la esquina desde donde puedo verlo todo.

La anfitriona intentó ofrecerme un menú tres veces antes de que mi mirada la incomodara lo suficiente como para marcharse. No estoy aquí para comer.

Las siete y cuarenta y cinco. Llegan tarde, pero el tráfico de los viernes desde la biblioteca lo explica. Muevo la copa de vino, captando la luz de la vela, practicando el ángulo exacto que usaré cuando nuestras miradas se encuentren. Cada detalle planeado, excepto su reacción. Esa es la variable que no puedo controlar, lo que hace que mi sangre se caliente como antes de una matanza particularmente satisfactoria.

La puerta se abre. Sarah entra primero, ruidosa y emocionada, con un vestido que probablemente se compró específicamente para esta noche. Detrás de ella, otras dos trabajadoras de la biblioteca que he visto pero descartado como irrelevantes. Y entonces, Faith.

Lleva un suave suéter azul que no le había visto antes, combinado con una falda negra que termina justo por encima de sus rodillas. El pelo le cae suelto sobre los hombros en lugar de su habitual moño. Pero son sus ojos los que me cortan la respiración. Escudriñando el restaurante de inmediato, buscando, cazando. Sabe que estoy aquí. Puede sentirlo. Como la presa que acaba de oler al depredador, pero no sabe en qué sombra se esconden los colmillos.

—Este sitio es increíble —dice efusivamente Sarah, casi saltando —. No puedo creer que alguien me haya enviado flores. ¡Un admirador secreto! ¿Te lo imaginas?

Faith murmura algo apropiado, pero su atención permanece en la sala. Su mano toca su bolso, donde sé que guarda mis Polaroids, las siete envueltas en papel de seda como si fueran plegarias. La he visto transferirlas cada mañana, con cuidado de no doblar los bordes, tratándolas como algo precioso.

La anfitriona las sienta en el centro del comedor, exactamente donde le dije que lo hiciera. Faith elige la silla que mira en mi dirección, aunque todavía no me ha encontrado. Sus ojos se mueven sistemáticamente. Una pareja en la barra, un hombre de negocios solo con su portátil. Está memorizando rostros, buscando el que no encaja.

—Faith, estás muy rara —dice una de las compañeras de trabajo —. ¿Qué estás buscando?

—Nada. Solo… observando a la gente.

Pero su mano permanece en el bolso. El camarero se acerca a su mesa y ella apenas mira el menú, pidiendo lo primero que ve. Su atención se mantiene en la sala, en la búsqueda.

Sarah parlotea sobre sus flores, especulando sobre quién podría habérselas enviado. —¿Quizá ese chico de la cafetería que siempre coquetea? O el guardia de seguridad del banco. Es mono, ¿verdad?

Faith emite sonidos de asentimiento, pero no está escuchando. Sus ojos continúan su barrido, y sé el momento exacto en que me encontrará. Tres segundos. Dos. Uno.

Nuestras miradas se encuentran.

Cuando nuestras miradas se cruzan, algo se resquebraja en mi pecho como huesos que se rompen para soldar correctamente. Veinticuatro noches de ser un desconocido, de no ser más que sombras y papel, terminan en una mirada que me quema por dentro. Me ve. No mi nombre, no mi familia, solo a mí. El monstruo que la ama de la única manera que sé: completa, violentamente.

Sus labios se separan ligeramente, el vaso de agua tiembla en su mano mientras esos ojos avellana permanecen fijos en los míos, pálidos. Ella lo sabe. No mi nombre, no quién soy, pero sabe qué soy. Su guardián. Su Vigía. El que afila sus cuchillos y mata sus miedos.

Mi mano se aprieta en la copa de vino hasta que me sorprende que no estalle en mil pedazos. Cada instinto me grita que cruce la sala, que la agarre por la muñeca, que la haga decir mi nombre. En lugar de eso, levanto la copa. El control es lo que me separa de los hombres vulgares que mato por ella. Un brindis por ella, por este momento, por el fin del escondite. La luz de la vela se refleja en el cristal, enviando una luz fragmentada sobre mi mesa, y su respiración se entrecorta visiblemente. El vaso de agua vuelve a la mesa con un suave clic que suena como un trueno, tal es mi consciencia de cada uno de sus movimientos.

—¿Faith? —La voz de Sarah irrumpe—. ¿Estás bien? Pareces haber visto un fantasma.

—Yo… disculpadme. Al baño. —Se levanta sobre piernas temblorosas, con el bolso aferrado a su costado.

El camino al baño requiere pasar junto a mi mesa. Seis metros de distancia que se sienten a la vez interminables e instantáneos. Se mueve despacio. Con cuidado, deliberadamente, tratando de no desencadenar el instinto de caza. Demasiado tarde, pequeña Faith.

Llevo semanas cazándote. La caza terminó en el momento en que entraste.

No levanto la vista mientras se acerca, pero cada nervio de mi cuerpo sigue su movimiento. Cinco metros. Cuatro. Dos.

—Pequeña Faith —susurro mientras pasa, lo suficientemente alto como para que solo ella me oiga.

Se queda helada. Su cuerpo se pone rígido, los nudillos blancos aferrados a la correa de su bolso. Durante tres latidos, permanece perfectamente quieta, procesando la voz que coincide con la de su guardián, que el hombre del reservado de la esquina es el que ha estado en su apartamento, el que sabe de su cuchillo, el que dobló siete promesas de papel.

Luego continúa hacia el baño con piernas que tiemblan ligeramente, el suéter azul agitándose con cada respiración. Bebo un sorbo de vino, saboreando la forma en que perdura su perfume. Vainilla y algo floral que me hace querer seguirla, acorralarla en ese baño y mostrarle exactamente cuánto control he estado ejerciendo.

Pero todavía no. Esta es su elección. Su jugada en nuestro juego.

Sale tres minutos después, se ha echado agua en la cara a juzgar por la sombra bajo sus ojos. En lugar de volver a pasar por mi mesa, da un rodeo, circundando todo el restaurante para evitarme. Chica lista. Excepto que.

Cuando regresa a su mesa, Faith no aparta la vista. Se sienta, con la comida intacta, la mano buscando constantemente las fotos en su bolso como si comprobara que siguen siendo reales. Sus amigas parlotean a su alrededor, pero ella se ha ido a otro lugar, ha caído en este momento en el que existimos en el mismo espacio, respirando el mismo aire, ya no separados por sombras y cámaras de vigilancia.

Saco mi cámara Polaroid y disparo una foto mientras ella mira, un espectáculo solo para ella. La imagen toma forma entre mis dedos, y la veo inclinarse ligeramente hacia adelante, con los labios entreabiertos.

Cuando termino, me levanto y dejo sobre la mesa una cantidad de dinero que triplica el coste del vino.

El camino hacia la puerta me lleva más allá de su mesa. No la miro, no reconozco su existencia, pero mi mano encuentra su silla al pasar. La fotografía se desliza sobre la tela, donde la encontrará cuando se levante. Mis dedos rozan la parte posterior de su cuello, donde su pulso martillea contra una piel sedosa, cálida y ligeramente

húmeda por el calor nervioso. El contacto dura medio latido, pero memorizo la textura, añadiéndola a mi colección de trozos robados de ella.

Entonces me marcho, saliendo a la noche de Chicago, donde el aire de noviembre me quema los pulmones. Pero solo avanzo media manzana antes de detenerme, de pie en las sombras desde donde puedo ver a través de la ventana del restaurante. Ya ha encontrado la Polaroid, dándole la vuelta con esos mismos dedos temblorosos.

En el reverso, mi mensaje: «Mañana. Gala benéfica Rosetti. Ven a reclamarme».

Lo lee tres veces, las cuento, antes de añadirlo cuidadosamente a su colección. Sarah dice algo que hace reír a las otras, pero Faith permanece en silencio, tocando el papel a través de su bolso. Sabe que mañana todo cambia. Entrará en mi mundo sin saberlo, buscando a su guardián entre la élite de Chicago.

De vuelta en la mansión, volveré a la Vincent, dejaré que mis manos trabajen mientras mi mente procesa. Para mañana por la noche, sabré más. Faith estará en mi territorio, donde podré Vigilar sus reacciones ante todos, catalogar quién la pone tensa, a quién evita.

Por ahora, revivo ese momento en que nuestras miradas se encontraron, cuando me vio y no huyó.

Se queda otros veinte minutos por cortesía, removiendo la comida en su plato mientras Sarah abre los regalos de las otras bibliotecarias. Yo Vigilo desde la calle, con las manos en los bolsillos, pareciendo un hombre cualquiera que espera a alguien. Pero estoy memorizando cómo sostiene la Polaroid a contraluz, tratando de ver a través del papel para leer las palabras de nuevo.

Finalmente, se excusa. Dolor de cabeza, un día largo mañana, necesita prepararse para un evento. Sarah la abraza, dice algo que hace que Faith fuerce una sonrisa, y luego se dirige hacia la puerta. Hacia mí, aunque no sabe que sigo aquí.

Me fundo más en las sombras mientras ella sale, Vigilo cómo se para en la acera mirando a ambos lados. No por el tráfico. Por mí. Su mano agarra su bolso como un salvavidas, y puedo ver sus labios moverse. Contando, quizá. U orando. Ambas cosas se sienten como una adoración desde donde estoy.

Un taxi se detiene, pero antes de subir, hace algo que me rompe. Saca la Polaroid de nuevo, se la lleva a los labios y besa el papel como

si fuera algo sagrado. Como si me besara a mí. El gesto es tan inocente, tan jodidamente puro, que algo violento me desgarra el pecho.

De camino a casa, pienso en la Vincent esperando en el garaje. En desmontar algo roto y hacerlo completo de nuevo. En la sospechosa muerte de la madre de Faith. En las conexiones farmacéuticas. En cómo mañana entrará en una habitación llena de las pesadillas de Chicago, y yo seré la peor de todas.

Pero también el único que le pertenece.

Mi pequeña Faith, lo suficientemente valiente como para verme, para acercarse a mí, para besar mi puto mensaje.

Estoy deseando que llegue mañana.

6 - Luca

Su suéter yace sobre mi escritorio, gris marengo e increíblemente suave, todavía tibio por el calor de su cuerpo. Han pasado tres horas desde que lo dejó sobre su silla en la biblioteca. Dos horas y cuarenta y cinco minutos desde que lo recuperé. Dos horas y treinta minutos desde que me lo apreté por primera vez contra la cara como un adicto que necesita su dosis.

—Te veo.

Su último mensaje de papel doblado no pesa nada en mi palma, pero esas dos palabras tienen el significado suficiente para redefinir mi semana entera. Sabe que la estoy observando. Lo sabe y no huye. El aroma a vainilla y jazmín del suéter se mezcla con el del papel, creando algo nuevo. Algo que nos pertenece a los dos.

Mi teléfono vibra. Es Marco, preguntando por el envío de mañana. Lo ignoro, demasiado concentrado en lo que importa: Faith dejó este suéter a propósito. Nadie olvida una prenda tan cara. Quería que yo la cogiera. Quería que tuviera algo suyo.

O está tendiendo una trampa.

Cualquiera de las dos opciones me la pone más dura de lo que debería.

Las once de la noche. La sala de vigilancia huele a ozono y a sangre vieja; el calor de los aparatos electrónicos se mezcla con rastros de las herramientas que a veces pruebo aquí. Los monitores lo bañan todo en una luz azul, haciendo que mi pálida piel parezca la de un cadáver en el reflejo. Apropiado, ya que estoy a punto de planear un asesinato. La silla de cuero cruje mientras me acomodo para lo que serán horas de excavación digital. Me vio. Me vio de verdad. Mañana entrará en la gala, en mi mundo, con un vestido que yo no he elegido, rodeada de hombres a los que no he investigado, en un peligro que no he eliminado. La idea me hace querer encerrarla en mi habitación hasta que haya eliminado todas las amenazas. O quizá solo encerrarla en mi habitación.

Empiezo con lo básico. El certificado de nacimiento aparece inmediatamente: nacida en el Northwestern Memorial Hospital, tres kilos doscientos setenta gramos. Después, los expedientes académicos. Estudiante de sobresalientes durante la primaria, un breve bache en la secundaria, y luego de vuelta a la perfección en el instituto. Los historiales médicos muestran las vacunas infantiles habituales, una muñeca rota a los nueve años por caerse de una bicicleta, medicamentos para la ansiedad recetados a los trece.

A los trece. Después de lo que sea que pasó a los doce.

El certificado de defunción se carga lentamente, como si el propio sistema dudara en mostrármelo. Ahí está, el nombre completo de su madre. Jenna Bailey Winters, fallecida en 2014. La causa de la muerte figura como «circunstancias sospechosas»; no homicidio, no accidente, no causas naturales. Solo sospechosas. ¿Qué tipo de muerte desafía toda clasificación?

Los antecedentes juveniles están sellados, bajo llave tras muros legales que detendrían a la gente normal. Pero yo nunca he sido normal, y la encriptación que usan bien podría ser de papel de seda. Mi formación en química ayuda: entender sistemas, descomponerlos en sus componentes, encontrar los enlaces moleculares débiles. Mis dedos vuelan por el teclado, rompiendo capas de protección. Alguien quería esto enterrado. Alguien con dinero y contactos.

Profundizo más. Registros hospitalarios de esa época. Jenna Winters trabajaba como enfermera en el Chicago Memorial, en el turno de noche de la unidad cardíaca. Trent Neumann estaba en la junta directiva del hospital. La conexión se siente importante, eléctrica en mis dedos mientras tecleo. T.N. Las iniciales del diario de Faith.

T.N. es Trent Neumann. El ejecutivo farmacéutico. Aquel al que ha estado rondando.

La puerta se abre sin avisar. Solo la familia entra en mi espacio de trabajo sin ser invitada.

—Te eché de menos en la cena —dice Nico desde el umbral, todavía con el equipo táctico de la operación de esta noche. Salpicaduras de sangre decoran su manga izquierda en un patrón que sugiere un trabajo a corta distancia—. La tercera vez este mes.

—He estado ocupado. —No aparto la vista de las pantallas mientras el código se desplaza.

—Ya lo veo. —Se acerca, y siento que se detiene cuando ve lo que llena mis monitores. La foto de su carné de conducir, sus registros de empleo en la biblioteca, el certificado de defunción de su madre—. ¿La rubia del restaurante? El jefe tenía gente allí. Dijo que estableciste contacto.

Por supuesto que el jefe lo sabe todo. Nuestro hermano mayor tiene esta ciudad cableada como su sistema nervioso personal. Nada sucede sin su conocimiento, incluida mi primera interacción real con ella.

—Define contacto —murmuro, buscando los registros de negocios de Neumann. Neumann Pharmaceuticals. Contratos importantes con hospitales de todo Illinois.

Nico acerca una silla y se instala con la paciencia de alguien que ha aguantado muchas de mis obsesiones.

—¿El obrero del martes? ¿El barista de la semana pasada? ¿El hombre de negocios del viernes? ¿Todos relacionados con ella?

—La miraron mal. —Le enseño lo que he encontrado—. Pero este, Trent Neumann, hizo algo más que mirar.

—¿Neumann? —Nico se inclina hacia delante—. Hice una evaluación de seguridad para su empresa el año pasado. El lugar estaba blindado, pero había irregularidades. Inventario desaparecido que no cuadraba con los libros. Acuerdos que fueron enterrados.

—¿Y cuál es la conexión? ¿Por qué se está acercando Faith a él? Vi su nombre en algunas listas de organizaciones benéficas, es voluntaria en todo lo que su familia toca.

—Lo está cazando —susurra Nico.

—Legalmente —siseo, asintiendo—. A través del sistema. Para eso es toda su investigación legal.

La puerta se abre de nuevo. Entra Sofia, todavía con un vestido de noche de algún acto social al que ha asistido hoy, como si hubiera salido de una revista.

—¿Los chicos conspirando sin mí? —Se deja caer sobre una silla, pero sus ojos son agudos—. Estoy dolida.

Echa un vistazo a las pantallas y se queda muy quieta cuando ve la foto de Neumann.

—¿Trent Neumann? —Su voz baja una octava—. Ese pedazo de basura intentó tocarme una vez. Hace dos años, en la subasta benéfica médica. No paraba de decir que le recordaba a alguien, no paraba de intentar llevarme a un lugar a solas.

La temperatura de la habitación baja veinte grados. Mi visión se fractura en posibilidades: las manos de Neumann amputadas por las muñecas, sus dedos dados de comer uno a uno, nudillo por nudillo, sus ojos haciendo un recorrido por los rostros de otras personas. Sofia. Mi hermana pequeña. La que todos protegimos después de la masacre, y este cabrón le puso las manos encima.

—¿Por qué sigue respirando? —Mi voz suena como grava en una licuadora.

—Alessandro se encargó. Convenció a Neumann de que tocar a las mujeres Rosetti no sería saludable. Hizo algún trato sobre la distribución de productos farmacéuticos que lo mantuvo alejado de mí. Se echó para atrás.

—Alex debería haberme dejado encargarme. —Mis manos se cierran en puños, imaginando todo lo que le habría hecho a Neumann por atreverse a tocar a Sofia. Todo lo que le haré por lo que sea que le hizo a Faith.

—Tu chica ha sido paciente —observa Sofia, estudiando lo que he encontrado y comprendiendo rápidamente la situación—. Años acercándose. Enseñando a sus hijos en la escuela dominical, haciéndose amiga de su esposa en eventos benéficos. Ha estado jugando a largo plazo.

—¿Y mañana? —pregunta Nico en voz baja—. Neumann viene a la gala. Donante importante: doscientos mil este año. El jefe no puede rechazarlo sin motivo.

La sangre se me hiela. Mañana, Faith entrará en el salón de baile del hotel de mi familia. Mañana, Trent Neumann estará allí. El hombre al que ha estado cazando.

—No sabe que él estará allí —digo lentamente—. No tiene ni idea de que va a entrar en…

—…la oportunidad perfecta —termina Sofia—. Piénsalo. Un lugar público, cientos de testigos, cámaras de seguridad. Si está planeando algo legal, necesita pruebas. Grabaciones. Testigos.

—O podría perder los estribos —replica Nico—. ¿Verlo allí inesperadamente? La gente se quiebra.

Ambos tienen razón. Mañana, todo colisionará. Entrará en el mundo de mi familia sin saber que el hombre que ha estado cazando estará allí. Sin saber que yo estaré observando cada una de sus respiraciones, intentando averiguar si necesito protegerla de él, o a él de ella.

—¿Y si la reconoce? —pregunta Sofia—. Se parece a su madre, ¿verdad? Si mató a la madre y luego ve a la hija en nuestra fiesta…

—Podría entrar en pánico. Hacer alguna estupidez. —La mano de Nico se desliza hacia su arma.

—No en mi casa —gruño. La idea de que Neumann siquiera mire a Faith me enrojece la vista. Pero hay algo más, algo que dijo Sofia—. ¿Dijiste que no paraba de decir que le recordabas a alguien?

Sofia asiente.

—No paraba de hablar de mujeres hermosas que no conocen su lugar. —Se estremece, y Sofia nunca se estremece.

—Necesito saber su plan primero —digo, sorprendiéndome a mí mismo con la contención. Normalmente, ya estaría seleccionando herramientas para la introducción de Neumann al verdadero dolor. Pero ella ha sido paciente. Se merece llevar a cabo su plan, o decidir que quiere algo más sangriento.

—Simplemente mantente al margen, Luca —dice mi hermano. El buen chico disciplinado del ejército—. Aléjate. No tiene nada que ver con nosotros, y nuestra familia no necesita que nos traigas problemas.

—Oh, déjale que se divierta —dice Sofia, sonriendo con malicia—. Quiero ver cómo actúa esta chica. Toda esa planificación. ¿Investigación legal? ¿Acercarse a su familia sin exponer su verdadera identidad? Esta chica podría ser más peligrosa de lo que crees.

—Los pacientes siempre lo son —concuerda Nico, levantándose para irse—. Son los que saben cómo hacer que duela de verdad. No el cuerpo, cualquiera puede herir un cuerpo. ¿Pero la destrucción total? Eso requiere paciencia.

Después de que se van, me quedo solo con su historia extendida por mis pantallas. Las piezas finalmente conectan. T.N. es Trent Neumann. Su madre trabajaba en su hospital. Algo pasó, algo que terminó con Jenna Winters muerta y Neumann y su compañía farmacéutica libres de toda culpa.

Y mañana, mi pequeña Faith entrará en un salón de baile con el hombre que ha estado cazando durante media vida.

La pregunta es: cuando lo vea, ¿mantendrá el control? ¿Su plan legal? ¿O estallarán por fin años de rabia reprimida?

De cualquier manera, yo estaré allí. Listo para protegerla de él. O listo para entregarle el cuchillo si decide que la justicia legal ya no es

suficiente.

Pienso en la Vincent Black Shadow que espera en el garaje. Mañana, tal vez se la enseñe. Le hablaré de reconstruir cosas rotas, de volverlas poderosas de nuevo.

La idea me hace esbozar esa sonrisa incorrecta que hace llorar a los niños.

7 - Faith

El vestido negro se adhiere a mi cuerpo como la culpa. Aliso la tela una vez más, practicando mi cara de sorpresa en el espejo del vestíbulo. «¡Oh, señor Neumann! ¡No me había dado cuenta de que estaría aquí!». La mentira me sabe a ceniza. Las confesiones dominicales no me han servido de nada; ahora miento con la misma facilidad con la que respiro.

Mi teléfono vibra con el mensaje de Papá: «Pásalo bien en el evento para recaudar fondos de la biblioteca, cariño».

El collar con la cruz me pesa en la garganta como una sentencia mientras le respondo: «Gracias, Papá. Estaré en casa sobre las once».

Otra mentira. La biblioteca no organiza eventos para recaudar fondos en el Ritz-Carlton. La biblioteca no requiere que entre en la guarida de la familia criminal más peligrosa de Chicago. Pero Trent Neumann estará aquí. Es uno de los principales donantes de todas las galas benéficas que importan, y los Rosetti organizan las más grandes. Sin embargo, la de esta noche es diferente. Va a anunciar una nueva iniciativa farmacéutica. Necesitará los canales de distribución de los Rosetti. Tiene que quedarse, tiene que hacer contactos.

Toco la Polaroid en mi bolso, la que me trajo aquí. «Ven a buscarme». Tres palabras que hacen que se me acelere el pulso. Dos objetivos esta noche: acercarme a Neumann y encontrar a mi misterioso guardián.

Puede que mi guardián piense que me ha atraído hacia él esta noche, pero no es así: solo me ha dado acceso a Neumann.

La muerte de mamá lo cambió todo, me convirtió en quien soy. Se horrorizaría si supiera que estoy aquí, caminando entre criminales. ¿O entendería que a veces la justicia necesita de la oscuridad para impartirse? Ya no lo sé. Toda una vida siendo buena, y me estoy desmoronando en cuestión de semanas porque unos ojos azul pálido me hacen sentir vista.

El aparcacoches toma mis llaves con desinterés profesional. Aquí no soy nadie, solo otra cara con un vestido negro de diseño. Perfecto para cazar. El hotel se alza sobre mí, todo piedra caliza y poder, con ventanas que brillan con una luz cálida que oculta lo que sucede dentro de estas paredes. Mis tacones repiquetean contra el mármol al entrar, el sonido engullido por las conversaciones y la música de cámara.

El salón de baile se abre ante mí como un escenario, y esta noche soy tanto público como actriz. El aire huele a dinero: a perfume caro y a whisky añejo. Nada que ver con el olor a polvo y papel de mi biblioteca, mi refugio seguro que de repente se siente como una jaula que yo misma he construido.

Cojo una copa de champán de un camarero que pasa mientras mis ojos exploran sistemáticamente. En estos eventos, Neumann siempre se posiciona cerca de la barra; le gusta ser el centro de atención con un whisky mientras los simples mortales se le acercan a rendirle pleitesía.

Ahí está. Neumann, de pie junto a la barra exactamente donde predije, bourbon en mano, contando alguna historia que hace que dos hombres más jóvenes rían nerviosamente.

El champán me sabe a ácido cuando lo localizo. Mis dedos se aprietan en la copa de cristal. Parece mayor —mechones plateados en su pelo, arrugas alrededor de sus ojos—, pero sus manos son las mismas. Cuidadas. Suaves. No son las manos de alguien que ha sufrido las consecuencias.

Alguien me da un golpe y se disculpa profusamente. Apenas lo oigo. Neumann se está girando hacia aquí, a punto de escudriñar a la multitud, y mi agarre se intensifica inconscientemente.

El crujido es sutil: una fisura delgada que se extiende como una telaraña por el cristal. Entonces la presión gana. El tallo se parte, el cáliz se hace añicos en mi palma.

Un dolor agudo florece al instante. La sangre brota, mezclándose con el champán, goteando sobre el suelo de mármol en diminutas salpicaduras rojas. La sensación se dispara directamente entre mis piernas, un latido de oscuro placer que no esperaba.

—¡Oh, Dios mío! —jadea la mujer a mi lado—. ¡Está sangrando!

Miro mi palma con desinteresado interés. Un trozo de cristal se ha incrustado profundamente en la carne bajo mi pulgar. La sangre corre en hilos nítidos por mi muñeca.

—No es nada. —Arranco el trozo más grande sin inmutarme, viendo cómo brota más sangre. El dolor se agudiza, se clarifica. Mis pezones se endurecen bajo la seda de mi vestido, mi cuerpo respondiendo al daño como si fuera un juego previo.

Un camarero aparece con servilletas. Cojo una y envuelvo mi mano metódicamente, presionando lo justo para hacer que los cortes punzaran con intensidad. La tela blanca se tiñe de rojo de inmediato.

—¿Debería llamar a un médico…?

—No es necesario. —Le sonrío, serena a pesar de la sangre que empapa la servilleta—. Solo un pequeño accidente.

Al otro lado de la sala, Neumann se ríe de algo, sin saber que estoy sangrando por su culpa. Sin saber que verlo me hace apretar las cosas hasta que se rompen. Sin saber que ahora el dolor me humedece, desde que empecé a planear todas las formas en las que le haré sufrir. Legalmente, por supuesto.

Aprieto mi mano vendada, enviando otra punzada de sensación por mis nervios. El dolor me ancla, me recuerda por qué estoy aquí. No para romper copas. Para romperlo a él.

He practicado este acercamiento en el espejo de mi apartamento. El tropiezo «accidental», la disculpa sobresaltada, el reconocimiento que me permite iniciar una conversación. Mi mano encuentra la correa de mi bolso mientras me muevo entre la multitud, esquivando a camareros con bandejas de champán.

Seis metros. Cuatro y medio. Tres.

Estoy a punto de llegar cuando el rostro de Neumann pierde todo su color. Está mirando más allá de mí, hacia algo que hace que su mano tiemble lo suficiente como para derramar el bourbon. Empiezo a girarme para ver qué podría asustar a un hombre que ha destruido tantas vidas, pero ya está retrocediendo.

—Disculpen —murmura Neumann a sus acompañantes, con la voz aguda por el miedo—. Acabo de recordar una llamada urgente.

Huye. Literalmente huye, moviéndose entre la multitud con la urgencia desesperada de una presa. Mi acercamiento ensayado muere en mi garganta mientras veo cómo prácticamente corre hacia la salida más lejana.

Ahora me giro por completo, con la frustración ardiendo en mi pecho. Semanas planeando este momento, y Neumann huye antes de que pueda siquiera hablar.

Un movimiento en el balcón atrae mi mirada. Él. El hombre del restaurante, mi guardián, ahora con un caro traje de color carbón que le sienta como la violencia envuelta en Armani. Incluso desde aquí, puedo ver esos ojos azul pálido, helados, el tipo de azul que pertenece a los cielos de invierno o a los lagos congelados donde la gente se ahoga. Siguen el movimiento de abajo antes de posarse en mí con el peso de un toque físico.

Es más alto de lo que me pareció en el restaurante, quizás un metro ochenta y cinco, con esa complexión delgada que denota una fuerza controlada en lugar de volumen. Pelo oscuro, casi negro, peinado hacia atrás, retirado de unos pómulos afilados que podrían cortar el cristal. Hay algo anómalo en su belleza, como la belleza de una cuchilla, todo filos mortales disfrazados de arte. El tipo de rostro que te hace querer tocarlo aunque sepas que vas a sangrar.

El calor se acumula en la parte baja de mi vientre cuando empieza a bajar las escaleras, con ese andar lánguido y felino que hace que mis muslos se contraigan involuntariamente. Cada paso es deliberado, sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo para venir a reclamar lo que ya es suyo. Nuestras miradas se cruzan a través del espacio. No sonríe —no creo que su boca supiera formar algo que no fuera una amenaza o una promesa de violencia—, pero siento su atención como unas manos sobre mi piel. Mi guardián. El hombre que ha estado en mi dormitorio, que afila mis cuchillos, que aparta a los hombres por mirarme mal.

Prometió protección, susurra mi mente.

Esto se siente como posesión, responde mi cuerpo.

No mira en ningún momento hacia donde huyó Neumann, no reconoce al hombre que acaba de salir corriendo, pero el mensaje es claro. Él lo ha provocado. Ha ahuyentado a mi objetivo con solo su presencia.

Una parte de mí se pregunta qué le hizo para que Neumann corriera. ¿Lo amenazó? ¿Le prometió dolor? La idea me humedece, mi cuerpo ha dejado de escuchar a mi conciencia hace días.

—Maldita sea —suspiro, viendo a Neumann desaparecer por completo de la vista. Mi acercamiento cuidadosamente elaborado, arruinado. Semanas de planificación destruidas por una sola mirada de esos ojos pálidos.

Me retiro hacia la pared, cogiendo un champán que no pienso beber, intentando entender qué está pasando. Una mujer coge una

copa a mi lado y susurra con urgencia:

—Aléjate de ese, cariño. Los hombres Rosetti coleccionan cosas bonitas y las rompen.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Los hombres Rosetti?

—Oh, cariño, ¿no sabías de quién es esta fiesta? —Se ríe, pero no con maldad—. La gala benéfica de los Rosetti. Su demostración anual de que son miembros civilizados de la sociedad.

La copa de champán tiembla en mi mano. Me ha invitado a la gala de los Rosetti. A la gala de su familia. Porque él es…

No. No, eso no puede ser.

—Toda la familia está aquí esta noche. —Señala discretamente, saboreando el chisme—. Ahí está Marco, junto a las puertas principales. Él lo dirige todo. Ese de su lado es Dante, el que no habla. Nadie sabe por qué. Su esposa es Ana, la mujer embarazada del vestido dorado.

Cada identificación es como una cuchillada en mi pecho. Esta es la gente por la que Papá no duerme. La gente de la que prometí alejarme. La gente que dirige los bajos fondos de Chicago como si fuera su reino personal.

—Aquella de seda color crema es Sofia. No dejes que la cara de niña buena te engañe. Y ese es Luca. —Su voz baja a un susurro—. El psicópata. Dicen que ya no duerme. Solo trabaja en ese sótano suyo, haciendo cosas que hacen llorar a hombres hechos y derechos.

Está señalando a mi guardián. El hombre de los ojos pálidos que ha estado en mi apartamento. El que me deja fotografías como cartas de amor escritas con violencia.

Luca Rosetti.

La copa se me resbala de los dedos entumecidos y se hace añicos en el mármol. Varias cabezas se giran, pero no puedo moverme, no puedo respirar. El hombre al que le he estado escribiendo, en el que he estado confiando, con el que he estado teniendo sueños inapropiados… es Luca Rosetti. El que Papá mencionó específicamente. «Si ves a alguno de ellos, especialmente a Luca, corre», había dicho. «Ese no tiene los límites de un ser humano normal».

Por supuesto que es él. ¿Quién más podría moverse entre las sombras como el humo? ¿Quién más podría matar a nueve hombres

y hacerlos desaparecer por completo? ¿Quién más tendría un sótano para «trabajar»?

Papá dice que es el peor de todos. El ejecutor. El torturador. El que incluso otros criminales evitan cruzándose de acera.

Te está protegiendo, argumenta débilmente mi mente.

Es un Rosetti, responde mi pánico. Ha estado en mi apartamento. Sabe dónde duermo. Podría…

Lo está arruinando todo, mi furia atraviesa el pánico. Trent Neumann está aquí en alguna parte, y ahora estoy atrapada en el corazón del territorio Rosetti.

Él mata por ti.

Yo no se lo pedí.

Pero te gusta.

Dios me perdone, sí, me gusta.

Mis rodillas amenazan con doblarse. Luca Rosetti. He estado dejando que un Rosetti entre en mi apartamento. En mis sueños. Oh, Dios, me he excitado por un hombre que mi padre considera el diablo en persona.

«El enemigo de mi padre» no empieza ni a describirlo. Papá los llama el cáncer que se come a Chicago desde dentro. Dice que Luca, específicamente, es el peor de ellos, un auténtico psicópata que disfruta demasiado de su trabajo.

Y ha estado en mi apartamento. En mi dormitorio. Viéndome dormir.

Localizo a la esposa de Neumann cerca de las mesas de la subasta. Es mi objetivo secundario, la que podría devolverme a su círculo social. Me aliso el vestido, me pongo mi sonrisa de bibliotecaria y me acerco.

—¡Señora Neumann! Qué alegría verla aquí. Soy voluntaria en el programa de la biblioteca y…

Su rostro se vuelve blanco. —Oh, acabo de recordar que necesito… el tocador de señoras. —Prácticamente corre, sus tacones de diseño repiqueteando frenéticamente contra el mármol.

No necesito mirar para saber por qué. Luca está en algún lugar detrás de mí, ya ni siquiera intentando ser sutil. Me está aislando sistemáticamente, aterrorizando a todos para que se alejen de mí, creando una burbuja de aislamiento en este salón de baile abarrotado.

—Señor Harrison, —intento con uno de los socios de Neumann, la desesperación colándose en mi voz—, he oído hablar de la financiación para la nueva ala psiquiátrica.

Sus ojos miran por encima de mi hombro y de hecho retrocede tropezando. —Yo… disculpe.

Tres intentos. Tres fracasos. Todo por su culpa.

La ira crece lenta y ardiente en mi pecho. Durante años he sido paciente. Estudiando derecho, haciendo voluntariado en las organizaciones benéficas de Neumann, acercándome a su círculo de influencia. Y en una noche, este psicópata Rosetti lo está desentrañando todo.

Cojo un champán de un camarero que pasa, agarrándolo con demasiada fuerza para que no se me resbale, y me coloco donde pueda observar a toda la familia. El conocimiento es poder, y necesito entender a qué me estoy enfrentando.

Marco Rosetti impone sin intentarlo, la gente se le acerca como suplicantes a un rey. A su lado, el silencioso, Dante, lo observa todo con ojos oscuros que no se pierden nada. Su esposa embarazada le toca el brazo, y todo su comportamiento se suaviza. Al parecer, hasta los asesinos tienen gente a la que aman.

Sofia Rosetti se ríe de algo, el sonido como campanas de cristal, pero hay algo afilado en su sonrisa. Hermosa y peligrosa, el tipo de mujer que podría destruirte mientras lleva perlas.

Hay otros dos hermanos por aquí en alguna parte, aunque aún no los he localizado. Alessandro y Nicolò.

Y Luca. Mi guardián. De pie ahora en el borde de la sala, esos ojos pálidos siguiendo cada uno de mis movimientos. Ni siquiera finge socializar, solo me observa.

«Me está aislando», me doy cuenta de repente. No solo de las amenazas, sino de todo el mundo. De mis conexiones cuidadosamente construidas, de mis objetivos, de cualquier vida que no lo incluya a él.

La furia me sabe a bilis. Me está protegiendo al destruir mi venganza. Mi plan de doce años, todo por lo que he trabajado, cada conexión que he cultivado, cada acercamiento que he practicado. Destruido en una sola noche por su protección posesiva.

Necesito aire. Necesito espacio. Necesito pensar sin esos ojos pálidos diseccionando cada una de mis respiraciones. Dejo mi

champán intacto y me dirijo a la salida del pasillo, mis tacones repiqueteando contra el mármol con una finalidad cortante.

El pasillo se extiende ante mí, vacío y resonante. Óleos de la antigua Chicago bordean las paredes, observando mi retirada con ojos críticos. Los sonidos de la fiesta se desvanecen detrás de mí, reemplazados por el trueno de mis propios latidos.

Pero no estoy sola. No necesito mirar atrás para saber que me está siguiendo. Sus pasos son pacientes, medidos, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si supiera exactamente dónde termina esto. Cada pisada detrás de mí envía un calor que se acumula entre mis piernas. Lo odio por arruinar mis planes. Me odio más a mí misma por querer que me alcance, que me presione contra estos retratos acusadores y me muestre exactamente qué clase de monstruo he estado dejando que me proteja.

El pasillo parece extenderse para siempre. Mis tacones resuenan demasiado fuerte, anunciando mi huida a quienquiera que escuche. Detrás de mí, sus pasos se mantienen firmes. Sin apurarse. Sin perseguirme. Solo siguiéndome con esa terrible paciencia, como un lobo que sabe que el ciervo se cansará al final.

Doblo una esquina y encuentro otro corredor vacío. Más cuadros, más ojos críticos. Una puerta al fondo promete una escapatoria, pero ¿una escapatoria hacia qué? Él sabe dónde vivo. Sabe dónde trabajo. Ha estado en mi dormitorio mientras dormía.

Mi mano encuentra mi collar de cruz, el metal cálido por mi piel. ¿Qué diría el Padre Murphy sobre esto? ¿Sobre dejar que un asesino me proteja? ¿Sobre el calor que se acumula en la parte baja de mi vientre cuando pienso en esos ojos pálidos?

Sus pasos nunca flaquean, nunca se aceleran. Solo ese ritmo constante que dice que me seguirá hasta el fin del mundo si es necesario. Paciente. Implacable. Inevitable como la gravedad. Su aroma me llega ahora, algo oscuro y caro, como cuero envejecido y el humo de puros caros. El olor hace que se me haga la boca agua mientras mi mente grita que corra.

La puerta al final del pasillo se acerca. Mi mano la alcanza, los dedos temblando por la adrenalina. El metal frío del pomo se encuentra con mi palma, sólido y real en una noche que parece un sueño febril.

Lo giro.

Su mano cubre la mía sobre el pomo, atrapándola allí. Sin empujar, sin tirar. Solo sosteniéndome en este momento entre la huida y la rendición. El calor de su cuerpo irradia contra mi espalda, lo suficientemente cerca como para sentir su aliento alborotar el pelo de mi nuca. Lo suficientemente cerca como para que su pecho casi roce mi columna con cada inhalación.

—Has estado cazándolo media vida —dice contra mi oído, su voz grave y áspera como whisky caro sobre cristales rotos. Cada palabra envía escalofríos por mi espina dorsal, hace que mis pezones se endurezcan más contra la seda de mi vestido—. Una noche, y he hecho que huya. Dime, pequeña Faith. ¿Eso hace que quieras darme las gracias? ¿O castigarme?

8 - Luca

—Dime, pequeña Faith. ¿Eso hace que quieras darme las gracias? ¿O castigarme?

Cada palabra le provoca escalofríos por la espalda; puedo sentirlos a través de mi pecho, casi presionado contra su espalda.

Intenta girar el pomo bajo nuestras manos unidas, pero lo sujeto con firmeza, atrapándola entre la puerta y mi cuerpo. Sin llegar a tocarnos, salvo por las manos, pero lo bastante cerca como para que sienta el calor que irradia de mí.

—Suéltame. —Su voz titubea entre la orden y la súplica.

—No. —Simple. Definitivo. La forma en que lo digo hace que se le entrecorte la respiración, que su diafragma se contraiga espasmódicamente contra sus costillas—. Huiste de mí. Nadie huye de mí, Faith.

—Eres Luca Rosetti. —Lo dice como una acusación, como si saber mi nombre cambiara lo que hay entre nosotros—. Mi padre me advirtió sobre ti. Dijo que eres el peor de todos.

—Tu padre tiene razón. —Me inclino más, mis labios casi rozan el pabellón de su oreja—. Soy el peor. El que ya no duerme porque el sueño es tiempo que podría pasar observándote. El que ha matado a hombres por mirarte mal. El que sabe que te tocas a las tres de la mañana después de tus pesadillas, tratando de ahuyentar la culpa con tus dedos.

Se pone rígida contra la puerta. —Eres un enfermo…

La hago girar, presionando su espalda contra la puerta con mi cuerpo. Sin brusquedad, pero de forma inevitable. Como la gravedad. Levanta las manos para empujar mi pecho, pero en el momento en que sus palmas hacen contacto con la costosa tela de mi traje, se detiene. Sus dedos se curvan ligeramente, sin llegar a agarrar, sin llegar a apartar.

—¿Enfermo? —repito, estudiando cómo se dilatan sus pupilas en la penumbra del pasillo. Un cuarenta por ciento de dilatación a pesar

de la iluminación adecuada. Respuesta de excitación—. ¿Es eso lo que te dices a ti misma cuando miras mis fotografías? ¿Cuando las besas como si fueran plegarias?

—No sabía que eran tuyas. De un Rosetti.

—¿Habría importado? —La acorralo con mis brazos contra la puerta, observando el pulso martilleándole en la garganta. Ciento treinta pulsaciones por minuto—. ¿Habrías dejado de buscarme en las sombras? ¿Dejado de poner mensajes en tu ventana? ¿Dejado de usar ese camisón de seda cuando sabes que te estoy observando?

Contiene el aliento. —El camisón fue un error.

—El camisón fue una invitación. —Me inclino más, hasta que mis labios casi rozan los suyos. Tan cerca que puedo saborear su aliento, dulce por el champán que apenas probó—. Tu cuerpo sabe a quién pertenece, aunque tu mente finja lo contrario.

—Has estado observándome. —No es una pregunta. Es una acusación envuelta en unos ojos avellana que arden con algo entre la furia y la fascinación.

—Todas. Y cada una. De las noches. —Cada palabra es deliberada, mientras observo cómo sus pupilas se dilatan aún más—. Memorizando tus patrones de respiración. Asegurando tu protección. Conteniéndome para no despertarte y mostrarte exactamente quién custodia tu sueño.

—Estás loco.

—Y tú estás mojada. —No es una pregunta. Puedo olerlo, ese almizcle dulce que delata que su cuerpo reconoce a su dueño aunque su mente se rebele—. Mojada por el hombre que mata por ti. Que te observa mientras duermes. Que conoce cada secreto que crees haber escondido.

Intenta zafarse de mí, pero desplazo mi peso, mi muslo deslizándose entre sus piernas mientras me pego más a ella. Ambos nos quedamos helados ante el contacto. Su calor contra mi pierna, la presión haciéndola jadear. El olor de su excitación se intensifica, mezclándose con el jazmín de su champú y algo únicamente suyo: una firma de feromonas que llevo semanas catalogando.

—Has estado en mi apartamento —susurra, pero no suena tanto a la acusación que debería ser.

Estudio el pulso que martillea en su garganta, resisto el impulso de presionar mis labios allí, de marcarla. Saboreo el calor de su vientre suave tan cerca de mi polla dura, durísima. —Sé que escribes

en ese diario que escondes en el conducto de ventilación, no debajo del colchón como quieres que la gente piense.

—¿Cómo podrías…

—Sé que Trent Neumann es el responsable de la muerte de tu madre. —Las palabras quedan suspendidas entre nosotros como una cuchilla—. Y sé que quieres que pague.

—¡Lo estás arruinando todo! —Las palabras estallan de su boca como si las hubiera estado conteniendo toda la noche—. Años de planificación, de acercarme a su familia, de ganarme su confianza, y tú… tú simplemente…

—Iba a tocarte. —Mi mandíbula se tensa al recordar a Neumann acercándose a ella antes—. Su mano ya se estaba alargando cuando lo hice huir.

—¡Quería que se acercara! —golpea mi pecho con el puño, pero no hay verdadera fuerza en el golpe—. ¡Ese era el objetivo! ¡Ese era todo el objetivo de esta noche!

—No. —Mi mano atrapa su muñeca, el pulgar encontrando su pulso. La arteria radial late a ciento cuarenta pulsaciones por minuto ahora—. El objetivo de esta noche era que me encontraras. Que dejaras de esconderte tras mensajes en papel doblado y sombras. Que admitieras lo que tu cuerpo ya sabe.

—¿Que eres un psicópata que se cuela en mi casa?

—Que eres mía. —Presiono mi pulgar con más fuerza contra su pulso acelerado—. Lo has sido desde la primera Polaroid. Desde antes de eso, cuando empezaste a buscarme en la oscuridad. Tu cuerpo sabía que yo estaba ahí antes de que tu mente lo entendiera.

—Siete cuerpos —susurra de repente, y hay algo en su voz que no es miedo—. ¿Crees que eso te convierte en mi salvador? Eran siete testigos que podrían haber testificado contra Neumann. Siete pruebas que destruiste.

La observación es tan inesperadamente inteligente que agudiza mi deseo, y mi verga se endurece dolorosamente contra la cremallera. Cuando me inclino, mi erección presiona contra su estómago a través de nuestra ropa. Sus ojos se abren de par en par ante la evidencia de lo que me provoca.

—Nueve cuerpos —la corrijo—. Y no eran testigos. Eran amenazas. Hombres que pensaron que podían mirarte, desearte, acercarse a ti.

—Esa no es tu decisión.

—Todo lo que te concierne es mi decisión ahora. —Suelto su muñeca, dejo que mis dedos recorran su brazo, sintiéndola temblar —. Lo que vistes. Adónde vas. Con quién hablas. Quién vive después de mirarte.

—No soy tuya.

—¿O no? —Saco la Polaroid de mi bolsillo. Papel negro esta vez, tomada durante las interminables horas de anoche mientras la observaba dormir a través de mis cámaras—. Tu cuerpo dice lo contrario. La forma en que te frotas contra mi muslo dice lo contrario.

Se queda quieta, al parecer dándose cuenta de que se ha estado moviendo contra mí. El sonrojo se extiende por su cuello y desaparece bajo el escote de su vestido.

—Eres un enfermo —susurra, pero sus caderas no se han detenido por completo.

—Y te gusta. —Meto la fotografía en el escote de su vestido, mis dedos rozando la piel caliente de su pecho por un instante. Ella jadea ante el contacto, y siento el latido de su corazón contra mis nudillos. Salvaje, desesperado—. Te gusta que alguien te vigile. Te proteja. Mate por ti.

—No he pedido nada de esto.

—No tenías por qué. —Me inclino más, mis labios casi rozando los suyos—. Tu cuerpo lo pide cada vez que te pones ese camisón para dormir. Cada vez que miras por la ventana a las tres de la mañana preguntándote si te estoy observando. Cada vez que besas mis Polaroids como si fueran cartas de amor.

Su aliento tiembla contra mi boca. —Debería estar aterrorizada de ti.

—Deberías estarlo. —Retrocedo lo suficiente para ver sus ojos, abiertos y oscuros de deseo—. Soy todo aquello de lo que tu padre te advirtió. Todo aquello de lo que deberías huir. Pero no huirás, ¿verdad, pequeña Faith? Porque una parte de ti ha estado esperando a alguien como yo. Alguien que ve más allá de la máscara.

—No me conoces.

—Sé que sueñas con la violencia. Sé que te despiertas empapada con pensamientos de venganza. Sé que has estado planeando la destrucción de Neumann con la paciencia de una santa y la dedicación de una pecadora. —Mi mano encuentra su garganta, sin

apretar, solo descansando ahí, sintiendo su pulso acelerarse bajo mi palma—. Te conozco mejor que tú misma.

—Déjame ir. —Pero no se aparta de mi contacto.

—Nunca. —La palabra sale como un gruñido—. No te dejaré ir hasta que el último aliento abandone tu cuerpo. Y probablemente ni siquiera entonces, porque no se me da bien compartir, ni siquiera con la muerte.

Me mira fijamente, algo cambia en esos ojos avellana. No es rendición, no del todo. Pero es reconocimiento. De lo que soy. De lo que es esto. De en lo que nos estamos convirtiendo juntos.

—Me lo suplicarás —le digo, retrocediendo de repente, apartando por completo mi cuerpo del suyo. Se tambalea hacia adelante sin mi apoyo, y su mano vuela hacia la pared para mantenerse en pie—. Me suplicarás que te toque. Que te tome. Que te haga mía de todas las formas que importan.

—Nunca.

—Mañana —digo, arreglándome los puños como si hubiéramos estado hablando del tiempo en lugar de ahogarnos en tensión sexual —. La Polaroid tiene instrucciones. Síguelas, o me encargaré de Neumann de forma permanente. Y, pequeña Faith… cuando me encargo de algo de forma permanente, no quedará lo suficiente para tu plan de doce años. No quedará lo suficiente ni para que Dios lo reconozca.

Me doy la vuelta para marcharme, luego me detengo y miro por encima del hombro. —Ah, ¿y Faith? La próxima vez que huyas de mí, no seré tan delicado cuando te atrape.

La dejo allí, temblando contra la puerta, la excitación y la furia luchando en esos ojos avellana. Mi polla late con cada paso que me aleja de ella, exigiéndome que regrese, exigiéndome que la reclame. Pero esto no se trata de destrozarla. Se trata de hacer que venga a mí. De hacer que elija al pecador por encima del santo.

El sonido de su respiración agitada me sigue por el pasillo, cada exhalación un recordatorio de aquello de lo que me estoy alejando. De aquello por lo que volveré.

Mañana encontrará las instrucciones en esa Polaroid negra, la foto de esa sonrisita torcida que se dibuja en sus labios justo antes de su primer sorbo de café cada mañana. Mañana tendrá que elegir: su plan de doce años o aceptar mi protección por completo. Pero ya sé

lo que escogerá. Su cuerpo ya eligió en el momento en que se frotó contra mi muslo.

Toda una vida sin dormir como es debido, y por fin, algo por lo que merece la pena seguir despierto.

Mi pequeña Faith. Tan valiente en su furia. Tan hermosa en su negación.

9 - Faith

La caminata de doce manzanas desde el hotel debería llevar quince minutos. Me lleva cuarenta, deteniéndome cada pocos pasos para recuperar el aliento, para apretar los muslos para mitigar el dolor que él dejó. Las llaves se me escurren de los dedos temblorosos y tintinean contra el suelo del pasillo. El sonido retumba demasiado fuerte en el corredor vacío, anunciando mi desmoronamiento a cualquiera que escuche. El vestido se me pega al cuerpo, húmedo de sudor a pesar del frío de noviembre que se cuela por las viejas ventanas del edificio.

Finalmente, consigo abrir la cerradura al tercer intento. El apartamento me recibe con sus sombras familiares, pero nada se siente igual. Él ha estado aquí. En cada rincón, tocando mis cosas, estudiándome mientras yo dormía. El espacio que era solo mío ahora también le pertenece a él.

Rosetti. El nombre me quema la mente como un hierro al rojo vivo. El enemigo de mi padre. La familia a la que llama el cáncer de Chicago. Y el más joven —Luca—, de quien hasta los policías más curtidos susurran con temor.

Me apoyo en la puerta cerrada, con las piernas de repente débiles, y un recuerdo me golpea con fuerza. Uno que he enterrado tan profundo que casi me había convencido de que nunca sucedió.

Tenía dieciséis años. Cuatro años después del asesinato de mamá, dos años después de empezar mi cuidadosa planificación.

El recuerdo es tan vívido que me deslizo por la puerta hasta sentarme en el suelo, transportada de vuelta a aquella noche.

Simon Putney. Uno de los compañeros de póquer de Neumann, siempre en sus eventos de caridad. Lo había estado observando porque formaba parte del círculo de Neumann; solo estaba aprendiendo sus patrones, me decía a mí misma.

Pero esa noche, al pasar por su casa de piedra rojiza después de mis horas de voluntariado en la biblioteca, vi a través de la ventana

de su sala. Su esposa en el suelo, con el labio ensangrentado, suplicando. Él, de pie sobre ella con el cinturón en alto.

No pensé. No planeé. Simplemente actué.

La puerta trasera estaba sin cerrar; estos ricachones nunca creen que alguien se atrevería. Me deslicé dentro mientras él todavía estaba en la sala, mientras su esposa sollozaba tras la puerta cerrada de un baño. Lo encontré veinte minutos después en su estudio, bebiendo whisky como si no acabara de dejar a su esposa molida a golpes.

El GHB era de las viejas recetas de mi madre; lo había investigado obsesivamente después de leer sobre las drogas para la violación en citas, pensando que necesitaba protegerme. Nunca imaginé que usaría ese conocimiento de esta manera. La dosis tenía que ser perfecta: suficiente para paralizar, no para matar.

Cuando sus músculos se agarrotaron, cuando podía ver y oír pero no moverse, acerqué una silla. Mis manos estaban firmes. Mi voz no temblaba.

—Tomé fotos —mentí, pero él no tenía forma de saberlo—. De los moratones de tu esposa. De la sangre en la alfombra. Con fecha y hora. —Me incliné más, percibiendo el olor a su whisky y a su sudor de miedo—. Sé que trabajas en Neumann Pharmaceuticals. Sé que juegas al golf con él los domingos. Imagina si supiera lo que le haces a tu esposa. Imagina si todos en el club de campo lo supieran.

Sus ojos se abrieron de terror. Bien.

—Pero peor que eso —continué, con mi voz de dieciséis años inquietantemente tranquila—, sé dónde vives. Entré esta noche. Puedo volver a entrar. Y la próxima vez… —Saqué una jeringa vacía del bolsillo, una que había cogido de la basura de la enfermería del colegio—. La próxima vez la dosis será diferente.

Me quedé hasta que la parálisis desapareció, tres horas después. Lo observé probar cada extremidad, vi cómo se daba cuenta de que una adolescente lo había dejado completamente indefenso.

—Tu esposa te va a dejar —le dije mientras luchaba por incorporarse—. No te opondrás. Le darás todo lo que quiera. O volveré.

Su esposa solicitó el divorcio dos semanas después. Él no se opuso.

Esa noche, escribí en mi diario: «No soy mi madre. No soy una víctima».

Pero debajo, en letras más pequeñas, escribí la verdad: «Me sentí bien».

El recuerdo se desvanece, dejándome sin aliento en el suelo de mi apartamento. Esa chica —la que paralizó a un hombre adulto y lo amenazó mientras no podía moverse— siempre ha estado aquí. Oculta bajo cárdigans, carnés de biblioteca y sonrisas de catequesis.

Y de alguna manera, Luca Rosetti la vio. La reconoció en la forma cuidadosa en que esquivo las preguntas, en las galas farmacéuticas a las que asisto, en algo invisible para todos los demás, pero tan claro como la sangre para él.

«Nueve cuerpos», su confesión resuena en mi mente mientras me esfuerzo por ponerme de pie. Nueve hombres muertos porque me miraron mal.

La chica de dieciséis años que drogó a Simon Putney susurra: *¿Solo nueve?*

El calor me inunda, mis muslos se contraen al recordar su cuerpo presionándome contra esa puerta. La presión fantasma de su muslo entre mis piernas me hace jadear, y me apoyo en la pared.

Necesito una ducha. Necesito lavar esta sensación, esta perversión que me hace humedecerme en lugar de horrorizarme. Pero ahora sé la verdad: no es perversión lo que intento lavar.

Es reconocimiento.

Porque Luca Rosetti no me está corrompiendo. Solo es la primera persona en ver lo que ya estaba allí.

Mis manos tiemblan mientras abro el agua, poniéndola al máximo. Pero incluso bajo el chorro, incluso frotando mi piel hasta dejarla rosada, no puedo borrar el recuerdo de esos ojos helados. No puedo dejar de sentir su aliento en mi cuello.

La ducha no sirve de nada. Sigo temblando cuando salgo, sigo sintiéndolo en todas partes. Mi apartamento se siente diferente ahora, cargado con la certeza de que está observando. De que siempre ha estado observando.

Intento vestirme, pero la ropa se siente extraña contra mi piel sensible. El camisón de algodón que cojo me recuerda lo que me puse para él, sabiendo que miraba. Todo me recuerda a él. Siento la piel demasiado tirante, cada terminación nerviosa viva.

Me desplomo en mi cama envuelta solo con mi toalla, el agua de mi pelo goteando sobre las sábanas. Esto está mal. Todo sobre esto está mal. Es un asesino, un Rosetti, todo aquello sobre lo que mi

padre me advirtió. El tipo de hombre que destruye a la gente por deporte.

Pero mis dedos ya se deslizan por mi estómago, persiguiendo el recuerdo del calor.

—No —susurro a la habitación vacía—. Esta no soy yo.

Excepto que a mi cuerpo no le importa lo que debería o no debería ser. Mis dedos encuentran el espacio entre mis muslos y un sonido roto se escapa de mi garganta. Estoy tan húmeda que me sorprende; lo he estado desde que apretó su muslo entre mis piernas y me hizo restregarme contra él como un animal en celo.

El recuerdo de estar atrapada contra esa puerta me inunda. Su voz, áspera como cristales rotos: «Pequeña Faith». La forma en que lo dijo, como si fuera dueño de cada sílaba. Como si fuera mi dueño.

Mis dedos encuentran ese punto sensible, y me odio por mi propio tacto. Las sábanas debajo de mí son ásperas contra mi piel hipersensible. Imagino sus manos en lugar de las mías, esos dedos que revelan fotografías con tal precisión haciéndome cosas terribles y maravillosas.

—Luca —jadeo, su nombre derramándose de mis labios mientras me introduzco dos dedos.

La confesión lo empeora todo, lo hace real. Me estoy tocando pensando en un hombre que mata por mí. Que me mira dormir. Que sabe exactamente lo ansiosa que estoy por él en este mismo momento porque probablemente me está mirando a través de sus cámaras.

Ese pensamiento, él observando esto, viéndome deshacerme con su nombre en mis labios, me empuja al límite. Todo se hace añicos, un placer tan intenso que se siente como romperse en pedazos. Mi espalda se arquea sobre la cama, un grito arrancado de mi garganta.

Luego vienen las lágrimas. Lágrimas calientes y furiosas que se mezclan con el agua que aún gotea de mi pelo. ¿Qué clase de persona se corre pensando en un asesino? ¿Qué clase de mujer se excita recordando ser cazada por los pasillos?

Yo, al parecer. En esto me he convertido.

La medianoche llega y se va. Dormir es imposible.

A las 2 a. m., la pantalla de mi portátil brilla demasiado en la oscuridad, pero no puedo dejar de buscar. «Luca Rosetti Chicago» no produce casi nada. Algunas fotos de sociedad donde es una mancha

borrosa en el fondo. Menciones en informes criminales que nunca lo nombran directamente. Sombras y rumores, nada sólido.

«El psicópata de los Rosetti», lo llaman en un foro. «El hermano mediano que se encarga del trabajo sucio de la familia». Esa frase otra vez. Trabajo sucio. Un término tan limpio para algo tan sangriento.

El apellido Rosetti aparece en casos federales, siempre como «personas de interés», nunca condenados. Son dueños de jueces, son dueños de policías. Son los dueños de Chicago.

Profundizo más, siguiendo migas de pan digitales a través de foros y archivos de noticias. «Si Luca Rosetti sabe tu nombre, ya estás muerto», publicó alguien hace tres años. Las respuestas van desde el escepticismo hasta el terror.

Un comentario me hiela la sangre: «Los Rosetti no solo te matan. Te borran. Tu familia olvida tu nombre».

Se me revuelve el estómago. Tony. El barista que se reportó enfermo y nunca volvió. Patterson, que dejó de venir a la biblioteca. ¿Cuántos más?

Admitió nueve. Pero a medida que leo más informes, más desapariciones que coinciden con mi línea de tiempo, me doy cuenta de que son más. Muchos más. El obrero de la construcción que me piropeó hace dos semanas. El borracho que me agarró del brazo fuera de un bar. El repartidor que se quedó demasiado tiempo en mi puerta.

Ha estado matando por mí durante semanas. Eliminando a cualquiera que me hiciera sentir incómoda, que mirara demasiado tiempo, que se atreviera a desear lo que él considera suyo.

Cuerpos en el río, en contenedores de basura, disueltos en los productos químicos que sea que use en ese sótano del que susurran. Todo por mí. Una mujer con la que ni siquiera había hablado hasta esta noche.

Busco más.

El cajón donde guardo sus Polaroids me atrae como la gravedad. Ocho promesas de papel perfectas. «Protegida». «Duerme bien». «Respira». Cada una, un paso hacia este momento. Desdoblo la de esta noche, trazo su caligrafía. Hasta sus letras parecen peligrosas.

El collar de la cruz pesa en mi palma, el oro tibio por haber estado contra mi garganta toda la noche. Lo he llevado todos los días desde que mamá murió, desde que cumplí doce años y mi mundo se

derrumbó. Un recordatorio para ser buena, para ser fiel, para confiar en el plan de Dios.

Pero el plan de Dios probablemente no incluía ponerme cachonda por un hombre que mata como si respirara.

Pongo la cruz en mi mesita de noche, incapaz de soportar su peso por más tiempo. La buena chica católica que la llevó a la gala ya no existe. Quizá nunca existió. Quizá solo era una máscara que usaba para sobrevivir, para parecer normal, para encajar en un mundo que rechazaría a mi verdadero yo.

Mi verdadero yo, que investiga a asesinos a las 2 de la mañana. Que se corre con el nombre de un asesino en los labios. Que no puede dejar de pensar en ojos fríos que prometen violencia y protección a partes iguales.

Me muevo para sentarme en mi escritorio, de cara a la esquina donde siempre me he sentido observada. Si tiene cámaras, estarían ahí. Mi pulso se acelera.

—Sé que estás mirando, Luca.

Las palabras quedan suspendidas en la habitación vacía. Decir su nombre en voz alta hace que mis muslos se contraigan, me hace recordar su voz ordenándome que lo repitiera.

—Has estado observando todo este tiempo. A través de tus cámaras, a través de mis ventanas, en cada momento que pensé que estaba sola. —Mi voz se vuelve más fuerte, furiosa—. Acabo de… tocarme pensando en ti. Me he corrido con tu nombre en mis labios mientras mirabas.

La admisión me quema la garganta, pero continúo.

—¿Estás contento? ¿Es esto lo que querías? ¿Arruinar mis planes cuidadosamente trazados? ¿Destruir años de paciencia en una noche? —Mis manos se aferran al borde del escritorio—. Ahuyentaste a mi objetivo. Lo hiciste huir. Y ahora también me has arruinado a mí. Ya ni siquiera puedo usar mi cruz porque estoy demasiado manchada para ella.

La hermana Catherine diría que estoy confraternizando con el diablo. Tendría razón. Pero el diablo sabe mi nombre, y Dios ha guardado silencio.

El silencio me responde, pero sé que está escuchando. Siempre está escuchando.

Mi teléfono vibra de inmediato, la pantalla se ilumina con un número desconocido. Mi corazón late con fuerza mientras lo cojo,

sabiendo ya quién es.

—Di mi nombre otra vez.

Cuatro palabras que hacen que todo mi cuerpo se encienda de calor. Debería ignorarlo, debería bloquear el número, debería tirar el teléfono. En lugar de eso, mis dedos teclean de vuelta:

—Luca.

Su respuesta es instantánea: —Otra vez.

—No.

—Lo harás. Lo gritarás.

Se me corta la respiración. Incluso a través de un texto, provoca reacciones en mi cuerpo que no puedo controlar. Mis dedos tiemblan mientras tecleo: —Te odio.

—Ódiame más fuerte.

Dios, ¿por qué eso me hace contraerme? ¿Por qué cada palabra suya se siente como un juego previo? —Estás destruyéndolo todo.

—Estoy protegiendo lo que es mío.

La posesión en esas palabras me enfurece y me excita a partes iguales. —No soy tuya.

—Tus dedos húmedos dicen lo contrario.

El teléfono se me resbala de la mano, pero cae boca arriba, y los tres puntos aparecen, para luego materializarse en palabras que no puedo ignorar.

—Pequeña Faith, contéstame o voy para allá.

La amenaza y la promesa en esas palabras me hacen recoger el teléfono y teclear furiosamente. —No te atrevas.

—Entonces pórtate bien y contéstame. ¿Te gustó? ¿Saber que te estaba mirando mientras te follabas pensando en mí?

Lanzo el teléfono al otro lado de la habitación con todas mis fuerzas. Golpea la pared con un crujido seco y se desliza hasta el suelo. La pantalla permanece oscura, rota o simplemente aturdida hasta el silencio. Pero incluso dañado, incluso silencioso, sé que él sigue ahí. Sigue mirando. Sigue poseyendo pedazos de mí que no sabía que existían.

Mañana tendré que enfrentar esta nueva realidad. Esta noche, me siento en la oscuridad, con mis dedos húmedos como prueba de mi caída, sabiendo que todo ha cambiado. La Faith que entró en esa gala ya no existe. Lo que queda es su creación: corrompida, reclamada, completamente destruida para cualquier otro.

El apartamento se sume en el silencio, solo mi respiración y los sonidos lejanos de Chicago por la noche. Debería intentar dormir. Debería al menos vestirme. Debería hacer algo que no fuera sentarme aquí desnuda bajo una toalla, pensando en unos ojos azul pálido y unas manos que matan.

Desde el otro lado de la habitación, mi teléfono vibra de repente contra el suelo. El sonido hace que se me pare el corazón. Me arrastro por el suelo para mirarlo; la pantalla, agrietada pero aún funcional, muestra un mensaje que de alguna manera ha llegado:

—3 a. m. Deja la ventana sin cerrar.

Se me para el corazón. La pantalla del teléfono marca las 2:20 a. m.

Eso es en cuarenta minutos.

Me siento en la cama, mirando el pestillo de la ventana. Mi mano se acerca a él tres veces, retrocediendo cada vez. No lo dejes entrar, grita la parte racional de mi cerebro. Llama a la policía. Huye.

Pero mis dedos trazan las palabras en su última Polaroid. «Lo entiendo».

A las 2:58 a. m., tomo mi decisión. El pestillo se queda echado. Que sepa que no soy tan fácil de reclamar como él cree.

10 - Luca

Son las 3:00 a. m. en punto.

Presiono la palma de mi mano contra el frío cristal de la ventana, probando. El pestillo se mantiene firme contra mi presión: cerrado con llave. La muy cabrona me ha dejado fuera.

Su desafío se me clava hondo, afilado e inesperado. Las tres de la madrugada, justo cuando le dije que la dejara abierta, y mi pequeña Faith ha decidido desafiarme. Se me endurece la polla al instante ante el reto, mientras la rabia inunda mi sistema como adrenalina inyectada.

Leyó mi mensaje. La vi leerlo a través de las cámaras, vi sus dedos temblar mientras procesaba mi orden. La vi caminar hasta esta misma ventana a las 2:55 a. m., quedarse aquí de pie treinta segundos y luego, deliberadamente, echar el pestillo.

El viento de noviembre me atraviesa la chaqueta, pero apenas lo siento. Todo lo que siento es la ventana cerrada bajo mi palma, la barrera que ha puesto entre nosotros. Mi aliento empaña el cristal mientras me inclino, imaginándola al otro lado, probablemente despierta, probablemente escuchando si llego.

Podría romperlo. Un golpe seco y estaría dentro, podría enseñarle exactamente lo que pasa cuando me niega algo. La fantasía hace que se me dispare el pulso: ella despertando con un jadeo para encontrarme de pie junto a su cama, esos ojos color avellana muy abiertos de miedo y de algo más oscuro.

Pero no. Eso sería arrebatar. Quiero que me lo dé. Quiero que ella misma abra esta ventana, que invite al monstruo a entrar, que me suplique por lo que solo yo puedo darle.

Me aparto, estudiando su apartamento en la oscuridad. Tercer piso, la esquina. Salida de incendios en el lado este. Siete posibles puntos de entrada si quisiera forzarla. Pero ya no se trata de forzar. Se trata de hacer que me elija a mí, que elija esto, que elija dejar entrar al diablo.

Bajo al nivel de la calle justo cuando mi móvil vibra. Marco: «¿Dónde coño estás?».

Lo ignoro. Él puede esperar. La familia puede esperar. Todo puede esperar mientras estoy aquí de pie en la oscuridad, tres pisos por debajo de la mujer que se atrevió a dejarme fuera.

Movimiento en su ventana. La cortina se mueve ligeramente y sé que está observando. Bien. Que vea lo que se está negando. Que vea lo que la espera en las sombras.

Saco mi móvil, escribo con una mano sin apartar la vista de su ventana.

—Mi valiente y pequeña Faith, dejando fuera al diablo.

La cortina cae de inmediato. Aparecen tres puntos, desaparecen, vuelven a aparecer. Luego:

—El diablo no estaba invitado.

—El diablo no necesita invitaciones. Toma lo que le pertenece.

—No le pertenezco a nadie.

La mentira me hace sonreír, esa sonrisa perversa que la pondría húmeda si pudiera verla. Porque sí le pertenece a alguien. Me pertenece desde la primera Polaroid, desde antes incluso, desde el momento en que la vi en esa iglesia leyéndoles a los niños mientras yo me deshacía de un problema.

—Tu coño dice lo contrario. Sigues pensando en lo de anoche, ¿a que sí?

No hay respuesta. Pero la cortina vuelve a moverse. Sigue ahí, sigue observando. Mi polla presiona dolorosamente contra mi cremallera, exigiendo una atención que no le daré. Todavía no. No hasta que sea ella quien se la dé.

Es hora de cambiar de táctica. Vuelvo a mi coche, necesito distancia antes de hacer algo que rompa nuestro juego. Algo que termine con ella debajo de mí, gritando mi nombre mientras le demuestro exactamente quién es su dueño.

A las nueve de la mañana estoy aparcado fuera de St. Mary's, observando a través de mi móvil cómo entra en la iglesia. Dudó en la puerta durante treinta segundos, con la mano en el pomo de latón como si pudiera quemarla. Bien. Debería dudar. Debería sentir el peso de lo que hizo anoche, de lo que quiso hacer, de lo que hará.

Lleva un recatado vestido azul que lo cubre todo: cuello alto, mangas largas, el bajo por debajo de las rodillas. Ocultando la piel que he marcado en mi mente, si no con mi boca todavía. El vestido es

una armadura contra su propio deseo, una protección contra lo que sabe que se avecina.

A través de la cámara que instalé hace meses (originalmente por negocios, ahora reutilizada para la obsesión), la vigilo mientras toma asiento en la última fila. Suele sentarse en la tercera fila, a la izquierda. Hoy se esconde.

Su mano va a su collar de cruz, sus dedos jugueteando con el oro. Lo ha llevado todos los días desde que la observo, pero hoy lo toca como si le quemara. Como si supiera lo que hizo anoche, lo que pensó mientras sus dedos se movían entre sus muslos.

Comienza la misa. La vigilo mientras se pone de pie para los himnos, se arrodilla para rezar, pero cuando llega la comunión, se queda sentada. Una anciana a su lado le lanza una mirada de preocupación, pero Faith solo niega con la cabeza, con la vista gacha.

Demasiado culpable para comulgar. Demasiado manchada por lo que quiere de mí.

Le escribo: «Dios sabe lo que hiciste».

La vigilo a través de la cámara, veo cómo se tensa mientras su mano vuela hacia su bolso. Saca su móvil roto, la pantalla todavía resquebrajada por cuando lo estampó contra la pared anoche. El daño me hace sonreír. La prueba de cuánto la afecto, de hasta qué punto le hago perder el control.

Su cara se sonroja al leer mi mensaje, ese bonito color rosa que me hace querer ver hasta dónde le llega.

Responde tecleando en la pantalla dañada: «Dios perdona».

—Pero tú no te perdonas a ti misma.

Levanta la cabeza de golpe, sus ojos escudriñando la iglesia como si pudiera encontrarme en los bancos. Pero no estoy allí. Estoy en todas partes y en ninguna.

—Deja de vigilarme.

—Nunca.

Guarda el móvil, pero veo que al hacerlo le tiembla la mano. La misa continúa a su alrededor, pero ella ya no está presente. Está pensando en mí, en anoche, en lo que vendrá después. Puedo verlo en la forma en que se agarra al banco, con los nudillos blancos por el esfuerzo de quedarse quieta.

Cuando la misa termina, prácticamente sale corriendo, sin detenerse a charlar con los otros feligreses como de costumbre. La

sigo a distancia mientras recorre las cinco manzanas hasta su casa, observándola mirar por encima del hombro a cada pocos pasos.

Buscándome.

Queriendo verme aun cuando lo teme.

Dos de la tarde y estoy en el despacho de Marco para una reunión de emergencia sobre Detroit. Tres de su gente han atacado nuestros cargamentos esta semana, robando producto y enviando un mensaje. Este es el tipo de cosas que inician guerras, que necesitan una respuesta inmediata y decisiva.

Pero mi mente está en otra parte, observando a Faith en la biblioteca desde mi móvil.

—…necesitamos devolver el golpe con fuerza —está diciendo Alessandro—. Eliminar su almacén, dejar claro que…

Faith se inclina para ayudar a un niño pequeño a alcanzar un libro de cuentos, su vestido se sube ligeramente para mostrar la parte de atrás de sus rodillas. Una piel tan inocente, pero sé cómo se vería marcada por mis dientes.

—Luca. —La voz de Marco atraviesa mi concentración—. ¿Qué opinas?

No levanto la vista de la pantalla. Faith se está riendo de algo que ha dicho el niño, toda su cara se ilumina. Preciosa.

—¡Luca! —Alex chasquea los dedos delante de mi cara.

—Encárgate tú y punto —le espeto, sin apartar la mirada de la pantalla.

La habitación se queda en silencio. Ese tipo de silencio que precede a la violencia, donde todos contienen la respiración y esperan la explosión.

—Todos fuera —dice Marco en voz baja. Demasiado baja.

Las sillas se arrastran. Pasos que se alejan. La puerta se cierra con un suave clic que suena como un disparo.

—Mírame.

Finalmente arranco los ojos del móvil. Marco está de pie detrás de su escritorio, con las manos planas sobre la superficie de caoba. Se parece a nuestro padre cuando está a punto de ordenar la muerte de alguien.

—¿Qué coño te pasa?

—Nada.

—¿Nada? —Se mueve alrededor del escritorio, cada paso medido —. Tres cargamentos atacados. Doce millones en producto perdidos.

Nuestra gente esperándonos para que respondamos. ¿Y tú estás mirando tu puto móvil como un adolescente?

—Me estoy encargando.

—No te estás encargando de nada. —Ahora está frente a mí, mirándome desde arriba donde estoy sentado—. Estás vigilando a esa chica en lugar de proteger a esta familia.

—Puedo hacer ambas cosas.

—Demuéstralo. —Se apoya en el escritorio, con los brazos cruzados—. Esta noche. Gael Zapatero. El FBI lo captó hace dos semanas. Hay que encargarse de él.

Zapatero. Conozco el nombre, conozco la dirección, sé que debería ser limpio y rápido. Una bala en la cabeza, el cuerpo disuelto en productos químicos, a la familia se le dice que se fugó con alguna amante.

—Bien. —Pero mis ojos se desvían de nuevo hacia mi móvil. Faith le está leyendo a un grupo de niños ahora, animada, viva, perfecta.

Marco me arrebata el móvil de la mano. Sus ojos se entrecierran al ver lo que hay en la pantalla. Faith, rodeada de niños, con esa sonrisa inocente que oculta lo que realmente es.

—Joder, Luca. —Me lanza el móvil—. Estás completamente jodido.

—Ella está bien.

—Es un riesgo. —Marco vuelve a su silla, de repente con aspecto agotado—. ¿La hija del juez? ¿Sabes lo que pasa si esto sale mal?

—No saldrá mal.

—Ya está saliendo mal. Estás distraído. Eres un chapucero. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Dormir. Recuerdo dormir, antes de empezar a vigilarla. Cuando las noches eran para trabajar, para resolver problemas, para ser el caballo de batalla de la familia. Ahora las noches son para ella. Para verla respirar. Para dejarle regalos. Para asegurarme de que sabe que está protegida.

—No necesito dormir.

—Lo que necesitas es que te miren la puta cabeza. —Pero ahora hay algo más en su voz. No solo rabia. Preocupación—. Esto no es propio de ti.

Tiene razón. El antiguo Luca se habría encargado de Zapatero hace semanas. Habría planeado la destrucción de Detroit hasta la

última molécula. Habría sido el soldado perfecto, el bisturí quirúrgico de la familia.

Pero el antiguo Luca no había conocido a Faith. No la había visto aprender a doblar mensajes de papel en respuesta. No la había sentido restregarse contra su muslo mientras negaba que lo deseara.

—Encárgate de Zapatero esta noche —dice Marco finalmente—. Limpio. Profesional. Demuestra que todavía puedes hacer el trabajo. Luego hablaremos de tu… situación.

Me levanto para irme, pero su voz me detiene en la puerta.

—¿Luca? Si compromete a esta familia, me encargaré de ella yo mismo.

La amenaza hace que algo violento se revuelva en mi pecho. La idea de que Marco toque a Faith, hiera a Faith, incluso mire a Faith, me da ganas de pintar las paredes con su sangre. Sea mi hermano o no.

—No la tocarás.

—Entonces asegúrate de que no tenga que hacerlo.



Zapatero tarda una hora en morir. Más sucio de lo que debería. Más ruidoso. Marco se enterará de esto, sabrá que no seguí las órdenes. Pero Marco no lo entiende. Esto ya no es solo trabajo. Ahora todo gira en torno a ella. La violencia, la obsesión, la necesidad de poseer y proteger y destruir cualquier cosa que se interponga entre nosotros.

Para cuando termino, es más de medianoche. Mi ropa está arruinada, la sangre ha traspasado hasta la piel. Tendré que quemarlo todo, ducharme en el piso franco antes de ir a verla.

Porque voy a ir a verla. Esta noche. No para tomar nada, sino para dejar algo. Para intensificar nuestro juego.

Dos de la madrugada y estoy de nuevo en su dormitorio. Está dormida, acurrucada de lado, una mano metida bajo la almohada donde espera el cuchillo que afilé. La misma posición en la que duerme siempre, excepto que esta noche lleva ese camisón de seda. El que se puso para mí antes de saber mi nombre.

Sabe que voy a venir. Sabe que no puedo mantenerme alejado.

He traído dos cosas. Primero, un vestido. De seda roja que se adherirá a cada curva, mostrará suficiente piel como para que los hombres se queden mirando, se vuelvan estúpidos, se conviertan en objetivos. Cuando se lo ponga, se declarará mía. Reclamándome tanto como yo la reclamo a ella.

Segundo, las bragas que llevaba anoche. Las que estaban empapadas con su excitación, con la prueba de lo que le provoco. Las he mandado limpiar, planchar, doblar perfectamente. El mensaje es claro: tomo lo que quiero, pero lo devuelvo cambiado. Mejorado.

Coloco ambas cosas en su almohada, justo donde las verá cuando se despierte. El vestido cuidadosamente extendido, las bragas encima, una nota metida entre ellas:

«Para cuando estés lista para suplicar».

Se mueve entre sueños, murmurando algo. Me quedo helado, observando su rostro en la tenue luz de la calle. Tan hermosa. De aspecto tan inocente, aunque conozco la oscuridad que vive dentro de ella. La violencia con la que sueña.

Somos iguales, ella y yo. Ambos fingiendo ser humanos.

Su móvil roto descansa en la mesilla de noche, el patrón de telaraña en la pantalla atrapando la luz de la farola. Prueba de su pérdida de control, de a lo que la llevo. Podría enviar otro mensaje, despertarla, hacer que me vea de pie aquí. Pero esto es mejor. La anticipación. El saber que se despertará y descubrirá que he vuelto a estar aquí, que ningún lugar está a salvo de mí, que las ventanas cerradas no significan nada cuando le perteneces a alguien de la forma en que ella me pertenece a mí.

Estoy en la puerta, con la mano en el pomo, cuando lo oigo.

—Luca.

Mi nombre en sus labios dormidos. Lo ha dicho antes. Pero oírlo ahora, inconsciente y sin defensas, susurrado como una oración o una invocación, golpea de otra manera. Este es su subconsciente reclamándome, soñando conmigo, incapaz de escapar de mí ni en sueños.

Me quedo paralizado, cada músculo tenso mientras la vigilo moverse en la oscuridad. Sigue dormida. Sigue soñando. Pero soñando con el verdadero yo. El monstruo que acaba de dejarle unas bragas limpias en la almohada como tarjeta de visita. El Rosetti desquiciado que sabe que no debería desear.

Se me pone la polla dolorosamente dura, y tengo que agarrarme al marco de la puerta para no volver. Para no despertarla y hacer que lo diga de nuevo mientras esté consciente, mientras esté dentro de ella, mientras lo esté gritando.

Mañana. Mañana se pondrá mi vestido rojo, reclamándome tan seguro como yo la he reclamado a ella. Ambos sabiendo exactamente lo que estamos eligiendo.

11 - Faith

Mis bragas.

Limpias, planchadas, dobladas con precisión quirúrgica y colocadas sobre mi almohada como una tarjeta de visita. Las de seda negra que llevé a la gala, las que estaban empapadas con la evidencia de lo que él me hace, ahora impolutas y esperando a que las encontrara.

Estoy paralizada en el umbral de mi habitación, con la toalla envuelta alrededor del cuerpo después de la ducha, el agua goteándome por las piernas mientras contemplo la profanación sobre mi cama. Seis horas desde que lo dejé fuera. Seis horas de sueño intranquilo, soñando con ojos gélidos y manos que matan. Y mientras yo dormía, él estuvo aquí. Dentro de mi apartamento. Dentro de mi dormitorio. Tocando mis cosas.

En mi estado de somnolencia, había ido al baño a trompicones al despertar, apenas abriendo los ojos.

Ahora lo veo. Debajo de las bragas, una seda roja se derrama sobre mis sábanas blancas como la sangre.

Me tiemblan las manos mientras me acerco, sabiendo ya lo que es, temiendo ya el mensaje que envía.

Un vestido. El tipo de vestido que hace declaraciones, marca territorio, inicia guerras. El tipo de vestido que dice que pertenezco a alguien peligroso.

Mi teléfono vibra antes de que pueda procesar ninguno de los dos regalos. Número desconocido, pero reconozco esas palabras:

—Póntelos.

Mis dedos responden, la furia los vuelve torpes: —Jodido enfermo.

—Chorreabas en ellas. —Su respuesta es inmediata, como si hubiera estado esperando.

El calor me inunda la cara, mis muslos se aprietan al recordarlo. —Voy a llamar a mi padre.

—No, no lo harás.

Tiene razón. No lo haré. Ambos lo sabemos. En lugar de eso, levanto el vestido, lo sostengo contra mi cuerpo. El espejo me muestra cómo me vería con él puesto: peligrosa.

—Póntelo cuando estés lista para mí —dice su siguiente mensaje.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque quieres ver qué pasa después.

Lanzo el teléfono sobre la cama, necesitando distancia de sus palabras, de la verdad que encierran. La seda se desliza por mi piel como lo harían sus manos, marcándome como suya incluso mientras me doy la vuelta. El vestido me queda perfecto. Por supuesto. Ha memorizado mi cuerpo a través de sus cámaras, conoce cada curva. Mis pezones se marcan contra la toalla, mi cuerpo me traiciona incluso en la ira.

En su lugar, me pongo unos vaqueros y un cárdigan, el uniforme de alguien inofensivo, alguien que no sueña con la violencia, alguien que ni siquiera piensa en asesinos.

La biblioteca me necesita a las ocho para la formación de voluntarios. Gente nueva a la que enseñar a leer a los niños, a ser gentiles y amables y todo lo que yo ya no soy.

Veinte minutos después, estoy en la sección infantil, rodeada de colores primarios e inocencia, explicando nuestro programa de lectura a tres nuevos voluntarios. Dos jubilados en busca de un propósito y Janine Chapman, recién salida de Northwestern con su título en educación y un entusiasmo que me oprime el pecho.

—Los niños pueden ser tímidos al principio —les digo, sacando libros ilustrados de las estanterías—. Pero si son pacientes, se abrirán. Los libros son espacios seguros para ellos.

Janine se aferra a cada palabra, tomando notas en un cuaderno arcoíris, su coleta rubia rebota cuando asiente. Veintidós años, ojos brillantes, confiada. Me recuerda a mi madre, de alguna manera.

La campanilla de la puerta de la biblioteca suena a las ocho y media. Trent Neumann entra como si el lugar fuera suyo, lo que técnicamente es en parte: gran donante, miembro de la junta, depredador con piel de filántropo.

—¡Señorita Winters! —Su voz resuena en toda la biblioteca, demasiado alta para el lugar—. Justo la persona que quería ver.

Se me revuelve el estómago, el ácido me quema la garganta. Pero me pongo mi sonrisa de bibliotecaria. —¿Señor Neumann, qué le trae por aquí hoy?

—La inspección trimestral de nuestras inversiones benéficas. —Se acerca a nuestro pequeño grupo, pero sus ojos ya han encontrado su objetivo. Se clavan en Janine como un halcón que divisa un conejo. Esa misma evaluación sexual disfrazada de interés profesional que he visto en mil recuerdos.

—¿Y quién es esta joven tan dedicada? —Le extiende la mano a Janine, sujetándola un instante de más cuando ella se la estrecha.

—Janine Chapman, señor. Acabo de graduarme en Northwestern. Educación infantil con una especialización en biblioteconomía.

—Extraordinario. —Su pulgar le roza la muñeca antes de soltarle la mano—. Tanta dedicación en alguien tan joven. Sabe, siempre estamos buscando mentes brillantes en Neumann Pharmaceuticals.

A Janine se le agrandan los ojos. —¿De verdad?

—Por supuesto. De hecho, estamos lanzando una nueva iniciativa educativa. Llevando el conocimiento farmacéutico a los niños pequeños, enseñándoles sobre salud y bienestar. —No ha apartado la vista de ella ni una sola vez—. Creo que los entornos grupales diluyen la experiencia de aprendizaje. El verdadero crecimiento ocurre con atención focalizada, ¿no estaría de acuerdo, señorita Chapman?

—Yo… sí, eso tiene sentido.

Su mano encuentra el hombro de ella, sus dedos presionando con un peso posesivo, un toque que parece paternal pero que se siente como de propiedad. El mismo toque posesivo que vi en esas viejas fotos de él con mi madre en la recaudación de fondos del hospital, semanas antes de que ella muriera.

—Considérelo una pasantía remunerada. Yo la guiaría personalmente. Sesiones individuales donde realmente podamos centrarnos en su desarrollo.

—Eso es increíblemente generoso —musita Janine, prácticamente resplandeciente.

—Tonterías. Invertir en jóvenes talentos es cómo cambiamos el mundo. ¿Por qué no pasa por mi oficina la próxima semana? Podemos discutir su futuro en un entorno más… íntimo.

Me tiemblan las manos mientras finjo ordenar libros, observándolo colocarse más cerca de Janine, observándola a ella dejarse llevar por su atención, completamente inconsciente de que está siendo preparada por alguien que colecciona mujeres jóvenes como trofeos.

—Haré que mi asistente la llame —dice él, soltando finalmente su hombro pero dejando su mano suspendida cerca de su espalda—. Organizaremos algo privado. Solo nosotros.

—Eso suena perfecto, señor Neumann.

Finalmente vuelve a prestarme atención, con esa sonrisa ensayada que nunca flaquea. —Señorita Winters, ha formado a una excelente voluntaria. Estoy seguro de que la echará de menos cuando pase a cosas más grandes.

La amenaza en sus palabras es sutil pero clara: no interfieras.

Después de que se va, Janine prácticamente flota durante el resto de la formación, incapaz de concentrarse en nada que no sea su increíble oportunidad. Los jubilados la felicitan. Yo me muerdo la lengua hasta sangrar.

Alcanzo a Janine antes de que se vaya, mi mano en su brazo quizá demasiado apretada.

—Sobre la oferta del señor Neumann —digo con cuidado—. Por favor, ten mucho cuidado.

Su rostro se torna confuso. —¿Por qué? Es una oportunidad increíble.

—Solo… asegúrate de no estar nunca a solas con él.

—Ese es un consejo raro, Faith. Dijo que sería una tutoría individual.

—Lleva a una amiga. Quedad en lugares públicos. Por favor.

Ella se suelta del brazo, mirándome como si me hubiera salido una segunda cabeza. —¿Te encuentras bien? Estás siendo muy paranoica.

—Estoy tratando de proteger…

—¿De qué? Es un hombre de negocios respetado. Un filántropo. Mis padres estarán muy orgullosos cuando se lo cuente. —Retrocede hacia la puerta—. Quizá deberías tomarte la tarde libre. Pareces estresada.

Y entonces se va, llevándose su inocencia y confianza con ella. He fracasado. La advertencia sonó descabellada. ¿Cómo se dice «mató a mi madre» sin pruebas, sin sonar trastornada?

Pasan tres días. Tres días viendo a Janine resplandecer por su próxima oportunidad. Tres días de intentos fallidos de advertirla. Tres días de pesadillas sobre la historia repitiéndose.

A las nueve de la noche, estoy en mi portátil, rebuscando en registros que ya me sé de memoria. El programa de pasantías de

Neumann Pharmaceuticals. Tres víctimas en cinco años, todas siguiendo el mismo patrón de silencio. Lola Nguyen, contratada en enero, se fue en julio. Presentó una denuncia por acoso que fue retirada en cuarenta y ocho horas. Ahora trabaja en Seattle, no devuelve las llamadas, no habla con los periodistas.

Jennifer Park. Seis meses en la empresa, luego silencio absoluto. Un vacío en su historial laboral que grita trauma. Cuando reaparece, está en terapia, trabajando en una tienda.

Amanda Phillips. La peor. Brillante, ambiciosa, se parecía un poco a mi madre en la foto de la empresa. Duró tres meses antes del intento de suicidio. Los registros del hospital están sellados, pero he reconstruido el patrón. Las coacciona, las rompe, asegura su silencio con acuerdos de confidencialidad y amenazas. Tres víctimas que aprendieron que hablar tiene un precio más alto que permanecer en silencio.

Mi madre fue la única que luchó con la suficiente fuerza como para morir por ello.

Estoy buscando más registros cuando mi teléfono vibra con una alerta de noticias. Sección de entretenimiento, ¿por qué tengo eso activado? Pero el titular hace que se me hiele la sangre:

«Gigante farmacéutico asiste a estreno de cine»

La foto se carga lentamente en mi viejo portátil. La mano de Neumann en la cintura de Janine, posesiva, autoritaria. La misma mano que estaba sobre mi madre en esas fotos del hospital que encontré. La historia repitiéndose mientras yo esperaba pacientemente, jugando según las reglas que protegen a los hombres poderosos. Ella lleva un vestido caro que sé que no es suyo, con aspecto abrumado pero sonriente, interpretando a la perfección el papel de la ingenua.

Otra foto. Él guiándola hacia la entrada del cine, su mano ahora en la parte baja de su espalda, dirigiéndola hacia la oscuridad. La marca de tiempo: hace una hora.

El estreno empezó a las nueve. Son las diez y media. Una hora y media. Ha estado a solas con él en ese cine a oscuras durante una hora y media.

Durante tres latidos, me quedo helada, mirando la foto. La sonrisa de Janine. La mano de él. La oscuridad de la entrada del cine. Entonces cierro el portátil de un golpe y me pongo en marcha, mi paciencia se hace añicos en un instante.

Abro mi armario de un tirón, sacando el vestido rojo, el único apropiado para un estreno de cine. La seda me quema los dedos, pero ya me lo estoy poniendo, subiendo la cremallera con manos temblorosas. La seda se desliza por mi piel como lo harían sus manos, marcándome como suya incluso mientras corro hacia el peligro. El vestido me queda perfecto. Él conoce cada curva.

No hay tiempo para maquillarse, para planificar, para nada que no sea actuar.

La caja fuerte de mi arma está en mi armario, la combinación es la fecha de la muerte de mi madre. La cerradura se abre con un clic, y el peso del arma se siente a la vez ajeno y correcto en mis manos temblorosas. Tanta investigación legal, y aquí estoy, echando mano de mi arma como una justiciera. Como Luca. La idea me revuelve el estómago. ¿Me estoy convirtiendo en él? Pero Janine está en ese cine ahora mismo, en la oscuridad con T.N., probablemente confundida de por qué la mano de él sigue subiendo por su muslo, probablemente demasiado educada para decir que pare.

Mi teléfono explota mientras meto el arma en mi bolso.

—¿Qué estás haciendo?

Lo ignoro, buscando mis llaves. Me tiemblan tanto las manos que se me caen dos veces.

—Faith. Contéstame.

¿Cómo lo sabe? Cámaras. Por supuesto que hay cámaras. Una parte de mí odia la invasión, pero otra parte se siente más segura sabiendo que está vigilando. Incluso ahora, incluso cuando estoy a punto de hacer una estupidez.

Llega un tercer mensaje de texto. —Te estás poniendo el vestido. ¿Por qué?

Siguiendo sin hacerle caso, cojo el teléfono y las llaves.

—¿A dónde vas?

—Esa es tu arma de la caja fuerte.

Lo sabe todo. Cada movimiento que hago, cada aliento que tomo. Pero no está aquí. No puede detenerme.

—Espérame.

Los mensajes llegan más rápido ahora, todavía controlados pero urgentes:

—Faith, para.

—Sea lo que sea que estés planeando.

—A tres minutos.

—No salgas de ese apartamento.

—Yo me encargaré de Neumann.

—Solo espera.

Pero no puedo esperar. Cada segundo que dudo es otro segundo que Janine está a solas con él. Otro segundo para que le haga a ella lo que les ha hecho a todas las demás. Lo que le hizo a mi madre.

Salgo disparada por la puerta de mi apartamento, los tacones repiqueteando contra el suelo del pasillo mientras corro hacia las escaleras. Tres minutos, dijo. Eso significa que tengo quizá dos antes de que él esté aquí, antes de que me detenga, antes de que su protección se convierta en una prisión.

El aparcamiento resuena con mis pasos, el vestido rojo me dificulta correr, pero no me importa. Ya he perdido demasiado tiempo. No perderé ni un minuto más.

Mi teléfono vibra sin parar mientras busco a tientas las llaves del coche.

—Te veo en el garaje.

—Para.

—Faith, escucha.

—Es peligroso cuando se le acorrala.

—Deja que yo me encargue de esto.

—Vuelve aquí. Ahora.

—FAITH.

Lanzo el teléfono al asiento del copiloto y arranco el motor. El volante de cuero me quema bajo el agarre, resbaladizo por el sudor. El vestido rojo se me sube por los muslos mientras conduzco. El lugar del estreno está a quince minutos si acelero. Janine ya ha estado a solas con él noventa minutos. Son noventa minutos de más.

Los neumáticos chirrían al salir del aparcamiento, casi rozando la barrera de seguridad. Detrás de mí, los faros del coche de Luca parpadean en mis retrovisores como un pulso, como sus manos alcanzándome a través de la oscuridad. Tres minutos por detrás, como prometió. Siempre vigilando, siempre siguiéndome, siempre tratando de protegerme del mundo.

Pero esta noche no necesito protección. Esta noche necesito ser la espada en lugar del escudo.

¿Cuántas Janines ha habido mientras yo apostaba a largo plazo? ¿Cuántas mujeres rotas o muertas porque elegí la justicia legal en lugar de la acción inmediata?

Esta noche no. Janine no. Nunca más.

Mis manos se afianzan en el volante mientras me salto un semáforo en rojo. Que Luca me siga. Que vigile. Que vea lo que pasa cuando llevas a las chicas buenas demasiado lejos.

El arma pesa en mi bolso, una promesa y una amenaza combinadas. El arma de mi padre, cargada con las balas que compró para protegernos después de la muerte de mamá. Justicia de hierro para los monstruos que la ley no toca. Ya no me tiemblan las manos. Doce años siendo buena, y solo hace falta una foto para convertirme en la hija de mi madre. Lista para defenderse con todo menos con palabras.

Detrás de mí, esos faros se acercan, Luca llevando su coche al límite. Pero conozco estas calles mejor, conozco cada atajo de años memorizando rutas de escape.

Dos giros más y estaré allí. Dos giros más y evitaré que otro cordero sea sacrificado.

Mi teléfono se ilumina en el asiento del copiloto, la pantalla brillante en la oscuridad. Ya no son múltiples mensajes. Solo uno:

—Cuando te atrape, mi pequeña Faith, vas a suplicar.

La amenaza me hace pisar más fuerte el acelerador, incluso mientras el calor se acumula entre mis muslos, el vestido de seda roja subiendo más con cada cambio de marcha. Su vestido. Marcándome como suya incluso mientras corro hacia otro hombre. Detrás de mí, esos faros se acercan. Ya no solo me siguen. Me cazan.

El asiento de cuero ya está húmedo bajo mi cuerpo, respondiendo a su persecución incluso mientras mi mente se mantiene centrada en Janine. Esto es lo que somos juntos: violencia y deseo tan enredados que ya no puedo separarlos. Me va a atrapar. Ambos lo sabemos. La única pregunta es si la salvaré a ella primero.

Un giro más. Mi dedo encuentra el seguro del arma y lo quita. El metal está frío contra el calor que se acumula entre mis piernas, el contraste me hace temblar.

Ven a atraparme, Luca. Pero primero la salvaré a ella.

Luego podrás hacerme lo que quieras.

12 - Luca

El motor del Maserati ruge mientras me salto un semáforo en rojo, siguiendo sus luces traseras por el laberinto de calles de Chicago. Toma Lake Shore Drive —una temeridad a esta velocidad— y luego atraviesa Lower Wacker. Conoce estas calles mejor de lo que esperaba.

Mi teléfono muestra su rastreador moviéndose hacia el distrito de los teatros. Janine. De verdad va a intentar salvarla.

11:05 p. m. La persecución termina donde empezó: conmigo siguiendo a Faith hacia la oscuridad.

Sus luces traseras desaparecen en el carril del aparcacoches del teatro veinte segundos antes que mi Maserati. He contado el tiempo mientras forzaba el motor más allá de los límites de seguridad, viendo pulsar su rastreador en la pantalla de mi teléfono. He estado empalmado desde que huyó de su apartamento con ese vestido rojo, la seda aferrándose a cada una de sus curvas.

El aparcacoches da un respingo cuando freno con un chirrido. Le lanzo las llaves sin mirar, con mi atención centrada en una sola cosa: Faith. Mi Faith, a punto de destruirse por venganza mientras lleva el vestido que elegí para marcarla.

La gente en el vestíbulo se aparta a mi paso. Siempre lo hacen cuando un Rosetti está de caza. Me fijo en las salidas y los testigos automáticamente, pero mi verdadera atención sigue ese destello rojo que desaparece en el teatro. La forma en que ese vestido se le sube por los muslos cuando camina, la forma en que sus caderas se mueven con determinación desesperada, hace que quiera doblegarla sobre el mostrador y enseñarle a todo el mundo a quién pertenece exactamente.

Dentro del teatro, mis ojos se adaptan rápidamente. Tercera fila: Neumann con la mano en el muslo de la joven voluntaria. Janine, la rubia a la que Faith ha estado intentando proteger. Caminando por el pasillo: Faith, con la mano hundida en el bolso, los dedos en el gatillo

de la pistola de su padre. Sus hombros tiemblan de rabia y adrenalina.

De verdad va a hacerlo. Acercarse y ejecutarlo delante de doscientos testigos. Echarlo todo a perder por un momento de satisfacción.

No en mi Vigía.

La alcanzo justo cuando se tensa para sacar la pistola del bolso. Mi mano agarra su muñeca, una fuerza controlada, suficiente para dominar sin hacer daño. Su pulso martillea contra mi pulgar.

—No. Aquí. —El gruñido contra su oreja la hace temblar. Lo siento a través de nuestras manos unidas, esa respuesta involuntaria que su cuerpo siempre tiene hacia mí.

—¡Suéltame! —Su susurro desesperado va directo a mi polla.

No respondo, solo aplico una presión que la obliga a darse la vuelta y salir. Lucha maravillosamente: arañando, retorciéndose, todo mientras intenta no llamar la atención. Cada forcejeo presiona su cuerpo contra el mío, y tengo que concentrarme para no tirarla al suelo aquí mismo en el pasillo.

Las luces fluorescentes del pasillo revelan todo lo que la oscuridad ocultaba. Sus pupilas dilatadas por la furia, los labios entreabiertos, el pecho agitado en ese vestido rojo que le queda como si se lo hubiera pintado sobre la piel. El contorno de sus pezones endurecidos se transparenta a través de la seda.

—¡Janine está ahí dentro con él! —Tira de mi agarre y el movimiento hace que sus pechos reboten—. ¡La tiene ahora mismo!

—Tu madre está muerta. —La verdad brutal la detiene en seco—. Y tú estabas a punto de unirte a ella.

La arrastro hasta el guardarropa, la empujo dentro y nos encierro. Retrocede contra los abrigos colgados, la lana y las pieles de diseño creando una jaula cara a su alrededor.

—¡No lo entiendes!

—Sé exactamente quién es Trent Neumann. —Me acerco más, observando cómo su cuerpo responde a pesar de su ira. La forma en que sus pezones se endurecen aún más, visibles a través de la seda roja. La forma en que sus muslos se mueven—. Lo sé todo sobre ti, mi pequeña Faith. Cada secreto que crees haber escondido. Cada vez que has tocado ese coño bonito pensando en la violencia. —Mi sonrisa se tuerce—. Cada vez que lo has tocado pensando en mí.

Saco la pistola de su bolso y vacío las balas en el suelo. Se desparraman como promesas, cinco oportunidades de venganza que nunca podrá tomar.

—¿Toda esa planificación para echarla a perder?

—¡Tiene a Janine AHORA!

—¿Y tu cadáver la salvaría? —La aprisiono contra la pared, lo suficientemente cerca para que sienta mi erección presionando contra su estómago. Se le corta la respiración, ese pequeño jadeo que me hace querer abrirle los labios a la fuerza y follarle la boca hasta que entienda quién es su dueño.

—Tus pupilas se dilatan cuando estoy cerca.

—Es miedo.

—Tu pulso se acelera aquí. —Mi dedo roza su garganta, sintiendo su carótida disparada—. Al mismo ritmo que cuando te corres. Te he observado, Faith. He contado cada respiración, cada gemido cuando te follas con esos dedos delicados.

—Para.

Pero ya se está inclinando hacia mí, con las caderas hacia delante hasta que hay más presión donde mi polla se encuentra con su cuerpo. El calor entre nosotros podría derretir acero.

—Ya estás lista para mí. —No es una pregunta. Puedo oler su excitación, ese almizcle dulce que me ha estado volviendo loco durante semanas—. Lista para el monstruo que mata por ti.

—¡Necesito salvarla!

—Yo me encargaré de Neumann. Después de que admitas la verdad.

—¿Qué verdad? —Su voz se quiebra al pronunciar las palabras.

—Que has sido mía desde la primera fotografía que te tomé. La primera que te dejé.

Mi mano encuentra su muslo y se desliza lentamente hacia arriba, dándole tiempo para detenerme. No lo hace. La seda roja se amontona bajo mi palma mientras subo más, encontrando el borde de encaje de sus bragas. Están empapadas. Puedo sentir el calor incluso antes de tocarla como es debido.

—Todos esos hombres, Faith. —Mis dedos trazan el borde de ese encaje empapado—. Muertos porque se atrevieron a desear lo que es mío.

Separa más las piernas. Involuntariamente. Perfecto.

—Dime que pare. —Deslizo un dedo bajo el encaje, encontrando su coño chorreando, hinchado, listo—. Dime que no quieres esto.

En lugar de responder, balancea las caderas hacia delante, buscando más contacto. Se lo doy: dos dedos que se hunden dentro sin previo aviso. Su coño se contrae de inmediato, tan apretado y caliente que tengo que apretar los dientes contra la necesidad de reemplazar mis dedos con mi polla.

—El camarero que hizo comentarios sobre tus labios tardó tres horas en entender su error. —Curvo los dedos hacia delante, encontrando ese punto que hace que todo su cuerpo se sacuda—. Le hice rogar, Faith. Le hice pedir perdón a tu foto mientras se desangraba.

Establezco un ritmo brutal, follándola con los dedos mientras mi pulgar encuentra su clítoris. Está tan mojada que los sonidos son obscenos, ese deslizamiento húmedo de mis dedos en su coño resonando en la pequeña habitación.

—¿El obrero de la construcción que te silbó? —Añado un tercer dedo, estirándola, viendo cómo su boca se abre ante la invasión—. Cuatro horas. Sus manos nunca volverán a tocar a otra mujer.

Su coño se contrae alrededor de mis dedos, ondulando con cada embestida. Ya está cerca. Puedo sentirlo en la forma en que sus paredes tiemblan, en la forma en que sus caderas persiguen mi mano desesperadamente.

—¿Patterson, el que te agarró la muñeca? —Aumento la presión en su clítoris, viéndola ascender hacia el orgasmo—. Seis horas en mi sótano. Al final gritaba tu nombre, suplicaba tu perdón mientras le quitaba partes que nunca volverá a usar.

—¡Oh, Dios!

—No es Dios, mi pequeña Faith. Soy yo. Soy tu dios ahora. El que responde a tus plegarias con sangre.

Presiono más fuerte, más rápido, follándola con los dedos hasta que tiembla. Su coño está tan apretado, contrayéndose rítmicamente, tratando de atraerme más profundo. Los sonidos de mis dedos en su coño llenan la habitación, mezclándose con sus pequeños gemidos desesperados.

—Vas a correrme para mí. —Me inclino y le muerdo el cuello con la fuerza suficiente para dejar una marca—. Córrete en mis dedos mientras piensas en esos hombres muriendo por ti. Mientras entiendes que mataré a cien más si se atreven a mirarte.

Eso la rompe. Su orgasmo la golpea con fuerza, el coño apretándose en mis dedos en oleadas, todo su cuerpo convulsionándose. La domino sin piedad a través de él, sin dejarla escapar del placer, obligándola a tomar todo lo que le doy.

—Eso es —gruño contra su garganta—. Córrete para tu asesino. Muéstrame lo caliente que te pones pensando en la sangre de mis manos.

Grita, no lo suficientemente alto como para que alguien de fuera la oiga, pero lo suficiente como para que yo reproduzca el sonido para siempre. Su coño pulsa y pulsa, empapando mi mano, goteando por sus muslos. Mantengo mis dedos dentro de ella, sintiendo cada réplica, cada temblor.

Cuando finalmente se queda quieta, saco los dedos lentamente. Están cubiertos de su excitación, relucientes bajo la luz del techo. Mantengo el contacto visual mientras chupo cada dedo hasta dejarlo limpio, saboreando su gusto: dulce y adictivo.

—Joder —resopla, todavía temblando contra la pared.

—La próxima vez —prometo, ajustando mi polla dolorosamente dura en mis pantalones—. La próxima vez te doblegaré y te follaré como es debido. Haré que grites tan fuerte que todos en la ciudad te oirán.

La promesa la hace apretar los muslos. Puedo decir que su cuerpo se está preparando para mí, incluso mientras su mente lucha por procesar lo que acaba de suceder.

—Vete a casa, Faith. Ahora.

—¡Pero Janine!

—Está bajo mi protección porque está bajo la tuya. —Abro la puerta, aunque cada instinto me grita que la cierre de nuevo y termine lo que empezamos—. Todo lo que es tuyo me pertenece ahora. Tu venganza, tu justicia, cada persona que te importa. Todo mío para protegerlo o destruirlo.

Se aparta de la pared con piernas temblorosas, el vestido rojo arrugado, marcado con las huellas de mis manos. Parece completamente follada a pesar de llevar aún la ropa puesta.

Cuando pasa a mi lado, la agarro de la muñeca una vez más, acercándola lo suficiente para susurrarle: —Cuando llegues a casa, vas a tocarte pensando en esto. En mis dedos dentro de ti. Y vas a correrme de nuevo, imaginando que estoy ahí observando. Porque siempre estoy observando, Faith. Siempre.

Me sostiene la Mirada por un segundo. —¿No lo mates?

—¿A Neumann?

—Necesito ser yo quien lo derribe.

Esos ojos de acero me sujetan, más fuerte que cualquier enlace iónico, y no puedo evitarlo. Asiento. —No morirá esta noche. Solo me llevaré a la chica.

Huye sin decir una palabra más, sus tacones inseguros sobre la alfombra. La Vigía mientras se va, mi polla latiendo con cada latido del corazón, su sabor aún cubriendo mi lengua. La visión de ella tambaleándose en ese vestido hace que algo primitivo ruja en mi pecho.

Luego me vuelvo hacia el teatro donde mi presa me espera.

13 - Faith

El aparcacoches me trae el coche y le doy una propina con dedos temblorosos. El trayecto a casa es una maraña de farolas y autorreproches. Tomo tres desvíos equivocados, con la mente reviviendo cada segundo en aquel armario. La forma en que supliqué. La forma en que me rompí en mil pedazos.

Mi apartamento me resulta extraño cuando por fin llego a las dos de la madrugada. Me quedo de pie en el umbral, completamente vestida, con miedo de que si me acuesto, soñaré con él. Miedo de que si no lo hago, me quedaré despierta deseándolo.

Llego a un punto intermedio sentándome a la mesa de la cocina hasta el amanecer, todavía con el vestido puesto, preparando mentiras para el desayuno con mi padre.

La cafetería huele a grasa y al consuelo de la infancia, nuestra tradición semanal desde que mamá murió. Papá se sienta frente a mí en nuestro reservado de siempre, el vinilo rojo agrietado por años de mañanas de domingo como esta. Miro mis tortitas, incapaz de concentrarme en otra cosa que no sea el eco en mi mente.

Hombres muertos por ti.

Su voz de anoche se repite sin cesar, ese gruñido áspero contra mi oído mientras sus dedos estaban dentro de mí. Aprieto mi taza de café con más fuerza, intentando anclarme en el presente, pero las manos me tiemblan tanto que la cerámica traquetea contra la mesa de formica.

—¿Faith? —la voz de papá atraviesa mi espiral—. ¿Estás bien, cariño?

—Bien —la mentira me quema en la lengua.

Me observa por encima de su propio café, con esos agudos ojos de juez a los que no se les escapa nada. Llevo años mintiéndole sobre mis planes con Neumann y nunca he cometido un desliz. Pero ahora mi cuerpo me traiciona con cada aliento, recordando el tacto de Luca, su sabor, la forma en que me hizo deshacerme en aquel guardarropa.

—Sabes que la vista previa al juicio de los Rosetti empieza el mes que viene —dice papá con cautela, observando mi reacción—. Robo a mano armada, tres muertos. Aunque por supuesto se librarán. Siempre lo hacen.

Mis muslos se contraen involuntariamente. Tres muertos. ¿Solo tres? Luca ha matado a nueve hombres solo por mirarme mal.

Se cae un plato en la cocina y el estruendo me hace saltar. El café se me resbala de los dedos temblorosos y el líquido marrón se extiende por la mesa.

—Por Dios, Faith. —Papá coge servilletas, limpiando el derrame mientras yo me quedo paralizada—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Lo siento. Es solo que…

—Has estado rara últimamente. —Estudia mi cara y me obligo a mirarle a los ojos—. Distraída. Nerviosa.

—Las fiestas siempre son un ajetreo en la biblioteca —consigo decir, cortando mis tortitas con unas manos que no dejan de temblar —. Además, estoy cansada de planificar la recaudación de fondos de la biblioteca anoche.

Papá asiente despacio, pero su expresión no se suaviza. —Hablando de anoche.

Mi tenedor se congela a medio camino de mi boca. El sirope de mis tortitas forma un charco espeso y dorado en el plato.

—Alguien te vio en el Teatro Arcadia —sus palabras caen precisas y pesadas—. Durante el estreno. Saliendo de un guardarropa.

Mi mente repasa las posibilidades a toda velocidad. ¿Quién podría haberlo visto? ¿Uno de los contactos de papá? ¿Alguien que le informa sobre los Rosetti?

—Yo no estuve en ningún estreno. —La mentira me quema la garganta—. Llegué a casa temprano, ¿recuerdas? Me enviaste un mensaje para que tuviera cuidado.

—El testigo dijo que parecías desaliñada. —Se inclina hacia adelante, bajando la voz—. Dijo que estabas con un hombre de los Rosetti. Alto, pelo oscuro, traje caro.

El apellido de la familia de Luca en los labios de mi padre suena pecaminoso. Como mis recuerdos, cómo me hizo suplicar, cómo me hizo correrme mientras confesaba sus asesinatos.

—Debe haberse equivocado. —Me obligo a tomar un bocado de tortita. Se me asienta pesadamente en la lengua—. Hay muchas rubias en Chicago.

—Faith. —Su mano cubre la mía sobre la mesa—. Sabes lo que son los Rosetti. Ya te he advertido sobre ellos antes.

Sé exactamente lo que hace Luca. Sé que ha matado a más de una docena de hombres que me miraron mal. Sé que me observa mientras duermo. Sé que sus dedos pueden hacerme olvidar años de cuidadosa planificación.

—Sé que debo mantenerme alejada de ellos —digo, las palabras tan huecas como mis muslos que se aprietan bajo la mesa.

—Especialmente de Luca. —El agarre de papá se tensa en mi mano—. ¿Recuerdas lo que te dije? Es el peor de todos. Un auténtico perturbado. Las cosas que ha hecho, los cuerpos que han encontrado… o no han encontrado… —Se interrumpe, negando con la cabeza—. El mes pasado, las manos de alguien fueron entregadas a su viuda en una caja de regalo. Esa es la firma de Luca. No se limita a matar. Hace arte del sufrimiento.

Mi vientre se contrae. Dios me perdone, pero oír hablar de su violencia mientras mi cuerpo aún recuerda su tacto… Estoy enferma. Necesito ver a un psiquiatra.

—Solo prométeme que tendrás cuidado.

—Lo prometo. —Otra mentira que añadir a mi colección, otro pecado que tendré que confesar si alguna vez puedo volver a enfrentarme al padre Murphy.

—El testigo fue muy específico —continúa papá, sin soltar mi mano—. Dijo que la chica era idéntica a ti, salvo por la ropa.

—Papá, a las once estaba en casa. Puedes comprobarlo con la junta de la biblioteca si quieres. —Libero mi mano, rodeando mi taza de café con ella, aunque la cerámica no ofrece calor contra el hielo de mi pecho—. Tu hombre se equivoca.

Pero él sigue observándome con esos ojos de juez, viendo algo que ya no puedo ocultar. El cambio en mí. La corrupción que comenzó con una polaroid y estalló en un guardarropa.

Me salto la misa por primera vez en mi vida y voy directa a la biblioteca. Debería ser mi santuario, pero incluso aquí me estoy desmoronando. Caras resplandecientes me miran durante la hora del cuento infantil, esperando a que continúe la historia que llevo semanas contándoles. El libro tiembla en mis manos, las páginas susurrando con cada sacudida.

El olor a papel viejo y cera de colores, normalmente reconfortante, ahora se mezcla con el aroma fantasma de colonia

cara y sangre que no puedo quitarme de la piel. Cada vez que respiro, lo huelo a él.

—Y entonces la princesa… —Me detengo, perdiendo por completo el hilo de la página. Las palabras se vuelven borrosas. Todo lo que puedo ver son unos ojos azul pálido. Todo lo que puedo oír es un *pequeña Faith* gruñido contra mi oído.

Me doy cuenta de que he estado trazando letras inconscientemente con el dedo en el margen del libro. L-U-C-A. Retiro la mano de un tirón.

—¿Señorita Faith? —La pequeña Lily tira de mi falda, su voz aguda e inocente—. ¿Qué pasa después?

Bajo la mirada hacia ella, esta niña inocente que no tiene idea de que su bibliotecaria favorita pasó la noche anterior con los dedos de un asesino dentro de ella, probándose a sí misma en su lengua. Las voces de los niños suenan como un juicio, como si supieran en qué me he convertido.

—Yo… la princesa…

Sarah, mi compañera de trabajo, interviene con fluidez. —¿Por qué no termino yo la historia hoy? La señorita Faith no se encuentra bien.

Pero mientras me voy, lo veo: un hombre con un traje oscuro junto a la sección de consulta, fingiendo leer pero observándome por encima de su libro. Uno de los hombres de Luca. Asegurándose de que sepa que nunca estoy sola, que nunca soy libre.

Me escapo al baño, agarrándome al frío lavabo de porcelana mientras mi reflejo me devuelve la mirada. Me veo exactamente igual: rebeca, falda recatada, pelo recogido en un moño pulcro. Pero por dentro me estoy deshaciendo, descosiéndome por las costuras de las que Luca tiró.

La tarde no hace más que empeorar. La reunión de la Fundación Neumann para la que me he estado preparando, mi oportunidad de acercarme a los registros, y apenas puedo concentrarme. No hay ni rastro de Janine esta mañana, y espero que eso signifique que escapó ilesa después del estreno, tal y como prometió Luca.

—Faith. —La voz de Neumann atraviesa mi espiral—. Pareces distraída hoy.

Su mano se posa en mi hombro, pesada y posesiva, y me estremezco violentamente. El movimiento es demasiado obvio,

demasiado revelador. Sus dedos se aprietan, presionando puntos que hacen que mi brazo hormiguee con una advertencia.

—Nerviosa —observa, estudiándome con esos ojos fríos—. No pareces la misma de siempre, tan alegre.

Nueve hombres muertos por mí. Luca quitaría esta mano. Probablemente quitaría todo el brazo. El pensamiento me excita en lugar de horrorizarme, y me odio por ello. ¿En quién me estoy convirtiendo?

—Solo estoy cansada, señor Neumann. —Imagino su mano en el hombro de mi madre y el mundo entero se tambalea a mi alrededor.

Me levanto demasiado rápido y su mano se aparta. —Disculpe. Necesito usar el baño.

Huyo, saliendo de la biblioteca en línea recta hacia casa.

Mi apartamento parece una jaula. Llevo dos horas dando vueltas, marcando un camino en la alfombra. Mi cuerpo vibra de rabia y necesidad y años de control desmoronándose. Necesito salir a correr para liberar esta energía nerviosa, pero no consigo hacer otra cosa que pasear e imaginar el cuerpo decapitado de Neumann.

Mi teléfono agrietado yace en la mesa de centro; la telaraña de la fractura en la pantalla es de cuando lo tiré contra la pared. Llevo todo el día luchando contra el impulso, diciéndome que no lo usaré, que no cederé. Pero mi determinación se debilita con cada vuelta que doy a mi apartamento.

El tablón de pruebas me mira desde el otro lado de la habitación. Fotos de Neumann, documentos que he recopilado, conexiones que he trazado. Doce años de paciencia, de interpretar a la perfecta inocente, de acercarme a su círculo. Doce malditos años.

Y una noche con el tacto de Luca lo ha arruinado todo.

El vestido rojo cuelga en mi armario como una acusación. Me lo puse para salvar a Janine, pero lo único que hizo fue llevarme a él. A esos dedos. A ese guardarropa. A mi completa perdición.

Cojo la pila de papeles más cercana y la lanzo por la habitación. Se esparcen como hojas muertas; todo mi cuidadoso trabajo no significa nada porque no puedo concentrarme, no puedo pensar, no puedo hacer nada más que recordar sus dedos dentro de mí.

—¡Mierda! —grito a la habitación vacía, sabiendo que me está observando a través de sus cámaras, sabiendo que puede verme desmoronarme.

Abro mi portátil y busco psiquiatras cerca de mí, pero mientras escaneo la lista, sé que nadie puede curarme. Estoy rota en algún lugar profundo de mi interior, olvidando a mi padre, olvidando a Dios, dejándome caer en un pozo del que ni siquiera quiero escapar.

Lo necesito. Sus manos, su boca, su polla. Necesito que termine lo que empezó en ese guardarropa. Necesito que destruya lo que queda de mí para que pueda dejar de fingir.

El tablón de pruebas se burla de mí. Cojo otro puñado de documentos, lista para destruirlo todo, cuando mis ojos se posan en mi teléfono dañado.

Mi vida ya está arruinada. ¿Qué más da una terrible decisión más?

Mis dedos tiemblan mientras le envío un mensaje en mi pantalla agrietada: —Tenemos que vernos en persona.

Su respuesta es inmediata, como si hubiera estado esperando: —Por fin.

—Mañana. En algún lugar público. —Incluso ahora, intento mantener algo de control, alguna barrera.

—No. Esta noche. En tu apartamento. —Su mensaje exige una rendición total.

Mi risa es amarga. —Eso no es seguro.

—No has estado a salvo desde que te vi, pequeña Faith. Deja de fingir lo contrario.

La verdad de sus palabras me oprime el pecho. Nunca he estado a salvo de él. No desde esa primera imagen borrosa de mí, quizá ni siquiera desde antes. Quizá he estado caminando hacia este momento toda mi vida, hacia la pesadilla que destruiría todo lo que he construido.

—Una hora —le respondo, sabiendo ya que estoy cometiendo un error.

—Treinta minutos. Abre la puerta.

—Luca…

—Cada minuto que me haces esperar es otro hombre que te miró mal hoy y que no verá el mañana.

La amenaza no debería excitarme. Pero ya estoy caminando hacia mi puerta, girando la cerradura. Rindiéndome ya a lo que venga después.

Apago las luces una por una, dejando que la oscuridad llene mi apartamento. Si voy a caer, que sea en la penumbra, donde pueda

fingir que todavía es un sueño.

Porque tiene razón. No he estado a salvo desde que me vio. Pero quizá estar a salvo nunca fue lo que quise. Quizá he estado esperando toda mi vida a alguien lo suficientemente peligroso como para igualar la oscuridad que llevo dentro.

Veintiocho minutos para que llegue. Mi cuerpo ya se prepara, ya duele.

Que venga. Que destruya lo que queda de mi control. Al menos entonces podré dejar de fingir que soy buena.

Al menos entonces podré ser lo que realmente soy: suya.

El pomo de la puerta gira.

14 - Luca

Mi mano gira el pomo de su puerta a los treinta minutos exactos. Ni veintinueve, ni treinta y uno. El control es lo que me separa de los hombres que he matado por ella. La puerta se abre y revela a Faith, todavía con la misma ropa con la que huyó antes, con las pupilas dilatándose de par en par ante mi presencia a pesar de la intensa luz del pasillo.

Ha estado esperando. Lo sé por cómo permanece completamente inmóvil, como si se hubiera quedado congelada junto a la puerta desde que me mandó el mensaje, temerosa de adentrarse en su apartamento sabiendo que yo venía. Su respiración es superficial, controlada. Ha estado ensayando qué decir.

—No has usado la ventana —su voz vacila entre la acusación y el alivio.

—Esta noche soy un invitado, no un fantasma —entro, observando cómo retrocede exactamente tres pies. Lo bastante cerca para parecer acogedora, lo bastante lejos para mantener la ilusión de seguridad. Conmigo no hay seguridad, pero le permito la comodidad de la distancia. Por ahora.

Esto es diferente. Estar aquí sabiéndolo ella, con su permiso. El apartamento huele igual: a jazmín, a vainilla, a ese aroma subyacente que es puramente Faith. Pero el aire arrastra una nueva tensión. Miedo mezclado con expectación. Ira aderezada con excitación. La química de su cuerpo prácticamente grita contradicciones.

Lo asimilo todo con la misma precisión que utilizo al planear un asesinato. El tablón de pruebas que ya no se molesta en esconder. La copa de vino vacía sobre la mesa de centro, una mancha de pintalabios en el borde que me dice que necesitó valor antes de enviarme el mensaje. La forma en que le tiemblan las manos al cerrar la puerta detrás de mí, echando el cerrojo como si importara, como si no pudiera romperlo de un solo golpe si fuera necesario.

—Has sido puntual —dice, rodeándose el cuerpo con los brazos. Una postura defensiva, pero sus pezones están duros bajo el

cárdigan. Su cuerpo traicionando lo que su mente no admite.

—¿Esperabas que te hiciera esperar? —Me adentro más en su espacio, notando cómo sigue mis movimientos—. Eso es para los castigos, mi pequeña Faith. Esta noche es una negociación.

Su risa es amarga, afilada.

—Negociación. ¿Así es como lo llamamos ahora?

—Estás arruinando mis planes —dice, levantando la barbilla con un desafío que hace que se me contraiga la polla. Incluso aterrorizada, incluso furiosa, me encara directamente. Sin acobardarse. Sin suplicar. Solo esa columna de acero que llevo semanas observando.

—Tú estás arruinando mi control —replico, dejando que oiga la verdad en ello. Veintiocho años de disciplina perfecta, y esta bibliotecaria con sus cárdigans suaves y su violencia oculta me tiene actuando como un aficionado. Siguiéndola a estrenos. Enviándole mensajes como un tonto enamorado. Dejando vivir a Neumann cuando todos mis instintos gritan que acabe con él.

La confesión flota entre nosotros, tan pesada como la sangre en el agua. Ahora está temblando, pero no de frío. Este apartamento es cálido. Lo sé porque he comprobado el termostato durante mis visitas. Esto es pura reacción a mí, a lo que nos estamos convirtiendo juntos.

—Háblame de Neumann. Todo.

Se da la vuelta y se acerca a la ventana donde me ha dejado tantos mensajes de papel doblado.

—Ya lo sabes.

—Sé los hechos —la sigo, manteniendo exactamente dieciocho pulgadas entre nosotros. Lo bastante cerca para que sienta mi presencia, lo bastante lejos para que no pueda decir que la estoy agobiando—. Su nombre. Su empresa. Que mató a tu madre. Quiero TU verdad.

—¿Por qué importa? —No me mira, pero puedo ver su reflejo en la ventana. Esos ojos color avellana brillan con lágrimas no derramadas.

—Porque tú importas —las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas. Una debilidad que ni siquiera reconoce.

Su risa es hueca, rota.

—¿Quieres añadirlo a tu lista de cadáveres?

—Aquellos fueron por necesidad. Negocios —doy un paso más, rompiendo finalmente esa barrera de dieciocho pulgadas—. Neumann será un placer.

Se gira bruscamente para encararme, la furia reemplazando al miedo.

—¡No! Necesito que confiese. Públicamente. Legalmente. En un tribunal donde todo el mundo pueda oír lo que hizo.

—La ley no te dará justicia.

—¡Tengo que intentarlo! Doce años…

—Doce años malgastados en un sistema que le falló a tu madre —me acerco aún más, observando cómo el pulso salta en su garganta. Ciento cincuenta pulsaciones por minuto—. El mismo sistema que le permite andar libre. Que le permite atacar a otras mujeres como a esa voluntaria…

—No sigas —su voz se quiebra.

—Cuéntamelo todo o mañana estará muerto —no es una amenaza. Es una promesa—. Al amanecer, para ser exactos. Ya he seleccionado las herramientas.

—No puedes sin más…

—Puedo. Y lo haré. A menos que me des una razón para no hacerlo —otro paso. Ahora está de espaldas a la ventana, sin escapatoria—. Habla, Faith. O me encargaré de esto a mi manera.

—¡Eso no es justo!

—¿Justo? —la palabra sale disparada de mi boca—. ¿JUSTO? ¿Como que él ande libre es justo? ¿Como que la muerte de tu madre fuera justa?

Algo se hace añicos en su expresión. La máscara que ha llevado durante más de una década se resquebraja, y lo que se derrama es la verdad pura y cruda.

—¡Lo vi matarla!

Las palabras brotan de ella como un chorro arterial. La primera vez que lo dice en voz alta. Lo noto en la forma en que todo su cuerpo se convulsiona con la confesión.

—Estaba allí, escondida detrás del sofá —ahora se desliza por la pared, las piernas cediendo—. Me dijo que me escondiera cuando llamó a la puerta. Que no hiciera ruido pasara lo que pasara.

Yo Vigía su colapso, luchando contra todo instinto de tocar, de poseer, de consolar. Pero necesita esto. Necesita sangrar este veneno que ha estado conteniendo.

—Podía ver por el hueco de debajo —su voz es pequeña ahora, la de una preadolescente otra vez—. Su cara poniéndose morada. Sus manos arañando las de él. Y su sonrisa. Estaba SONRIENDO.

Entonces llegan las lágrimas, sollozos violentos que sacuden todo su cuerpo. Está en el suelo, con los brazos rodeando sus rodillas, haciéndose pequeña. Tratando de esconderse como hizo aquella noche.

Caigo de rodillas a su lado. No tocar. Tocarla la rompería por completo. Pero estoy aquí. Presente. Un testigo de su verdad.

Mi rabia es un ser vivo que quiere cazar a Neumann ahora mismo, hacerle sufrir por cada lágrima que ella derrama. Pero más que eso, algo cambia en mi pecho. Reconocimiento. Ha estado llevando esto sola, este peso que rompería a la mayoría de la gente.

—¿Qué edad tenías? —mi voz sale mortalmente suave, el tono que uso antes de hacer gritar a alguien.

—Doce. Tenía doce años.

Doce. No mucho más joven de lo que yo era durante la masacre. Cuando maté a Mikhail. Cuando me convertí en lo que soy. Ambos estamos congelados en la adolescencia, ambos cargando con cuerpos en nuestros recuerdos.

—Has estado cargando con esto sola.

—Papá no sabe que lo vi. Nadie lo sabe. Si lo supiera, él… —me mira, con los ojos rojos e hinchados—. Se rompería. Apenas sobrevivió a su pérdida. Si supiera que fui testigo…

—Así que has estado planeando la venganza mientras hacías de hija perfecta.

Asiente, limpiándose la cara con la manga de su cárdigan.

—Acercándome a la familia de Neumann. Su mujer confía en mí. Cree que soy un encanto. Sus hijos de verdad me aprecian. Me piden para la hora del cuento.

El cálculo que hay detrás, la paciencia, me pone la polla dura a pesar de las circunstancias. Esto no es solo venganza. Es arte.

—Tengo pruebas de todo —continúa, su voz volviéndose más fuerte—. Aventuras con subordinadas. Sobornos a funcionarios de la ciudad. Tres agresiones sexuales que ha pagado para silenciar. Delitos financieros que le costarían un mínimo de veinte años.

—Has construido un caso.

—Iba a destruirlo públicamente. Hacer que confesara el asesinato de mamá a cambio de un trato por los otros cargos. Forzarlo a

admitirlo en un tribunal abierto donde papá tendría que ver que se hace justicia —me mira, y ahora hay algo frío en sus ojos. Algo que coincide con lo que veo en el espejo—. Destrucción legal primero. Y luego…

—¿Y luego?

—Luego iba a Vigía cómo moría en prisión. Lentamente. Solo. Olvidado.

Estudio su rostro, viéndome reflejado en él.

—Brillante. Frío. Paciente —una pausa—. Eres como yo.

—No —pero la negación es débil.

—Sí. Solo que lo vistes con cárdigans y carnés de biblioteca en lugar de sangre y balas.

Esta vez no lo niega.

—Las pruebas no la traerán de vuelta —señalo, necesitando entender su fijación con los canales legales.

—Pero lo destruirán legalmente. Públicamente. Sus hijos sabrán lo que es. Su mujer. Todo el mundo.

—Yo puedo destruirlo mejor. Hacerle sentir lo que sintió tu madre. Hacerle rogar…

—No legalmente. Eso importa.

—¿Por qué? —es curiosidad genuina. En mi mundo, la justicia proviene de la fuerza, no de los tribunales.

—Mi padre… —mira hacia otro lado—. La ley es en lo único que cree. Todo lo que le queda de ella es su fe en la justicia. Si actúo al margen de ella, lo pierdo a él también.

—Pero ya le estás mintiendo.

Levanta la vista bruscamente.

—Por justicia. No por venganza.

—Son lo mismo.

—No. No lo son —se pone de pie, y yo me levanto con ella—. La justicia es sistemática. La venganza es personal.

—¿Y cuál de las dos quieres realmente?

La pregunta pende entre nosotros como una cuchilla.

—Ambas —admite finalmente—. Quiero ambas.

Me acerco lentamente, telegrafiando el movimiento para que pueda apartarse. No lo hace. Mi pulgar roza una lágrima de su mejilla, y ella contiene el aliento. El primer contacto suave entre nosotros. Su piel es suave como la seda, cálida, viva.

—Eres magnífica en tu paciencia —le digo, y lo digo en serio.

—Estoy cansada de ser paciente —la confesión le cuesta algo. Puedo verlo en la forma en que se le caen los hombros.

—Entonces déjame ser impaciente por ti.

—No puedo dejar que lo mates. Todavía no.

—Entonces dame una alternativa.

Me mira y algo cambia en esos ojos color avellana. Un reconocimiento. Una decisión.

—¿Ayudarme a destruirlo legalmente primero?

—¿Y después?

—Después es tuyo.

Las palabras caen con fuerza. Me está ofreciendo a Neumann. Ofreciéndose a dejar que me lo quede después de que ella haya obtenido su victoria legal. A combinar nuestros métodos.

—Me dejarías…

—Quiero Vigía —las palabras salen de golpe, como si temiera retractarse—. Después. Después de que haya reunido todas las pruebas para la destrucción pública. Quiero Vigía lo que le hagas.

Algo oscuro se reconoce a sí mismo entre nosotros. Ahora me ve de verdad. No como un monstruo al que temer, sino como un igual para su propia oscuridad. La paciencia que ha demostrado, la cuidadosa planificación, es lo mismo que mis asesinatos metódicos. Ambos somos artistas de la destrucción, solo que usamos medios diferentes.

Levanta la mano y la posa en mi nuca. Sus dedos están fríos contra mi piel, pero queman como hierros al rojo vivo.

—De todas formas, ya me has arruinado —susurra, y hay algo parecido al asombro en su voz—. Toda una vida siendo buena, y la destruiste en semanas.

—Faith…

Tira de mí hacia abajo.

El beso estalla entre nosotros como la violencia. Su boca choca contra la mía, desesperada y posesiva, y nada parecida a lo que esperaba. Pensé que sería tentativa, cuidadosa. En cambio, besa como si se estuviera ahogando y yo fuera el aire. Como si hubiera estado hambrienta y yo fuera su sustento.

Sus labios son suaves, pero su beso es brutal. Dientes y lengua y rabia reprimida vertiéndose en mí a través de su boca. Sabe a lágrimas y vino y a algo más oscuro: esa violencia que ha estado escondiendo bajo cárdigans y sonrisas amables.

Mi control se hace añicos. Mis manos encuentran su cintura, atrayéndola bruscamente hacia mí con tanta fuerza que jadea en mi boca. Me trago el sonido, profundizando el beso hasta que ya no es un beso, sino una posesión. Una destrucción mutua. Ella me devora tanto como yo la devoro a ella.

Su lengua se desliza contra la mía y mi polla se pone dolorosamente dura. Debe de sentirla presionada contra su estómago, pero no se aparta. Al contrario, se aprieta más, su cuerpo suave amoldándose contra mí como si hubiera sido diseñada para esto. Para mí.

Saboreo su furia. Su paciencia. La niña que vio morir a su madre. La mujer que pasó la mitad de su vida planeando una venganza. La bibliotecaria que lee a los niños mientras sueña con sangre. Todo ello, toda ella, vertiéndose en mí a través de este beso.

Mi mano se enreda en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás para cambiar el ángulo, para ir más profundo. Gime en mi boca, un sonido que va directo a mi polla. Sus uñas se clavan en mi nuca, no arañando, sino anclándose. Aferrándome a ella como si temiera que fuera a desaparecer.

No lo haré. No puedo. Ahora está en mi torrente sanguíneo, más adictiva que cualquier droga que haya usado en mis víctimas. Su sabor, su tacto, saber que es tan oscura como yo bajo la superficie. Lo es todo.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos jadeando. Sus labios están hinchados, enrojecidos por mi asalto. Sus pupilas están completamente dilatadas, solo queda un fino anillo de color avellana. Parece completamente besada, completamente poseída, completamente arruinada.

—Ha sido un error —resuella, pero sus manos no han abandonado mi nuca.

—Todo lo nuestro es un error —me inclino, apoyando mi frente en la suya—. Eso no significa que podamos parar.

15 - Faith

Nos quedamos paralizados un instante después de separarnos, con ese beso desesperado todavía ardiendo entre nosotros, con la palabra «error» suspendida en el aire como humo. Pero ambos sabemos que es mentira. Esto era inevitable desde el momento en que lo vi.

Sus ojos pálidos escudriñan los míos y, entonces, volvemos a estrellarnos el uno contra el otro, con un beso aún más violento que el anterior. Su boca me reclama con una devastación calculada. Saboreo sangre y no sé si es mía o suya, pero no me importa porque le devuelvo la mordida con la misma fuerza; mis dientes encuentran su labio inferior y lo hacen gruñir en mi boca.

Esto es una locura. Estoy besando a mi acosador. Al hombre que ha asesinado a gente por mirarme mal. Que se cuela en mi apartamento mientras duermo. Que me observa a través de unas cámaras cuya existencia ya he aceptado, a las que les he hablado en la oscuridad.

—Esto es una locura —jadeo cuando nos separamos para tomar aire, pero tengo las manos enredadas en su pelo, atrayéndolo hacia mí incluso mientras hablo.

—Sí —acepta él, con sus ojos pálidos ardiendo—. Una completa y jodida locura.

Entonces su boca está de nuevo sobre la mía y dejo de pensar en la cordura. Es solo una necesidad física, me digo. Toda esa maldita sexualidad reprimida liberándose por fin. No tiene nada que ver con quién es él, ni con lo que ha hecho. Le agarro el pelo con la fuerza suficiente para que le duela, y cuando gime contra mis labios, una oleada de poder me recorre. Puedo afectarlo. A este asesino controlado que planea cada respiración, y puedo hacerle perder el control.

Sus manos encuentran mi cintura y me levantan como si no pesara nada. De repente, mi espalda golpea la pared con la fuerza suficiente para hacer caer un cuadro. El cristal se hace añicos en el

suelo, pero ninguno de los dos siquiera le echa un vistazo. Mis piernas se enroscan en su cintura por instinto, y puedo sentir lo duro que está a través de sus pantalones, presionando contra mí justo donde lo necesito.

—Espera —dice de repente, retrocediendo lo justo para verme la cara. Su respiración es entrecortada, el pecho le sube y le baja con fuerza—. Si quieres que me vaya, dilo ahora. Pero entiende una cosa: aunque salga por esa puerta, nunca te librarás de mí. Ahora estoy en tu sangre, Faith. En tus sueños. En cada sombra que veas.

Suelto una risa oscura y rota. —¿Libre? No he sido libre desde que encontré esa primera Polaroid en mi almohada. —Mis manos enmarcan su cara, obligándolo a verme de verdad—. ¿No lo entiendes? DEJÉ que invadieras mi vida. Una parte de mí quería... quería algo. Quizá no esto, pero algo que rompiera la monotonía.

—Faith...

—Estoy harta de ser buena. —Las palabras se me desgarran en la garganta, aunque no entiendo del todo lo que quiero decir. ¿Harta de qué? ¿De seguir las reglas? ¿De estar sola? Es más fácil no analizarlo demasiado.

Sus ojos escudriñan los míos durante un largo momento, buscando dudas, vacilación. No encontrará dudas sobre el sexo, al menos. De eso estoy segura.

Estrella su boca contra la mía, y esta vez no hay vacilación por parte de ninguno. Sus manos están por todas partes: en mi pelo, en mi garganta, en mis pechos a través del cárdigan que de repente parece demasiada tela. Le desgarro la camisa, y los botones se esparcen por el suelo. Necesito sentir piel contra piel.

—El dormitorio —jadeo contra su boca.

—No. —Nos separa de la pared de un giro y me lleva hasta el sofá —. Aquí. Donde te sientas cada noche antes de dormir, pensando en la violencia mientras intentas leer.

Lo sabe. Por supuesto que lo sabe. Pero aparto ese pensamiento. Esto es solo cuerpos que se encuentran. Solo necesidad.

Me siento en el brazo del sofá, deslizando las manos por mis muslos, subiéndome la falda. Su contacto deja rastros de fuego sobre mi piel, y me doy cuenta de que no quiero delicadeza. No quiero cuidado. Quiero el filo de la violencia que coincide con algo que no puedo, que no quiero, nombrar.

—No seas delicado —le digo, y sus ojos brillan con algo peligroso.

—No pensaba serlo. —Su mano se cierra alrededor de mi garganta, sin apretar, solo sujetando, sintiendo mi pulso acelerado bajo su palma—. ¿Quieres saber lo que soy, Faith? ¿Lo que estás eligiendo?

—No estoy eligiendo nada más que este momento —nos miento a los dos—. Solo sexo. Solo cuerpos.

—¿Y qué eres tú en realidad?

—Alguien que necesita sentir algo que no sea el vacío —esquivo, no estoy lista para admitir las verdades más oscuras—. Alguien que está harta de estar a solas con sus pensamientos.

Su agarre en mi garganta se tensa ligeramente y gimo ante la presión. —Hermosa y terrible criatura —murmura, usando la mano libre para abrirme el cárdigan de un tirón. Los botones tintinean contra la mesa de centro—. No tienes ni idea de cuánto tiempo he esperado a que dejaras de fingir.

—No estoy fingiendo, es solo que… —Pero no puedo terminar la frase porque ya no sé lo que soy.

—Te he visto planear, Faith. He visto los dibujos que haces en los márgenes de los libros de la biblioteca cuando crees que nadie te mira. Te he visto investigar sobre venenos y muertes imposibles de rastrear rodeada de libros infantiles. —Su pulgar me acaricia la garganta mientras su otra mano encuentra el broche de mi sujetador —. No eres una inocente corrompida. Eres la oscuridad revelada.

—Para —jadeo, sin querer oírlo, sin estar preparada. Capturo su boca con la mía para que deje de hablar.

El sujetador no ha terminado de deslizarse por mis hombros cuando su boca ya está en mi pecho: caliente, hambrienta, con el filo de unos dientes que me hacen soltar un chillido. Hundo los dedos en su hombro, y mis uñas trazan líneas que durarán más que mi próxima ducha. Él se estremece contra mí como si el dolor fuera un lenguaje secreto. Quizás lo es. No tengo tiempo para pensarlo porque mis manos ya están en su cinturón, forcejeando con la hebilla con una urgencia que roza el pánico. Ya ni siquiera sé cómo desear algo con delicadeza. Necesito la fricción, la violencia, la aniquilación de todo lo que existió antes de este momento.

Devora mi pezón, su lengua chasqueando, sus dientes raspando, hasta que la sensación florece de aguda a eléctrica. Me arqueo bajo él, agarrando su pelo, y él sonríe contra mi piel. Mi acosador, el hombre que asesinó por mí, la única cosa en mi vida de la que nunca

podría escapar aunque huyera. Él lo sabe. Yo lo sé. La única salida es atravesarlo.

Me levanta sin esfuerzo, como si estuviera hecha de papel y no de años de dudas y represión. Pivota, girándonos para que mi espalda quede contra el sofá, y con el mismo movimiento me gira para que quede de cara a los cojines, doblándome sobre el respaldo mientras mis rodillas golpean el asiento. Mi falda está subida hasta la cintura, y el aire en mis muslos es frío en comparación con el calor de sus manos. Su palma cae sobre mi culo —fuerte, punzante, no exactamente doloroso, pero sí una insinuación de ello— y el sonido rompe el silencio de mi apartamento. Suelto un jadeo. Lo hace de nuevo, más fuerte esta vez, y me doy cuenta de que me está pintando con su propia paleta, reclamando cada superficie. Mi piel hormiguea. Ya no importa quién esté mirando. Quiero que me vea entera.

—¿Es esto lo que quieres, Faith? —Su voz raspa en mi nuca mientras se presiona contra mí, todavía completamente vestido, todavía en total control—. ¿Ser arruinada por alguien que no puede recordar la última cosa buena que hizo? —Sus caderas se clavan en mi trasero como un signo de puntuación—. ¿Correrte para mí? ¿Correrte por lo que soy?

Me estremezco, las palabras tan afiladas como su tacto, pero el anhelo en mí se niega a retroceder. Quiero gritarle que no lo llame así, que no lo haga real, pero eso es lo que ha sido el último año: una lenta y tortuosa revelación. Él me vio antes de que yo me viera a mí misma. —No —digo con voz ahogada, girando la cabeza para fulminarlo con la mirada mientras mi mejilla se presiona contra la felpa—. No lo digas. Solo… fóllame. Por favor. —Es lo más sincero que ha salido de mi boca en meses.

Él se ríe, una risa grave y peligrosa, y me baja la ropa interior de un tirón. No la desliza, la rasga. El elástico estalla y el delicado encaje se parte con un sonido tan obsceno como cualquier cosa que esté a punto de ocurrir. Mis muslos tiemblan. Pasa una mano por mi espalda, y siento lo excitada que estoy, lo vergonzosamente preparada, cuando sus dedos se deslizan a través y dentro de mí sin previo aviso. Dos nudillos de profundidad, su otra mano sujetando mi cadera.

—¿Todo esto para mí? —Sus dedos bombean, deliberados y seguros, estirándome, arrancándome ruidos que no sabía que podía

hacer—. Estás empapada, Faith. ¿Quieres las manos de un asesino dentro de ti?

Cierro los ojos con fuerza, pero no sirve de nada. Las sensaciones son abrumadoras. —Cállate —jadeo, pero mi cuerpo me traiciona: me presiono contra su palma, restregándome, queriendo más, codiciándolo. La línea entre la humillación y la euforia se desdibuja. Me da vueltas la cabeza.

Se inclina, con los labios en mi oído. —¿Sabes en lo que pensaba cada noche que te miraba por esa cámara? En cómo sabrías. En cómo sonarías cuando te vinieras abajo por mí. —Añade un tercer dedo, abriéndome, y duele de una manera que me desespera—. Nunca te tocaste como necesitabas. Siempre tan cuidadosa, tan clínica. Como si tuvieras miedo de perder el control.

Su pulgar rodea mi clítoris, lento y deliberado, y mis rodillas ceden. No puedo sostenerme. Tiene que mantenerme erguida con un brazo mientras me trabaja con el otro, como si yo fuera una marioneta y él el único que sabe dónde se conectan los hilos. El orgasmo llega tan rápido que es como un desmayo. Mi visión se estrecha. Mi cuerpo entero se convulsiona. Grito, sin importarme si es una palabra o solo un sonido, corriéndome tan fuerte que casi me resbalo del sofá.

Pero no ha terminado. Me deja desplomarme un segundo y luego me da la vuelta, dejándome boca arriba, con las piernas colgando del borde del sofá. Él está arrodillado en el suelo, con la cara al nivel de mi coño, y por un segundo lo veo exactamente como siempre he temido y deseado: no a un hombre, sino a un lobo, con los ojos pálidos y hambrientos, listo para devorar aquello por lo que se ha obsesionado durante tanto tiempo.

Se lanza, con la lengua ávida, lamiéndome hasta dejarme limpia, y el sabor de mí misma en su boca se siente como una marca. No para hasta que estoy temblando. No para ni siquiera después de eso. Araño sus hombros, tratando de apartarlo, pero es más fuerte e implacable, y yo estoy demasiado débil para resistirme. Cuando finalmente se aparta, con los labios hinchados, se limpia la boca con el dorso de la mano y me mira fijamente como si intentara memorizar esta versión de mí: destrozada, arruinada, incapaz de esconderse.

Se pone de pie, con la voz áspera. —¿Quieres esto? —Forcejea con su cremallera, y saca su polla dura, que ya gotea. No puedo apartar la

mirada—. ¿Quieres mi polla dentro de ti, Faith?

Debería sonar degradante, pero en cambio se siente como una promesa, una invocación. Asiento, muda, demasiado perdida para las palabras.

Me levanta de nuevo, esta vez manteniéndome suspendida, con mis piernas alrededor de sus caderas, la punta de su polla rozándome. Se detiene, con su frente presionada contra la mía, y por un segundo creo que va a decir algo tierno. No lo hace. Me embiste con una sola estocada brutal, y el dolor es una línea al rojo vivo que atraviesa mi centro, tan agudo que casi se siente bien. Suelto un jadeo y las lágrimas brotan de mis ojos, pero al segundo el dolor se rompe y el placer lo inunda todo.

Mis dientes encuentran su garganta mientras me embiste de nuevo, mordiendo lo suficientemente fuerte como para marcarlo, para reclamarlo. Él gime, su polla se contrae dentro de mí.

—Más fuerte —exige, y muerdo hasta que saboreo el cobre, hasta que llevará mi marca por semanas.

Me folla duro, rápido, desesperado, cada embestida un signo de puntuación, sus caderas golpeteando contra mí hasta que el sofá gime y la pared tras él retumba al ritmo. Mi cuerpo está completamente a su merced, y me doy cuenta de que eso es lo que quería desde el principio: no tener que decidir, rendirme a alguien que no me soltará, sin importar lo oscuro que se ponga.

—Joder —gruñe, sus manos magullando mis caderas—. Pareces hecha para esto. Hecha para mí.

Su pelvis se frota contra mi clítoris cada vez que llega al fondo, y pronto estoy al borde del precipicio de nuevo. No quiero correrme, no tan pronto, pero él sabe exactamente lo que está haciendo. Se inclina, sus dientes en mi cuello, mordiendo lo suficientemente fuerte como para dejar una marca, y la sacudida me hace caer. Me convulsiono a su alrededor, todo mi cuerpo se arquea, y él me cabalga a través del orgasmo, implacable.

Tan pronto como bajo, su mano está de nuevo en mi garganta, apretando lo justo para que el aire se enrarezca y el mundo brille en los bordes. Me martillea, más rápido, perdiendo lo último que le quedaba de control, y le oigo rugir mientras se corre, inundándome, su polla pulsando dentro hasta que la presión es demasiada y se desploma sobre mí.

Después, no se mueve. Simplemente yace ahí, con el pecho agitado contra el mío, el sudor pegándonos, su mano aún descansando suavemente sobre mi garganta. Durante un largo momento, el único sonido es nuestra respiración, entrecortada y sincronizada.

Finalmente sale de mí, lento y deliberado, y me deposita con delicadeza en el sofá. Siento su semen goteando, corriendo por mi muslo, y la humillación es tan completa que se convierte en una especie de orgullo. Mi cuerpo es la escena de un crimen, y las pruebas están por todas partes.

Se arrodilla frente a mí, con las manos en mis rodillas, apartándolas para inspeccionar el daño. Sus ojos, antes tan fríos y calculadores, se ablandan al ver lo que me ha hecho. Se inclina y vuelve a lamerme, limpiándome con caricias lentas y reverentes, como si intentara borrar la violencia de lo que acaba de suceder. O quizás para grabarla aún más profundamente.

Cuando está satisfecho, se sienta a mi lado, en silencio, observando el subir y bajar de mi respiración. Todavía me tiemblan las piernas. No puedo sostenerle la mirada.

—¿Estás bien? —pregunta, con la voz despojada de bravuconería, casi tierna.

Asiento, pero no sé si es verdad. Mi cuerpo vibra, cada terminación nerviosa en abierta rebelión, pero lo que más me asusta es la hueca ausencia de arrepentimiento.

Me deja sentarme en silencio, esperando que mi cerebro se reinicie. Cuando finalmente levanto la vista, me mira como si yo fuera la respuesta a una pregunta que nunca se atrevió a formular.

Abro la boca, pero no sale nada. Ni palabras. Ni acusaciones. Solo la enfermiza y dulce certeza de que he cruzado una línea que nunca podré desandar.

Lo ve en mi cara, la confusión y la aceptación, y sonríe; no es la sonrisa demoníaca, sino algo casi humano.

Permanecemos unidos un momento, ambos respirando con dificultad, el sudor enfriándose en nuestra piel. Luego se retira lentamente, girándome para que quedemos frente a frente. Sus ojos pálidos estudian mi rostro, buscando arrepentimiento. En su lugar, encuentra confusión.

—Eso fue… —empiezo, pero no hay palabras para lo que acaba de pasar. Para lo que he dejado que pase.

Me besa, más suave esta vez, pero aún posesivo. —Eso fue el principio.

Al final nos vamos a mi dormitorio, pero no dormimos. Me posee de nuevo, más lento esta vez, pero no menos intenso, trazando un mapa de cada centímetro de mi cuerpo con sus manos y su boca. Descubro que puedo hacerle perder el control por completo cuando lo tomo en mi boca, aprendo la presión exacta que le hace gemir mi nombre como una plegaria. Me concentro en lo físico, en el poder, no en lo que significa que esté haciendo esto con él.

La tercera vez que está dentro de mí, con mis piernas sobre sus hombros y sus ojos clavados en los míos, algo se desata, una verdad que no puedo seguir enterrando: —Quiero verlo morir.

Se detiene un momento, estudiando mi cara. —¿A Neumann?

—Sí. —La admisión me aterra incluso mientras lo atraigo más profundamente—. No solo quiero que muera. Quiero ver cómo sucede. Pero eso está mal. Eso me convierte en…

—Faith… —Pero ya se está moviendo de nuevo, más fuerte ahora, espoleado por mi confesión.

—He soñado con ello —continúo, horrorizada de mí misma mientras las palabras brotan—. De diferentes maneras. Con diferentes herramientas. A veces soy yo quien sostiene el cuchillo. Pero solo son sueños. Solo trauma. En realidad no soy…

—Joder —gime, su ritmo se vuelve errático—. Qué perfecta y terrible criatura.

Nos corremos juntos esta vez; mi confesión de intenciones asesinas nos empuja a ambos al límite. Después, me acurruco lejos de él, horrorizada por lo que he admitido.

Horas más tarde, el amanecer se cuela por mis ventanas, pintándolo todo de un dorado pálido. Miro al techo, sintiéndome diferente. Sintiendo que estoy podrida.

—¿Qué soy ahora? —le pregunto al techo, con un miedo genuino en mi voz.

—Real —dice Luca simplemente, su mano posesiva sobre mi cadera.

—No —susurro, sin estar lista para aceptar eso—. Esto fue solo… necesitaba… No sé lo que necesitaba. Pero no soy lo que crees que soy.

Resigo con el dedo los arañazos que he dejado en su pecho, sorprendida de mi propia violencia incluso en la pasión.

Por primera vez, me pregunto si mis sueños de violencia podrían volverse reales.

—Eres exactamente lo que creo que eres —me dice.

Su sonrisa es esa sonrisa equivocada que me aterra incluso cuando mi cuerpo responde a ella.

—Y vas a ayudarme a pintar las paredes con Neumann.

La idea me repugna, incluso cuando algo oscuro en mí susurra «sí». Reprimo ambas reacciones, incapaz de procesar ninguna de las dos.

—No. Yo no soy… No soy como tú.

—Claro que no —dice, pero su tono sugiere que sabe que no es así.

Cuando me levanto para ducharme, me veo en el espejo. Sus marcas en mis caderas, en mis pechos. Mi pelo está destrozado, mis labios hinchados, mis ojos brillantes con algo que parece más confusión y miedo que libertad. Pero la satisfacción me inunda al ver los profundos arañazos en su espalda, la marca de la mordida que le dejé en el hombro cuando me hizo correrme la tercera vez. Los cortes en forma de media luna de mis uñas en su pecho. Él me marcó, pero yo se la devolví.

Detrás de mí, en el espejo, aparece Luca, presionándose contra mi espalda, con sus manos posesivas en mis caderas. Nos vemos mal juntos. Oscuridad y luz, bondad y maldad. Excepto que ya no estoy segura de quién es quién.

16 - Luca

Seis horas desde que la tomé. Seis horas alternando entre follar y planear un asesinato. Ahora son las tres de la mañana y Faith duerme sobre mi pecho, su peso ya me resulta familiar después de solo unas horas de tenerla aquí. Mi polla sigue medio dura desde nuestro último asalto, su coño me apretó tan fuerte cuando se corrió que vi las estrellas. La evidencia de nuestro acoplamiento se ha secado en sus muslos, marcándola como mía de la manera más primitiva.

Me sorprendí a mí mismo al dormir de verdad unas cuantas horas. Cuatro horas seguidas, lo que es una especie de récord personal. Mi dedo traza patrones sobre su piel desnuda, mapas deliberados en vez de toques aleatorios. Aquí, a lo largo de su columna vertebral, es donde le haré el primer corte a Neumann. Superficial, lo justo para que entienda lo que le espera. Mi dedo se mueve hacia su omóplato: más profundo aquí, donde los cúmulos nerviosos cantarán. La idea de sus gritos hace que mi polla se contraiga contra su cadera.

Se mueve en sueños, apretándose más contra mí, y anoto este nuevo dato. Su respiración se entrecorta en cada séptima exhalación, un patrón que he estado contando desde que se durmió. Siete respiraciones normales y luego ese pequeño enganche, como si su cuerpo recordara la violencia incluso en sueños. Sus pezones siguen hinchados por mi boca, marcados con tenues huellas de dientes que me hacen querer añadir más.

Me escuece la espalda por sus uñas, largos surcos que talló en mi piel cuando se corrió. La marca del mordisco en mi hombro palpita. Bien. Quiero cicatrices suyas. Quiero pruebas de que se defiende incluso mientras se rinde.

Mi Glock yace en su mesilla de noche, junto a sus gafas de leer. Violencia e inocencia, una al lado de la otra. El teléfono de prepago que está al lado vuelve a vibrar. Marco. La cuarta llamada que ignoro. La familia necesita a su sicario para la situación de Detroit.

Pero su sicario murió en algún momento entre el primer orgasmo de Faith y el instante en que me clavó los dientes en el cuello con la fuerza suficiente para hacerme sangrar.

Mi mano libre sostiene mi móvil, desplazándome por diagramas quirúrgicos mientras la otra continúa trazando la futura agonía de Neumann sobre la piel de ella. Cada línea que trazo es otro corte que haré, otro grito que extraeré. La yuxtaposición no se siente mal. Planear una tortura sistemática mientras mis dedos rozan los moratones que le dejé a base de succiones en los huesos de la cadera. En mi mente, la ternura y la brutalidad siempre han sido el mismo lenguaje. Cartas de amor escritas con gritos.

Se aferra a mí en sueños, sus dedos se clavan en mis costillas como si temiera que fuera a desaparecer. A través de mis cámaras, la he visto dormir sola durante semanas. Nunca extiende los brazos hacia nada, nunca busca el contacto con el aire vacío. Pero ahora, conmigo aquí, se ancla a mi cuerpo como si yo fuera lo único sólido en su mundo. Engancha su pierna sobre la mía y puedo sentir el calor de su coño contra mi muslo, todavía húmedo, todavía preparado.

La revelación me golpea de repente: la deseo más ahora que antes de tenerla.

Esto está mal. No moralmente. Yo no trafico con la moralidad. Sino científica, psicológicamente mal. La posesión debería disminuir el interés. Lo desconocido se vuelve conocido. La caza termina. El misterio se disuelve en una decepcionante realidad.

He tenido veintitrés obsesiones desde la masacre Rosetti-Moretti. Cada una estudiada, perseguida, poseída, desechada. El patrón nunca varía. El deseo lleva a la posesión. La posesión lleva al aburrimiento. El aburrimiento desencadena el descarte. Limpio. Eficiente. Predecible.

Pero mirando a Faith ahora, con el sabor de su coño todavía en mi lengua, sintiendo dónde marcó mi pecho con sus uñas, la necesito de nuevo. Necesito abrirle las piernas y enterrar mi cara entre ellas hasta que grite. Necesito follarla hasta que ninguno de los dos pueda caminar. La ecuación está al revés, rota, imposible.

Mi polla se endurece por completo al recordar cómo se veía cabalgándome antes, con la cabeza echada hacia atrás, sus tetas perfectas botando mientras usaba mi cuerpo para su placer. La forma

en que su coño se apretó cuando le rodeé la garganta con la mano, lo justo para hacer que la cabeza se le cayera hacia atrás por el deseo.

Mi mente repasa obsesiones pasadas como si fueran fichas de archivo, tratando de encontrar el error en este patrón. Pero ninguna de ellas se compara con esto. Con ella. Ahora sé exactamente lo estrecho que es su coño, a qué sabe, cómo suplica cuando está a punto. Debería estar satisfecho. Debería estar planeando mi salida. En cambio, estoy calculando de cuántas maneras diferentes puedo hacer que se corra antes del amanecer, cuántas veces puedo llenarla con mi semen hasta que gotee por sus muslos.

Algo se resquebraja en mi pecho. Un reconocimiento. La última vez que sentí algo parecido a esta intensidad fue antes. Antes de la masacre. Antes de ver morir a mi padre y aprender que sentir cosas solo conduce a la agonía.

Aún no era un adulto cuando todo dentro de mí se apagó. La misma noche en que maté a Mikhail durante el caos, vi la vida abandonar sus ojos como pago por lo que nos habían hecho. Una década de entumecimiento desde entonces, diez años fingiendo emociones sin sentirlas.

Faith no solo ha roto mi patrón. Ha abierto una grieta en algo que sellé aquella noche.

Me tiembla la mano mientras trazo otra línea en su piel, planeando la destrucción de Neumann mientras mi polla palpita contra su cadera. El temblor me perturba más de lo que jamás lo ha hecho la violencia. Este sentimiento, crudo, sin filtros, imposible de clasificar, es lo que sentía antes de que el trauma reconfigurara mi cerebro.

Faith se remueve contra mí, abriendo los ojos lentamente en la oscuridad. Me ve despierto, observándola, y en lugar de miedo o incomodidad, sonríe. No es su sonrisa de bibliotecaria ni su máscara de niña buena. Esta es la sonrisa de alguien que ha probado la sangre y le ha gustado. Alguien que se corrió sobre mi polla mientras le contaba sobre los hombres que he matado por ella.

Se mueve, levantándose para sentarse a horcajadas sobre mí, completamente desnuda, su coño ya húmedo contra mi estómago. Sus manos encuentran mis muñecas y las presionan contra el colchón. Como si de verdad pudiera sujetarme. Como si sus pequeñas manos tuvieran algún poder contra mi fuerza. Pero la dejo

inmovilizarme, fascinado por esta versión de ella. Segura en su oscuridad, tomando lo que quiere.

—¿No puedes dormir? —pregunta, balanceando las caderas, arrastrando su coño por mis abdominales, dejando un rastro de excitación en mi piel.

—No duermo —le recuerdo, pero mi voz se quiebra cuando se restriega con más fuerza, su clítoris rozando las crestas de mis músculos.

—Quizá pueda agotarte —se inclina hacia mí, su pelo crea una cortina a nuestro alrededor, y me aprieta las muñecas con más fuerza —. Sus tetas rozan mi pecho, los pezones duros como diamantes.

Está bromeando, pero yo no. En mi vida me he sentido agotado.

—Inténtalo —la reto, mi voz es un gruñido grave.

Sonríe más ampliamente, esa nueva sonrisa que nunca antes había visto esta noche, la que hace que mi polla pulse de necesidad. Sus manos se deslizan desde mis muñecas hasta mi garganta, sus dedos presionan experimentalmente a los lados. No lo suficiente como para cortar el flujo de sangre, solo lo suficiente para mostrar su intención. Para la mayoría de los hombres, esto sería ridículo: una mujer de su tamaño pensando que podría dominar a alguien como yo. Pero no hay nada gracioso en la forma en que mi cuerpo responde, mis caderas se arquean involuntariamente.

—Te gusta eso —susurra, no es una pregunta, sino una afirmación —. Sus dedos se aprietan gradualmente en mi garganta, y siento mi pulso latir contra su palma.

Podría romper su agarre en menos de un segundo. Podría voltearla sobre su espalda y recordarle quién tiene el control. En cambio, le dejo tener este momento, curioso por ver hasta dónde lo llevará.

Se desliza hacia atrás, dejando un rastro húmedo por mis abdominales hasta que se posiciona sobre mi polla. Suelta una de mis muñecas para alcanzar el espacio entre nosotros, envolviendo mis genitales con sus delicados dedos. El contraste es obsceno: su pequeña mano apenas rodea mi grosor, la piel pálida contra el rojo airado de mi excitación. Siseo entre dientes mientras me coloca en su entrada, atormentándonos a ambos.

—Quiero sentirte de nuevo —dice, su voz ronca por el sueño y la excitación—. Quiero estar tan llena de ti que no pueda pensar.

No respondo con palabras. Mis manos encuentran sus caderas, los dedos se clavan en los moratones que le dejé antes, y la levanto ligeramente, posicionándola. Se hunde lentamente, su coño se estira a mi alrededor, tomándome centímetro a centímetro hasta que se sienta por completo sobre mí.

—Joder —resopla, echando la cabeza hacia atrás, exponiendo la columna de su garganta marcada por mis dientes—. Su mano cae de mi cuello mientras se apoya en mi pecho—. Estás tan profundo así.

Vigilo su rostro mientras empieza a moverse, la forma en que sus labios se separan y sus ojos se agitan. La forma en que toma su placer de mi cuerpo como si le perteneciera. Como si yo le perteneciera. Ese pensamiento debería enfurecerme. En cambio, hace que mi polla palpite dentro de ella.

—Eso es —la animo, mi voz áspera por la necesidad—. Úsame. Toma lo que quieras.

Se balancea hacia delante, cambiando el ángulo para que mi polla golpee ese punto dentro de ella que hace que sus paredes se aprieten a mi alrededor. Sus uñas se clavan en mi pecho, dejando marcas de media luna junto a las que dejó hace horas.

—Luca —gime mi nombre como una oración, cabalgándome con una urgencia creciente—. Su coño me aprieta como un tornillo de banco, su calor envuelve mi polla mientras sube y baja.

Le agarro el culo, ayudándola a moverse, guiándola a un ritmo que nos deja a ambos jadeando. Es exquisita así, tomando su placer, usando mi cuerpo. La forma en que sus tetas botan con cada movimiento me hipnotiza. Levanto la mano para ahuecarlas, pellizcando sus pezones entre mis dedos hasta que grita.

—Nunca me vas a dejar —gruño, embistiendo hacia arriba para encontrar sus movimientos—. Dilo.

Ella solo jadea, su coño apretándose a mi alrededor.

Nos giro de repente, inmovilizándola debajo de mí sin romper nuestra conexión. Sus ojos se abren de sorpresa, luego se oscurecen de lujuria mientras engancho sus piernas sobre mis hombros, doblándola casi por la mitad. Desde este ángulo, puedo penetrar más profundo, golpear lugares dentro de ella que la hacen morderse el labio para no gritar.

—Déjame oírte —ordeno, puntuando cada palabra con una embestida—. Nadie puede oírnos más que yo.

Obedece al instante, sus gritos llenan la habitación mientras la embisto sin descanso. Su coño está empapado, haciendo sonidos obscenos con cada embestida. La cabecera de la cama golpea contra la pared, marcando el ritmo de nuestra follada como un metrónomo de destrucción.

—Estoy cerca —gimotea, su espalda arqueándose fuera de la cama —. Por favor, Luca, por favor…

Ralentizo mi ritmo deliberadamente, haciéndole sentir cada centímetro de mi polla mientras me retiro casi por completo antes de volver a hundirme. —¿Por favor, qué?

—Hazme correr —suplica, sus manos se aferran a mis bíceps, las uñas se clavan lo suficientemente profundo como para dejar marcas —. Lo necesito. Te necesito.

La desesperación en su voz alimenta algo primario en mí. Me estiro entre nosotros, encontrando su clítoris con mi pulgar, rodeándolo al compás de mis embestidas. Su coño se agita a mi alrededor, al borde.

—Córrete para mí —ordeno, presionando su clítoris—. Ahora.

Su orgasmo la atraviesa como un maremoto. Su espalda se arquea, su coño se cierra sobre mi polla con fuerza suficiente para desencadenar mi propia eyaculación. Me entierro hasta el fondo mientras me corro, llenándola con chorros calientes de semen, marcándola desde dentro.

Permanecemos unidos mientras las réplicas nos recorren a ambos. Le bajo las piernas de mis hombros, pero permanezco dentro de ella, reacio a romper nuestra conexión todavía. Sus ojos están entornados, la satisfacción escrita en sus facciones.

Aquí es cuando el interés debería desvanecerse. Cuando la persecución termina y comienza el aburrimiento. Es el patrón que he seguido toda mi vida adulta: desear, tomar, desechar. Limpio. Eficiente.

Pero mientras miro a Faith, sintiendo su coño todavía pulsando suavemente alrededor de mi polla ablandada, me doy cuenta de que quiero más.

El patrón está roto sin remedio. La ecuación ha cambiado, las variables se han desplazado a una configuración desconocida. La posesión debería haber disminuido mi interés. En lugar de eso, lo ha intensificado más allá de todo reconocimiento.

Miro a Faith debajo de mí, su cuerpo sonrojado y marcado por mis manos, mi boca, mi semen goteando de entre sus muslos. La visión debería satisfacerme. En cambio, es la leña para un fuego que creí extinguido hace años.

—¿En qué piensas? —pregunta, su voz ronca de gritar mi nombre.

Considero mentir. Mentir es eficiente. Pero algo en la forma en que me mira —como si pudiera ver el caos que se agita bajo mi piel— me hace contar una versión de la verdad.

—Pienso en que esto no está siguiendo el patrón.

Sus dedos trazan los contornos de mi cara, deteniéndose en la cicatriz a lo largo de mi mandíbula. —¿Qué patrón?

—Desear. Tomar. Desechar —digo cada palabra deliberadamente, observando su reacción—. Así es como siempre funciona.

El miedo parpadea en sus ojos, rápidamente reemplazado por algo más oscuro. Comprensión. —¿Y dónde estamos en ese patrón?

—Ese es el problema —admito, girando sobre mi costado, pero manteniéndola cerca, una pierna echada sobre la suya posesivamente—. Deberíamos estar acercándonos a la fase de descarte. Ya debería estar aburrido, ahora que te he tenido.

Se queda quieta contra mí. —¿Lo estás? ¿Aburrido?

Me río, el sonido oxidado por el desuso. —Mira tu cuerpo, Faith. Mira lo que te he hecho en las últimas seis horas. ¿Te parece eso aburrimiento?

Sus manos se deslizan hacia los moratones con forma de huellas dactilares en sus caderas, las marcas de mordiscos en sus pechos, los arañazos en sus muslos. Una pequeña y satisfecha sonrisa juega en sus labios. —No. Parece obsesión.

—Lo es. Pero esa no es la cuestión —cojo mi móvil y compruebo la hora—. Las cuatro de la mañana. Tres horas para el amanecer. —Las obsesiones siempre siguen el patrón. Tú lo estás rompiendo.

Se acerca más, su pequeña mano se extiende sobre mi pecho, donde mi corazón late a un ritmo que no me resulta familiar. —Quizá soy diferente.

—Quizá —no le digo que eso es lo que me aterra—. Que las ecuaciones que han gobernado mi existencia durante la última década son de repente inestables, las variables cambiando más allá de mi control. Que el muro que construí entre mí y sentir algo real tiene grietas que no puedo reparar.

17 - Faith

Me despierto con la luz del sol y el cuerpo dolorido; cada músculo protesta. La cama a mi lado está vacía, pero todavía tibia. Por supuesto que Luca no se quedó a dormir; él no duerme. Probablemente me observó durante horas antes de desaparecer.

Mi teléfono muestra las 7:41 a. m. y tres mensajes perdidos:

Luca (6:23 a. m.): —Eres preciosa cuando duermes. Dejaste de respirar dos veces. Deberías ir al médico a que te lo miren.

Luca (6:45 a. m.): —Tu coche volvió a calarse ayer. Inaceptable.

Luca (7:30 a. m.): —Café y a comprar un coche. Estate lista a las ocho.

Miro los mensajes fijamente. Después de la noche que acabamos de pasar, después de que me hiciera gritar su nombre y confesarle cada oscuro deseo, ¿está pensando en mi coche?

Llaman a la puerta a las ocho en punto.

Tiene peor aspecto que anoche: la misma ropa, las ojeras bajo sus pálidos ojos más profundas, como si no hubiera dormido en días. Lo que probablemente es cierto. Pero trae dos vasos de café de la cafetería cara de Michigan Avenue, esa por la que paso todos los días porque un solo café con leche cuesta lo que me presupuesto para la compra de toda una semana.

—Lo tomas solo y con un terrón de azúcar —dice, entregándome un vaso. No es una pregunta.

Miro el vaso, luego a él. —¿Cómo sabes eso?

—Lo sé todo sobre ti, mi pequeña Faith. —Entra sin invitación, moviéndose por mi espacio como si fuera suyo. Porque en su mente, probablemente lo es—. Tu coche es una trampa mortal.

El cambio de tema me hace parpadear. —Mi coche está bien.

—Tu coche es un Honda Civic de 2010 con 160.000 millas, una transmisión a la que le patina la segunda marcha y unos frenos que chirrían cada vez que te detienes. —Deja el café en mi encimera con la precisión de quien cataloga hechos—. Se caló dos veces la semana

pasada. Una a las 11:07 p. m. en West Roosevelt, un barrio con un índice de criminalidad violenta un 40 % por encima de la media de la ciudad. Estuviste allí sentada siete minutos antes de que arrancara.

Se me seca la boca. Siete minutos. Lo ha cronometrado. —¿Estuviste observándome?

—Siempre. —Sin vergüenza. Sin disculpas. Solo esa certeza impávida que me revuelve el estómago—. Cualquiera podría haberse acercado. Roto tu ventanilla. Sacado a rastras. Y yo habría estado a tres manzanas, vigilando desde una cámara, demasiado lejos para detenerlo a tiempo.

La imagen que pintan sus palabras me pone la piel de gallina. O quizás es darme cuenta de que me ha estado observando tan de cerca. Cronometrando mis momentos vulnerables. Calculando los tiempos de respuesta.

—¿Así que has venido a las ocho de la mañana a darme un sermón sobre mi coche?

—He venido a llevarte de compras. —Saca su teléfono y me enseña una conversación de texto con alguien llamado «M. Santoro-Prestige Motors»—. Cita privada. 9 a. m. Vas a elegir un coche nuevo.

—No puedo permitirme un coche nuevo, Luca.

—Yo sí. —Lo dice como si nada, como si comprar un coche fuera el equivalente a comprar el café que acaba de entregarme—. Y lo haré. Esto no es negociable.

Un calor me invade, mitad ira, mitad algo más a lo que no quiero ponerle nombre. —No soy un caso de caridad…

—No. —Se acerca, acorralándome contra la encimera, su calor corporal abrumador incluso a través de su camisa arrugada—. Eres mía. Y lo que es mío no se pasea en una trampa mortal que podría dejarte tirada y vulnerable.

—No soy tuya. —Pero la protesta suena débil incluso para mis oídos, sobre todo con sus marcas aún palpitando en mi piel bajo el albornoz.

Levanta la mano y sus dedos trazan el moratón que me dejó en el cuello anoche. El tacto es suave, reverente, en completo desacuerdo con la forma en que llegó allí. —Esto dice lo contrario. La forma en que me besaste dice lo contrario. El acuerdo al que llegamos dice lo contrario.

Debería discutir. Debería apartarlo de un empujón. En lugar de eso, me inclino hacia su caricia como un gato en busca de calor, mi

cuerpo traicionando cada pensamiento racional de mi cabeza.

—Vístete —dice en voz baja, retrocediendo antes de que pueda hacer alguna estupidez como atraerlo hacia mí—. Algo cómodo. Tenemos una hora.

—¿Y si digo que no?

Aparece esa sonrisa equivocada, la que nunca le llega a los ojos. —Entonces mañana por la mañana, encontrarás tu viejo coche reemplazado de todos modos. Pero no habrás podido elegir lo que conduces. Preferiría que eligieras tú. Te hace sentir que tienes el control.

La manipulación es descarada. Y de alguna manera, esa honestidad lo hace peor. O mejor. Ya no sé distinguirlo.

—Está bien. —Me dirijo a mi dormitorio, y luego me detengo—. Pero nada descabellado. Soy bibliotecaria infantil. No puedo aparecer en un Ferrari.

—Por supuesto que no —su voz me sigue, casual—. Eso sería poco práctico para los inviernos de Chicago.

Algo en su tono me hace detenerme. —Luca, ¿qué es lo que vamos a ver exactamente?

—Opciones. Opciones seguras. Con excelentes clasificaciones en pruebas de choque, tracción a las cuatro ruedas y seguimiento por GPS.

—¿Seguimiento por GPS?

—Para saber siempre dónde estás. —Dicho como si fuera lo más razonable del mundo—. Vístete, Faith. Nos esperan.

¡~!

Prestige Motors no parece un concesionario normal. Parece una mansión: un edificio blanco inmaculado con aparcacoches y un portero que nos abre la puerta incluso antes de que lleguemos.

—Señor Rosetti. —El saludo del portero es respetuoso, casi deferente—. Señorita Winters. El señor Santoro los está esperando.

El interior rezuma dinero. Dinero de verdad. Del que no necesita anunciarse ni negociar. No hay filas de coches con precios de venta en los parabrisas, ni muñecos hinchables, ni pancartas de «¡OFERTA!». Solo obras de arte discretamente caras en las paredes y una recepcionista que parece sacada de una revista de moda.

Mi rebeca y mis vaqueros de repente parecen cutres, a pesar de ser mi mejor ropa informal.

La mano de Luca encuentra la parte baja de mi espalda, cálida y posesiva. —Estás perfecta —murmura, leyendo mi incomodidad como lee todo sobre mí.

Aparece el propio Matthew Santoro: pelo plateado, traje caro, el tipo de hombre que probablemente gana más con una sola comisión que yo en un año. —Luca. Un placer, como siempre. —Sus ojos se posan en mí con aprobación profesional—. Y esta debe de ser Faith. Bienvenida.

—Matthew. —La voz de Luca tiene ese filo que estoy aprendiendo a asociar con los negocios—. Hablamos de los parámetros.

—Por supuesto. Por aquí, por favor. —Matthew nos guía a través de unas puertas de cristal hasta una sala de exposición privada.

Tres vehículos reposan bajo una iluminación perfecta como obras de arte en un museo. El primero es un elegante Audi Q5 negro, todo líneas afiladas y estilo agresivo. El segundo es un BMW X3 azul medianoche que consigue parecer a la vez práctico y lujoso. El tercero es un Volvo XC60 plateado, discreto pero elegante.

Los miro fijamente, mi cerebro luchando por procesarlo. Cada uno de ellos cuesta más de lo que gano en un año. Probablemente en dos.

—Basándome en sus especificaciones —dice Marco, su voz tan suave como los asientos de cuero—, seguridad, fiabilidad, apropiado para la profesión de la señorita Winters y capaz de soportar los inviernos de Chicago. El Audi tiene el sistema de tracción a las cuatro ruedas más sensible y una calificación de seguridad de cinco estrellas. El BMW ofrece una maniobrabilidad superior en condiciones adversas. Y el Volvo tiene la mejor tecnología para evitar colisiones de su clase, además de las calificaciones de seguridad más altas en general.

Nos habla a los dos, pero sus ojos siguen volviendo a Luca, esperando su aprobación.

—Son demasiado caros —consigo decir, mi voz saliendo más débil de lo que me gustaría.

—Son seguros —corrige Luca, acercándose a los vehículos—. Las mejores calificaciones de seguridad de su clase. El Volvo tiene el mejor sistema para evitar colisiones: puede frenar automáticamente si detecta un obstáculo. El BMW tiene una maniobrabilidad superior en nieve y hielo. El Audi tiene la tracción a las cuatro ruedas más sensible para maniobras de emergencia.

Se ha memorizado las especificaciones. Por supuesto que lo ha hecho. Probablemente pasó horas investigando, comparando, calculando cuál me mantendría más segura.

Matthew se retira con tacto para «preparar el papeleo», dejándonos a solas con lo que debe ser un cuarto de millón de dólares en vehículos.

—No puedo aceptar esto. —Me giro para encarar a Luca por completo—. Es demasiado.

—Tu vida no es demasiado. —Su voz baja, con esa intensidad peligrosa adentrándose en ella—. Siete minutos, Faith. Estuviste sentada en ese coche averiado durante siete minutos a las once de la noche en un barrio donde tres mujeres fueron agredidas en los últimos dos meses. ¿Sabes lo que hice durante esos siete minutos?

Niego con la cabeza, incapaz de apartar la vista de su rostro.

—Consulté las estadísticas de delincuencia de esa manzana exacta. Planeé doce formas diferentes de matar a quienquiera que se te acercara. Sostuve mi teléfono, listo para llamar a mis hombres para que acudieran a tu ubicación. Te vi intentar arrancar seis veces a través de la cámara de seguridad de la bodega. —Sus manos están temblando ahora, temblando de verdad—. Y no pude hacer nada hasta que ese motor de mierda finalmente se puso en marcha.

La confesión pende entre nosotros, cruda y honesta.

—No puedo protegerte si tu propio vehículo te atrapa.

—Esto no es solo protección. —Me acerco a él, necesitando que lo admita—. Es control.

—Sí. —Sin desvíos. Sin mentiras bonitas—. Es ambas cosas. Necesito saber que estás a salvo. Necesito saber dónde estás. Necesito poder llegar a ti si algo sucede. —Su mano me ahueca el rostro, el pulgar rozando la marca en mi garganta—. Llámalo control. Llámalo obsesión. Llámalo como quieras. Pero vas a tener un coche seguro con seguimiento por GPS, y ese es el final de la discusión.

Debería estar enfadada. Debería salir de aquí furiosa. En cambio, estoy estudiando su rostro, viendo el miedo genuino bajo la exigencia. Está aterrorizado. Realmente aterrorizado de que algo me pase.

—El Volvo —me oigo decir.

Sus ojos se agudizan. —¿Por qué?

—El plateado es menos llamativo que el negro. Y dijiste que tiene el mejor sistema para evitar colisiones. —Me acerco a él, pasando la

mano por el capó. Es precioso: práctico pero lujoso, una elegancia discreta que no gritará «comprado por un jefe de la mafia» cuando aparque en la biblioteca—. Me va mejor que los otros.

Algo en su expresión se suaviza, solo por un momento. —¿Prueba de conducción?

—¿Me dirás cada especificación técnica mientras conducimos?

—Probablemente.

—¿Me dirás también exactamente cómo accediste a la cámara de seguridad de la bodega?

Esa sonrisa equivocada. —La hackeé. Y vi la grabación dos veces porque la primera estaba demasiado enfadado para pensar con claridad.

Está completamente loco. Y yo estoy completamente perdida por él.

—Vamos a conducir.

¡~!

El Volvo se conduce como un sueño. Suave, silencioso, sensible. Todo lo que mi pobre Honda no es. El asiento se ajusta de una docena de maneras diferentes, el volante está calefactado, y cuando piso el acelerador, acelera con apenas un susurro de sonido.

—Asientos calefactados —señala Luca, estirando el brazo para ajustar algo en la consola. Su brazo roza mi muslo, deliberadamente —. Siempre tienes frío en invierno. Te he visto sentarte en tu coche durante cinco minutos en el aparcamiento de la biblioteca, esperando a que la calefacción funcionara, frotándote las manos.

—Das mucho miedo, ¿lo sabes?

—Sí. —No parece ni un poco molesto—. Monitorización de puntos ciegos a ambos lados: esas luces en los retrovisores parpadearán si hay un coche que no puedes ver. Aviso de salida de carril si te desvías sin señalizar. Frenado automático de emergencia si detecta una colisión inminente.

—Realmente te has memorizado las especificaciones.

—Cristales antibalas. Nada extremo, solo protección de nivel 3. Y los neumáticos no se pueden pinchar; puedes conducir cincuenta millas con ellos incluso si están rajados.

Lo miro.

—Investigué durante seis horas anoche. Hice que Santoro preparara sus mejores vehículos modificados. —Su mano descansa

en mi muslo ahora, posesiva y cálida a través de mis vaqueros—. Después de verte dormir durante dos horas.

Debería pisar el freno en seco. Debería exigir saber por qué me estaba viendo dormir. En cambio, mi cuerpo se calienta bajo su tacto, el calor acumulándose en la parte baja de mi vientre ante la admisión casual.

—El GPS —digo con cuidado, probando la maniobrabilidad del coche mientras giro hacia Lake Shore Drive. La dirección es precisa, sensible—. ¿Me rastrearás constantemente?

—Sí.

—¿Y si voy a un lugar que no apruebas?

—Entonces o me uniré a ti o eliminaré la amenaza, dependiendo de la ubicación. —Lo dice como si fuera razonable, como si así funcionaran las relaciones normales—. Pero siempre sabrás que estoy observando. No lo ocultaré.

De alguna manera, la honestidad lo hace menos invasivo. O quizás estoy tan enferma como él, encontrando consuelo en la idea de ser constantemente observada.

—Hay una función de arranque remoto —continúa, sus dedos trazando pequeños círculos en mi muslo que hacen difícil concentrarse en la conducción—. Puedes calentar el coche desde tu apartamento. Descongelar las ventanas, calentar los asientos, antes incluso de salir a la calle.

—Eso es... realmente considerado.

—Pienso en ti constantemente, Faith. En lo que necesitas. En lo que te haría sentir cómoda. En lo que podría hacerte daño. —Sus dedos se aprietan ligeramente—. Los pensamientos obsesivos se convierten en acciones protectoras.

El lago se extiende a nuestro lado, gris e infinito bajo el cielo de la mañana. Pasan otros coches, gente normal viviendo vidas normales, completamente ajenos a que estoy probando un coche de 110.000 dólares comprado por un asesino que cronometra cuánto tiempo tarda mi motor en calarse.

Entro en el aparcamiento del concesionario veinte minutos después, mis manos firmes en el volante a pesar de mi corazón acelerado.

—Vale.

—¿Vale? —La voz de Luca es cuidadosamente neutral, pero puedo sentir su tensión.

—Acepto el coche. —Me giro para mirarlo, necesitando ver su reacción—. Pero tengo condiciones.

El interés parpadea en esos ojos pálidos. —Dime cuáles.

—Una: me enseñas a acceder al seguimiento por GPS. Si tú me vigilas, yo también te vigilo a ti.

Su sonrisa es genuina esta vez, llegando a sus ojos por una vez. —De acuerdo. Lo justo es justo.

—Dos: no más regalos sorpresa sin preguntar primero. El coche tiene sentido, necesito un transporte fiable. Pero no quiero despertarme y encontrar un armario nuevo o joyas o cualquier otra cosa que creas que necesito.

—A ti nunca se te podría comprar. —Me interrumpe antes de que pueda terminar—. Eres demasiado lista. Demasiado peligrosa a tu manera. Esto no es para hacerte dependiente de mí, Faith. Es para mantenerte a salvo mientras planeas la destrucción de Neumann.

La forma en que lo dice no debería excitarme. De verdad que no.

—Tres: deja de observarme dormir a través de mi ventana. Es siniestro hasta para tus estándares.

—No.

—Luca…

—Empezaré a usar las cámaras que instalé en tu apartamento. Mejores ángulos, una señal más fiable. —Lo dice completamente en serio, sin siquiera intentar fingir que está bromeando.

Debería estar horrorizada. En cambio, me estoy riendo, un sonido roto que es mitad diversión, mitad desesperación. —Eres imposible.

—Y tú eres mía. —Se inclina sobre la consola, su boca capturando la mía en un beso que sabe a posesión, a café y a promesas que no debería desear que cumpliera—. Di que sí al coche, mi pequeña Faith.

Contra sus labios, susurro: —Sí.

Dos horas después, conduzco mi nuevo Volvo XC60 plateado y modificado a casa, todavía procesando que Luca acaba de gastar 110.000 dólares como si fuera el dinero del café. El papeleo está hecho, todo a mi nombre, totalmente pagado, el seguro arreglado para los próximos tres años. Matthew lo había gestionado con la eficiencia de alguien acostumbrado a las extrañas peticiones de hombres peligrosos.

Mi teléfono vibra cuando estoy parada en un semáforo en rojo.

Luca: —Veo que estás a tres manzanas de casa. El límite de velocidad es 30. Vas a 32. Reduce la velocidad.

Debería sentirme asustada. En lugar de eso, me encuentro sonriendo mientras levanto el pie del acelerador, comprobando mi espejo retrovisor a pesar de que sé que no me está siguiendo. Está observando a través del GPS, probablemente lo encendió en uno de sus muchos monitores en el segundo en que salí del concesionario.

Otro mensaje: —Buena chica. Además, revisa la guantera cuando llegues a casa.

El semáforo se pone en verde. Conduzco exactamente a 30 mph el resto del camino, hiperconsciente de sus ojos sobre mí a través de satélites y tecnología.

En casa, me siento en mi coche nuevo en el aparcamiento durante un minuto entero antes de abrir la guantera.

Dentro, encuentro:

- El manual del propietario, perfectamente organizado.
- Un botiquín de primeros auxilios (por supuesto que pensaría en eso).
- Los documentos de matriculación y del seguro en una carpeta de cuero.
- Una pequeña caja negra.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras abro la caja.

Una navaja. No una navaja cualquiera: una preciosa navaja plegable con mango de nácar, la hoja ya tan afilada que atrapa la luz. Está perfectamente equilibrada cuando pruebo su peso, de calidad profesional, el tipo de arma que cuesta más que mi antigua cuota mensual del coche.

La nota metida dentro dice con su letra precisa: «Arma de respaldo. Porque no siempre puedo estar allí en persona. Pero siempre sabré dónde estás. -L»

Estoy sentada en mi coche tuneado, en el aparcamiento de mi edificio, sosteniendo una navaja de un psicópata que acaba de gastar más dinero en mí del que yo he gastado en mí misma en cinco años.

Y me siento más segura que nunca en mi vida.

Que Dios me ayude.

18 - Faith

Ayer por la mañana estaba comprando un coche nuevo con el semen de Luca todavía goteando por mis muslos. Ahora estoy sentada frente a mi padre en Giovanni's, fingiendo ser la hija que él cree que soy mientras mi cuerpo palpita con la evidencia de en quién me he convertido. Me salté nuestro desayuno habitual esta mañana, así que se lo estoy compensando.

Los moratones laten bajo mi recatada chaqueta de punto mientras me deslizo en el reservado de cuero. Cada roce de la tela contra las marcas de mordiscos en mis hombros envía calor directo a mis entrañas, un vergonzoso recordatorio de que no solo dejé que un asesino me tocara. Se lo supliqué. La áspera lana me irrita la piel sensible, y tengo que contenerme para no emitir un sonido cuando se engancha en la marca que me dejó con la boca en la clavícula.

Me digo a mí misma que está mal, pero la verdad es más oscura: lo deseaba por lo que es, no a pesar de ello. El asco por mí misma se me asienta pesadamente en el estómago, mezclado con algo peor: el recuerdo de lo viva que me sentí con sus manos alrededor de mi cuello.

—Pareces cansada, cariño. —Los ojos de juez de papá notan las ojeras que el corrector no logra ocultar del todo, la forma en que estoy sentada con demasiado cuidado, intentando no agravar el delicioso dolor entre mis piernas.

—Solo ha sido una semana larga en la biblioteca. —Cojo la carta de vinos como si fuera un salvavidas, necesitando algo entre nosotros, una barrera tras la que esconderme—. Estamos implementando un nuevo sistema de catalogación.

La mentira me quema en la lengua. Ahora todo sabe a mentiras. A culpa mezclada con el sabor fantasma de Luca que todavía puedo saborear a pesar de haberme cepillado los dientes seis veces durante el día.

—Bueno, no te exijas demasiado. —Le hace una seña al camarero y pide lo de siempre: su whisky solo, mi vino blanco. Su colonia, algo

caro y judicial, me hace pensar en el aroma de Luca: más oscuro, peligroso, como a pólvora y cuero caro—. Ya sabes lo que se preocupaba tu madre cuando te esforzabas demasiado.

Mi madre. La mujer que me crio para ser buena, para seguir las reglas y confiar en la justicia. ¿Qué pensaría ahora de su hija? Pero incluso mientras lo pienso, recuerdo mis propios planes para Neumann. ¿Cómo puedo destruirlo por matar a mamá cuando le estoy abriendo las piernas a otro asesino?

El camarero regresa con nuestras bebidas y doy un sorbo demasiado grande al vino, necesitando el ardor para distraerme del dolor entre los muslos que me hace apretarlos involuntariamente. El vino se mezcla con el sabor fantasma de la boca de Luca y casi gimo.

—¿Coche nuevo? —Su voz de juez. Esa que hace que los testigos se retuerzan.

—Sí. —Trago el vino, evitando su mirada.

—Es un Volvo XC60. Esos cuestan a partir de sesenta mil dólares. —Deja el vaso con deliberada precisión—. ¿De dónde saca una bibliotecaria infantil dinero para un coche así?

—Tenía ahorros…

—Faith. —Una palabra. Es todo lo que hace falta—. No me mientas.

Se me hace un nudo en la garganta. La verdad lo destruiría: «El novio psicópata de tu hija me lo compró porque me ha estado acosando y cronometró cuánto tardaba mi viejo coche en calarse en un mal barrio».

—Un amigo me ayudó —logro decir.

—¿Qué amigo? ¿Sarah? ¿Tu club de lectura? —Entrecierra los ojos—. ¿O alguien más? ¿Alguien con quien has estado saliendo?

—Nadie que conozcas, papá.

—La ciudad se está volviendo más peligrosa —dice, estudiando la carta aunque ambos sabemos que pedirá el chuletón, como siempre —. Las familias criminales se están envalentonando.

Me escondo detrás de la carta, apretando los muslos con la fuerza suficiente para hacerme daño. La presión me hace recordar las manos de Luca separándolos. —¿Ah, sí?

—Algo los está agitando. Disputas territoriales, por lo que dicen mis fuentes. —Baja la carta y sus ojos afilados encuentran los míos—. Estás teniendo cuidado, ¿verdad? ¿Tomas Ubers por la noche?

—Por supuesto. —Otra mentira. Vine andando porque necesitaba que el aire frío me despejara la cabeza, que me limpiara la sensación de ser poseída. No funcionó. Todavía puedo olerlo en mi piel a pesar de tres duchas.

—Bien. Porque esta gente, Faith… —Se inclina hacia delante, bajando la voz—. Son animales. Sin conciencia, sin moral. Destruyen todo lo que tocan.

Depredador puro, diría él. Sí. Y yo soy la presa que exhibió su garganta y suplicó ser devorada. El vino amenaza con subírseme mientras mi coño se contrae al recordarlo.

—Hablando de eso —continúa papá, sacando su teléfono—, seguimos teniendo problemas con el caso Rosetti. No conseguimos que nada se sostenga.

El nombre hace que todo mi cuerpo se tense. Agarro mi copa de vino demasiado rápido, y el líquido se derrama peligrosamente cerca del borde. Al otro lado del restaurante, veo a un hombre con un traje oscuro, fingiendo leer una carta pero observando nuestra mesa. Uno de los de Luca. Ni siquiera aquí estoy libre de él.

—¿Los Rosetti? —Mi voz sale más aguda de lo que pretendía.

—Los peores de todos. —Se desplaza por algo en su teléfono, probablemente archivos del caso que no debería mostrarme en público—. Cinco hermanos, una hermana, todos asesinos. Pero hay uno que es particularmente… —Hace una pausa, buscando la palabra —. Trastornado.

Sé lo que viene. Sé qué nombre dirá. Me tiembla la mano al llevarme el vino a los labios, tocándome inconscientemente el cuello para asegurarme de que la bufanda oculta los moratones con la forma de los dedos que Luca dejó como un collar.

—Luca Rosetti. —La voz de papá destila asco—. El psicópata de la familia. Mis investigadores dicen que ya ni siquiera finge ser humano. Puro animal.

El vino se me va por el mal camino. Me ahogo, tosiendo violentamente mientras el líquido me quema la garganta. Papá se preocupa de inmediato y se estira para darme palmaditas en la espalda.

—Tranquila, cariño.

—Lo siento —jadeo, agarrando la servilleta para secarme los ojos —. Se me ha ido por otro lado.

—Como decía, este Luca es el peor de todos. Las cosas que ha hecho… —Papá niega con la cabeza—. Hay fotos de escenas del crimen que te harían perder la fe en la humanidad. No solo mata, Faith. Hace que dure. Lo hace personal.

Lo sé, pienso, apretando deliberadamente un moratón en mi cadera hasta que el dolor me hace estremecer. *Sé exactamente lo personal que lo hace todo*. Lo peor no es la culpa; es que me estoy mojando al recordarlo.

—Pero no tienes que preocuparte por nada de eso —continúa papá, volviendo a su carta—. Eres una buena persona, cariño. Como tu madre. La oscuridad de esta ciudad no puede tocar a gente como tú.

Las palabras pretenden consolar. En cambio, se sienten como un panegírico para la persona que solía ser. Porque no soy buena. Las chicas buenas no se corren con los dedos de un asesino. Las chicas buenas no se enfadan porque él mencione su patrón de desechar mujeres, no se sienten orgullosas de que alguien tan peligroso las desee, aunque sea temporalmente.

—Intento serlo —susurro, y la confesión me raspa la garganta.

Él estira la mano sobre la mesa y cubre la mía con la suya. El suave contacto multiplica mi culpa, incluso mientras lo comparo con el agarre de Luca: posesivo, que marca, que reclama. —No tienes que intentarlo, Faith. Es lo que eres. Tu madre estaría muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Algo debe de reflejarse en mi cara, porque la expresión de papá cambia a una de preocupación. —Cariño, ¿qué pasa? Pareces preocupada.

—Estoy bien. —Pero mi voz se quiebra en la mentira.

—No estás bien. Pareces como si no hubieras dormido en días. —Su pulgar frota círculos relajantes en mi mano, tan diferente de cómo me tocó Luca—. ¿Es por tu madre?

La salida que me ofrece es muy tentadora. —Últimamente he estado pensando mucho en ella —digo, lo que no es del todo mentira. He estado pensando en ella, en cómo a las dos nos atraen los hombres peligrosos, en cómo quizás esta oscuridad se hereda.

—El duelo cambia, pero nunca desaparece del todo —dice papá suavemente—. Sin embargo, tu madre querría que fueras feliz. Que vivieras plenamente.

¿De verdad? ¿Querría que viviera plenamente si eso significa follarme a un contemporáneo de su asesino? ¿Si vivir plenamente significa descubrir que podría ser más monstruo que víctima?

—Perdona —consigo decir, soltando mi mano—. Necesito ir al baño.

Huyo antes de que pueda responder, cada paso haciéndome consciente del dolor entre mis piernas, evidencia de cuán a fondo Luca me reclamó. El baño está felizmente vacío, todo de mármol color crema y una iluminación suave que hace que todo parezca caro y limpio. A diferencia de mí.

Me agarro al lavabo, mirando mi reflejo en el espejo. La misma cara, pero ahora algo salvaje acecha tras mis ojos. Algo que anhela la violencia envuelta en trajes caros.

—¿Quién eres? —le susurro a mi reflejo.

La mujer en el espejo no responde. Solo me devuelve la mirada con unos ojos que guardan secretos, que saben lo que se siente al deshacerse por un diablo.

Mi teléfono vibra en mi bolso. Luca.

Has vuelto a olvidarte de almorzar. Come, o iré a darte de comer yo mismo.

La amenaza-promesa me hace contraerme, imaginándolo cumplirla. Luego otro mensaje:

Deja de darle vueltas, pequeña Faith. Se te nota la culpa, y papá está mirando.

¿Cómo lo sabe siempre? El recordatorio de que me está observando me repugna. Me enfada. Pero también estoy apretando los muslos, enfadada con él por hacerme desearlo, confundida por su atención cuando me advirtió sobre su patrón. Desear, tomar, desechar. ¿En qué fase estamos ahora?

Aprieto deliberadamente la marca del mordisco en mi hombro, necesitando el dolor para anclarme a la realidad. La aguda sensación me hace jadear, me hace recordar sus dientes ahí mientras me follaba. Lo estoy, me recuerdo. Horrorizada.

Cuando vuelvo a la mesa, papá ya ha pedido por nosotros. Mi salmón de siempre, su chuletón, como cada vez que venimos aquí.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta.

—Sí, lo siento. —Vuelvo a acomodarme en mi asiento, y el movimiento hace que cada moratón palpite al ritmo de mi pulso. El

hombre del traje oscuro sigue allí, sigue observando. Protegiendo o aprisionando: con Luca, son la misma cosa.

—Faith —dice papá de repente, dejando el tenedor—. Necesito que me escuches.

La seriedad en su tono me hace levantar la vista de mi salmón apenas tocado.

—Sea lo que sea con lo que estás lidiando, y veo que estás lidiando con algo, necesito que recuerdes quién eres. —Sus ojos se clavan en los míos con todo el peso de su cargo, su moralidad, su creencia en la justicia—. Eres mejor que la oscuridad de esta ciudad. Eres de los buenos.

Las palabras deberían consolar. En cambio, suenan a broma. Porque anoche no quise ser buena. Quise ser poseída, devorada, destruida y rehecha a su imagen.

—La oscuridad a veces es tentadora —continúa, sin saber cómo me hieren sus palabras—. Parece más fácil, más inmediata que hacer las cosas de la manera correcta. Pero una vez que la dejas entrar, Faith, una vez que comprometes quién eres… no hay vuelta atrás.

Dijo que probablemente se aburriría, susurra mi mente. *Dijo que sigue un patrón. Desear, tomar, desechar.* El pensamiento me enfada, no con él, sino conmigo misma por anhelar ya lo que sé que me destruirá.

—Y si… —empiezo, y luego me detengo. ¿Y si no soy mejor? ¿Y si la oscuridad se siente más como un hogar que lo que nunca se sintió la luz? ¿Y si no quiero volver?

—¿Y si qué?

—Nada. —Me obligo a tomar un bocado de salmón. Sabe a ceniza comparado con el recuerdo de la lengua de Luca—. Tienes razón. Solo necesito recordar quién soy.

Cuando la cena termina y papá me abraza para despedirse, diciéndome de nuevo que tenga cuidado, que me mantenga alejada de la gente peligrosa, apenas puedo mirarlo a los ojos. Porque sé que esta noche me desnudaré y examinaré cada moratón que dejó, presionando cada uno hasta que el dolor me haga gemir. Me tocaré pensando en él observando a través de sus cámaras. Me odiaré por querer que vuelva, que termine de arruinarme.

Y la verdad más oscura de todas: una parte de mí, la parte que no puedo mostrarle a mi padre, que no puedo admitir a la luz del día, no está rota por haberse acostado con un asesino.

Está decepcionada de que solo haya ocurrido una vez.

El frío de noviembre me golpea la cara al salir del restaurante, pero no hace nada por enfriar el calor que todavía pulsa a través de mí. Mi apartamento está a solo seis manzanas, y necesito el paseo para despejarme, para prepararme para otra noche de presionar moratones y odiarme por querer más.

Mi llave gira en la cerradura y entro, quitándome ya la chaqueta de punto, necesitando ver las marcas de nuevo, confirmar que son reales, que no imaginé…

Me quedo helada.

El vestido rojo del teatro está extendido sobre mi cama como una promesa. O una amenaza. La seda capta la luz de la lámpara de mi mesilla, haciendo que parezca sangre fresca contra mis sábanas blancas. Mi corazón se acelera mientras me acerco y veo la nota colocada precisamente encima.

Tres palabras con su escritura áspera: «Mañana. 20:00 h».

Me fallan las piernas. Ha estado aquí. Mientras cenaba con mi padre, mintiendo sobre quién soy, Luca estaba en mi apartamento, en mi dormitorio, dejándome órdenes como si el espacio fuera suyo. Como si yo fuera suya.

Cojo el vestido con manos temblorosas, la seda se desliza entre mis dedos como el agua. Todavía huele a él, ese aroma oscuro y caro que hace que mi coño se contraiga con el recuerdo. Hay algo más debajo de la nota. La tarjeta de un hotel. El logo del Ritz-Carlton brilla dorado a la luz de la lámpara.

Sin número de habitación. Sabe que lo encontraré. O él me encontrará a mí.

Mi teléfono vibra. *No lleves nada debajo.*

La orden hace que se me caiga el vestido, y todo mi cuerpo se sonroja de calor.

Debería tirar el vestido y, desde luego, no presentarme mañana.

En cambio, ya me lo estoy imaginando. La seda contra mi piel desnuda. Caminando por el vestíbulo del hotel, sabiendo que estoy desnuda bajo el vestido, sabiendo que él está esperando. Sabiendo que mañana por la noche terminará lo que empezó.

19 - Faith

Siete de la mañana, lunes. La única constante en mi semana que no involucra sangre o cámaras de vigilancia.

Aparco el Audi a tres calles del centro comunitario, encajándolo entre una furgoneta oxidada y un sedán al que le falta la luna trasera. Nada es una invitación al robo más clara que la ingeniería italiana en un barrio donde la mayoría de los coches funcionan de milagro. Me tiemblan un poco las manos mientras apago el motor, los dedos temblando sobre el volante de cuero.

La Glock me presiona las costillas cuando salgo, un peso familiar que me acompaña a todas partes. Dos salidas desde esta calle, tres posibles rutas de escape, catorce lugares donde podría posicionarse un francotirador. La paranoia es automática, está cableada en mi sistema nervioso como la respiración.

El aire de noviembre me atraviesa la chaqueta mientras camino hacia el mugriento edificio de ladrillo. Pintura fresca cubre los grafitis de la semana pasada, pero ya se transparentan unos nuevos, meadas territoriales de bandas que se creen dueñas de estas calles. No lo son. Los verdaderos dueños son la pobreza y la violencia, y le alquilan el espacio a quien pague con sangre.

La pantalla de mi teléfono permanece a oscuras. Ningún mensaje de Faith desde anoche, cuando le dejé el vestido. No es que esperara ninguno. Las mujeres no suelen enviarle mensajes a su acosador convertido en amante convertido en lo que coño sea que soy ahora. El agotamiento hace que todo se sienta como si estuviera bajo el agua, los sonidos distorsionados, las sombras moviéndose donde no debería haberlas. Cuando Faith ocurrió, durante unas pocas y preciosas horas, mi cuerpo recordó lo que era el descanso. Ahora es peor porque mi cerebro sabe lo que se está perdiendo.

La puerta metálica del centro comunitario gime cuando la empujo para entrar. El mismo olor de siempre: desinfectante industrial librando una batalla perdida contra el moho, el sudor y ese particular olor dulzón a miedo que emiten los niños traumatizados.

El mismo fluorescente parpadeante que necesita ser reemplazado. El mismo linóleo agrietado que ha visto demasiados pies huyendo de demasiadas tragedias.

Damon llega primero, como de costumbre. Catorce años, ya mide un metro ochenta, los hombros empezando a llenarse de un músculo que la pobreza intentará malgastar. Su padre murió en un tiroteo desde un coche que iba dirigido a otra persona. Probabilidad estadística de que esté muerto o en la cárcel en cuatro años: sesenta y siete por ciento.

—Señor L —asiente, ayudándome a sacar las colchonetas del armario. La espuma barata se me pega a las palmas, ya húmedas por la humedad. Nunca pregunta por qué tengo cara de muerto. Estos chicos conocen el agotamiento íntimamente.

Maria es la siguiente, once años con unos ojos que han visto demasiado. Su madre le disparó a su padre y luego se suicidó, mientras Maria se escondía en el armario. Probabilidad de desarrollar tendencias violentas: jodidamente inevitable. Luego Jerome, de nueve, cuya madre murió de una sobredosis después de que su padre fuera asesinado por policías que dijeron que encajaba con una descripción.

Siete niños en total hoy. Siete resultados potenciales, siete futuros que estoy moldeando con cada lección. La ironía sería divertida si me quedara algo de humor.

—Los mismos compañeros que la semana pasada —les digo, viéndolos emparejarse con la eficiencia de los soldados. Dos salidas visibles, cuatro ventanas, teléfono de emergencia en la oficina. Siempre trazando mapas, siempre calculando.

No les sonrío. No ofrezco ánimos vacíos ni falsas esperanzas. Prefieren mi honestidad a la simpatía ensayada de los trabajadores sociales. Nos reconocemos mutuamente, cosas rotas intentando funcionar en un mundo que sigue rompiéndose.

Mi teléfono vibra. Marco.

La situación de Detroit ha empeorado. Esta noche. Medianoche. Se requiere una resolución final.

Le respondo con una confirmación y luego me guardo el teléfono. Tendrá que ser después de que me reúna con mi Faith en el Ritz-Carlton. En diez horas, estaré con mi mujer. En dieciséis horas, estaré en mi sótano con herramientas y alguien que pensó que cruzarse con los Rosettis era sobrevivible. La urgencia que se ha ido

acumulando durante semanas finalmente llega a su punto álgido. Pero primero, esto.

—Hoy vamos a trabajar en llaves de escape —anuncio, haciendo una demostración con Damon. Su muñeca en mi mano, mostrándole el ángulo necesario para liberarse. El mismo agarre que usaré esta noche, solo que no estaré enseñando a escapar—. Recuerden, no están intentando ganar una pelea. Están intentando huir.

Practican en parejas, y corrijo la postura con la misma precisión que uso al seleccionar herramientas para un interrogatorio. Ambas cosas implican entender cómo se rompen los cuerpos, dónde son débiles, cómo la presión crea sumisión o libertad. Modulo mi voz de la misma manera que lo hago durante los interrogatorios: controlada, calculada, efectiva.

Entonces Keisha grita.

No muy fuerte. Los que están rotos no gritan fuerte. Pero es ese sonido agudo y fino de alguien que desaparece en un recuerdo. Jerome le tiene agarrada la muñeca para la demostración, y de repente ella ya no está aquí. Ha vuelto allí, donde sea que viva su trauma.

—Suéltala —le digo a Jerome, que la suelta de inmediato. Los otros niños forman un círculo, reconociendo lo que todos han experimentado. Mi propia visión se fractura por un segundo. Sangre en suelos de mármol, los ojos de mi padre vaciándose. Pero lo reprimo a la fuerza.

Keisha hiperventila, atrapada entre el ahora y el entonces. —Sus manos, sus manos —susurra, y sé que se refiere a su tío. El que mató a sus padres hace dos años. El que yo maté seis meses después, haciéndole sufrir durante seis horas mientras suplicaba, aunque ella nunca lo sabrá.

Me arrodillo, con cuidado de no tocarla. El contacto lo empeora cuando te estás ahogando en recuerdos. Lo sé por experiencia.

—Keisha. —Mi voz baja de tono—. Estás en el centro. Lunes por la mañana. Noviembre. Cuenta las colchonetas conmigo. Una, dos, tres…

Sus ojos se mueven, desenfocados, pero lentamente sale a la superficie. La hiperventilación se calma. Las lágrimas surcan sus mejillas, pero no se las seca.

—Lo siento —susurra.

—Nunca te disculpes por sobrevivir —digo, más duro de lo que pretendía—. Tu cuerpo recordó el peligro. Eso no está mal.

Ella asiente, comprendiendo de una manera que la mayoría de los niños de ocho años no lo harían.

—¿Estás bien para continuar?

Asiente de nuevo, feroz a pesar de las lágrimas. —Muéstreme otra vez.

Así que lo hago. Tan paciente como lo soy durante las delicadas fases de un interrogatorio. Estos niños crecerán hipervigilantes, viendo una amenaza en cada sombra. No los estoy salvando. Estoy creando futuros yo.

—Se ve enfermo, señor L.

La observación de Maria atraviesa mi concentración. No deja de practicar mientras me interroga, la memoria muscular tomando el control.

—¿Cuándo fue la última vez que durmió?

—No hace tanto.

—Eso no es una respuesta. —Ejecuta el escape a la perfección—. Mi madre dejó de dormir antes de que…

Antes de que perdiera la cabeza, le disparara al padre de Maria y luego se suicidara.

—Me estoy encargando de ello.

Maria me estudia. —Vuelve a verse vacío.

Mi cuerpo se pone rígido. Es observadora, esta niña.

Vacío. Sí. Desear, tomar, descartar. Excepto que no puedo completar el patrón. Ella no me deja descartarla, y yo no puedo dejar de desearla.

Movimiento en la puerta. Mi cuerpo reconoce a Faith antes que mis ojos. Cortisol y oxitocina elevados, estrés y apego, mi confusa respuesta química a su proximidad. Está ahí de pie, mirándome mientras le demuestro a Jerome cómo liberarse de una llave de estrangulamiento.

¿Cuánto tiempo lleva observando? ¿Lo suficiente para verme con Keisha? Incluso agotado, incluso aquí con niños cerca, quiero follármela contra la pared, recordarle lo que hacen estas manos cuando no están enseñando llaves de escape.

—Bien —le digo a Jerome, aunque toda mi atención está en Faith —. Practica con Maria.

Camino hacia ella, esperando asco. En cambio, su expresión muestra reconocimiento. Comprensión. Ella también ve a través de esta actuación.

—Al pasillo —digo en voz baja, y ella asiente. Los niños no levantan la vista. Están acostumbrados a que los adultos los excluyan.

Los fluorescentes del pasillo parpadean sobre nosotros. Cierro la puerta, necesitando la barrera. Ya estoy calculando: pasillo vacío, sin cámaras, lleva una falda. Podría tenerla contra la pared en dos segundos.

—Me has seguido. —No es una acusación.

—Tienes una pinta horrible.

—La falta de sueño me vuelve inestable. Más inestable. —La broma cae en saco roto.

—¿Cuánto tiempo llevas viniendo aquí?

—Tres años.

—¿Por qué?

—Porque crear más monstruos me hace sentir menos solo.

Ella se estremece. —No son monstruos. Son niños.

—Yo también fui un niño. Mírame ahora. —Extiendo las manos—. Les estoy enseñando a ser como yo. ¿Es eso realmente supervivencia?

Su mano me toca la cara. Cálida contra mi mejilla, y mi cuerpo me traiciona al inclinarse hacia el contacto. Su caricia me hace querer estamparla contra la pared, recordarle lo que hacen estas manos cuando no están siendo delicadas.

—Les estás enseñando a protegerse.

—Les estoy enseñando la violencia. Mañana seguiré matando a cualquiera que te amenace. Esto —señalo hacia el centro— es solo control de daños. Tres años de lunes. Prácticamente un santo, ¿verdad? Si los santos tuvieran un recuento de cadáveres.

Pero ahora me está mirando de forma diferente. Esa expresión específica que significa que alguien está viendo salvación donde solo hay condenación.

—Te quedaste con esa niña. La ayudaste a superar su ataque de pánico.

—Reconocimiento de patrones. Narcisismo disfrazado de empatía.

—Te estás mintiendo a ti mismo sobre por qué estás aquí.

—Cuidado, Faith. —Doy un paso más cerca, tan cerca que tiene que inclinar la cabeza hacia atrás—. La última persona que intentó salvarme terminó con mis manos alrededor de su garganta. Y no llevaba un vestido rojo en ese momento.

Su respiración se entrecorta, y huelo su excitación. Ese almizcle dulce que hace que mi polla palpite. Incluso aquí, discutiendo mi naturaleza irredimible, me desea.

—Estás tan empeñado en ser malvado —observa ella.

—No empeñado. Solo preciso. Vas a intentar salvarme ahora. —Las palabras me queman la garganta—. Añadirme a tu lista de proyectos. La destrucción de Trent Neumann y la redención de Luca Rosetti.

Su silencio lo confirma. Joder. Cree que soy recuperable porque no dejo que los niños se ahoguen en su trauma. No entiende que no los estoy sacando del agua. Les estoy enseñando a respirar mientras se ahogan.

—Los niños confían en ti —dice ella.

—Los niños son malos testigos de carácter.

Mi teléfono vibra. Marco otra vez.

Almacén. Treinta minutos. Trae tus herramientas.

Miro a Faith, que sigue viendo salvación en mis ojos.

—Ahora tengo que ir a matar a alguien —le digo—. ¿Todavía quieres salvarme?

No responde con palabras. En cambio, se acerca más, su mano deslizándose por mi pecho hasta posarse sobre mi corazón. El contacto me quema a través de la camisa, y mi pulso martillea contra su palma. Exhausto, desesperado, deseoso.

—No estás tan perdido como crees —susurra.

Antes de que pueda discutir, antes de que pueda explicarle por qué se equivoca, se pone de puntillas y presiona su boca contra la mía.

El beso me destroza. No es brusco como en el guardarropa, no es desesperado como anoche. Este es suave, comprensivo, como si viera toda mi oscuridad y la eligiera de todos modos. Sus labios son suaves, su lengua se desliza contra la mía con una ternura que me abre el pecho.

Mis manos encuentran su cintura, atrayéndola hacia mí a pesar de dónde estamos, a pesar de los niños a diez metros de distancia, a

pesar de todo. Sabe a café y a posibilidad, a una redención que no merezco pero que de repente anhelo más que el sueño.

Cuando se aparta, ambos respiramos con dificultad. Mi polla palpita contra mi cremallera, y sé que puede sentirla presionada contra su estómago. Sus pupilas están dilatadas, sus labios hinchados por mi boca.

Sus dedos trazan los moratones de sus caderas antes de encontrar los correspondientes en las mías, ocultos bajo nuestra ropa; huellas dactilares de un negro purpúreo donde me agarró mientras me cabalgaba, tomando el control, haciéndome suplicar.

—Estamos en paz —dice, presionando mis moratones de la misma manera que yo presiono los suyos.

Cree que la estoy marcando como mía, pero no se da cuenta: cada arañazo que deja, cada mordisco, cada moratón, es ella reclamándome a mí. Nunca antes había dejado que nadie me marcara. Nunca quise la evidencia. Pero con Faith, catalogo cada herida como una carta de amor escrita con violencia.

—Esta noche —digo, las palabras arrancándose de mi garganta sin permiso—. Usa la tarjeta. Ponte el vestido.

No es una pregunta. Es una promesa. Una necesidad.

Ella asiente, con los dedos aún presionados en mi pecho, sintiendo mi corazón acelerado. —Sí.

—Faith…

—Esta noche —interrumpe, retrocediendo—. No me hagas esperar demasiado.

Se aleja, y yo la miro irse, mi cuerpo gritando que la siga. Que me salte el almacén, que me salte el asesinato, que me salte todo excepto enterrarme dentro de ella hasta que ninguno de los dos pueda pensar.

Pero tengo trabajo que hacer. Sangre que derramar. A alguien a quien hacer gritar.

Y después, cuando esté cubierto de pruebas de lo que soy, iré a verla. Veré si todavía quiere salvarme cuando huela a la muerte de otro. Veré si me besa de la misma manera con sangre bajo mis uñas.

La idea hace que mi polla se ponga imposiblemente más dura.

Esta noche no puede llegar lo suficientemente rápido.

20 - Faith

Cuando las puertas del ascensor se cierran justo antes del final de la jornada laboral, mi mente todavía da vueltas por haber seguido a Luca hasta el centro comunitario. Había planeado desintoxicarme de él por completo descubriendo algún secreto desagradable que demostrara la profundidad de su depravación, solo para encontrarlo... ayudando. Enseñando a niños a defenderse. Aportando algo a gente que no tiene nada. Entré y lo encontré arrodillado junto a una niña traumatizada de ocho años. Esas mismas manos que dejaron huellas en mis muslos contaban colchonetas con ella, con una voz increíblemente dulce: «Una, dos, tres... ya estás a salvo, estás en el centro». Enseñando a niños rotos a escapar de la misma violencia que él crea.

La contradicción me oprime el pecho, me hace presionar un moratón solo para anclarme a algo real.

El ascensor suena. Planta treinta y dos.

Algo va mal en el momento en que se abren las puertas. La zona de recepción está demasiado silenciosa, el aire demasiado quieto. Cheryl, la asistente de Neumann, está metiendo archivos en su bolso con un pánico apenas controlado, y su habitual sonrisa profesional no aparece por ninguna parte.

—El señor Neumann la está esperando —dice, mientras ya retrocede hacia el ascensor, evitando mi mirada—. Dijo que entrara directamente.

—¿No se queda? —Mi voz suena normal a pesar de las alarmas que aúllan en mi cabeza—. ¿Para tomar notas?

—Me ha dicho que me vaya antes —prácticamente salta dentro del ascensor—. Dijo que ustedes dos necesitaban privacidad para discutir... asuntos delicados.

Las puertas del ascensor se cierran sobre su rostro asustado, y de repente lo entiendo. Ella sabe algo. Quizás no el qué, pero lo suficiente para huir.

A través de las puertas de cristal, puedo ver a Neumann en su escritorio, observándome con una expresión que me pone la piel de gallina. No es el empresario condescendiente que tolera a la servicial bibliotecaria. Es otra cosa. Algo que me recuerda a todos esos años atrás, a observar a través de ese hueco bajo el sofá.

Mi mano encuentra mi teléfono, necesitando el ancla. Un solo mensaje a Luca y vendría. Pintaría estas paredes con la sangre de Neumann antes de que yo pudiera siquiera gritar. El pensamiento no debería excitarme, pero a mi cuerpo ya no le importan los «no debería».

Me obligo a echar los hombros hacia atrás, pongo mi inofensiva sonrisa de bibliotecaria y atravieso las puertas.

La cerradura hace clic detrás de mí. Deliberado. Definitivo. Atrapada.

Me giro, mi mano tantea el pomo. Cerrado desde dentro. —La puerta…

—Privacidad —Neumann no levanta la vista de lo que sea que esté estudiando—. Necesitamos discutir algo bastante delicado, Faith.

El corazón me late con tanta fuerza que estoy segura de que puede oírlo. Cada latido parece hacer eco: lo sabe, lo sabe, lo sabe.

—Por favor, siéntese —hace un gesto hacia la silla frente a su escritorio, pero cada instinto me grita que me quede junto a la puerta, que mantenga mi ruta de escape a la vista.

—Debo mencionar que tengo obligaciones en la biblioteca esta tarde. La hora del cuento a las tres —la mentira me quema la lengua, cobre mezclado con miedo y el recuerdo fantasma de la lengua de Luca en mi boca.

—La hora del cuento —finalmente levanta la vista, y sus ojos brillan con algo que hace que la bilis me suba por la garganta—. Qué dedicada es usted. Cuánto tiempo pasa con los niños. Con las familias. Con mi familia.

Se levanta, rodeando el escritorio con una lentitud deliberada. Mi cuerpo recuerda esta sensación del sábado por la noche, pero diferente. Donde la caza de Luca me hizo arder, la de Neumann hace que mi piel intente desprenderse de mis huesos.

—Mi esposa cree que es usted maravillosa. Mis hijos la adoran —se acerca, cada paso medido—. La junta de la biblioteca también la tiene en alta estima. ¿Sabía que soy su mayor donante?

—Ha sido usted muy generoso con la biblioteca —mi voz suena débil, aguda.

—¿Lo he sido? —Ahora está cerca, supuestamente buscando un archivo del gabinete a mi lado, pero su cuerpo me acorrala contra la puerta. Su colonia me llena los pulmones hasta que no puedo respirar—. Veinte millones solo el año pasado. Eso financió toda la renovación del ala infantil. Su salario, técnicamente, proviene de mi fundación.

Levanta la mano. Me encojo bruscamente, mi cuerpo recordando otras manos, pero él solo toca mi rostro con una dulzura devastadora, su pulgar trazando la curva cerca de mi ojo.

—Es usted muy hermosa, Faith. Demasiado hermosa para esconderse detrás de los mostradores de la biblioteca.

—Señor Neumann, debería irme…

—Podría conseguirle cosas —su pulgar se mueve hacia mi labio inferior—. El puesto de bibliotecaria jefa queda vacante el próximo año. Con mi recomendación, sería la bibliotecaria jefa más joven en la historia de la ciudad.

—Estoy contenta donde estoy.

—¿Lo está? —se inclina más, su otra mano encuentra mi cintura —. ¿O es que solo tiene miedo de tomar lo que quiere? Veo cómo me mira durante las reuniones de la junta. Cómo encuentra excusas para asistir a cada evento de recaudación de fondos.

Intento dar un paso a un lado, pero él se mueve conmigo, manteniéndome atrapada. —Asisto por la biblioteca…

—La biblioteca —su risa es suave, cómplice—. Hablemos de la biblioteca entonces. ¿Sabía que las revisiones de financiación son el mes que viene? La junta tiende a seguir mis recomendaciones. Sería una lástima que el presupuesto del programa infantil fuera… reasignado.

La amenaza es clara. Sométete o mira cómo todo lo que he construido desaparece.

—Una copa —continúa, su mano deslizándose de mi cintura a mi cadera—. Esta noche. En el Ritz Carlton, su bar es muy discreto. Podemos discutir su futuro adecuadamente.

—No puedo…

—¿No puede? —su mano en mi cadera se aprieta dolorosamente —. Faith, es usted una mujer inteligente. Seguramente entiende cómo funcionan las cosas. He invertido millones en esa biblioteca.

En usted, específicamente. Yo la seleccioné para ese puesto hace dos años.

Se me encoge el estómago. —¿Me seleccionó?

—Su entrevista fue solo una formalidad. La quería allí. Cerca. Disponible —su aliento está caliente en mi cuello—. Me recordó a alguien que conocí una vez. Alguien que también pensó que era demasiado buena para lo que yo le ofrecía.

Su mano se mueve a mi garganta, no apretando, solo descansando allí. Posesiva. —Ella aprendió que no era así. Siempre lo hacen.

—Por favor, necesito irme. Los niños están esperando.

—Los niños —sus dedos se flexionan contra mi garganta—. Sí, usted ama a esos niños. Sería trágico que los recortes presupuestarios eliminaran la hora del cuento. Que tuviera que decirles a todas esas caritas que la señorita Faith ya no podía leerles porque la biblioteca no podía permitírselo.

—Usted no…

—Yo sí —da un paso atrás de repente, pero sus ojos me retienen en el lugar—. A las ocho, Faith. En el bar del Ritz Carlton. Lleve algo que demuestre que comprende su posición. O el lunes por la mañana, le estará explicando a su director por qué la Fundación Neumann retira toda su financiación.

Vuelve a su escritorio, despidiéndome. —Ah, ¿y Faith? Prefiero a mis mujeres de azul.

La cerradura se abre con un clic.

—Vaya a su hora del cuento —dice sin levantar la vista—. Y piense en sus opciones. Una pobreza que acabaría con su carrera, o una copa con un hombre generoso que podría cambiarle la vida. La elección inteligente parece obvia.

Mi mano encuentra el pomo de la puerta detrás de mí, los dedos resbalan en el metal por el sudor. Voy a vomitar. Voy a vomitar aquí mismo, en su costosa alfombra. Pero lo contengo, me obligo a sonreír. —Haré lo que usted me pida, señor Neumann. Pero, por favor, déjeme ir con los niños ahora.

Me mira fijamente un momento más. —Buena chica —dice finalmente, y luego pulsa un botón para liberar la cerradura. Giro el pomo con dedos temblorosos, y me cuesta todo lo que tengo abrir la puerta y caminar, no correr, hacia el ascensor.

Las puertas del ascensor se cierran y aguanto exactamente tres pisos antes de que comiencen los sollozos. Apenas consigo abrir las puertas a tiempo, tropezando en el aparcamiento, donde me derrumbo detrás de un pilar de hormigón, con el cuerpo sacudido por arcadas hasta que no queda nada más que ácido y lágrimas. La bilis me quema la garganta, mezclándose con el sabor fantasma de la boca de Luca, y sollozo más fuerte por la corrupción de ese recuerdo.

Mi teléfono tiembla tanto en mis manos que me cuesta tres intentos escribir:

«Se me ha insinuado».

La respuesta es instantánea: «¿Dónde estás?».

Busco a tientas mi teléfono, con los dedos como bloques de hielo, y cuando suena, casi se me cae.

—¿Dónde estás? —la voz de Luca es fría y calmada.

—Saliendo del edificio de Neumann. Dijo que cortará la financiación de la biblioteca si... si no...

Un instante de silencio, y luego: —Ven a esta dirección —una ubicación aparece con un marcador—. Ahora.

—¿Qué hay allí?

—El complejo privado de Neumann.

Mi corazón se dispara. —No, no puedo ir allí, nunca...

—Necesitas ver lo que he hecho para que te sientas segura.

—¿Segura? Estás loco. El hombre acaba de amenazarme, no puedo ir a su casa. Además, su seguridad es enorme. Con entrenamiento militar. No puedes simplemente...

—Ya no.

Dos palabras que hacen que se me hiele la sangre. Oh, Dios. Oh, Dios, ¿qué ha hecho?

Debería irme a casa. Llamar a mi padre. Llamar a la policía. Hacer cualquier cosa excepto conducir hacia cualquier horror que Luca haya creado. Pero ya he vuelto a guardar el teléfono en el bolso, ya estoy arrancando el coche con manos temblorosas, ya me incorporo al tráfico, ya elijo al psicópata que me marca en lugar del hombre que estranguló a mi madre.

El trayecto de cuarenta minutos parece segundos y años a la vez. El atardecer lo tiñe todo de rojo: el parabrisas, los edificios, mis manos agarrando el volante. Como si el mundo ya estuviera sangrando, preparándome para lo que está por venir.

Las puertas del complejo están abiertas. Mal. Estas puertas nunca deberían estar abiertas, requieren códigos, guardias, verificación. Neumann paga millones por su privacidad, su protección. Lo sé, lo he comprobado.

La cabina de seguridad está vacía. Peor.

Mis faros barren los coches caros en sus lugares habituales, todo normal excepto por la quietud absoluta. Ningún movimiento. Ningún guardia patrullando el perímetro. Ningún perro ladrando.

La puerta principal está entreabierta.

—¿Luca? —mi voz resuena en la entrada de mármol. No hay respuesta, pero oigo algo en el interior de la casa. Un sonido suave y rítmico. Metal sobre tela.

El primer cuerpo me deja helada.

Un guardia de seguridad yace junto a las escaleras, con la garganta cortada con tal precisión que apenas hay sangre. Sus ojos miran a la nada, la mano todavía intentando alcanzar un arma que nunca desenfundó.

Caigo de rodillas con fuerza. Gateo hacia él, una parte demente de mí comprobando su pulso aunque sus ojos dicen la verdad. Cojo su cartera y la dejo abrirse. Dos hijas gemelas me sonríen desde sus fotos escolares. La bilis vuelve a subir, pero no queda nada que vomitar.

El segundo cuerpo yace cerca de la entrada del estudio. Johnson, según su placa de identificación. Un disparo limpio, profesional.

La puerta del estudio está abierta.

Dentro, dos guardias más yacen inmóviles sobre la costosa alfombra persa. Cuatro hombres en total. El silencio es absoluto, esa quietud particular que llega después de que la violencia ha terminado.

Luca está de pie junto a la ventana, limpiando tranquilamente su cuchillo con un pañuelo con monograma. Como si estuviera haciendo el mantenimiento de sus herramientas después de una tarea sencilla. Su camisa blanca está impoluta, excepto por una única gota de sangre en el puño.

Estas manos, las mismas que me hicieron gritar su nombre el sábado por la noche, que contaron colchonetas con una niña traumatizada esta mañana, ahora limpian metódicamente la sangre del acero.

—Faith —levanta la vista, esos ojos pálidos serenos—. Has venido.

Mi cuerpo tiembla tan violentamente que tengo que agarrarme al marco de la puerta. —Los has matado.

—Cuatro —sin remordimiento. Solo un hecho—. El resto huyó cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Los listos.

Nico está de pie junto a la ventana con un rifle, vigilando los terrenos. —Dos vehículos se fueron en dirección sur hace unos diez minutos. No volverán.

Cuatro hombres muertos. Los demás huyeron. No es una masacre, pero aun así son cuatro familias que nunca sabrán qué les pasó a sus padres, hermanos, hijos.

—¿Dónde está Neumann? —las palabras salen a duras penas de mi garganta.

—No está aquí —la sonrisa de Luca es esa sonrisa equivocada—. Pero ahora no tiene a nadie que lo proteja. Ni guardias. Ni seguridad. Solo él, solo y vulnerable.

Estoy contando los cuerpos entre lágrimas que no me había dado cuenta de que caían. No conozco a estos hombres, pero eran humanos. Y eso significa algo.

—Esto es asesinato —susurro, pero incluso mientras lo digo, esa oscura satisfacción pulsa dentro de mí. Estos hombres que protegían al asesino de mi madre han desaparecido.

Dios me ayude, estoy agradecida.

—Esto es eliminar obstáculos —dice Nico sin emoción.

Mi teléfono vibra y me hace saltar. Papá. Seis llamadas perdidas y ahora un mensaje: «Faith, me llegan informes de un altercado en el complejo de Neumann. ¿Dónde estás? Responde de inmediato».

Miro el mensaje mientras estoy de pie entre cadáveres. Mi padre, el juez, defensor de la ley y el orden. Su hija, presenciando una matanza y sintiendo cómo se le contrae el coño al ver a su amante cubierto de sangre.

«Lo siento, emergencia en la biblioteca. Un niño se puso enfermo. Encargándome de ello», tecleo con dedos temblorosos.

Otro mensaje de Papá de inmediato: «Algo va mal. Voy a enviar una patrulla para ver cómo estás».

El pánico se apodera de mi pecho. «¡No! Estoy bien. Con Sarah. Por favor, no lo hagas».

—El equipo de limpieza llega en diez minutos —anuncia Nico—. Decida si se queda o se va.

Diez minutos antes de que estos cuerpos desaparezcan. Antes de que estos hombres se conviertan en nada, sus familias sin saber nunca qué pasó. Sin justicia. Sin juicio. Solo ausencia.

—Has destruido mi caso legal —consigo decir—. Su testimonio podría haber sido crucial. Las grabaciones de seguridad a las que tenían acceso, los registros…

—No habría significado nada —Luca se acerca, y huelo a muerte en él: cobre y pólvora. Mi cuerpo responde igualmente, mis pezones se endurecen bajo el cárdigan—. Los mejores abogados. Jueces comprados. Nunca vería una celda.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Pero…

—Esto es lo que soy —dice Luca suavemente, y por primera vez, oigo algo parecido al arrepentimiento en su voz—. Esto es lo que significa amarme.

La palabra «amar» me despierta de golpe. ¿Es eso lo que es esto? ¿Esta cosa oscura y retorcida entre nosotros?

—Tengo que irme —retrocedo hacia la puerta, con cuidado de no mirar los cuerpos demasiado de cerca—. No puedo… no puedo estar aquí.

—Faith… —intenta alcanzarme.

—¡No! —me aparto de un respingo. No porque tenga miedo. Sino porque quiero que me toque. Quiero que me abrace cubierto de sangre, quiero que me folle aquí mismo, entre los cuerpos, quiero que me haga olvidar todo excepto la seguridad de ser propiedad de alguien más aterrador que mis pesadillas.

Estoy rota. No puedo seguir aquí.

—Vendrá a por ti ahora —dice Luca—. Pero no tiene protección. Ni barreras. Solo él.

—Y tú —las palabras se me escapan antes de poder detenerlas—. Tiene que pasar por encima de ti.

Algo destella en esos ojos pálidos: una posesión tan absoluta que me hace retroceder.

Entonces corro. Paso junto a más cuerpos, junto a pruebas de una eliminación sistemática, mis tacones resbalando en sangre en la que intento no pensar. Mi coche arranca de inmediato, y me alejo de la masacre, de lo que Luca ha hecho por mí.

Las lágrimas llegan entonces, calientes y amargas, no porque esté horrorizada, sino porque no lo estoy lo suficiente. La chica que solía

ser estaría llamando al 911, estaría vomitando de asco, estaría corriendo hacia su padre.

En lugar de eso, me detengo en una calle lateral oscura porque mis manos no dejan de temblar, pero no creo que sea de miedo. Mis muslos se contraen de necesidad.

Estoy corrompida. Necesito ayuda. Y el primer paso para la recuperación tiene que ser huir lo más lejos posible de Luca Rosetti.

21 - Luca

Los cuerpos entre nosotros bien podrían ser un muro entre Faith y el resto de su vida. La Vigía tropezar hacia su coche, cada paso alejándola más de lo que acaba de presenciar, de lo que he hecho en su nombre. Mis piernas se quedan trabadas, cada músculo gritándome que la persiga, que la alcance, que le explique.

Le tiemblan tanto las manos que se le caen las llaves dos veces antes de lograr abrir la cerradura. El sonido del metal al chocar contra el hormigón resuena en el aparcamiento vacío. Doy un paso hacia delante y me obligo a detenerme.

Si la persigues ahora, huirá para siempre.

La lógica apenas puede contener al instinto. Mi cuerpo vibra con la necesidad de perseguirla, de acorralarla contra ese coche y hacerle entender que cada muerte, cada grito que extraje, fue por su protección. Pero su cara cuando me miró desde el otro lado del complejo, el puro horror mezclado con algo peor: reconocimiento. Vio lo que soy en realidad. No el hombre que enseña defensa personal a niños traumatizados. No el protector que le afila los cuchillos. El demonio que pinta las paredes con sangre y lo llama amor.

Sus luces traseras desaparecen al doblar la esquina, un rojo que se desangra en la oscuridad, mientras llega la furgoneta de la limpieza. Me quedo congelado en la entrada de Neumann, con los brazos colgando inútiles a los costados. El viento de noviembre me atraviesa la camisa empapada de sangre; el hedor a cobre y pólvora aferrado a mí como una confesión. No siento el frío. No siento nada, salvo lo equivocado que es que se marche, dejarla ir, no tenerla a la vista para poder garantizar su seguridad.

Así es como debe de sentirse la presa cuando escapa del lobo. Solo que se supone que yo no soy la presa. Se supone que debo cazar, atrapar, poseer. El cambio de papeles hace que mi cerebro tartamudee, incapaz de procesar la nueva configuración en la que Faith existe fuera de mi control inmediato.

Tres segundos. Eso es lo que tardé en dudar cuando echó a correr. Tres segundos viéndola huir en lugar de seguirla de inmediato. La vacilación más larga de mi vida adulta, y podría haberme costado todo.

De vuelta dentro, Nico dirige al equipo de limpieza. Me echa un vistazo y afirma: —Estás comprometido.

Me tiemblan las manos mientras ayudo a mover los cuerpos, los dedos estremeciéndose contra la carne que se enfría. El temblor es leve pero persistente, como si mi sistema nervioso estuviera rechazando lo que acaba de suceder. Faith huyendo. Faith marchándose. Faith mirándome como si fuera exactamente lo que siempre he dicho que soy: un monstruo.

—Volverá —dice Nico, echándose un cuerpo al hombro—. Siempre lo hacen cuando se calman.

Pero Faith no es como «ellas». No es una civil traumatizada que racionalizará esto, que se convencerá a sí misma de que era necesario. Ella lo vio claramente. Lo del centro comunitario era una actuación, una coreografía cuidadosa diseñada para parecer humano. Esto, una docena de cadáveres ejecutados sistemáticamente, esto es la verdad.

Marco envía tres mensajes mientras trabajamos. Los borro sin leerlos. Nada importa más allá de la puerta cerrada de Faith, más allá de la creciente distancia entre nosotros.

Aguanto nueve horas. Nueve horas paseándome por mi sala de vigilancia, observando su apartamento a través de las pantallas, viendo la luz de su dormitorio arder como una acusación. Ella tampoco duerme. Su sombra pasa una y otra vez por la ventana, moviéndose de un lado a otro como un animal enjaulado.

Los moratones que le dejé puede que se desvanezcan, pero ahora estoy grabado en su ADN. Puede huir, pero su cuerpo siempre recordará a quién pertenece.

A las tres de la mañana, meto mi llave en su cerradura. La llave se me resbala entre los dedos torpes. No me dejan de temblar las manos. ¿Cuándo se volvieron difíciles las cerraduras? ¿Cuándo olvidaron mis manos su precisión?

Su apartamento huele a azúcar quemado. Ha estado horneando otra vez. Me está esperando en el salón. No está sorprendida. No está durmiendo. Solo está sentada en la oscuridad, su silueta a contraluz de una farola.

—Sabía que vendrías —dice, con una voz tan plana como un encefalograma. Muerta. Como la voz de Sofia después de la masacre, después de descubrir lo que le había hecho a Mikhail.

—Faith…

—Fuera.

Dos palabras que golpean más fuerte que las balas.

—Necesito explicarme…

—No hay nada que explicar. Mataste a toda esa gente.

—Siempre supiste lo que era.

—Lo sabía, pero verlo… Fuera.

—Lo hice por ti, mi pequeña fe.

—No —se pone de pie, e incluso en la oscuridad puedo ver que tiene las manos apretadas en puños—. Por ti. Porque estás enfermo.

Las palabras empiezan a salir de mí a borbotones, mal, demasiado rápidas, sin control como un chorro arterial: —No sé de qué otra forma protegerte. Cuando tenía diecisiete años, no pude proteger a nadie. Mi padre murió, y yo solo pude Vigía cómo su sangre se extendía por el mármol mientras seguían viniendo. Ahora puedo evitar eso. Tengo que evitarlo.

Mi voz se quiebra, y me doy cuenta de que estoy llorando. ¿Cuándo ha empezado eso? Lágrimas corriendo por mi cara como un niño, como aquel chico que miraba el cadáver de su padre desde el otro lado de la habitación. La boca me sabe a sangre vieja.

—No lo entiendes —continúo, incapaz de detener el torrente—. Cada hombre que te mira podría ser el indicado. Podría ser la amenaza que no veo venir. No puedo permitir que eso suceda. No puedo volver a fallar.

Doy un paso hacia ella. Ella retrocede. Bailamos esta horrible coreografía alrededor de su mesa de centro, yo avanzando, ella retrocediendo, sin que ninguno de los dos gane.

Faith me observa desmoronarme sin ninguna compasión en su expresión. Sus ojos color avellana son de piedra, esa calidez a la que me he vuelto adicto está completamente ausente.

—Necesitas ayuda profesional, Luca —lo dice como un diagnóstico. Clínico. Distante.

—Te necesito a ti —odio lo joven que sueno. Lo roto que sueno.

—Ese es el problema.

Enciende la lámpara, y la luz repentina me hace retroceder. Debo de parecer patético: con lágrimas en la cara, las manos todavía

temblorosas, cubierto con la sangre de otros hombres.

—Me hiciste sentir vivo, Luca. Pero también me hiciste sentir cómplice de asesinato. No elijo ninguna de las dos cosas.

La admisión corta más profundo que el simple rechazo. Ella también lo sintió, esa conexión eléctrica, y aun así está eligiendo cortarla.

—Vete —dice, colocando cada palabra con precisión—. No vuelvas. No me Vigía. No me sigas. Hemos terminado.

Mi pecho se resquebraja, un sonido real, una sensación real. Como si las costillas se rompieran de dentro hacia afuera.

—No lo dices en serio.

—Sí, lo digo. Estás enfermo, y no puedo curarte. Y no voy a ser tu cómplice.

Está usando lenguaje de terapia, tratándome como un problema a resolver en lugar del hombre cuyo nombre gritó hace dos noches, cuyos dedos conocían cada secreto que su cuerpo guardaba.

—Faith, por favor. ¿Cuándo he suplicado yo alguna vez? Nunca. Pero mis rodillas quieren doblarse, la visión se me vuelve gris en los bordes por el agotamiento y algo peor: la pérdida.

—Si sientes algo genuino por mí, te irás.

La trampa. Quedarme y demostrar que no me importan sus deseos. Irme y perderla. De cualquier manera, pierdo.

—Esto no ha terminado —logro decir.

—Sí, lo ha hecho.

Llego a mi coche antes de que el temblor se apodere de mí por completo. Mi cuerpo convulsiona como el de un drogadicto. Peor que el de un drogadicto. Ellos pueden conseguir otra dosis. Solo hay una Faith. El volante está resbaladizo por el sudor, ¿o es sangre? Ya no lo distingo. Así debe ser como se siente el síndrome de abstinencia, solo que no puedo encontrar otro camello, otro subidón.

Llamo a Nico, mi voz apenas reconocible: —Me ha dejado.

Silencio. Luego: —Vuelve a casa. No es seguro que estés solo así.

Así. Comprometido. Débil. Inútil. El camino a casa transcurre en piloto automático, equivocándome de salida, olvidando dónde estoy hasta que el GPS recalcula. Dos veces tengo que parar, convencido de que voy a vomitar, pero no sale nada. Mi polla se siente muerta. Incluso la idea de la violencia se siente vacía sin ella a la que volver.

Al entrar en la mansión, ya todos lo saben. Nico debe de haber llamado antes.

Sofia me echa un vistazo: —Joder, Luca. Tienes cara de muerto.

No se equivoca. Mi reflejo en el espejo del pasillo muestra a alguien que no reconozco: ojos hundidos, piel pálida como el papel, sangre seca todavía bajo mis uñas.

Marco aparece, estudiándome con esa valoración clínica que usa antes de ordenar ejecuciones. —¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—El sábado. Con ella.

—Es lunes por la noche, Luca. Casi martes.

¿Lo es? He perdido la noción del tiempo en algún lugar entre el almacén y aquí. Entre tenerla y perderla.

Maria trae agua, haciéndome beber, rondando a mi alrededor como si pudiera desplomarme. Quizá lo haga. Esta sensación, el pecho abierto de par en par, las entrañas derramándose, quizá esto sea lo que se siente al morir cuando ya estás muerto por dentro.

—Necesitas intervención médica —dice Marco.

—Necesito a Faith.

—Ella no va a volver, hermano.

Las palabras atraviesan lo que queda de mi control.

—Entonces nada importa —lo digo en serio. El centro comunitario, el negocio familiar, respirar, nada de eso importa sin ella para hacerlo real.

El teléfono de Marco vibra con asuntos de negocios. Detroit. Envíos. Territorio. Me enseña la pantalla, tratando de devolverme a la realidad. Me doy la vuelta. Nada del negocio familiar penetra la niebla de su ausencia.

Setenta y dos horas sin dormir ya. Las alucinaciones comenzaron alrededor de la hora sesenta: sombras moviéndose en mi visión periférica, su voz llamándome desde habitaciones vacías. Mis manos tiemblan constantemente, haciendo imposibles las tareas más simples. Traté de limpiar mi Glock y casi me pego un tiro cuando se me resbaló el dedo.

Pierdo el control y la llamo. Contesta al tercer tono, y su «hola» casi me rompe por completo.

—Dijiste que me dejarías en paz —su voz está cansada. Muy cansada.

—No puedo —una verdad simple.

—Luca…

—Ya no sé cómo existir sin ti. Cambiaste la química de mi cerebro. Literalmente. O duermo contigo o no duermo. O siento contigo o no siento nada. Te has vuelto necesaria para mi funcionamiento básico.

Un largo silencio. Puedo oír su respiración, cada exhalación una pequeña tortura.

—Eso no es amor, Luca. Eso es adicción.

—¿Cuál es la diferencia? —es una pregunta real. De verdad que no entiendo la distinción.

Ella suspira, y me la imagino frotándose las sienes como hace cuando está abrumada. —Si me quisieras, querrías lo mejor para mí. Aunque eso no fueras tú.

La lógica me atraviesa como un cuchillo. Perfecta. Terrible. Verdadera.

—¿Y si nada es lo mejor para ti sin mí?

—Esa no es una decisión que te corresponda a ti.

Cuelga. El silencio que sigue es absoluto, como si el mundo hubiera dejado de existir. Miro fijamente el teléfono, deseando que suene, deseando que vuelva a llamar y diga que no lo decía en serio.

Pero Faith no vuelve a llamar. Ha hecho exactamente lo que dijo: me ha dejado. Y a diferencia del patrón que he seguido toda mi vida adulta (querer, tomar, desechar), ella me ha desechado a mí primero.

El teléfono se me resbala de los dedos entumecidos y la pantalla se resquebraja contra el suelo de mármol. El sonido retumba por la habitación vacía, agudo y final. Ahora todo se está rompiendo. El asesino controlado que planea cada corte, que sabe exactamente dónde presionar para hacer gritar a los hombres, se está desmoronando.

Me encuentro en el sótano sin recordar cómo he llegado. Mi cuerpo se mueve en piloto automático, la memoria muscular guiándome al único lugar que siempre ha tenido sentido. Mis herramientas cuelgan en perfecto orden: bisturís, alicates, todo lo que uso para hacer que los hombres entiendan las consecuencias. Las luces fluorescentes zumban sobre mi cabeza, proyectando sombras duras que hacen que el metal brille como promesas.

Mis dedos recorren el mango de mi cuchillo favorito, el que ha probado más sangre de la que puedo contar. Su peso es familiar, reconfortante cuando nada más tiene sentido. Está perfectamente

equilibrado, lo suficientemente afilado para dividir átomos, una extensión de mi mano que nunca me ha fallado.

Setenta y dos horas sin dormir. Sin ella. Mi reflejo en la hoja muestra a alguien que no reconozco: vacío, desesperado, peligroso. No el hombre metódico que desmonta a los hombres pieza por pieza. Algo más. Algo peor. Algo sin límites ni propósito.

El cuchillo se siente bien en mi mano temblorosa. Sólido. Real. No juzga ni me abandona ni me dice que estoy enfermo. Simplemente existe, listo para lo que venga después.

Pruebo el filo contra mi pulgar, viendo cómo una gota de sangre brota de inmediato. El dolor no es nada comparado con el vacío doloroso de mi pecho, pero al menos es algo que puedo controlar. Algo que entiendo.

Sin ella, dormir es imposible. Sin ella, el control es imposible.

Y un Rosetti sin control es la pesadilla de todos.

22 - Faith

Tres días desde que huí del complejo de Neumann. Tres noches sin dormir de verdad. Me duele el cuerpo en lugares que no tienen nada que ver con el agotamiento. Unas caricias fantasmales me queman a lo largo de la columna vertebral, huellas de dedos en mis caderas que se niegan a desaparecer a pesar de que los moratones ya se han ido.

Me llevo los dedos a los labios en la madrugada del jueves, buscando su olor como una adicta que necesita su dosis, pero no hay nada salvo el recuerdo de la pólvora y la sangre mezcladas con esa colonia oscura que me provocaba pensamientos lascivos incluso mientras aquellos cuerpos se enfriaban a nuestro alrededor.

Lanzo el teléfono al otro lado de la habitación con la fuerza suficiente para abollar la pared, asqueada por la traición de mi cuerpo. Aterriza cerca de la borrosa fotografía mía que soy incapaz de destruir. Pruebas de mi debilidad esparcidas por mi apartamento como un rastro de migas de pan que me lleva de vuelta hasta él.

Trece cuerpos. Nueve que me miraron mal. Cuatro que se interpusieron entre la justicia y yo.

Los cuento como si fueran las cuentas de un rosario, cada rostro una plegaria que nunca admitiré. Agradeciéndole que eliminara las amenazas, aunque lo odie por demostrar que necesitaba su protección. El guardia de seguridad junto a la escalera, con la garganta cortada con tanta precisión. Johnson, con su placa identificativa, dos disparos. Todos esos hombres que podrían haber testificado sobre las reuniones extraoficiales de Neumann, que procesaron los envíos farmacéuticos que nunca aparecieron en los manifiestos, que sabían de los ensayos clínicos que salieron mal.

Los guardias del complejo que podrían haber testificado… desaparecidos. Cuatro testimonios que nunca llegarán a un tribunal.

Caer en la cuenta de esto me revuelve el estómago. No por la muerte, sino porque es lo primero en lo que pienso. No en cuatro familias destrozadas. No en cuatro hombres que probablemente

tenían hijos, hipotecas, vidas normales cuando no estaban protegiendo a un gilipollas. Solo cuatro pruebas que se desvanecen en cualquier infierno que Luca haya creado para ellos.

Mis piernas me llevan a la cocina, donde lleno la tetera, siguiendo unos movimientos que parecen ensayados de otra vida. La chica que se preparaba un té en mitad de la noche porque no podía dormir, atormentada por el asesinato de su madre. Ahora no puedo dormir porque estoy calculando cuántos testigos me quedan, cuántos podría eliminar Luca antes de que yo pueda usarlos. Y porque la piel todavía me quema donde me tocó, unas huellas dactilares fantasmales que no se borran por mucho que frote.

El agua hierve. La vierto sobre una manzanilla que se supone que calma los nervios, pero me tiemblan tanto las manos que la taza repiquetea contra el platillo. La dejo sobre la encimera, el té ya enfriándose, intacto como todo lo demás en mi vida ahora. Té frío, apartamento frío, cama fría. Todo frío sin su ardiente presencia.

El apartamento se siente extraño. Demasiado silencioso. Demasiado inmóvil. Durante semanas he sentido su presencia incluso cuando no podía verlo. Esa sensación de ser observada, protegida, poseída. Ahora solo hay una ausencia vacía. Ningunos ojos siguiéndome a través de cámaras ocultas. Ningún guardián en las sombras garantizando mi seguridad. Ningún cuerpo cálido contra el que apretarme cuando las pesadillas se volvían demasiado reales.

Debería sentirme libre. Lo eché. Le dije que me dejara en paz. Este vacío es lo que elegí.

Entonces, ¿por qué siento como si me hubiera cortado un brazo?

Cuando el agotamiento finalmente me vence sobre las cuatro de la madrugada, las pesadillas llegan de inmediato. Pero esta noche son diferentes. No solo la cara amoratada de mi madre, sus manos arañando las de Neumann, que la agarraban. Ahora el complejo se superpone a todo. Cuerpos esparcidos como los libros de mi madre cayeron aquella noche, sangre que se encharcaba como la tinta derramada de su mesa volcada.

En el sueño, Neumann está de pie entre los cadáveres, con la misma sonrisa de antes extendiéndose aún más. —No quedan testigos, pequeña Faith —ríe, pasando por encima de los cuerpos—. Los necesitabas para que hablaran, y tu novio psicópata los ha silenciado para siempre. ¿De qué lado está en realidad?

Me despierto jadeando, con las sábanas empapadas en sudor, buscando el espacio vacío donde debería estar su cuerpo, donde por una noche aprendí lo que se sentía al no estar sola. Mi piel aún recuerda su peso, la seguridad de estar rodeada de peligro.

Cierto. Lo eché. La buena elección. La elección moral.

Pero mi cuerpo no está de acuerdo, anhelando el consuelo que he rechazado, al hombre que me hizo sentir segura mientras estaba cubierto de sangre.

La pantalla de mi teléfono me quema los ojos. 5:50 a. m. Navego por las noticias en mi pantalla rota. La fractura en forma de telaraña es ahora peor y distorsiona las imágenes. Las acciones de Neumann Pharmaceuticals han subido un tres por ciento. Fotos de la gala benéfica médica de anoche: Neumann con su esmoquin, champán en mano, su esposa elegante a su lado. Prosperan mientras mi madre se pudre en la tierra.

El artículo menciona la nueva aprobación de la FDA para su último medicamento contra la ansiedad. La misma marca que tomo. La amarga ironía me da ganas de tirar todas las pastillas por el retrete, pero ahora las necesito más que nunca.

Otra noticia: «Empresario local desaparecido». Peterson, el que solía blanquear dinero a través de su cadena de tintorerías. Uno de mis testigos. Desaparecido, igual que los demás que siguen desapareciendo aunque se supone que Luca me deja en paz.

Suena mi teléfono. Papá. No son ni las seis de la mañana.

—Parece usted cansada, cariño —dice sin preámbulos. Su voz de juez, la que disecciona la verdad de las mentiras.

—Solo es estrés del trabajo. —La mentira me sale sola ahora, suave como la seda. Aunque no tan suave como las sábanas caras de Luca contra mi piel desnuda. Aparto ese pensamiento con ferocidad.

—Quizá debería tomarse un tiempo libre. Venga a quedarse conmigo unos días.

La oferta es tentadora. Retirarme a mi habitación de la infancia, rodearme de las fotos de mi madre, fingir que sigo siendo la hija buena que cree en la justicia a través de los canales adecuados. Fingir que no dejé que un asesino me hiciera correrme tan fuerte que vi las estrellas.

—Estoy bien, papá.

—No parece que esté bien. Parece preocupada. Se lo oigo en la voz. El mismo tono de cuando su madre… —deja la frase en el aire,

pero ambos sabemos a qué se refiere.

—Estoy bien —repito, las mentiras se vuelven más difíciles de mantener cuando mi cuerpo todavía me duele en lugares que me recuerdan exactamente lo que «no bien» que estoy.

—Faith, si algo va mal…

—No pasa nada. —Otra mentira. Todo va mal. Mi plan se desmorona, los testigos desaparecen y he alejado a la única persona capaz de ayudarme a destruir a Neumann.

—Tengo que irme —digo antes de que sus preguntas preocupadas puedan resquebrajar mi fachada.

Cuelgo antes de que pueda insistir. Tiene buenas intenciones, pero el juez Theodore Winters no puede ayudar con esto. Él cree en la ley y el orden, en sistemas que le fallaron a mi madre. Solo una familia en Chicago tiene el poder de destruir a Neumann por completo, y acabo de decirles que me dejen en paz.

Mi plan de doce años se está desmoronando. Sin testigos, sin pruebas que no vayan a desaparecer misteriosamente, sin contactos con gente que pueda hacer que las cosas sucedan, no tengo nada más que una rabia y una paciencia que finalmente se han agotado.

Para mediodía, estoy inmersa en modo investigación, mi portátil rodeado de periódicos y artículos impresos. No sobre Neumann esta vez. Sobre los Rosetti. Toda la familia, no solo el hermano que ha matado a incontables hombres por mí.

Sus recursos son asombrosos. Empresas de transporte que podrían mover cualquier cosa a cualquier parte. Empresas de construcción que vierten cimientos lo suficientemente profundos como para ocultar secretos. Servicios de gestión de residuos que hacen desaparecer los problemas. La infraestructura del poder, construida a lo largo de generaciones.

Hicieron desaparecer cuatro cuerpos en una noche. Sin pruebas. Sin investigación. Ese tipo de eficacia podría ser útil, aplicada correctamente al objetivo adecuado.

«Estás racionalizando», me susurra la conciencia. Pero la risa de Neumann resuena con más fuerza, ahogando la moralidad con el recuerdo.

Suena mi teléfono. Número desconocido. Casi no contesto, pero algo, ese mismo instinto que me hizo besar a Luca, me obliga a deslizar el dedo para aceptar.

—¿Faith? —Una voz de mujer, suave y culta—. Soy Sofia. La hermana de Luca.

Mi corazón se detiene. —No estoy…

—Sé que no está hablando con él. No se trata de eso. —Su tono es puramente profesional, sin rastro de emoción—. Mañana tenemos una cena familiar. A las siete de la tarde.

—No creo que…

—No es una cita. No es por… la situación de Luca. Es por Neumann.

Su nombre hace que me quede helada, apretando el teléfono hasta que la pantalla rota se me clava en la palma de la mano.

—¿Qué pasa con él?

—Venga a cenar. Discutiremos las opciones. Mutuamente beneficiosas. —Hace una pausa—. Solo negocios, Faith. El tipo de negocios en los que todos obtienen lo que quieren.

Negocios. Eso es todo lo que esto necesita ser. Una transacción. Sus recursos a cambio de mi información. Nada que ver con cómo mi cuerpo todavía anhela el contacto de su hermano.

—¿Estará Luca allí?

—Sí. —No tiene sentido mentir, al parecer—. Pero no la molestará. La familia está… preocupada por su estado actual. Marco se asegurará de que mantenga la distancia.

Algo se me retuerce en el pecho. No es exactamente culpa, no es exactamente satisfacción. El mismo sentimiento que cuando presiono los moratones que me dejó y que se están desvaneciendo, un dolor mezclado con algo más oscuro.

—Solo una cena —digo lentamente—. Para hablar de Neumann.

—Exacto. Venga a la entrada trasera. Alguien la recibirá.

Cuelga sin despedirse. Me quedo mirando el teléfono, sabiendo que estoy a punto de entrar en una guarida de asesinos. Pero son asesinos con los recursos para destruir a Neumann por completo, y después de años de ser paciente, de ser buena, de seguir reglas que protegen a los hombres poderosos, quizá sea hora de dejar de fingir que soy diferente a ellos.

A las seis de la tarde, estoy delante de mi armario, eligiendo una armadura para la cena de mañana. Mi mano se dirige inmediatamente al vestido negro del funeral de mi madre, ajustado a lo largo de los años, pero que aún carga con el peso de la pérdida.

Apropiado para entrar en la casa de los Rosetti. Apropiado para la muerte de quien yo solía ser.

Me lo pongo y, de pie ante el espejo, practico lo que diré. «Necesito su ayuda con Neumann». Demasiado desesperado. «Tenemos intereses comunes con respecto a Neumann». Mejor. Profesional. Sin emoción.

Pero mi voz se quiebra al pronunciar su nombre, mi rabia reprimida se filtra. Mezclada con el recuerdo de la voz de Luca cuando prometió encargarse de él. Lo intento de nuevo, apretando las manos sobre la cómoda. —Hay que destruir a Neumann. Yo tengo información. Ustedes tienen los medios.

Las palabras suenan vacías. Estoy pidiendo a unos asesinos que me ayuden a eliminar un problema. Legalmente, por supuesto. O lo suficientemente legal como para poder seguir mirando a mi padre a los ojos.

¿A quién quieres engañar? Lo quieres muerto. Siempre lo has querido muerto. Igual que deseabas a Luca a pesar de saber exactamente lo que es.

La Polaroid sigue en mi cómoda. La última que me dio Luca. «Lo entiendo», escrito en el reverso con su letra afilada. He querido tirarla cincuenta veces, pero mis dedos no cooperan. La prueba de lo que fuimos durante esos breves momentos. La prueba de que alguien más ve el monstruo en el que me estoy convirtiendo.

Me ducho con agua tan caliente que me abrasa, intentando borrar el recuerdo de sus manos. Pero mi cuerpo traidor recuerda exactamente cómo me hizo deshacerme, lo segura que me sentí rodeada de peligro. Tres días, y las sensaciones fantasmales me persiguen. Sus dedos dentro de mí, su polla estirándome, sus dientes marcándome el cuello. Cada terminación nerviosa lo recuerda y quiere más.

A las dos de la madrugada, estoy de pie frente a mi tablón de pruebas. Fotos de Neumann en galas, con su familia, en el hospital la noche que murió mi madre. Registros financieros que he reunido. Testimonios de mujeres que no quisieron hablar públicamente. Conexiones trazadas con hilo rojo como en una película de detectives.

Doy un paso atrás y lo miro de verdad por primera vez en semanas.

Se parece exactamente a la sala de vigilancia de Luca.

La misma documentación obsesiva. La misma vigilancia paciente. La misma sed de destrucción. Somos de la misma especie, solo que usamos métodos de caza diferentes. Él usa cuchillos y balas. Yo uso la paciencia y el papel. Pero ambos queremos sangre.

Me estoy convirtiendo en lo que él es. No, eso no es cierto. Por fin estoy admitiendo lo que siempre he sido. La chica que soñaba con la violencia, que se excitaba cuando él confesaba sus asesinatos, que se corría más fuerte sabiendo lo que esas manos habían hecho. Él no me corrompió. Me reveló.

La única diferencia es que él admite lo que es. Yo disfrazo lo mío de justicia, de rectitud, de hacer lo correcto. Pero aquí, en mitad de la noche, contemplando años de acoso a Neumann, ya no puedo fingir más.

Quiero verlo morir. Quiero ver cómo la luz se apaga en sus ojos como vi oscurecerse la de mi madre. Quiero que sepa que es por ella, quiero que suplique como lo hizo ella, quiero que entienda que algunos pecados no pueden ser perdonados.

Eso no es justicia. Eso es venganza.

Y mañana voy a entrar en una casa llena de asesinos y a pedirles ayuda para conseguirla.

Mi teléfono vibra. Sofia otra vez, con los detalles: «Entrada trasera, 7 PM en punto».

Me quedo mirando el mensaje un buen rato, sabiendo que responder significa elegir un camino sin retorno. Mi pulgar se cierne sobre el teclado, y siento una presión fantasma. La mano de Luca sobre la mía. Incluso ausente, me está guiando hacia la violencia.

Escribo: «Confirmado. Asistiré».

El mensaje se envía con un silbido que suena a un destino que se sella, como firmar un pacto con demonios. Pero la foto de mi madre me observa desde mi mesita de noche, y sé que ella lo entendería. Ella también se defendió, a su manera. Solo que no con la suficiente fuerza. No con las armas adecuadas.

Me acerco a mi ventana, aquella donde solía dejar mis mensajes mal doblados para Luca. La farola de fuera parpadea, proyectando sombras que se mueven como seres vivos. Por un momento, juro que vuelvo a sentir unos ojos sobre mí, ese peso familiar de ser observada que solía hacerme sonrojar de expectación. Pero cuando miro, solo hay oscuridad.

—Sigo necesitando que muera —susurro a la noche, a cualquier sombra que pueda estar escuchando—. Si eso significa necesitarte a ti…

No puedo terminar la frase, pero mi cuerpo la completa de todos modos. Los pezones se me endurecen, el coño se me contrae, cada célula recuerda exactamente lo que se sentía al necesitarlo.

La decisión ya está tomada. Elijo la venganza por encima de la rectitud. Elijo convertirme en el tipo de persona que hace tratos con asesinos, que cambia la justicia por la venganza, que admite que ser buena no me ha servido de nada más que para oír la risa de Neumann sobre cadáveres.

Mi reflejo en la ventana muestra a alguien que apenas reconozco. No la chica que reza todos los domingos. No la paciente bibliotecaria que se ha pasado la vida siguiendo las reglas. Alguien más dura. Alguien que cuenta los cuerpos como si fueran piezas de ajedrez y siente rabia en lugar de horror al perder testigos. Alguien cuyo cuerpo todavía anhela el toque de un asesino.

Alguien que entiende por qué Luca hace lo que hace.

Mañana dejaré de fingir que soy buena.

—Me estoy convirtiendo en lo que eres —le digo a la oscuridad, sin estar segura de si me refiero a Luca o al asesino de mi madre, o a ambos—. Y lo estoy eligiendo.

La ventana me devuelve el reflejo de mi rostro, con los ojos hundidos por el insomnio pero decidido. Esta es quien soy ahora. Quien probablemente siempre he sido, debajo de los cárdigan y las sonrisas.

Alguien que necesita que Neumann muera más de lo que necesita ser buena.

Alguien que estrechará la mano de los demonios para que eso suceda.

23 - Luca

Siete de la tarde, viernes.

Las paredes del comedor palpitan a mi alrededor, o quizá es el agotamiento lo que hace que todo se mueva. Noventa y siete horas desde que huyó del complejo. Desde que vio lo que soy en realidad. Mi cerebro cuenta obsesivamente; cada segundo es una prueba más de que el tiempo no significa nada sin ella. Mis manos tiemblan sobre la mesa de caoba, peor que las de un adicto con el síndrome de abstinencia, porque los yonquis al menos pueden encontrar otra dosis. Solo hay una Faith, y mis células gritan por su proximidad como una dependencia química de la que jamás me libraré.

Me arde la garganta como si hubiera estado gritando, pero llevo días sin emitir un solo sonido. El estómago se me retuerce por negarme a comer. La polla me palpita dolorosamente, la única parte de mí que se niega a morir, y permanece dura a pesar del agotamiento, como si el imperativo biológico de mi cuerpo por reclamarla se impusiera incluso a la inanición.

El motor de un coche atraviesa el silencio de la mansión. Sé que es ella antes de que se abra la puerta, mi cuerpo responde a su cercanía con un reconocimiento violento. El ritmo cardíaco se acelera, la temperatura sube; una pura reacción química a su proximidad. Entra por la cocina, la entrada trasera que Sofia debe de haberle sugerido, evitándome. El vestido negro me para el corazón. El vestido del funeral de su madre, todavía cargado de muerte. Ha perdido peso; las ojeras bajo esos ojos avellana se parecen a las mías. *Bien. Ambos estamos muriendo poco a poco.*

El vestido negro se aferra a las curvas que he marcado con la boca, a las caderas que he agarrado mientras la follaba hasta hacerla gritar. Cada centímetro de ella me pertenece, aunque finja lo contrario.

Ocupa la silla más alejada de mí, una distancia tan deliberada como una cuchillada. No me mira, mantiene los hombros rígidos

mientras Marco dispone unos papeles. Mi familia llena los espacios entre nosotros, pero bien podrían ser muebles. Cada átomo de mi atención se centra en su negativa a reconocer que existo. El temblor empeora, mi sistema nervioso se cortocircuita por la abstinencia y la necesidad luchando por el dominio.

La luz de la lámpara de araña se fractura en prismas, cada cristal se convierte en los ojos de Faith juzgándome. Puedo oler su jazmín fantasma aunque esté al otro lado de la habitación, mi cerebro crea fantasmas sensoriales.

Marco desliza la tableta sobre la madera pulida hacia Faith. —Señorita Winters. Gracias por venir —. Su voz transmite la autoridad de un Don que nunca es cuestionado. —Sofia mencionó que tenía algunas ideas sobre cómo abordar a Neumann.

Faith asiente y saca su propia tableta. —He estado pensando desde la llamada de ayer —dice ella, con los dedos firmes a pesar de todo—. Tiene un tipo. Mujeres que lo rechazan. Lo vuelve agresivo, descuidado —. Las fotos que muestra me fracturan la visión: otras tres mujeres, todas muertas o desaparecidas tras rechazar sus insinuaciones. Nunca me ha hablado de las otras.

—Yo podría desencadenar esa respuesta —continúa Faith, con una voz tan plana como las notas de una autopsia—. Acercarme a él como cebo. Las mujeres que lo rechazan se convierten en su obsesión.

La vista se me empieza a fracturar cuando dice «cebo». Un rojo que se filtra por los bordes. Las manos se me cierran y se abren.

—Hay una conferencia farmacéutica este fin de semana —los ojos de Sofia se iluminan con interés—. Podría hacerse pasar por la hija traumatizada que ha recuperado recuerdos. Él querrá controlar esa narrativa, aislarla para hablar.

—Llevaría un micrófono —añade Nico, con su mente táctica en marcha—. Podríamos controlar la seguridad de la conferencia. Podríamos aislarlo en quince segundos una vez que muerda el anzuelo.

Las palabras de Sofia desencadenan algo primordial. Oír «cebo» por tercera vez rompe algo en mí. Ya no es mi hermana, solo otra voz que sugiere que Faith debería ser colgada como carne para un depredador.

Me pongo de pie antes de ser consciente de ello, la silla cae hacia atrás con estrépito. Mi mano golpea la mesa con la fuerza suficiente

para hacer saltar los vasos, derribando uno. El vino tinto se extiende por el mantel blanco como la sangre.

—No —la palabra sale hecha jirones, en carne viva—. No, joder.

—Luca… —empieza a decir Sofia.

—¿Quieren enviarla ahí sola? —mi voz se alza, perdiendo el control—. ¿Con Neumann? ¿Después de lo que le hizo a su madre? ¿Después de que ya la ha amenazado?

La sala se queda en silencio.

—¿Y creen que él va a… qué? ¿Esperar educadamente a que lleguemos? —tiemblo ahora, con las manos apoyadas en la mesa, cada músculo tenso—. ¿Creen que no le hará daño en cuanto la tenga a solas?

Me aparto de la mesa de un empujón, caminando de un lado a otro como un animal enjaulado. Cinco días sin dormir lo hacen todo más nítido, más desesperado.

—Mató a su madre con sus propias manos. La estranguló mientras una Faith de doce años miraba. ¿Y quieren darle otra oportunidad?

Marco se levanta lentamente. —Luca. Siéntese.

—No —me vuelvo hacia él—. Usted no decide esto. Ninguno de ustedes.

Dante también se ha puesto de pie, situándose entre los demás y yo. No en actitud amenazante, solo… preparado. Su expresión dice que me detendrá si pierdo el control por completo.

Sofia se mantiene firme, con la barbilla en alto a pesar del peligro que crepita en el aire. —Su protección la está asfixiando. Ni siquiera puede respirar sin que usted lo vigile.

Las palabras golpean como un golpe físico. Agarro el respaldo de mi silla volcada, los nudillos blancos, luchando contra el impulso de lanzarla por la ventana.

—Mejor asfixiada por mi protección que muerta en sus manos —consigo decir, con la voz quebrada.

—Ustedes no lo entienden —continúo, cada palabra saliendo a duras penas—. Está obsesionado con ella. La forma en que la miraba, en que hablaba de su madre… No se limitará a matarla. Hará que dure. Que duela. Y yo estaré demasiado lejos para detenerlo.

La voz de Faith irrumpe, fría como un día de febrero: —¿Y qué, Luca? ¿Prefieres que siga vivo para siempre?

Todos se giran. Ella sigue estudiando esos esquemas como si estuviéramos discutiendo los planes para la cena, no su posible asesinato.

—Prefiero que tú sigas viva —digo, mirándola fijamente—. ¿Es eso tan jodidamente descabellado?

Finalmente me mira, con los ojos vacíos en un rostro que se ahueca por su propia obsesión. —Necesito que muera. Todo lo demás es secundario.

—¿Incluida tú? —me muevo hacia ella. Dante se desplaza para interceptarme, pero Marco levanta una mano, deteniéndolo—. ¿Entrarías en su trampa? ¿Dejarías que te pusiera las manos encima? ¿Solo para acercarte lo suficiente?

—Si eso es lo que hace falta —su voz es plana, sin emociones. No es mi Faith en absoluto.

—Estás loca —susurro.

Casi sonríe. —Tú lo sabrías bien.

Faith se levanta y se acerca a mí por primera vez desde la masacre del complejo. Mi cuerpo se tensa, cada terminación nerviosa grita ante su proximidad.

—Luca —mi nombre en su boca, después de cinco días de silencio, hace que me flaqueen las rodillas—. Necesito que muera. Tú entiendes la necesidad, ¿verdad?

Está lo bastante cerca como para tocarla, pero no lo hace. Puedo ver el ligero temblor de sus dedos, la forma en que se le entrecorta la respiración. Su cuerpo nos recuerda, aunque su mente haya elegido este camino.

—Te estás matando por mí. Yo me estoy destruyendo por venganza. Ambos estamos obsesionados más allá de toda salvación.

—Si haces esto… —mi voz baja a un tono peligroso, desesperado —, mataré a todos en esta sala para detenerte. Sean familia o no. Prenderé fuego a toda esta mansión si eso significa mantenerte alejada de él.

Nadie se ríe. Mi familia sabe que lo digo en serio. Cada palabra.

Dante hace una seña brusca. Ana traduce en voz baja: —Dice que necesitas calmarte antes de que hagas algo de lo que te arrepentirás.

—¿Arrepentirme? —suelto una risa rota—. De lo único que me arrepentiré es de no haberla encerrado en un lugar seguro cuando tuve la oportunidad.

Sofia habla con cuidado, manteniendo la distancia. —Su protección la está asfixiando peor que cualquier amenaza de Neumann.

—Bien —la palabra sale salvaje—. Que la asfixie. Mejor eso que la alternativa.

La expresión de Faith cambia, algo parpadea en esos ojos vacíos. Ira, por fin. —Tu protección es una jaula, Luca.

—Pues enjaúlate —doy un paso más cerca, y esta vez Dante sí se interpone entre nosotros, con una mano levantada en señal de advertencia—. Enjaulada y viva. No me importa si me odias por ello.

—Tú no puedes tomar esa decisión por mí.

—Mírame.

Faith camina hacia la puerta, cada paso deliberado. —Voy a hacer esto con o sin la ayuda de los Rosetti. Elijan.

Se detiene en el umbral, sin mirar atrás. —He esperado doce años. No voy a esperar más porque has decidido que soy demasiado preciosa para arriesgarme.

La puerta se cierra con una finalidad que suena como una sentencia de muerte.

Me quedo de pie en el comedor destrozado, con la silla volcada, el vino extendiéndose como sangre por la mesa, mi familia mirándome como si fuera una bomba a punto de estallar.

—Luca —empieza Marco, pero yo ya estoy calculando: cada forma de rastrearla, cada forma de detener esto, cada forma de mantenerla alejada de Neumann aunque me odie por ello.

—No lo entienden —les digo temblando—. No se limitará a matarla. La hará sufrir primero. Como a su madre. Y yo tendré que vivir sabiendo que podría haberlo impedido.

—Su protección la está asfixiando —dice Sofia de nuevo, con cuidado—. Está demostrando que ella tiene razón.

—No me importa —mi voz es cruda, sincera—. Prefiero que me odie y viva a que me ame y muera.

La expresión de Marco se endurece. —Y si no la ayudamos, lo hará sola. ¿Qué resultado prefiere?

La habitación se inclina. El agotamiento me aplasta; cinco días sin dormir finalmente me pasan factura. Mis piernas amenazan con ceder.

—Veinticuatro horas —consigo decir, con la voz rasposa como un cristal roto—. Tiene veinticuatro horas para cambiar de opinión

antes de que me ocupe de esto a mi manera.

—¿Qué significa eso? —pregunta Nico, pero yo ya estoy saliendo, siguiendo su rastro.

—Significa que la encerraré en mi habitación antes de dejarla caer en la trampa de Neumann —las palabras salen crudas, desesperadas —. Y si alguno de ustedes la ayuda a hacer esto, tendrán que pasar por encima de mí primero.

No espero su respuesta. Mis piernas se mueven por instinto, siguiéndola a través de la mansión. Cinco días muriendo sin ella, y ella camina hacia la muerte como si ya la hubiera aceptado.

No bajo mi guardia. Ni de puta coña.

La idea de las manos de Neumann sobre ella hace que mi visión se tiña de rojo. La idea de que ella camine voluntariamente hacia el peligro me da ganas de encadenarla en algún lugar del que solo yo tenga la llave.

¿Cree que la estoy asfixiando ahora? No tiene ni idea de cómo es la verdadera posesión.

Pero está a punto de descubrirlo.

Veinticuatro horas para hacerle entender que me pertenece a mí, no a la venganza. Veinticuatro horas antes de que elimine por completo la posibilidad de elegir.

La puerta principal se está cerrando cuando llego a ella. Sus luces traseras desaparecen por el camino de entrada, el rojo sangrando en la oscuridad.

Me tiemblan las manos, pero ya no es por la abstinencia. Es por la anticipación. Por la desesperación.

Cree que está eligiendo la venganza sobre la seguridad.

Se equivoca.

Y he terminado de pedir permiso.

24 - Faith

El alambre se me clava en la delicada piel entre mis pechos, donde los dientes de Luca me dejaron marcas hace casi una semana. Metal frío en lugar de una boca cálida, vigilancia en lugar de posesión. Me tiemblan las manos mientras lo fijo con cinta adhesiva, no por miedo a Neumann, sino por lo retorcido de prepararme para ser la carnada.

—Probando audio —la voz de Nico crepita en el auricular, diminuto e invisible bajo mi pelo.

—Nítido —consigo decir, aunque nada en esta situación es nítido. Catorce horas desde que salí de la mansión Rosetti. Catorce horas desde que le dije a Luca que preferiría morir antes que aceptar su asfixiante protección. Ahora estoy pegándome un micrófono entre los pechos, convirtiéndome exactamente en lo que él me llamó: carnada.

El vestido azul marino se desliza sobre mi cuerpo. Lo bastante profesional para una asesora de archivos médicos, lo bastante entallado para atraer el tipo de hombre que le gusta a Neumann. El bajo me llega justo por encima de las rodillas, el escote es recatado, pero insinúa lo que hay debajo. Piel que arde con contactos fantasma, que sabe que le pertenece a alguien que ahora mismo está encerrado por amenazar con quemar este lugar hasta los cimientos.

—Estamos en posición —confirma Alex desde la furgoneta de vigilancia. Marco coordina desde algún lugar remoto. La ausencia que importa me oprime el pecho. Luca, quien según Marco había sido «contenido» después de que sus amenazas pasaran de quemar el edificio a algo más siniestro.

«Bien», me digo, ajustando el micrófono una última vez. No puedo pensar en él ahora.

Pero mi reflejo dice lo contrario. Me parezco exactamente a mi madre. La misma estructura ósea, los mismos ojos color avellana, la misma expresión obstinada en la mandíbula. Me he peinado con ondas rubias que caen justo por debajo de los hombros, como solía

llevarlo ella. El parecido no es casual. He convertido la genética en un arma, he transformado mi rostro en un fantasma que atormentará a Neumann hasta que cometa errores. El corrector oculta las sombras de demasiadas noches sin un verdadero descanso.

Un alboroto en alguna parte del hotel, gritos ahogados que hacen que el equipo se detenga. —Disturbio menor —la voz de Marco llega tensa—. Seguimos con el plan. —Pero yo conozco esa energía, esa clase particular de violencia apenas contenida. Está luchando contra ellos, dondequiera que lo hayan metido.

La idea hace que me tiemblen más las manos, aunque mis dedos se estabilizan mientras me aplico el último toque de maquillaje.

—Voy a entrar —murmuro al equipo, dejando atrás mi teléfono. No puedo permitirme la distracción del caos que Luca esté creando, sus promesas de pintar Chicago de rojo si Neumann me tocaba.

El centro de conferencias abruma mis sentidos. Demasiado luminoso, demasiado ruidoso, demasiados cuerpos moviéndose por el espacio. Mi tapadera es muy endeble: asesora en ciencias bibliotecarias especializada en la digitalización de archivos médicos. Como si mi presencia aquí no tuviera nada que ver con Neumann.

Lo localizo de inmediato cerca de los puestos principales de la exposición, acaparando la atención de posibles inversores. Dos guardaespaldas lo flanquean ahora, ambos nuevos desde la semana pasada. Contratistas militares privados, según Marco, sus ojos buscan amenazas constantemente. Su paranoia se ha intensificado desde que perdió la seguridad de su complejo. Desde Luca.

—Objetivo localizado —murmura Nico en mi oído—. Esos guardaespaldas son profesionales. Exfuerzas especiales por sus patrones de movimiento. Procede con extrema cautela, Faith.

Me abro paso entre la multitud, dejando que su visión periférica me capte gradualmente. El vestido azul marino funciona. Su reacción de sorpresa al verme es visible a cuarenta pies de distancia. Su mano se detiene a medio gesto, todo su cuerpo se pone en alerta como un tigre que percibe un olor familiar.

Eso es. Soy el fantasma de Jenna Winters. Acércate.

Se me revuelve el estómago, pero mantengo la posición cerca de la estación de café, sincronizando mi llegada para que coincida con su acercamiento. Finjo estudiar el programa de la conferencia mientras sigo su movimiento con la visión periférica. Su colonia me

llega primero. Ese mismo perfume caro de aquella noche, de todas las pesadillas desde entonces.

—Faith Winters. —No es una pregunta. Su voz contiene esa mezcla particular de interés y cálculo que me pone la piel de gallina.

Me vuelvo, fingiendo sorpresa. —Señor Neumann. No sabía que asistiría.

Sus ojos recorren mi cuerpo con un aire de posesión casual, deteniéndose en mi garganta, donde los moratones de los dedos de Luca se han desvanecido. La piel sin marcas se siente vulnerable, expuesta, incorrecta sin sus debidas marcas.

—Se parece usted asombrosamente a su madre en las galas benéficas farmacéuticas. El parecido es… sorprendente.

El comentario está diseñado para inquietar. Dejo que surta efecto, mis dedos tiemblan ligeramente alrededor de mi taza de café. —La gente lo comenta. Es… difícil a veces.

—¿Está aquí por trabajo? —Se acerca más, invadiendo la distancia cortés entre extraños.

—Trabajo de consultoría. Archivos digitales para bibliotecas médicas. —Hago que suene aburrido, luego añado vulnerabilidad a mi voz—. De hecho, últimamente he estado teniendo sueños. ¿O quizá recuerdos? De cuando era pequeña.

Neumann se queda completamente inmóvil, reconociendo un posible objetivo o quizá una posible amenaza. —¿Qué clase de recuerdos?

Me toco la garganta inconscientemente. El gesto está ensayado, pero se siente falso porque mi garganta recuerda otros roces, otra presión que me hizo ver las estrellas mientras me deshacía. —La voz de un hombre. Alguien que conocía a mi madre. Fragmentos de conversación. Probablemente no sea nada, pero mi terapeuta cree que un trauma infantil puede resurgir inesperadamente.

—La memoria es notoriamente poco fiable —dice con cuidado, estudiando mi rostro en busca de señales de engaño—. Especialmente en lo que respecta a sucesos traumáticos.

—Eso es lo que dice la doctora Lopez. Pero estos se sienten tan reales. Como si mi mente intentara decirme algo importante.

Su mano encuentra mi codo, sus dedos presionando posesivamente contra la tela. La piel se me eriza con el contacto. El roce equivocado, el hombre equivocado, todo equivocado. Mi cuerpo conoce a su dueño, y este no es él. Pero yo he elegido esto. He elegido

la venganza por encima de la protección. La traición que supone me quema más que su agarre.

—Quizá deberíamos hablar de esto en privado. Conocí bien a su madre. Podría ayudar a aclarar las cosas. Mi despacho está arriba. En la tercera planta.

Habitación 312. Donde Nico tiene cámaras. Donde espera la trampa.

—Eso sería de gran ayuda —acepto, aunque me tiemblan las piernas mientras lo sigo hacia los ascensores.

Pero en el ascensor, su dedo se cierne sobre los botones antes de seleccionar una planta completamente diferente. —En realidad, usemos la sala de juntas ejecutiva. Décima planta. Mejor acústica para conversaciones delicadas.

Mi pulso se dispara mientras el ascensor pasa de la tercera planta. La voz de Nico es cortante en mi oído: —Ese no es el plan. La décima planta es una zona muerta total. No hay cobertura de cámaras.

El ascensor sigue subiendo, cada piso es una traición al plan, a la seguridad, a todo lo que he orquestado cuidadosamente. Sus guardaespaldas no lo siguieron.

—Pensé que su despacho sería más conveniente.

—En obras —miente con suavidad, observando mi reflejo en las puertas del ascensor—. De todas formas, la sala de juntas es más cómoda. Privacidad total.

El pasillo de la décima planta se extiende ante nosotros, vacío y silencioso. La puerta de la sala de juntas ejecutiva se alza al final como una boca esperando para tragarme entera.

—Uno no puede ser demasiado cuidadoso con la privacidad cuando se discuten asuntos delicados. —Saca una tarjeta y la cerradura se desactiva con un clic electrónico que suena como el sello del destino.

Sostiene la puerta, esperando. Todos mis instintos me gritan que corra, pero estoy atrapada por mi propio plan, por mi necesidad de venganza, que es más fuerte que mi necesidad de seguridad. Entro en la sala de juntas y él me sigue, cerrando la puerta tras de sí.

La cerradura se activa automáticamente. Él se guarda la tarjeta en el bolsillo.

Años de investigación obsesiva, cada callejón sin salida y paranoia nocturna, condensados en esta única habitación. La vista

desde la sala de juntas es gris e infinita, el horizonte del lago Míchigan se disuelve en el cielo nublado. Neumann permanece en silencio, con las manos entrelazadas a la espalda, el traje a medida se mueve mientras respira en ciclos lentos y medidos. Está actuando, me doy cuenta; su escenario es el horizonte, su público el mundo invisible de abajo. Siempre ha sido la estrella de su propio espectáculo. Me pregunto si siente mis ojos sobre él, o si solo soy una extra más en el fondo de su vida cuidadosamente seleccionada.

Pero cuando habla, es con la paciencia aburrida de alguien que espera ser halagado. —Señorita Winters. —Sigue sin mirarme—. ¿Por qué estamos realmente aquí? —La inflexión es practicada, el arma retórica de un hombre que ha soportado mil amenazas de deposición e interrogatorios de grupos de sondeo.

Mis dedos rozan la delgada grabadora negra en mi bolsillo, una chatarra de consumo en comparación con el arsenal de vigilancia que los Rosetti me dieron, pero lo suficientemente buena para una mujer con una misión. Presiono el botón, imaginando el frío brillo del led bajo la tela.

—Señor Neumann —digo, dejando que mi voz lleve el temblor justo para sonar a la vez vulnerable y plausible—. Gracias por aceptar reunirse en privado con tan poca antelación.

Se da la vuelta como si fuera una señal, girando con lenta gravedad. Su sonrisa es cálida, amplia, absolutamente muerta detrás de los ojos. —Por supuesto. Su entusiasmo por nuestra iniciativa de alfabetización ha sido bastante… memorable. Tres eventos de recaudación de fondos en ocho semanas. —Mira mi vestido, luego vuelve a subir la mirada, lentamente—. Muy dedicada.

La pausa deliberada: me deja marinar en el conocimiento de que me ha estudiado tan a fondo como yo a él. Me acerco a la mesa, sacando la carpeta de mi bolso. El contenido está organizado: correos electrónicos internos, informes falsificados, un puñado de Polaroids borrosas de la peor noche de mi infancia y una sola hoja de papel de cuaderno amarillento con la letra de mi madre. Mis manos no tiemblan. Todavía no.

—He estado haciendo una investigación por mi cuenta —digo, dejando caer la carpeta sobre la superficie de cristal de la mesa con un golpe seco que resuena más fuerte que los latidos de mi corazón —. Los ensayos clínicos de su empresa de la década pasada. En particular, el proyecto Nervex.

Neumann mira la carpeta pero aún no la toca, como si esperara que los documentos parpadearan primero. —Nervex se suspendió después de que los ensayos de la fase inicial no cumplieran los objetivos. Una molécula prometedora, pero no un éxito comercial. —Se sienta, cruza las piernas, perfectamente a gusto en una silla de diez mil dólares—. Tengo curiosidad por saber por qué le resulta tan interesante, señorita Winters.

Él sabe la respuesta. Me está retando a decirlo. Abro la carpeta, extendiendo las pruebas como cartas del tarot. Primero las Polaroids: niños serios con batas de hospital, sus rostros marcados con fechas e iniciales. Libros de contabilidad financieros, resaltados en neón. Y finalmente, los resúmenes de los ensayos clínicos: bloques de texto tachados, pero con lo suficiente para reconstruir el número de muertos.

—No retiraron Nervex, simplemente le cambiaron el nombre a LumoSmart. Dieciséis sujetos murieron durante los ensayos de la Fase II del Nervex renombrado. —Mi voz es firme, sorprendentemente firme—. Siete eran niños. La causa de la muerte se registró como respuesta inmunitaria adversa, pero los informes del patólogo cuentan otra historia.

Neumann finalmente se inclina hacia delante, apoyando los dedos sobre la mesa. Sus uñas son cortas, limpias, casi femeninas. —¿Esto es una emboscada? —pregunta, con un tono conspirador, divertido—. ¿Saldrá alguien de la prensa del aparador o esto es una actuación en solitario?

—En solitario —digo, y suena casi valiente.

Hojea las páginas, tarareando suavemente. —Debe de estar muy orgullosa de sí misma. Esta es una colección impresionante. Nunca trabajó para nosotros y, sin embargo… —Levanta la vista, esos ojos pálidos de repente afilados como cuchillas—. Ha accedido a documentos que estaban sellados por una citación federal.

—Tengo amigos —replico, dejando que el fantasma de una sonrisa se deslice por mis labios—. Y tengo los nombres de las familias a las que pagó para que guardaran silencio.

Cierra la carpeta suavemente, como para no dañar el lomo. —Está aquí para chantajearme. —No es una pregunta, sino una incitación.

—Estoy aquí para asegurarme de que nunca vuelva a hacerle daño a nadie. —Mis manos están sobre la mesa, los nudillos palideciendo

—. Mi madre fue la informante. Murió por su contrato de limpieza con SafeGuard. Usted la asesinó.

Él sopesa esto, las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba solo ligeramente. —Esa es una acusación muy seria.

Entonces lo veo: no está enfadado, ni siquiera a la defensiva. Está encantado. La máscara se le cae por una fracción de segundo y veo al niño que una vez diseccionó ranas en su garaje, al hombre que vio morir a mi madre y no sintió nada más que curiosidad.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre un superviviente y una víctima, señorita Winters? —pregunta, levantándose de repente para que su sombra caiga sobre la mesa—. Un superviviente se adapta. Una víctima se aferra al pasado.

Mi auricular zumba con estática. La voz de Nico, estrictamente controlada: —Está ganando tiempo. Sus hombres se están moviendo por las escaleras.

Lo ignoro, concentrándome en las manos de Neumann, que ahora están entrelazadas bajo su barbilla. —¿Cree que es la primera persona que intenta esto? —dice, con voz suave, casi paternal—. Ni siquiera es la primera de este año.

—No estoy aquí por dinero —repito, sacando la segunda carpeta: fotocopias de correos electrónicos entre Neumann y su jefe de seguridad, detallando los calendarios de pago a SafeGuard por la «eliminación de activos fuera de las instalaciones». Una sola hoja de papel encima: la declaración jurada de Patricia Harrison, notariada por un secretario del condado.

Se detiene ante el nombre, el reconocimiento parpadea detrás de sus gafas. —Patricia. La recuerdo. Una mujer nerviosa. Siempre disculpándose. —Lee la declaración, los labios crispándose en las líneas clave—. Murió en un accidente de coche la semana pasada, ¿no es así?

La habitación se tambalea. Siento el pulso en los dientes. —¿Qué?

—Revisé yo mismo la grabación de la cámara del salpicadero. —Su sonrisa regresa, afilada y simétrica—. Volvía a casa de la clase de violín de su hija. Pavimento mojado, visibilidad reducida. La autopsia no encontró pruebas de juego sucio.

Ahora estoy temblando. No solo mis manos, todo mi cuerpo, un temblor que empieza en mis rodillas y sube por mi columna vertebral. —Miente —digo, pero las palabras suenan infantiles, poco convincentes.

—No necesito mentir —dice, doblando la declaración y guardándola en el bolsillo de su chaqueta con una pulcritud posesiva que me pone la piel de gallina—. Esa es la diferencia entre nosotros. Usted es una contadora de verdades, pero yo soy la verdad. —Se acerca, lo suficiente como para que pueda oler la loción para después del afeitado cara, el más leve toque de humo y libros viejos—. Si planea extorsionar a alguien, señorita Winters, no debe dejar que dicte los términos del encuentro.

25 - Faith

Neumann retrocede, vuelve a la ventana y deja que el horizonte reafirme su dominio sobre la sala. —¿Puedo ser sincero con usted? —pregunta. Es retórica, pero espera a que yo asienta.

—Usted no es la primera en descubrir esto, y no será la última. Nervex fue una tragedia, pero también salvó vidas, si se para a pensarlo. El dinero que ganamos se destina a financiar el desarrollo de nuevos fármacos. ¿Quiere una confesión o quiere sentirse poderosa? Porque puedo darle ambas cosas si eso significa que desaparecerá discretamente.

Tengo la garganta seca. —Quiero que sea llevado ante la justicia. Quiero que responda por lo que le hizo a mi madre, a esos niños…

Me interrumpe con un gesto displicente con la mano. —¿Justicia? No existe tal cosa. Solo existen la influencia y el coste. —Se gira por completo, observándome como a un espécimen clavado en un cristal —. ¿Qué hará falta, señorita Winters, para comprar su silencio? ¿Dinero? ¿Una disculpa? —Se encoge de hombros.

Por un segundo me veo desde arriba, una mujer con un viejo vestido negro, armada con una carpeta y el sentido de justa indignación de una mujer muerta. En toda la ciudad no hay nadie menos poderoso que yo. Pero hago lo único que me queda por hacer: ponerme en pie. Le sostengo la mirada.

—Quiero que el mundo sepa lo que hizo.

Se ríe, una risa baja y suave. —Entonces debería haberse esforzado más por sobrevivir.

Se acerca de nuevo a la mesa y pasa al siguiente documento. —Este… Gustav Treyson. Sobredosis hace tres días. Sorprendente para un hombre que nunca tocó las drogas. —Sus dedos recorren los papeles como una caricia—. Parece que sus testigos están teniendo muy mala suerte, Faith.

El sonido de mi nombre de pila en sus labios me pone la piel de gallina. Retrocedo un paso, con la mano dirigiéndose hacia mi bolso, donde la pistola pesa mucho. —Usted los mató.

—Matar es una palabra muy fea. —Ordena los papeles en una pila pulcra, con movimientos ensayados y tranquilos—. Prefiero «complicaciones resueltas». Muy parecido a como su madre fue una complicación.

Las palabras me golpean como agua helada. Todo se detiene. —¿Qué ha dicho?

—Vamos, Faith. —Se sienta en el borde de la mesa, tan despreocupado como si estuviera hablando de informes trimestrales —. ¿De verdad creía que no lo sabía? La hija de Sarah, pasando años acercándose a mis socios comerciales, ofreciéndose como voluntaria en los eventos de mi empresa, haciéndose pasar por la bibliotecaria inocente mientras reunía pruebas.

Se ríe, un sonido refinado y horrible. —La he estado observando durante tres años. Esperando a ver qué haría. Ha sido fascinante, de verdad. Como ver a un ratón construir una elaborada trampa para un gato.

—Lo sabía. —Las palabras me salen huecas. Todos aquellos movimientos cuidadosos, toda esa planificación, y él había estado viéndome actuar para él.

—Desde la primera gala benéfica a la que asistió. —Se levanta y se acerca—. Vestía de verde. ¿Lo sabía? El mismo color que ella llevaba en el congreso médico donde nos conocimos. Donde me rechazó.

Mi mano se cierra sobre la pistola en mi bolso. —Usted la asesinó.

—Asesinato es un término legal. —Está lo bastante cerca como para que pueda oler su colonia. Cara. Sofocante—. Su madre estaba investigando los ensayos de Nervex. Iba a destaparlo todo. Pero no murió por eso.

—¿Entonces por qué? —Mi dedo encuentra el gatillo a través del cuero, mientras doy otro paso hacia atrás.

—Se rio de mí. —Su voz cambia, algo más oscuro se filtra a través de su pulcritud de ejecutivo—. Le ofrecí todo. Protección para su investigación, dinero, una vida juntos. Y se rio. Dijo que yo era patético. Dijo que preferiría morir antes que dejar que la tocara.

La máscara se le cae por completo, su rostro se transforma. —Así que le di lo que quería.

—La estranguló. —Se me quiebra la voz—. Lo vi. Estaba debajo del sofá y lo vi sonreír mientras lo hacía.

—Sí. —Simple. Casual—. Y usted ha pasado todo este tiempo convirtiéndose en ella. La misma rectitud. La misma planificación

cuidadosa. La misma creencia ingenua de que la justicia significa algo.

Saco la pistola del bolso, pero él ya se está moviendo. Más rápido de lo que un hombre de su edad debería ser. Su mano se cierra en mi muñeca, torciéndola hasta que el arma cae con estrépito al suelo.

—Incluso los mismos errores —continúa, presionándome contra la mesa—. ¿Cree que las pruebas importan? Soy dueño de jueces, fiscales, comisarios de policía. La pequeña investigación de su padre no me ha afectado. ¿Qué le hizo pensar que la suya lo haría?

Intento liberar mi muñeca, pero él lo anticipa, empujándola en la dirección equivocada hasta que mi brazo se ve obligado a doblarse por el codo. —Esto es lo que va a pasar, Faith. Va a desaparecer. Quizá una crisis nerviosa por el dolor. Su padre recibirá una nota sobre usted empezando de nuevo en algún lugar lejano. Estará desolado, pero lo entenderá. El duelo lleva a la gente a hacer cosas desesperadas.

—Sabrá que fue usted.

—¿Con qué pruebas? ¿Una reunión entre un ejecutivo farmacéutico y una bibliotecaria interesada en obras de caridad? —Sus manos se mueven hacia mi garganta, sus dedos descansando sobre mi pulso—. Sin testigos. Sin pruebas. Solo otra trágica desaparición en Chicago.

Debería haber elegido la jaula de Luca en lugar de esta trampa. Debería haber aceptado su protección en vez de caminar hacia la muerte sola.

—Puede que mi equipo de seguridad se haya ido —continúa, extendiendo la mano para tocarme el pelo. El contacto hace que la bilis me suba a la garganta. Esto se siente como una agresión—. Pero tengo otros recursos. Investigadores privados que la han estado siguiendo durante meses.

Su mano libre se mueve hacia mis hombros, deslizándose metódicamente por mis brazos. Encuentra el micrófono de inmediato, sus dedos se cierran alrededor de él. Un tirón brusco y lo arranca, la cinta me desgarra la piel, que aún recuerda una violencia más amable.

—¿De verdad pensó que podría grabarme confesando? —Lo siguiente es el rastreador en mi pulsera. Lo arranca y lo aplasta contra la mesa de conferencias. Luego la grabadora de respaldo en mi bolsillo.

La voz de Nico se convierte en estática y luego en nada. Silencio total. Estoy sola.

—Sus amigos Rosetti probablemente estén revolviéndose ahora mismo —dice—. Especialmente ese en particular. El que marca su territorio de forma tan obvia. ¿Creía que no notaría los moratones que se desvanecían y que intentaba cubrir? ¿La forma en que la rodea como un halcón?

Mi respiración se acelera ahora, y ya no tengo el valor de ocultar mi miedo.

—Esta sala está completamente insonorizada. Diseñada para adquisiciones hostiles donde millones dependen de conversaciones que nadie más puede oír. —Regresa a donde estoy, congelada—. Apropiado, ¿no cree? Se parece tanto a ella. La misma justa indignación. La misma creencia ingenua de que la justicia significa algo.

—Siempre lo supo —susurro, la comprensión me golpea como agua helada.

—Desde el primer evento benéfico al que asistió. La he estado observando a usted observándome a mí, esperando a ver cuándo haría su movimiento. Hoy parecía apropiadamente teatral. Usted con el vestido de su madre, jugando a los recuerdos recuperados.

—Su madre fue menos paciente —dice, sus manos moviéndose hacia mi garganta con una horrible inevitabilidad—. Me confrontó directamente sobre los ensayos clínicos, las muertes que encubrimos.

Tropiezo hacia atrás hasta que mi espalda se presiona contra el frío cristal de la ventana que va del suelo al techo, y entonces no tengo adónde ir. Sus dedos descansan sobre mi pulso. Mal, todo mal. Mi garganta recuerda otras manos, unas que sabían exactamente cómo apretar para hacerme deshacer de placer en lugar de terror. Esto es violencia sin deseo, muerte sin el oscuro romance de una posesión consentida.

—Al principio luchó. Luego intentó negociar. Ofreció cualquier cosa excepto a sí misma. —La presión aumenta ligeramente y se me corta la respiración—. ¿Pero usted? Una planificación cuidadosa, y comete el mismo error fundamental que ella.

Intento darle un rodillazo, pero lo anticipa, usando su peso corporal para inmovilizarme entre la mesa de conferencias y el cristal de la ventana. Sus manos se aprietan, y de repente no puedo respirar. Es esto. La misma posición, el mismo agarre que mató a mi madre.

—Pensó que la ley importaba —continúa conversador mientras mi visión empieza a nublarse—. Pensó que las pruebas y los testimonios podrían derribarme. Pero soy dueño de jueces. Soy dueño de fiscales. Fui dueño de su madre, y ahora…

La presión aumenta. Mis manos arañan las suyas, mis uñas le sacan sangre, pero su agarre no se afloja. Mi visión se reduce a un túnel, la oscuridad avanza desde los bordes. A través de la creciente neblina, veo su rostro con claridad. Esa sonrisa satisfecha, la que está grabada a fuego en mi memoria.

Luca tenía razón. Tenía razón todo el tiempo. Debería haber elegido la violencia por encima de la ley. Debería haberle dejado protegerme.

Mis manos se debilitan, la lucha se desvanece mientras la falta de oxígeno apaga mi cuerpo. El cristal de la ventana presiona frío contra mi espalda. Qué contraste con el calor que recuerdo, la calidez de estar rodeada de un peligro controlado en lugar de este caos.

¿Es esto lo que sintió mi madre? ¿Esta rabia por fracasar, esta necesidad desesperada de una bocanada más de aire, esta certeza de que el orgullo la llevó a la muerte?

Araño sus manos, pero su agarre se tensa gradualmente. —¿Quiere saber algo especial? ¿Algo que nunca le he contado a nadie?

Puntos negros danzan en los bordes de mi visión mientras él se inclina más cerca.

—Su madre estuvo consciente hasta el mismísimo final. Tres minutos y cuarenta y siete segundos. Dejó de luchar después de dos minutos, pero sus ojos permanecieron conscientes. Igual que los suyos ahora.

La presión aumenta y no puedo respirar. No puedo gritar. Mis manos se debilitan, la misma impotencia que debió sentir mi madre. A través de la creciente oscuridad, lo oigo hablar, tan casual como si discutiera opciones sobre acciones.

Luca tenía razón. Tenía razón todo el tiempo. La violencia era el único idioma que Neumann entendería jamás.

Mi visión se reduce a un túnel. A lo lejos, algo se estrella. Cristales rompiéndose. Gritos. Pero está demasiado lejos, y estoy cayendo en la misma oscuridad que se llevó a mi madre.

—Qué desperdicio —murmura Neumann, su agarre inquebrantable—. Podría haber vivido su tranquila vida de bibliotecaria. Pero tenía que ser como ella. Tenía que defenderse. Y

así termina exactamente como empezó. Con una mujer de la familia Winters muriendo en mis manos.

Mi cuerpo se convulsiona una vez, un último intento desesperado de supervivencia antes de que mis manos se desprendan de sus muñecas. La visión de túnel se colapsa hasta que todo lo que puedo ver es su rostro, esa sonrisa, la misma vista que tuvo mi madre al morir.

El último resquicio de luz se desvanece. Mis pulmones arden, cada célula grita por oxígeno mientras mi cerebro se apaga por fases.

Lo último que veo es su sonrisa.

Entonces la oscuridad me reclama, y comprendo con perfecta claridad que elegí mal. Elegí la ley sobre la violencia, las pruebas sobre la acción, la paciencia sobre la justicia brutal e inmediata.

Elegí mal, y ahora moriré exactamente como lo hizo mi madre: consciente hasta el mismísimo final de que había fracasado.

En algún lugar abajo, algo explota. El edificio tiembla.

Él viene.

Incluso mientras la consciencia se desvanece, mi cuerpo conoce a su dueño. Sabe que la violencia está a punto de responder a la violencia.

Pero no estaré viva para verlo.

26 - Luca

Diez minutos antes

La suite de lujo del octavo piso bien podría ser una celda de prisión.

—Para tu propio bien —había dicho Marco, guiándome hasta aquí con seis de nuestros hombres después de que yo jurara matarlos a todos por dejar que se usara como cebo—. Necesita hacer esto sola, y tú no debes interferir.

—Jódete.

—Además, es necesario que no nos mates a todos —añadió Marco como si todo fuera una gran broma.

La cerradura se activó desde fuera, electrónica, sin anulación manual. Lo habían planeado. Sabían que nunca la dejaría enfrentarse a Neumann sola. La traición quema casi tanto como el miedo.

Ahora mis puños sangran de golpear las paredes reforzadas, los nudillos abiertos de poner a prueba cada debilidad. A través de la ventana, el centro de conferencias se burla de mí. Tan cerca. Ella está justo ahí, sirviendo de cebo mientras yo estoy atrapado como un animal.

—Últimamente he estado teniendo sueños —la voz de Faith crepita a través del transmisor, y esa vulnerabilidad hace que se me parta el pecho—. ¿O tal vez recuerdos? De cuando era pequeña.

Mi cuerpo se estrella contra la puerta de nuevo, usando todo mi peso. La cerradura electrónica aguanta. Sin anulación manual, sin debilidad en el marco. Marco lo planeó a la perfección. El impacto me provoca un dolor punzante en el hombro, y me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo golpeando esta puerta, con demasiada fuerza. Algo no está bien en la articulación.

—Disturbio menor en el octavo —dice Alex desde fuera, su voz se oye a través de la puerta—. Nada que no pueda manejar.

Mi guardia. Mi propio hermano apostado fuera para mantenerme encerrado mientras Faith entra en la trampa de Neumann. La ironía sería graciosa si la rabia no me estuviera consumiendo vivo.

—Quizás deberíamos discutir esto en privado —la voz de Neumann hace que mi visión se tiña de rojo—. Mi oficina está arriba.

Voy a zancadas hasta el minibar, con la mente a toda velocidad. Licenciatura en química, años de conocimiento sobre reacciones y compuestos. El vodka brilla transparente en su botella. Alta graduación. Inflamable. Mis manos se mueven sin pensamiento consciente, agarrando botellas. Ginebra. Ron. Cualquier cosa de más de ochenta grados.

El baño me proporciona limpiacristales, a base de amoníaco. No es ideal, pero servirá. Desmonto el detector de humo y extraigo la pila de nueve voltios. Pelo el cable de la lámpara con los dientes, dejando el alambre de cobre al descubierto. El etanol por sí solo no arde lo suficiente. Necesito un oxidante. El litio de la pila podría funcionar, pero es demasiado inestable. Un simple acelerante tendrá que bastar. A veces la fuerza bruta supera a la elegancia.

—En realidad, usemos la sala de juntas ejecutiva —dice Neumann a través del transmisor—. Décimo piso.

Ese no es el plan. Mis manos tiemblan mientras empapo una toalla en la mezcla de alcohol, creando una mecha improvisada.

Entonces el transmisor se corta y solo se oye estática.

Silencio total.

—Perdimos la señal —la voz de Nico llega a través del auricular de Alex, lo suficientemente alta para que yo la oiga—. No encuentro su señal.

El pánico me golpea como agua helada. Se acabó el fingir que está a salvo. Se acabó la fe en el plan. Está a solas con él, y el silencio podría significar cualquier cosa. Podría significarlo todo.

Encajo la toalla empapada contra el mecanismo de la cerradura, coloco el cable pelado. La chispa prende de inmediato. El acelerante arde con una llama intensa y brillante, y la placa de circuito de la cerradura se fríe con un chasquido seco y olor a plástico quemado.

La puerta se abre de golpe.

Alex ya está echando mano a su arma, pero paso a su lado antes de que pueda desenfundar. —¡Luca, espera!

—¡Décimo piso! —grita a mis espaldas, sin intentar detenerme—. ¡La sala de juntas está cerrada con llave!

Dos pisos. Solo dos pisos entre Faith y yo. El décimo piso no tiene cámaras, es una zona muerta para la vigilancia. Lo sé por los planos del edificio que Marco nos mostró durante la planificación.

Las escaleras desaparecen bajo mis pies, de tres en tres escalones. El hombro me arde por los repetidos impactos contra la puerta; sin duda, ahora está dislocado por mis desesperados intentos de escapar. Cada segundo podría ser el último para ella. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se cortó la comunicación? ¿Diez segundos? ¿Quince?

El daño cerebral comienza a los cuatro minutos sin oxígeno. ¿Cuánto tiempo pueden apretar las manos de Neumann antes de que su garganta se colapse? ¿Cuánto tiempo hasta que la luz abandone sus ojos como abandonó los de su madre?

El rellano del noveno piso pasa como un borrón. Un tramo más. Me queman las piernas, los pulmones gritan por un aire que no tengo tiempo de tomar. Sigo sin oír nada de arriba. El aislamiento acústico de esa planta es absoluto. Podría estar gritando. Podría estar en silencio. Podría estar ya muerta.

No.

El pasillo del décimo piso se extiende vacío ante mí. La puerta de la sala de juntas al fondo, con la cerradura electrónica brillando en rojo. Anulación ejecutiva, sin ningún desvío que pueda ver. Aquí no hay tiempo para la química.

Retrocedo, midiendo la distancia. La puerta está reforzada, pero el marco es solo de madera y pladur. Las leyes de Newton: toda acción tiene una reacción igual y opuesta. Mi hombro ya está dañado por los intentos de fuga. Mejor usarlo.

La primera patada impacta exactamente donde el marco se une a la pared. El dolor estalla en mi hombro dislocado, pero la madera cruje. Otra vez. El marco se astilla, se forma una brecha entre la puerta y la pared. Otra vez. Mi visión se oscurece por los bordes, pero ahora puedo ver la luz del día a través de la grieta.

Otra vez.

El marco se desprende parcialmente, todavía conectado por la parte superior pero abierto por el lateral. Suficientemente ancho. Me cuelo a través del hueco, con el hombro rozando hueso con hueso, y entro en el silencio.

Neumann tiene a Faith presionada contra la ventana, su cuerpo completamente lánguido, el rostro morado-azulado por la falta de oxígeno. No se mueve. No respira. La luz de la tarde a través del cristal hace que su piel parezca traslúcida, ya tornándose gris.

Cruzo la habitación en dos zancadas y embisto a Neumann para apartarlo de ella. Caemos con fuerza contra la mesa de conferencias, pero yo ya estoy rodando para alejarme, de vuelta a Faith. Ella se desploma inerte sobre la alfombra, con la cabeza colgando en un ángulo que me parte el pecho.

Mis dedos buscan su garganta. Su pulso apenas se percibe, filiforme y débil. Pero no respira. El pecho no sube ni baja. Sus labios están azules, los ojos entreabiertos, pero sin ver nada.

Mis conocimientos científicos se activan. La estrangulación causa un espasmo laríngeo, sus músculos respiratorios están paralizados. La respiración de rescate podría funcionar si las vías respiratorias no están aplastadas. Le inclino la cabeza hacia atrás, le pinzo la nariz y sello mi boca sobre la suya.

Respira.

Sus labios están helados, sin calor, sin respuesta. Le insufflo mi calor, saboreando el café y esa dulzura subyacente que se está enfriando. Mis pulmones arden al darle todo, al vaciarme para llenarla. Su pecho se eleva con mi aire. Cae. Nada.

Otra vez.

El cobre y la dulzura me impregnan la lengua. Todo se está enfriando.

—Por favor —la palabra se me desgarra de la garganta entre respiraciones—. Por favor, Faith. Vuelve.

Otra respiración forzada en sus pulmones. Su pecho sube, baja, permanece inmóvil.

—Respira, Faith. No puedes irte. Respira por mí.

Otra respiración.

¡POR FAVOR!

Su cuerpo convulsiona. Un estertoroso jadeo se le escapa de la garganta mientras sus pulmones recuerdan su función. Tose, se ahoga, lucha por respirar, pero está respirando. Respirando.

Viva. Está viva. ¡VIVA!

La atraigo hacia mí, y mis manos tiemblan más que con cualquier síndrome de abstinencia, más que con cualquier asesinato. El temblor se extiende por todo mi cuerpo, temblores incontrolables que no tienen nada que ver con el agotamiento y todo que ver con lo cerca que estuve de perderla.

—Estás bien. Te tengo. Estás bien —las palabras brotan sin pensar, una plegaria a ningún dios en el que crea, solo al universo

que me la devolvió.

Intenta hablar, pero solo logra un resuello. Los moratones ya se están formando en su garganta, impresiones púrpuras perfectas de los dedos de Neumann, el mismo patrón que su madre llevó a la tumba.

—No hables. Solo respira. Sigue respirando.

Pero ahora soy yo el que está hiperventilando. El temblor empeora, todo mi cuerpo se convulsiona con algo que no reconozco. Terror. Así se siente el terror. No cuando mi padre murió al otro lado de la habitación. No durante la masacre. Esto es peor porque ella eligió esto. Eligió ser el cebo. Eligió morir por venganza.

—No puedo… Si tú… —las palabras no se forman correctamente. ¿Cómo le explico que se ha vuelto tan necesaria como respirar? ¿Que sin ella solo soy carne y violencia?—. No puedes morir. Ya no funciono sin ti.

La presión se acumula detrás de mis ojos, extraña, incorrecta. Mi cuerpo lucha contra ella, una década de insensibilidad entrenada batallando contra esta nueva fractura. Pero ver su pecho quedarse quieto, sentir su pulso desvanecerse bajo mis dedos… algo se rompe. Las lágrimas brotan como la sangre de una herida que no deja de sangrar.

Llorando como no lo había hecho en diez años. Sal caliente corriendo por mi cara, mocos cayendo, el cuerpo temblando con sollozos que vienen de un lugar profundo y roto. El llanto empeora cuando está viva en mis brazos, cuando me doy cuenta de lo cerca que estuve de sostener su cadáver. No desde Mikhail. No desde que me convertí en lo que soy. Pero ella ha atravesado todo eso, me ha abierto de par en par hasta dejar al descubierto al niño que todavía podía llorar.

Faith levanta una mano temblorosa hacia mi cara, sus dedos apenas pueden moverse, pero intentan secarme las lágrimas.

—Lu-ca —mi nombre sale destrozado, apenas un susurro a través de su garganta dañada, pero me rompe por completo.

—No puedo… Si tú… Faith, no puedes morir —las palabras se agolpan entre sollozos, mis manos tiemblan mientras la sostengo, sintiéndola viva, respirando, aquí—. No existo sin ti.

—Qué conmovedor —la voz de Neumann interrumpe mi colapso mientras se levanta, ajustándose la corbata como si estuviéramos en

una reunión de negocios—. El psicópata de los Rosetti llorando como un niño.

Su respiración se estabiliza contra mi pecho, viva pero dañada. Las lágrimas se detienen tan bruscamente como empezaron, dejando algo más frío a su paso. No el frío vacío de antes. Propósito. Un propósito cristalino. Está viva, lo que significa que Neumann va a sufrir por lo que casi me arrebató.

Dejo a Faith en el suelo con una delicadeza infinita, asegurándome de que está estable, todavía respirando. Luego me giro. No rápido. Sin prisas. El lento giro de alguien que ha encontrado su propósito.

Neumann intentaba escapar, salir por la puerta destrozada, pero está atrapado en su propia trampa. Sus ojos recorren la habitación desesperadamente.

—La tocaste. —Simple constatación de un hecho.

—Intentaste matarla. —Otro hecho, constatado.

—Como mataste a su madre.

Neumann retrocede hacia el hueco en el marco de la puerta, pero yo ya estoy en movimiento. No corriendo, sino acechando.

—Pero tienes razón. Estoy llorando. —Mi voz suena extraña. Rota. En carne viva—. Porque la amo.

La palabra encaja perfectamente en mi boca. Amor. No obsesión, no posesión, aunque eso también está ahí. Algo peor. Algo que me hace quebradizo. Me ha convertido en algo que puede sentir la pérdida, y eso es más peligroso que cualquier psicópata.

Alcanzo a Neumann junto a la puerta destrozada.

—Y tú intentaste arrebatármela.

La llave de estrangulamiento carotídeo es de manual. Mi brazo se desliza alrededor de su cuello, la mano agarra mi propio bíceps, y aplico presión a ambas arterias. Sus manos arañan mi brazo durante exactamente tres segundos antes de que su cerebro se apague por la falta de flujo sanguíneo. Cae inerte.

Las bridas ya están en mi bolsillo. Nunca voy a ninguna parte sin ellas. Primero sus muñecas, luego los tobillos. Rápido, eficiente, sin movimientos desperdiciados. El antiguo Luca lo habría hecho teatral, lo habría alargado. Pero Faith necesita atención médica. Su respiración sigue siendo entrecortada, cada inhalación es una lucha.

Nico y el equipo irrumpen por la puerta destrozada justo cuando estoy asegurando la última brida.

—Atención médica. Ahora. —Mi voz transmite el tipo de autoridad que los hace moverse sin hacer preguntas.

Uno de los hombres de Nico se deja caer junto a Faith, comprobando sus constantes vitales mientras otros levantan el cuerpo inconsciente de Neumann. —¿Al hospital? —pregunta el médico.

—No. A casa. Marco tiene un equipo médico esperando.

Faith intenta protestar, pero la interrumpo con una mirada. —Estuviste inconsciente más de treinta segundos. No estás en condiciones de tomar decisiones ahora mismo.

La tomo en mis brazos, su peso no es nada comparado con el alivio de que esté viva para poder llevarla. Se siente demasiado ligera, demasiado frágil, demasiado cerca de haberse ido. El trayecto en ascensor se siente eterno aunque solo son segundos. Su mano encuentra la mía y la aprieta con la poca fuerza que le queda.

El equipo médico rodea a Faith en el momento en que llegamos, llevándosela rápidamente arriba para recibir tratamiento. Oxígeno, esteroides para la inflamación de la garganta, un examen cuidadoso de los daños. Quiero seguirla, pero primero hay trabajo que hacer.

El sótano me recibe con su familiar resplandor fluorescente. Mi hombro palpita después de que me lo hayan colocado en su sitio, dolorido pero funcional. Neumann está consciente ahora, observando las paredes de hormigón, la única silla de metal, la mesa en la esquina.

—El famoso sótano de los Rosetti. —Intenta mostrarse valiente, pero oigo el temblor debajo—. Bastante decepcionante.

No respondo. Solo cojo una silla de la esquina y me siento frente a él. Esperando.

—Faith necesita un mínimo de doce horas para que su garganta se recupere del trauma —digo finalmente, mi voz vacía del cálculo habitual—. Luego ella decidirá qué pasará contigo.

Neumann se ríe, el sonido rebotando en el hormigón. —Ella no tiene estómago para esto. Es una bibliotecaria. Una niña buena.

—Vio morir a su madre. —Me reclino, estudiándolo como estudiaría un espécimen—. Tiene más agallas de las que imaginas. Y más paciencia también. Lleva doce años planeando tu destrucción.

Su rostro cambia, la incertidumbre se abre paso.

—He matado a cientos —continúo, en tono conversacional. Clínico—. Pero tú eres diferente.

No es una amenaza. Solo una observación. Un hecho científico.

—Eres el primero al que mato por amor en lugar de por vacío.

La palabra amor sale más fácil ahora, como si decírsela al cuerpo moribundo de Faith le hubiera enseñado a mi boca su forma. Apoyo las manos en mis rodillas, completamente quieto. Lo más peligroso que he sido jamás.

—Los otros eran negocios. Patrones. Rutina. —Lo miro a los ojos —. Esto es personal.

Cada palabra deliberada, medida, la voz que uso cuando explico reacciones químicas. Cómo se combinan los elementos. Cómo se rompen los enlaces.

—Faith respira mal por tu culpa. Tiene pesadillas por tu culpa. Perdió a su madre por tu culpa.

Me levanto, dirigiéndome a la mesa de la esquina. Hay un único cuchillo allí. Lo cojo, pruebo su peso y lo vuelvo a dejar.

—Cuando despierte, cuando su garganta se haya curado lo suficiente para hablar, va a bajar aquí. Y me va a decir lo que necesita de ti. Una confesión. Una disculpa. Lo que sea que signifique cerrar el círculo para ella.

Me vuelvo para mirarlo, con las manos vacías.

—Y entonces ella decidirá si vives o mueres.

Su rostro se ha puesto pálido ahora que la realidad se está asentando. Esto no es una negociación ni un juego.

—Vas a sentarte en esa silla y pensar en lo que hiciste. En cada mujer que heriste. En cada vida que destruiste. Y cuando Faith llegue, vas a enfrentarte a ella.

Fotografío a Neumann en la silla. No para Faith, ella no necesita ver esta parte. Para mí. Documentación de cada paso. La foto del antes. El después será muy diferente.

Me muevo hacia las escaleras, luego me detengo.

—Espero que aproveches bien el tiempo. Porque una vez que tome su decisión, no hay tribunal superior al que apelar.

Lo dejo allí en el silencio, la anticipación es peor que cualquier cosa que pudiera hacerle ahora mismo.

Arriba, Marco espera.

—¿Está asegurado? —pregunta.

—Mucho. —Me dirijo hacia la sala médica donde están tratando a Faith—. Y tiene doce horas para darse cuenta de lo jodido que está.

—¿No vas a encargarte de él?

Me detengo en la puerta. —Este no es mío. Es de ella. Yo solo soy el arma que ella puede elegir usar o no.

Marco asiente lentamente. —Realmente la amas.

—Sí. —La confesión ya no duele—. Y por eso estoy esperando. Porque ella necesita decidir en quién se convierte. No le quitaré esa elección.

Aunque la espera pueda matarme.

27 - Faith

El séptimo escalón hacia el sótano me hace saborear sangre. Siento la garganta como si tuviera cristales rotos; cada aliento raspa el tejido en carne viva que las manos de Neumann destrozaron hace apenas unas horas. Pero ahora él está ahí abajo, encadenado, esperando, y toda mi paciencia se acaba hoy.

Mis pies descalzos encuentran el octavo escalón. Hormigón frío, nada que ver con la calidez de las lágrimas de Luca. El psicópata de los Rosetti lloró. Por mí. Las palabras de Marco aún resuenan: —Estaba sollozando cuando dejaste de respirar. No paraba de decir «Por favor, Faith, vuelve». Nunca lo había visto así—. La descripción me atormenta con cada latido mientras desciendo hacia el hombre que mató a mi madre.

Marco no me preguntó si quería ir. Se limitó a desconectar el goteo de morfina cuando se lo exigí, me observó luchar por ponerme en pie con las piernas temblándome como las de un potro recién nacido y se limitó a decir: —Es tu decisión. Pase lo que pase ahí abajo —.

El noveno escalón. Me agarro a la barandilla con tanta fuerza que me duelen los nudillos, pero no es nada comparado con la agonía de mi garganta. En mi memoria, la sala médica de arriba todavía huele a antiséptico y a cuero caro, a esa vía intravenosa que introducía líquidos en mi brazo porque no podía tragar bien. Me había despertado con la luz de la tarde, desorientada, y mis dedos habían encontrado de inmediato las heridas en mi cuello. Las marcas moradas de las manos de Neumann, el mismo patrón que mi madre se llevó a la tumba.

Pero no estoy en una tumba. Estoy viva porque Luca derribó puertas para llegar hasta mí, porque me devolvió el aliento a los pulmones entre sollozos. El hombre que sonríe mientras habla de desmembramientos, que maneja la violencia como otros manejan el papeleo, completamente destrozado mientras sostenía mi cuerpo sin vida.

Décimo escalón. Me llegan voces de abajo. Neumann intentando negociar, ofreciendo dinero, contactos, cualquier cosa. Las respuestas de Luca son frías, vacías de sentimiento, como si estuviera leyendo un libro de texto de medicina. El contraste con las lágrimas desesperadas que describió Marco me oprime el pecho.

El olor del sótano me golpea al llegar abajo. Lejía, el hedor agrio del sudor del miedo y, por debajo de todo, esa oscura colonia que es tan característica de Luca. Las luces fluorescentes zumban sobre mi cabeza, haciendo que todo sea crudo y sin sombras. El hormigón es hielo bajo mis pies, cada paso una pequeña sacudida que me mantiene en el presente, que me impide flotar hacia los recuerdos o la neblina de la morfina. Esto es real. Está pasando.

Neumann está encadenado a una silla de metal, y parece más insignificante que el cabrón de mis pesadillas. Su traje caro está arrugado, el sudor mancha el cuello, haciendo que la tela se le pegue de forma poco favorecedora. La temperatura aquí abajo hace visible nuestro aliento en pequeñas bocanadas. Parece patético. Humano. No el destructor casi divino de mis recuerdos de la infancia, sino solo un hombre que eligió el mal y lo vistió de Armani.

Pero es Luca quien me deja helada.

Tiene peor aspecto que Neumann. Más allá del agotamiento, superado el punto en que los estimulantes podrían ayudar. Su hombro cuelga de forma extraña, claramente dañado por derribar esas puertas para alcanzarme. El recuerdo de él golpeando el marco una y otra vez, la madera astillándose bajo su asalto desesperado, hace que mis ojos ardan con lágrimas que no derramaré. Todavía no.

Las marcas secas de las lágrimas aún surcan su rostro, y no se ha molestado en limpiarlas. Su camisa blanca se le pega al pecho por el sudor, rota en algunas partes, y la sangre mancha la tela cara. Los botones de arriba están desabrochados, mostrando el hueco de su garganta donde su pulso late demasiado rápido. Incluso destrozado así, es hermoso de esa manera peligrosa que hace que mi cuerpo responda a pesar de todo.

Me salvó. Se destrozó a sí mismo para salvarme.

—No deberías estar levantada —dice sin mirarme, organizando herramientas en su mesa con movimientos que intentan ser precisos, pero que delatan el temblor de sus manos.

—Necesitaba… —empiezo, y tengo que detenerme, presionándome la garganta con la mano. Las palabras se sienten

como si tragara fragmentos de cristal. Señalo a Neumann, luego a mí, luego a las herramientas, esperando que entienda lo que no puedo decir.

Entonces por fin me mira, y esos ojos están vacíos de su cálculo habitual. Solo agotamiento y algo crudo que nunca antes había visto. Vulnerabilidad. Como si todos sus muros se hubieran derrumbado cuando dejé de respirar y no supiera cómo reconstruirlos. O no quisiera hacerlo.

—Lo sé —dice en voz baja, y su voz se quiebra al pronunciar las palabras—. Sé que necesitas esto.

—La hija se une a nosotros —dice Neumann, tratando de impostar su autoridad de sala de juntas, pero logrando solo una falsa bravuconería que lo hace parecer más pequeño—. ¿Vienes a Vigía el trabajo de tu perro de ataque? ¿A ver cómo se cuecen las cosas?

Me acerco lentamente, estudiando a este hombre que atormenta mis sueños. Parece viejo, canas entre su pelo, arrugas alrededor de sus ojos. Solo un hombre. Las cadenas tintinean cuando se mueve, tratando de mantener su postura de ejecutivo incluso atado a la silla de Luca.

—Lloró por ti —continúa Neumann, con los labios torcidos en una burla que hace que apriete las manos—. El famoso psicópata de los Rosetti, sollozando como un niño. «Por favor, vuelve» —imita lo que debe haber oído de los guardias o a través de la vigilancia.

Lo veo. El pequeño respingo en los hombros de Luca, la forma en que sus manos tiemblan con más fuerza, la vulnerabilidad que ya no puede ocultar. No a mí. No después de que muriera en sus brazos. No después de que se permitiera romperse por completo.

—Basta —le dice Luca, pero no hay amenaza en su voz. Solo un agotamiento hasta los huesos que le hace parecer un anciano a pesar de tener solo veintiocho años.

Me acerco a Luca, necesitando tocarlo, anclarnos a ambos en algo real. Mi mano encuentra su brazo, sintiendo los temblores que lo recorren. No por la violencia o la anticipación. Por el trauma. Por casi perderme. Su camisa está húmeda de sudor bajo mi palma, sus músculos tensos como si se mantuviera entero solo por fuerza de voluntad.

—Cuéntame —susurro, aunque las palabras raspan mi garganta destrozada como papel de lija. Tengo que parar, tragar saliva con sabor a sangre que me da náuseas.

Cierra los ojos y, de repente, parece más joven. No el sicario de los Rosetti, sino recordando cuando era un adolescente traumatizado que nunca procesó su pérdida. Cuando habla, su voz se quiebra como lo habría hecho la de aquel chico.

—Encontré a Papá en el comedor —dice, con la voz hueca como una iglesia vacía—. Aún vivo, pero desangrándose. Balas de los Moretti por todas partes. Hice presión en las heridas, pero la sangre seguía saliendo entre mis dedos como agua. Caliente al principio, luego fría. Intentó hablar, pero solo… —Tiene que parar, todo su cuerpo se estremece bajo mi mano—. Solo gorgoteaba. Sangre en la garganta. No pude salvarlo. No pude proteger a nadie. Dante perdió la voz por protegernos. Sofia todavía tiene pesadillas. No pude…

Su voz se rompe por completo, y ahora lo veo claramente. El paralelismo entre nosotros. Luca a los diecisiete años, sosteniendo a su padre moribundo, indefenso para detener la sangre. Yo, con doce, viendo cómo la cara de mi madre se ponía morada, indefensa para detener su asesinato. Ambos rotos por esa impotencia, moldeados en lo que somos por el fracaso de no salvar a alguien que amábamos.

—Por eso —consigo decir, aunque tengo que hacer una pausa entre palabras, con la garganta gritando de dolor. Levanto las manos, imitando protección, y luego me señalo—. Por eso matas las amenazas.

Asiente, sin mirarme todavía, su cuerpo tiembla con más fuerza ahora. —No puedo volver a fallar. Cuando te vi sin respirar… —Sus manos tiemblan tan violentamente que tiene que agarrarse al borde de la mesa hasta que sus nudillos se quedan blancos—. Fue mi padre otra vez. Cada fracaso. Pero peor porque tú me haces…

—Humano —termino, la palabra apenas audible—. Te hago humano.

Se ríe, un sonido como de cristales rotos. —¿Humano? ¿Es eso lo que es este sentimiento? ¿Este terror? ¿Esta necesidad de mantenerte respirando?

—Qué conmovedor —interrumpe Neumann, rompiendo el momento con su crueldad casual—. Dos niños rotos jugando a las casitas. Dime, ¿te hace llamarlo «papá» cuando te folla?

Me vuelvo hacia él, y algo frío y definitivo se asienta en mi pecho. No la rabia ardiente que me ha impulsado hasta ahora. Algo más silencioso. Más letal. La morfina está desapareciendo, todo se vuelve

nítido y cristalino. Cada terminación nerviosa viva de dolor y propósito.

—Usted mató… —empiezo, pero la voz me falla. Tengo que parar, con la mano en la garganta, luchando contra la agonía para terminar —. A mi madre.

—Ella me rechazó —corrige él encogiéndose de hombros, las cadenas tintineando como acentos de su indiferencia—. Igual que tú. Como todas. Unas frígidas de mierda que se creen demasiado buenas para lo que ofrezco.

Ningún remordimiento en su voz. Ningún reconocimiento de la vida que robó, de la niña que dejó huérfana, de los años de pesadillas que creó. Me doy cuenta con perfecta claridad de que la ley nunca lo tocará. Es dueño de jueces, de fiscales, tiene suficiente dinero para comprar su salida de cualquier consecuencia. La cárcel no lo reformaría. Nada lo haría. Siempre será exactamente esto. Un hombre que encuentra belleza en asesinar a las mujeres que lo rechazan.

—Usted sonrió —fuerzo las palabras, cada una una agonía. Tengo que parar, recuperar el aliento, saboreando el cobre en mi boca—. Mientras la estrangulaba. —Otra pausa, luchando por continuar—. Usted sonrió.

—Era hermosa cuando murió. Ese momento en que la luz se apaga, cuando finalmente dejan de luchar y aceptan lo que está pasando. Tu madre tenía unos ojos preciosos. Se quedaron tan quietos.

Las palabras suenan tan casuales como si hablara del tiempo, y entiendo por fin, por completo, que la ley nunca lo tocará. Tiene comprados a jueces, a fiscales, tiene suficiente dinero como para librarse de cualquier consecuencia. La cárcel no lo reformaría. Nada lo haría. Él siempre será exactamente esto. Un hombre que encuentra belleza en asesinar a las mujeres que lo rechazan.

—Muéstrame —le digo a Luca, aunque tengo que señalar las herramientas cuando mi voz vuelve a fallar—. Necesito… estar aquí. Ver esto.

Luca se acerca más a mí, y siento su aliento agitar mi pelo, huelo sangre y agotamiento y esa oscura colonia que me oprime las costillas. Su pecho casi toca mi espalda cuando se estira a mi alrededor hacia la mesa, y tengo que luchar para no apoyarme en su calor.

—No tienes que… —empieza él, con la voz áspera por la preocupación.

—Sí. —La palabra sale más fuerte que ninguna hasta ahora. Me acerco a su mesa de herramientas, estudiando la disposición precisa. Bisturís en orden ascendente, cosas que no reconozco pero cuyo uso puedo adivinar.

Mi mano flota sobre ellas, temblando. ¿Podría? ¿Debería?

Cada movimiento hace que Luca se mueva detrás de mí, su aliento se entrecorta cuando nuestros cuerpos casi se tocan.

Miro las herramientas, luego a Luca. Está esperando. Tal como ha estado esperando, a que yo decida lo que necesito, en quién me convertiré.

Espero la repulsión, que el fantasma de mi madre aparezca y me avergüence por lo que estoy a punto de hacer. En cambio, siento su presencia como una mano en mi hombro, firme y aprobadora. Ella también se defendió, solo que no con la suficiente fuerza. No con las armas adecuadas. Yo terminaré lo que ella empezó.

—Estás cometiendo un error —dice Neumann, pero ahora oigo el primer hilo de miedo real en su voz—. Tu padre es juez. Eres una buena chica. Esta no eres tú.

—No —consigo graznar—. Es mi decisión.

Pienso en todas las formas en que imaginé este momento. En mis sueños más oscuros, era violenta, descontrolada, salvaje. Pero de pie aquí, sintiendo la presencia de Luca detrás de mí como un oscuro ángel de la guarda, me doy cuenta de algo.

No tengo que convertirme en un monstruo para elegir a uno.

Mi mano se cierne sobre las herramientas de la mesa de Luca. Mis dedos rozan el mango del bisturí: metal frío, lo suficientemente afilado para acabar con esto. Por un momento, lo imagino. El peso en mi mano. La satisfacción de ser yo quien le haga pagar.

Pero entonces veo la cara de mi madre. No como murió, morada y luchando. Como vivió. Sonriente. Amable. La mujer que me enseñó que hay límites que, una vez cruzados, te cambian para siempre.

Cojo el bisturí. Lo giro en mi mano, viendo cómo atrapa la luz fluorescente.

Luego se lo tiendo a Luca.

—No soy un monstruo —le digo a Neumann, mi voz áspera pero clara—. Soy su consecuencia. Pero no me convertiré en usted para destruirlo.

Los dedos de Luca se cierran alrededor del mango, aceptando lo que le ofrezco. No solo la hoja. El permiso. La colaboración. La confianza.

—Háble me de las otras —grazno, necesitando saberlo antes de que esto termine—. ¿Cuántas?

—¿Acaso importa? —Neumann intenta mostrarse desafiante.

—Cada una importa. —Mantengo mis ojos en su cara—. Diga sus nombres.

Y lo hace. Entre jadeos y protestas, confiesa haber violado a siete mujeres a lo largo de veinte años. Cada nombre es un peso que se aligera del mundo. Cada confesión demuestra lo que ya sabía: nunca pararía. Nunca sentiría remordimiento.

—Tu madre fue la que más luchó. Me arañó la cara tan profundo que necesité puntos. Tuve que decirle a la gente que fue un accidente de esquí.

Algo se asienta en mi pecho. No es rabia. Es certeza.

Miro a Luca, lo miro de verdad. Agotado, herido, pero esperando. Esperando a que yo decida.

—Por mi madre —susurro, con la garganta gritando de dolor—. Por tu padre. Por todas a las que hizo daño.

Luca asiente una vez, entendiendo todo lo que no puedo decir.

—¿Juntos? —pregunta en voz baja.

—Siempre —consigo decir—. Pero esta parte… esta es tuya. Estaré aquí mismo. Seré testigo. Pero no puedo…

—Lo sé —dice Luca, y hay algo parecido al alivio en su voz. Como si no quisiera que yo tuviera que cargar con este peso—. Puedes irte. No tienes que Vigía.

—No. —La palabra sale más fuerte de lo esperado—. Me quedo. Yo elegí esto. Te elegí a ti. Él necesita verlo.

Me muevo hacia la pared, colocándome donde pueda ver la cara de Neumann. Me tiemblan las piernas, amenazando con ceder, pero trabo las rodillas y me mantengo en pie.

Luca se acerca a Neumann con el bisturí en la mano, y algo en su postura cambia. El agotamiento se desvanece. Para esto fue hecho. Para esto lo moldeó el trauma. Y yo le estoy permitiendo hacerlo. Eligiéndolo a él para que lo haga.

—Faith —intenta Neumann por última vez, mirándome por encima del hombro de Luca—. Tú no eres como él. Eres buena. No dejes que él…

—No soy buena —le digo, y lo digo en serio—. Simplemente no soy usted.

Vigía la cara de Neumann mientras la comprensión lo golpea. No voy a detener esto. Elegí al monstruo por encima de la piedad. Doce años de su libertad terminan aquí, por lo que le hizo a mi madre.

No aparto la mirada. No me tapo los oídos. No le doy la espalda.

Soy testigo.

Cuando los ojos de Neumann por fin se quedan quietos, siento que algo dentro de mí se resquebraja. No es alivio. No es satisfacción. Solo… vacío. Como si hubiera cargado con este peso tanto tiempo que no sé cómo mantenerme en pie sin él.

Luca se vuelve hacia mí, con las manos ensangrentadas, una pregunta en sus ojos.

Me acerco a él y tomo su mano ensangrentada entre las mías. —¿Ha terminado?

—Ha terminado.

28 - Faith

Luca me lleva en brazos por los pasillos de la mansión, pasando junto a puertas cerradas tras las que duerme su familia. La bata de hospital se me pega al cuerpo, pesada por la sangre y el sudor y por el peso de, por fin, por fin haber conseguido justicia.

Su cuarto de baño es todo de mármol y grifería dorada, demasiado bonito para el horror que estamos a punto de limpiar. O quizá perfecto para ello. La belleza y la sangre siempre han coexistido en el mundo de los Rosetti. Ahora también coexisten en el mío.

Veo mi reflejo y me quedo helada. La sangre me salpica la cara como si fueran pecas; mis ojos, desorbitados, pero por fin, verdaderamente vivos. La mujer del espejo no es la bibliotecaria que les lee a los niños. No es la hija obediente que aguanta los desayunos de los domingos mintiendo sobre todo.

Intento hablar, pero solo consigo decir: —Me veo… —antes de tener que detenerme, señalando mi reflejo, una mujer cubierta de sangre. Me daría miedo si estuviera en cualquier otro sitio que no fuera el espejo.

Luca se coloca detrás de mí, con el pecho contra mi espalda, y se encuentra con mi mirada en el espejo. —Te ves como tú misma.

Sus manos se dirigen a mi bata, retirando la tela lentamente. Cae y se amontona a mis pies, y estoy desnuda, a excepción de la sangre de Neumann. Mi cuerpo es un mapa de la transformación. Marcas moradas de dedos en mi garganta donde Neumann intentó matarme, un corte en las costillas de cuando se resbaló el bisturí.

—El agua está lista —dice Luca, comprobando la temperatura con el mismo cuidado que emplea al medir compuestos químicos.

Me meto en el agua caliente, y esta se tiñe de rosa al instante. Me hundo, observando cómo la sangre se arremolina y se diluye, llevándose las pruebas, pero no la satisfacción. Mis manos desaparecen bajo la superficie y flexiono los dedos, recordando el tacto del bisturí, cómo la piel de Neumann se abría como la seda.

—Creía… —consigo decir, pero tengo que parar y llevarme la mano a la garganta. Niego con la cabeza.

Luca se arrodilla junto a la bañera y coge una toallita cara. —¿Creías que te sentirías culpable?

Asiento, agradecida de que lo entienda.

—¿Y te sientes así?

Vuelvo a negar con la cabeza y luego logro pronunciar una sola palabra a pesar del ardor: —Libre.

Empieza por mi cara; cada pasada de la toallita elimina la sangre, pero revela algo más puro debajo. El agua caliente hace que cada moratón palpite, que cada corte escueza, pero el dolor se siente como un bautismo. Como nacer en quien realmente soy.

La risa que se me escapa es oscura, satisfecha, aunque sale más como un carraspeo.

Las manos de Luca se detienen un momento. —Querías algo más que su muerte. Querías ser tú la que sostuviera el arma.

—Sí. —La única palabra me quema, pero necesito que la oiga.

Sus manos reanudan su movimiento, las yemas de sus dedos masajeándome el cuero cabelludo en lentos círculos que me hacen gemir a pesar de todo.

El agua me lame los pechos mientras me recuesto para enjuagarme el pelo. Cada marca en mi cuerpo cuenta una historia. Este moratón del agarre de Luca en mi cadera, ese corte de mis propias uñas desesperadas, esas sombras moradas en mi garganta de casi morir. Ahora estoy escrita en violencia, con nosotros dos como autores.

—Tu madre estaría orgullosa de ti —dice Luca—. Orgullosa de que hayas sobrevivido a lo que ella no pudo.

No discuto porque quizá sea verdad. Quizá ella entendería que eligiera la supervivencia y la justicia por encima de la inocencia. Quizá ella habría tomado la misma decisión si hubiera tenido las armas adecuadas, el monstruo adecuado de su lado.

Entonces llegan las lágrimas, mezclándose con el agua rosada, y de repente estoy temblando. No de frío, sino del shock retardado, de la adrenalina que finalmente se desvanece, del reconocimiento de lo que he hecho y no puedo deshacer.

Luca no ofrece tópicos ni consuelo. En cambio, se desnuda con eficiencia y se desliza en la bañera detrás de mí, atrayendo mi

espalda contra su pecho. Sus brazos me rodean, manteniéndome entera mientras me desmorono.

—La primera vez que maté por la familia, fue necesario, mecánico. ¿Pero la primera vez que maté por ti? —Sus labios encuentran mi oído—. Eso fue diferente. Eso tuvo sentido. Un propósito.

Me giro ligeramente, con la pregunta en los ojos.

—El obrero de la construcción. Una semana después de que empezara a vigilarte. Hizo un comentario sobre tu cuerpo, sobre lo que quería hacerle. —Sus brazos se tensan—. Me aseguré de que nunca más volviera a hacer comentarios sobre nadie.

Intento hablar, pero solo logro emitir un sonido interrogante.

—Sí, es enfermizo —coincide él, sin más—. Y estás excitada pensando en ello.

No puedo negarlo. Incluso agotada, incluso temblando por la liberación emocional, mi cuerpo responde a su oscuridad.

Él entiende mi pregunta tácita. —Somos una pareja perfecta.

Su polla se endurece contra la parte baja de mi espalda, el latido es tan honesto como una confesión. A pesar de todo —la sangre, el dolor, la sombra de las manos de Neumann todavía impresa en mi garganta—, lo deseo. Quiero sentir cualquier cosa que no sea el regusto de la violencia. Quiero llenarme de algo que no sea un recuerdo, un trauma o ni siquiera justicia. Quiero que me llene él.

Me doy la vuelta en el agua, con las rodillas golpeando la porcelana, y me siento a horcajadas sobre su regazo. Su mirada nunca abandona la mía. Me mira como si yo fuera la cosa más preciosa y peligrosa que ha visto jamás. El movimiento me hace consciente de cada músculo dolorido, cada moratón reciente, cada marca que nos hemos dejado el uno al otro.

Sus manos suben, lentas y reverentes, y no sé si está tratando de adorarme o de expiar algo.

—Necesito… —susurro, la palabra ronca y débil, pero es todo lo que me queda. Lo alcanzo, hundo mis dedos en la oscuridad húmeda de su pelo y lo acerco para que nuestras frentes se toquen. Podría besarlo, pero esto se siente más grande que eso.

Ve la súplica en mis ojos, la forma en que mi cuerpo tiembla al borde de algo para lo que no tengo nombre.

—Necesitas saber que todavía eres capaz de sentir —dice.

Su voz es un murmullo bajo, tranquilizador y crudo. Me levanta y me guía hacia abajo sobre él. El estiramiento es inmediato, agudo, casi purificador. Un dolor que no es terror ni daño, sino una reivindicación. Me dejo acomodar, dejo que me llene, dejo que el agua chapotee y se desborde mientras encontramos nuestro encaje.

Cada movimiento es una prueba. Mi cadera grita donde los moratones son más profundos. Mis rodillas resbalan contra sus muslos. Pero sus manos nunca se detienen: una en mi cintura, la otra trazando las sombras en mi caja torácica, el corte reciente, los moratones con forma de huella, la pequeña marca de mordisco justo debajo de mi clavícula. Los lugares donde yo termino y él empieza están escritos con violencia y ternura. Me pregunto si alguna vez seremos capaces de notar la diferencia.

Comenzamos despacio, meciéndonos juntos. Esto no es como antes, como ninguna otra vez que hemos follado. No hay lucha de poder, ni juegos, ni castigo o recompensa. Solo dos cosas rotas tratando de volverse enteras. El agua amplifica la sensación, el calor, la fricción y el movimiento, y a veces olvido dónde termina el dolor y empieza el placer. No me importa. Lo quiero todo.

Intento decir algo —gracias, no te vayas, por favor no me dejes ir —, pero me he quedado sin voz. Presiono mi palma contra su pecho, siento el martilleo de su corazón, luego toco el mío, que late al doble de velocidad. Llevo su mano a mi corazón, la mantengo allí, dejo que sienta lo que me ha hecho.

Él lo entiende, por supuesto. Siempre lo hace.

—Me diste una razón para ser más que violencia vacía —dice, y las palabras calan más hondo que cualquier cosa física.

Su pulgar se mueve en lentos círculos sobre mi esternón, anclándome, haciéndome real.

Su boca encuentra mi hombro, luego mi mandíbula, luego el hueco detrás de mi oreja. No me besa tanto como me inhala, como si tratara de memorizar mi olor, mi sabor después de la victoria, la sangre y las lágrimas. Sus dientes rozan mi clavícula, no lo suficiente como para doler, pero sí para recordarme que estoy viva, que he sobrevivido. Que estoy, por este momento, a salvo.

El ritmo entre nosotros aumenta gradualmente, como una marea que regresa después de una tormenta. El dolor en mi cuerpo se convierte en una especie de música. Dejo caer la cabeza hacia atrás, el agua se derrama por mi cuello y sobre mi pecho, y gimo. No hay

nada educado ni bonito en el sonido. Solo necesidad, cruda, animal y tan humana.

Él se mueve más rápido, pero no quiero que termine. Me aferro a él, mis uñas clavándose en forma de media luna en sus hombros, rogándole en silencio que se quede dentro de mí, que me mantenga anclada, que me impida volver a la deriva, a ese lugar donde Neumann estaba vivo y yo estaba indefensa. El placer alcanza su punto álgido, se fractura y se recompone, y cuando me corro, no es una explosión de fuegos artificiales, sino un largo y estremecedor temblor que me deja sollozando.

Él lo hace un momento después, mi nombre en sus labios. Siento su calor dentro de mí, la forma en que su cuerpo se tensa y luego se desploma, y me doy cuenta de que no estamos separados en absoluto. Somos una sola cosa ahora, enredados y magullados y, de alguna manera, más vivos que antes.

El agua está tibia ahora, teñida de rosa con sangre diluida. Observo cómo las ondas se calman, las secuelas de nuestra violencia, y sé que nunca volveré a ser la misma. No quiero serlo.

Permanecemos unidos en el agua que se enfría, ninguno de los dos dispuesto a separarse.

Finalmente, salimos del agua mientras los últimos rastros de rosa desaparecen por el desagüe. Luca me envuelve en una toalla como si fuera algo precioso, y vuelvo a ver mi reflejo.

La misma cara, pero ojos diferentes. Más duros. Más claros. Honestos.

Me lleva a su cama, acostándome con el tipo de cuidado que normalmente se reserva para las cosas sagradas.

—Descansa —dice Luca, metiéndose en la cama a mi lado—. Necesitas curarte.

Pero su mano ya está entre mis piernas, sus dedos encontrándome empapada, todavía lista a pesar de todo.

Aparto la mano de Luca. —Mi padre… —consigo graznar.

—Para cuando llame —murmura contra mi cuello—, tu voz será más fuerte. Le dirás que estás a salvo. Y todo lo que verá será a su hija cansada. No verá a la asesina en la que te has convertido. No saboreará la sangre que has derramado.

Gimo suavemente mientras sus dedos se deslizan de nuevo entre mis piernas, trabajándome, el sonido quejumbroso por mi garganta dañada.

—Pero yo lo sabré —continúa—. Sabré que debajo de tu cárdigan, estás cubierta con mis marcas. Que tu coño está dolorido por mi polla. Que tienes la sangre de un asesino bajo las uñas y que te encantó cada segundo.

Me vengo con un grito ahogado que es en parte placer, en parte reconocimiento. Esta es mi vida ahora. Atrapada entre dos mundos, mintiéndole a todos excepto a él.

Mientras el sueño me arrastra, siento la mano de Luca apretarse posesivamente en mi cadera, sus dedos presionando los moratones que ya se están formando. Su cuerpo se mueve contra el mío y lo siento endurecerse de nuevo.

—Cuando despiertes, tendrás que mentirle a tu padre —murmura sombríamente—. Mirarlo a los ojos y fingir que no tienes sangre de asesino bajo las uñas.

Sus dedos trazan los jugos que todavía se escapan de mí, haciéndome temblar.

—Pero ahora mismo —continúa, su polla presionando insistentemente contra mí—, voy a follarte una vez más antes de que duermas. Quiero que estés agotada y chorreando de mí cuando amanezca. Quiero que te despiertes sabiendo exactamente lo que has elegido.

Intento hablar, pero solo consigo emitir un sonido suplicante, en parte un jadeo, en parte un gemido roto.

—Shh. —Sus dedos encuentran mi clítoris, rodeándolo lentamente, provocando el latido que comenzó con la violencia y nunca se detuvo del todo—. Guarda tu voz. La necesitarás para las mentiras que se avecinan.

Se posiciona detrás de mí, su polla rozando mi entrada. Estoy tan mojada de nuevo, mi cuerpo programado para su oscuridad. Me pregunto cuánto tiempo tardaré en desaprender esto, o si siquiera quiero hacerlo. La pregunta se disuelve cuando lo siento deslizarse dentro. El lento e implacable estiramiento me llena de un dolor que es casi un alivio; un dolor que me pertenece, uno que puedo elegir, uno que abre espacio para algo nuevo dentro de mí.

—Demuéstrame que lo entiendes. Demuéstrame que sabes lo que has elegido.

Me empujo hacia atrás contra él, acogiéndolo más profundamente, mi cuerpo respondiendo lo que mi voz no puede. La respuesta es sí, sí, sí, en todos los idiomas que nunca aprendí a

hablar. Quiero esto. Necesito el castigo y la recompensa, la forma en que todo se desdibuja en la oscuridad.

—Buena chica. Mi chica perfecta y terrible.

Me folla lentamente, manteniéndome al borde de la conciencia. Cada vez que mis ojos se cierran, él cambia de ángulo, me hace jadear para volver a la consciencia. Quiere que recuerde cada segundo, que no me escape ni huya de las consecuencias. Me quiere aquí mismo con él, anclada al momento, indefensa, despierta y cómplice.

Se inclina, con los labios en mi oído. —Dentro de unas horas —dice conversacionalmente, como si me estuviera contando un cuento antes de dormir—, le dirás a tu padre que estás a salvo mientras mi semen te gotea por los muslos. Prometerás verlo pronto mientras todavía te duele la garganta por lo que has hecho.

El escalofrío que me recorre es más que excitación: es pavor, es triunfo, es la constatación de que nunca volveré a ser inocente. Él sigue follándome con embestidas largas y lentas, hundiéndose profundamente, rozando cada moratón y cada recuerdo de violencia. Sus manos recorren mi cuerpo, cartografiando el territorio de sus victorias: mi cintura, mi hombro, mi garganta maltratada. Me agarra la mandíbula, gira mi cara para poder ver las lágrimas que se escapan de mis ojos, para poder observar cómo el placer, la vergüenza y el orgullo luchan por el control.

—Y cuando pregunte por la desaparición de Neumann, actuarás sorprendida. Preocupada. La perfecta hija inocente que no sabe nada del sótano donde se desangró.

Intento protestar, decir que no se me da tan bien mentir, pero las palabras nunca salen de mis labios. Solo un gemido, un estremecimiento. Tiene razón: para cuando mi padre llame, estaré lista, la máscara será perfecta, la actuación impecable. La agonía y el éxtasis de esa verdad son casi demasiado, y el orgasmo me golpea inesperadamente, ola tras ola, desgarrándome hasta que sollozo contra la almohada, con los ojos cerrados.

Me folla durante todo el proceso, implacable, y luego me pone boca arriba. Todavía estoy temblando, los músculos contraídos, mi visión borrosa y manchada de sal. Pero me sujeta la cara con ambas manos, casi con ternura, y dice: —Mírame. Quiero ver tu cara cuando te des cuenta de que no hay vuelta atrás.

Sus pálidos ojos azules son casi plateados en la oscuridad previa al amanecer, hermosos y terribles y tan llenos de deseo que se me encoge el corazón. Muevo los labios para pronunciar las palabras que no puedo decir: «Nunca la hubo».

Sonríe, suave y frío. Luego embiste profundamente, una, dos, tres veces, y se corre dentro de mí, caliente y pesado. Cae hacia delante, su peso presionándome contra el colchón, su aliento abanicando mi mejilla.

—Duerme ahora —dice, permitiendo finalmente que el agotamiento se apodere de mí—. Tienes horas antes de enfrentarte al mundo.

Pero no me suelta de inmediato. En cambio, se queda dentro de mí, manteniéndome quieta, como para mantener la violencia y el recuerdo encerrados en su sitio. Su mano acaricia mi pelo, luego mi mejilla, con dedos suaves.

Cuando finalmente se retira, lo hace lenta y cuidadosamente, y siento cada centímetro de pérdida. Mi cuerpo es una ruina, magullado y estirado, el interior de mis muslos pegajoso con su semen. Dejo caer las piernas, demasiado cansada para preocuparme por el desastre, y miro fijamente el techo. La ciudad se está despertando fuera. Las bocinas empiezan a sonar, los camiones de basura retumban por la calle, y en la luz gris azulada todo parece más imposible, más real.

Sale de la habitación por un momento y regresa con una toalla tibia y húmeda. Se arrodilla entre mis piernas y me limpia con cuidado.

Lo observo mientras termina, mientras arroja la toalla a un lado y se mete en la cama a mi lado. Pasa sus brazos alrededor de mi cintura y me acerca, su cuerpo enroscándose alrededor del mío como una armadura. La violencia se ha ido. Todo lo que queda son las secuelas.

Siento su respiración ralentizarse, su corazón estabilizarse contra mi espalda. Sé que no está durmiendo; nunca está completamente en reposo. Está esperando, siempre, la próxima amenaza, el próximo momento en que tendrá que moverse, proteger, matar.

Pero por ahora, estamos suspendidos en este espacio liminal, ni inocentes ni condenados, solo dos personas enredadas en la ruina del otro.

29 - Luca

Han pasado veinticuatro horas desde que Faith eligió el sótano en lugar de la salvación de su padre. Su respiración contra mi pecho sigue un patrón: siete respiraciones normales y luego ese pequeño respingo que significa que está soñando con sangre. Con mi sangre o la de Neumann, no sabría decirlo. No me importa. Ambas son suyas ahora.

Los moratones de su garganta se han oscurecido hasta volverse de un morado negruzco, huellas perfectas de los dedos de Neumann que hacen que apriete la mandíbula cada vez que las veo. Pero está viva. Respirando. Aquí. Mi pequeña Faith, que entró en mi sótano buscando justicia y salió aceptando a un asesino, buscando el sueño en mis brazos.

Mi teléfono vibra. Alerta de seguridad. La pantalla muestra al juez Theodore Winters en la verja principal, con una carpeta tan repleta de lo que parecen fotos de vigilancia que se aprecian incluso a través de las cámaras. Sus hombros están rígidos por la furia justiciera, la postura de un hombre a punto de librar una guerra por el alma de su hija.

Mi cuerpo reconoce la amenaza antes de que mi mente la procese; los músculos se me tensan, la mano busca la Glock que siempre está al alcance. Faith se remueve a mi lado, alerta al instante a pesar de los moratones que aún tiñen de púrpura su garganta. Su mano encuentra la mía sobre el arma, no para detenerme, sino para compartir la misma disposición.

—Está aquí. —No es una pregunta. Sabíamos que esto iba a pasar.

La Vigía el rostro, esperando ver arrepentimiento por lo de Neumann, liquidado de forma permanente, su destino sellado en mi sótano, pero solo veo preocupación por su padre. Cualquier otra chica estaría presa del pánico. Estaría buscando excusas desesperadamente. Pero Faith solo respira contra mi pecho, calculadora.

—Podrías irte por la puerta de atrás —le ofrezco, aunque cada célula de mi cuerpo grita que no la deje ir—. Yo me encargaré de él.

Se incorpora; la decisión ya está tomada. La sábana cae, revelando el lienzo de su piel perfecta e imperfecta.

—Se acabó el huir. —Se desliza fuera de la cama y se dirige al armario donde he colgado ropa para ella. No las rebecas de bibliotecaria con las que llegó, sino ropas negras y sofisticadas que la marcan como propiedad de los Rosetti.

La Vigía mientras se viste con la misma atención que pongo al seleccionar las herramientas para un interrogatorio. Elige la blusa de seda que muestra los moratones de la garganta en lugar de ocultarlos. La falda entallada que deja claro que es una mujer, no la niña que su padre quiere salvar. Cada elección, deliberada. Mi perfecta y terrible chica preparándose para la guerra.

—La garganta —le recuerdo al oír la carraspera que todavía tiene al hablar.

—Que oiga lo que su ignorancia casi le cuesta. —Se vuelve hacia mí, y sus ojos tienen esa fría claridad que reconocí en el sótano—. Necesita entender que ya no soy su niñita.

Se me parte el pecho al pensar en la elección que tiene ante sí, no por miedo a que lo elija a él, sino por saber lo que esto le va a costar. Yo ya perdí a mi padre por la violencia. Ahora ella perderá al suyo por una elección.

Me visto mientras ella se cepilla el pelo, dejándoselo suelto para enmarcar los moratones. Mi teléfono muestra que el juez sigue en la verja, discutiendo con nuestra seguridad. Aferra la carpeta como si fuera un arma. Probablemente no ha dormido, se ha pasado toda la noche investigando, intentando encontrar pruebas para arrancarle a su hija de mis manos.

No entiende que ella no está en mis manos. Ella ES mis manos ahora. Las que sostuvieron el bisturí. Las que eligieron la sangre por encima de la ley.

—¿Lista? —pregunto, aunque «lista» no es la palabra adecuada para enfrentarse a la decepción de tu padre.

—Siempre —dice, tomándome de la mano. Nuestros dedos se entrelazan, su pulso firme contra mi palma. Ciento diez pulsaciones por minuto. Elevado pero controlado. Mi chica preparándose para la batalla.

El camino hasta mi estudio se hace eterno y a la vez brevísimo. Cada paso es Faith eligiéndome a mí por encima de él, eligiendo la oscuridad sobre la luz, eligiendo el sótano sobre la sala del tribunal. No debería ponérseme dura con su resolución, pero mi cuerpo responde a su entrega como si fueran los preliminares.

La puerta del estudio se abre para revelar al juez Theodore Winters como un ángel vengador. Lleva el traje arrugado, algo inusual en un hombre que trata la apariencia como una armadura. Los ojos inyectados en sangre por una noche de insomnio buscando pruebas. La carpeta en sus manos, lo suficientemente gruesa como para condenarme por una docena de crímenes. Pero su mirada se clava primero en Faith, y le veo la cara descomponerse ligeramente al verla con mi ropa, los moratones visibles en su cuello.

—Faith. Gracias a Dios que estás viva. —El alivio es genuino a pesar de la ira que vibra en él.

Ella se coloca a mi lado en lugar de correr hacia él. La elección visible en la posición. En la proximidad. En la forma en que su mano permanece unida a la mía como si temiera que yo desapareciera si la soltara.

La expresión del juez pasa del alivio al horror al procesar lo que está viendo. No es un secuestro. No es coacción. Es su hija eligiendo estar con el hombre al que ha pasado años intentando destruir.

—Siéntese —le digo, señalando la silla frente a mi escritorio. No es una oferta. Es una orden en mi propio territorio.

No se sienta. En su lugar, extiende las fotos sobre mi escritorio como si repartiera cartas de condena. Las fotos de vigilancia son exhaustivas. Yo entrando en el apartamento de Faith en múltiples ocasiones. Nosotros juntos en el centro comunitario. En el estreno de la película. Aquí, en mi casa.

—Este hombre te ha estado acosando, Faith. —Su voz tiembla con una furia apenas contenida.

Faith coge una foto, ella en la tumba de su madre, yo observando desde la distancia. La imagen es granulada pero inconfundible. Su dedo traza mi silueta con algo parecido al cariño.

—Lo sé —dice ella, sin más.

El juez se tambalea.

—¿Lo SABES?

Saca más pruebas. Polaroids en bolsas de pruebas —copias, debió de hacer que registraran su apartamento mientras ella no estaba—.

Informes policiales de hombres que desaparecieron tras interactuar con ella. Gráficos de correlación que vinculan sus últimos avistamientos con mis movimientos.

—Cinco hombres muertos, Faith. Cinco hombres que tuvieron la mala suerte de mirarte mal antes de desaparecer.

—Más que eso —corrijo, con voz de conversación—. Está contando los que puede demostrar. El número real es mayor. Más el complejo, por supuesto.

El rostro del juez pierde todo el color. Le tiembla la mano al volverse hacia Faith.

—¡Es un asesino! ¡Un psicópata! ¡El peor de los monstruos Rosetti!

Faith no se inmuta ante las acusaciones.

—Sí.

Esa única palabra lo golpea más fuerte de lo que lo habría hecho cualquier negación. Se apoya en el escritorio para no caerse.

—Entonces, ¿por qué? ¿Cómo?

—Es más de lo que puedes ver, papá —dice Faith en voz baja, la posesión en su voz haciendo que ambos la miremos—. Y, sea lo que sea, ahora es mío. Mi defensor. Mi ángel de la guarda. Mi monstruo.

La admisión queda suspendida en el aire como una confesión. El juez mira a su hija como si nunca la hubiera visto antes. Quizá no lo ha hecho. A la verdadera ella, no a la actuación de inocencia que ha llevado desde que murió su madre.

—¿Qué te ha hecho? —El susurro es quebrado, el de un padre que ve a su hija elegir la condenación.

—Me dio permiso para ser yo misma.

Las palabras aterrizan pesadamente entre nosotros. Lo Vigía al juez procesarlas, tratando de reconciliar a la hija profesora de escuela dominical con la mujer que se adueña de un asesino. La disonancia cognitiva hace que se tambalee.

—Vuelve a casa ahora —dice desesperado, jugando su última carta—. Te conseguiré ayuda. Terapia, protección, reubicación de testigos si es necesario. Podemos arreglar esto.

Intenta tomar la mano de Faith, pero ella retrocede, acercándose más a mí. El movimiento, deliberado como una cuchillada entre las costillas.

—¿Arreglar qué? ¿A mí? —Su voz se mantiene suave incluso mientras lo destruye—. Papá, no estoy rota. Por fin estoy completa.

—Te ha corrompido.

—Me corrompí cuando mamá murió. —La admisión lo deja helado—. He estado fingiendo desde entonces. Fingiendo ser buena mientras planeaba la violencia. Fingiendo creer en la ley mientras documentaba mi venganza. Fingiendo ser tu hija perfecta mientras soñaba con sangre.

Cada palabra corta más profundo. El juez nos mira, viendo por fin la verdad.

Se vuelve hacia mí, desesperado.

—Si tiene algo de decencia, déjela ir.

—No. —La palabra sale seca, definitiva. Lo mataría antes de dejarla marchar. Lavaría los platos con su sangre judicial antes de permitirle llevarse lo que es mío.

—Papá —la voz de Faith se vuelve suave pero firme—. Te quiero. Pero no me voy.

El rostro del juez pasa por un ciclo de emociones: rabia, dolor, desesperación y, finalmente, el principio de la derrota.

—Te destruirá.

—Quizá. —Toma mi mano, entrelazando nuestros dedos de nuevo —. O quizá destruyamos todo lo demás. Juntos.

Hace una pausa y luego asesta el golpe de gracia:

—Mamá lo entendería.

El juez se estremece.

—Tu madre estaría horrorizada.

—Mamá entendería a alguien dispuesto a quemar el mundo por mí. —Su voz se mantiene áspera pero firme a pesar de las lágrimas que sé que se están acumulando—. Ella habría hecho lo mismo por ti. Por eso Neumann la mató. Porque amaba con demasiada ferocidad para ser controlada.

El paralelismo da en el clavo. El juez lo ve: la hija de su esposa eligiendo el mismo amor feroz que provocó la muerte de su madre. Pero eligiéndolo con un guerrero capaz de protegerla.

—La investigación sobre los Rosetti —dice el juez lentamente, reconociendo la derrota—. Quieres que la abandone.

—Completamente —confirmo—. Toda la vigilancia termina. Ninguna interferencia de su oficina ni de ningún canal federal.

Su mandíbula se tensa.

—¿Y a cambio?

—Se queda con su hija en su vida —declaro sin más—. En los términos que ella elija.

Faith añade:

—Seguiré yendo a los desayunos de los domingos. Fingiré lo suficiente para guardar las apariencias.

La palabra «fingir» lo hiere visiblemente. El juez se da cuenta de que es la mejor oferta que va a recibir. La única manera de mantener alguna relación con su hija.

—Si te hace daño… —empieza él.

—Entonces yo se lo devolveré —interrumpe Faith—. Somos iguales, papá. Iguales en nuestra violencia.

El juez procesa esta nueva realidad. Su hija no es una víctima. Es una participante. Una compañera voluntaria en la oscuridad.

—Trent Neumann está desaparecido —dice de repente, tanteando.

La expresión de Faith no cambia.

—¿Ah, sí?

—Su equipo de seguridad también. Hace ya veinticuatro horas. —El juez la observa atentamente en busca de cualquier indicio.

—Chicago es peligroso —observo—. La gente desaparece. Especialmente la gente que estrangula a mujeres.

—Su mujer ha contratado investigadores privados —continúa el juez.

La sonrisa de Faith es fría como enero.

—Debería ahorrarse el dinero. Los hombres como Neumann siempre abandonan a sus familias al final.

El juez entiende. Neumann se ha ido. Permanentemente. Y su hija estuvo involucrada. Saberlo rompe algo en él. Sus hombros se hunden, envejeciéndole una década en minutos.

Recoge sus inútiles pruebas, cada foto un recordatorio de su fracaso en protegerla de mí. O quizá su fracaso en reconocer que ella no necesitaba protección. Necesitaba permiso.

En la puerta, se vuelve.

—Te he fallado.

Faith se acerca a él y le besa la mejilla suavemente. El gesto es tierno a pesar de todo.

—No, papá. Me has querido de la única forma que sabías. Pero yo necesito un tipo de amor diferente. —Me mira—. El tipo que viene con las manos manchadas de sangre.

El juez se encuentra con mis ojos por encima de la cabeza de su hija. En ellos veo no solo derrota, sino comprensión. Sabe lo que soy. Lo que haré para retenerla.

—Cuídala —dice finalmente.

—Con mi vida —respondo, y lo digo en serio—. O con la de todos los demás.

Se va entonces, con los hombros encorvados, sus pasos pesados por el peso de haber perdido a su hija por sus propias elecciones. Faith observa desde la ventana cómo su coche desaparece tras las verjas. Su mano encuentra la mía, apretando tan fuerte que sus palmas, aún en proceso de curación, deben de dolerle.

—Eso ha sido más duro que el sótano —dice en voz baja.

—Es un tipo de herida diferente —convengo.

Se vuelve hacia mí, con los ojos húmedos pero resueltos.

—Te he elegido. Completamente. Delante de él.

—Te has elegido a ti misma —la corrijo—. Solo que tengo la suerte de estar incluido.

Se ríe, una risa oscura y fracturada.

—Estamos muy jodidos.

La atraigo hacia mí, sintiendo su cuerpo amoldarse al mío como si hubiera sido diseñado para este espacio. La visita de su padre ha cortado su último lazo con el mundo normal. Ahora es mía, por completo. Sin vuelta atrás. Sin vías de escape. Solo nosotros y cualquier violencia que creemos juntos.

—La familia tiene que saberlo —le digo—. Que ahora eres permanente.

—Después —dice, sus manos ya trabajando en mi cinturón—. Ahora mismo, necesito que me folles hasta que olvide la expresión de su cara.

—Eso no es olvidar —observo, haciéndola retroceder contra mi escritorio, donde las fotos de su padre aún yacen esparcidas—. Eso es reemplazar un recuerdo por otro.

—Entonces dame un recuerdo mejor —me desafía.

Barro las fotos y las tiro al suelo, ya no me importan las pruebas. Su padre lo sabe. El mundo lo sabrá pronto. Faith Winters pertenece a Luca Rosetti. La chica buena ha muerto. Lo que queda es mío.

—Cada vez que lo veas ahora —le digo, subiéndole la falda, apartándole las bragas, encontrándola lista para mí—, recordarás

esto. Elegirme a mí por encima de él. Elegir que te follen en el mismo escritorio donde intentó salvarte.

—Bien —jadea mientras embisto dentro de ella sin previo aviso, su coño apretándose alrededor de mi polla de inmediato—. Quiero recordarlo.

La follo con más fuerza, el escritorio crujiendo bajo nuestra violencia. Esto no es hacer el amor. Esto es reclamar territorio. Marcar el momento en que dejó de ser la hija del juez Winters.

Sus uñas se clavan en mi espalda con tanta fuerza que mi sangre empapa mi camisa blanca. Mañana tendré que explicarle a mi familia por qué parece que he peleado con un gato montés. Bien. Que sepan que no es una víctima frágil.

—Eres mía —gruño contra su garganta, saboreando los moratones que Neumann le dejó—. Dilo.

—Tuya —jadea, con las piernas rodeando mi cintura—. Toda tuya. Cada parte oscura y terrible de mí.

Cuando se corre, es con un sollozo que podría ser de pena por el padre que ha perdido o de alivio por ser libre. Cuando la sigo, llenándola con mi semen, es como firmar un contrato con ADN. Permanente. Irreversible. Perfecto.

Permanecemos unidos, respirando con dificultad, las pruebas de su padre esparcidas bajo nosotros. Fuera, Chicago continúa con su violencia diaria, sin saber que Faith Winters acaba de morir y que algo más oscuro ha nacido.

—¿Te arrepientes de algo? —pregunto, aunque puedo sentir la respuesta en cómo su coño todavía palpita a mi alrededor.

—Nunca —dice, atrayéndome para un beso—. Estoy exactamente donde debo estar.

30 - Faith

Siento que la mansión es mi hogar de una forma en que la casa de mi padre nunca lo fue. Entro por la puerta principal sin llamar, porque la gente que vive aquí no llama. La gente que pertenece a este lugar lleva llaves junto a armas ocultas.

—Qué oportuna —dice Alex, repartiendo las cartas con la elegancia de un crupier de Las Vegas—. Necesitamos dinero fresco que robar.

El salón huele a colonia cara y a aceite para armas, esa combinación particular que he llegado a asociar con la seguridad.

—Vuelve a tocar mis cartas y barajarás con muñones —amenaza Sofia a Alex con un cuchillo de mantequilla lo bastante afilado como para que le importe.

Pongo el tiramisú de Maria en la mesa auxiliar antes de que nadie pueda interferir con la partida de cartas.

Maria entra apresuradamente desde la cocina y su rostro se ilumina cuando me ve. —¡Faithy! Te quedas a cenar, ¿sí? Te haré tu plato favorito, la piccata de pollo que te encanta.

Me abraza antes de que pueda responder y su delantal, manchado de harina, deja una huella blanca en mi vestido negro. Luca se tensa, pero yo le devuelvo el abrazo, aspirando el aroma a ajo y romero que se le ha impregnado.

—Estás demasiado delgada —me regaña, sujetándome a distancia —. Este —le da una palmada en el hombro a Luca— se olvida de alimentarte como es debido.

—La alimento de sobra —murmura Luca, con un tono que hace que se me acaloren las mejillas.

—Comida, Luca. Me refiero a comida. —Pero los ojos de Maria brillan con diversión cómplice mientras regresa a la cocina.

Me deslizo en la silla vacía junto a Luca. Su mano encuentra mi muslo al instante. La presión deliberada me humedece a pesar de que toda su familia está mirando. O tal vez por eso.

Aparta la vista de sus cartas, y esa satisfacción posesiva todavía arde fresca en sus pálidos ojos. Tres meses, y sigue mirándome como si fuera una presa que ha reclamado, pero que aún no ha terminado de devorar. El calor en su Mirada recorre mi cuerpo como manos, haciendo que mis pezones se endurezcan contra la blusa de seda.

Tres meses desde que vi morir a Neumann. Noventa y dos días aprendiendo a respirar sin culpa, despertando con las manos posesivas de Luca en lugar de con pesadillas, soportando los intentos semanales de mi padre por salvar lo que queda de su hija. El mascarpone y el asesinato se me han asentado en los huesos, cada capa un paso más lejos de quien solía ser.

—¿La receta de Maria? —pregunta Marco, mirando el tiramisú.

—Ha supervisado cada capa —digo.

—Entonces puede que sobrevivamos —bromea Alex sobre mi postre, esquivando el manotazo de Sofia—. No como tu primer intento de lasaña.

—Eso fue educativo —me defiendo, hiperconsciente del pulgar de Luca acariciando ahora la cara interna de mi muslo, lo suficientemente alto como para que me mueva en el asiento—. Además, no te mataría cocinar de vez en cuando, Alessandro.

—¿Qué? ¿Y dejar a la pobre Maria sin trabajo?

Resoplo.

—¿Recuerdas cuando Luca intentó cocinar? —pregunta Sofia de repente, sonriendo ante un recuerdo.

Luca entorna los ojos. —De eso no se habla.

—Oh, claro que se habla de eso —dice Alex, encantado—. Casi quema la cocina haciendo una tostada.

—La tostadora estaba defectuosa —se defiende Luca.

Dante hace una seña y Ana me traduce entre risas: —Dice que primero metió un bagel en el microondas y luego en la tostadora.

—Era un experimento.

—Fue un desastre —dice Sofia entre risitas—. La alarma de incendios sonó durante veinte minutos.

Incluso Marco está conteniendo una sonrisa. —Me llamaron para que saliera de una reunión por eso. Pensé que estaban atacando la casa.

Yo también me río, imaginando a Luca —el peligroso y preciso Luca— derrotado por un desayuno.

—En mi defensa —dice Luca, acercándome más a él—, tenía diecisiete años y apenas había dormido.

—Tú nunca duermes —señalo.

—Exacto. Por eso ahora cocina Maria. —Me da un beso en la sien —. Es mucho más seguro para todos.

Esa familiaridad casual, esa historia compartida, esas risas genuinas… me hacen un nudo en la garganta con algo que se parece peligrosamente a la pertenencia.

—¿Recordáis la noche en que Luca alquiló todo el Instituto de Arte? —pregunta Ana, repartiendo otra ronda de cartas.

Me sonrojo al recordarlo. Una visita privada fuera de horario, solo nosotros dos paseando por las galerías mientras él explicaba la química de los diferentes pigmentos como un profesor de arte psicópata.

—Puso muy nerviosos a los guardias de seguridad —admito.

—Tú le pusiste muy nervioso a él —corrige Sofia—. Se pasó tres horas al teléfono asegurándose de que cada centímetro de ese edificio era seguro antes de llevarte.

Esa preparación obsesiva debería parecer excesiva. En cambio, me hace sentir como si me atesoraran.

En el televisor sin volumen detrás de Marco, la viuda de Neumann hace otra súplica entre lágrimas pidiendo información sobre su marido desaparecido. La actuación de la mujer es impecable. Casi se cree su propio dolor.

—Dicen que el director general huyó a Sudamérica —comenta Marco, con esos ojos oscuros estudiando mi reacción a la noticia—. Se llevó millones de las cuentas de la empresa.

—Sudamérica —reflexiona Alex, barajando las cartas con destreza —. Una historia conveniente. Muy de telenovela.

—Mejor que la verdad —dice Marco con sequedad—. Que es que tenemos unos abogados excelentes.

La referencia casual a la actividad criminal me hace recordar el sótano. Mi mano tiembla ligeramente al coger mis cartas, y el agarre de Luca en mi muslo se intensifica. Él lo sabe. Siempre sabe cuándo afloran los recuerdos.

—La gente cree lo que necesita creer —digo, y la frase se desliza de mi lengua como la miel. Hace tres meses, esas palabras me habrían quemado. Ahora saben a verdad. O quizá me he vuelto adicta al sabor de las mentiras necesarias.

Nunca aparecerá un cuerpo. Los productos químicos que Luca usó se aseguraron de ello, los mismos que a veces todavía me queman las fosas nasales cuando visito su sótano. Pero Sudamérica es una historia conveniente.

—Concéntrate en no hacer trampas —le dice Sofia a Alex, con acero bajo su sonrisa.

La cómoda violencia de sus bromas me envuelve como una cachemira cara empapada en sangre. Esto es ahora el domingo. No fingir inocencia en la iglesia, no mentir durante el desayuno con Papá. Solo esto: una familia discutiendo sobre cartas mientras habla de asesinatos como si fuera el tiempo.

—Subo veinte —digo, empujando las fichas hacia delante. Mi cara de póquer, perfeccionada a lo largo de años de ocultar planes de venganza, me sirve bien en esta mesa.

—Va de farol —insiste Alex—. Nadie tiene tanta confianza con Marco repartiendo.

—Yo no voy de farol —dice Marco, pero la forma en que me mira sugiere que no solo habla de las cartas. Es otra prueba. Todo aquí lo es.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto a Ana en voz baja mientras los hombres discuten sobre el recuento de fichas.

Ella coloca mi mano sobre su vientre. —Constantemente hambrienta y ocasionalmente homicida. O sea, un embarazo normal.

Siento un aleteo bajo mi palma: el bebé se mueve. Algo en mi pecho se contrae con una emoción inesperada.

—Es increíble —susurro.

—Lo entenderás muy pronto —dice Ana con una sonrisa cómplice —. ¿La forma en que Luca te mira? Estarás embarazada en menos de un año.

El pensamiento debería hacerme huir. En cambio, se asienta cálido en mi estómago.

Vuelvo a prestar atención a la mesa justo cuando Nico muestra sus cartas.

—Hablando de confianza —dice Nico, sin retirarse de la mano—, la Bratva se está volviendo audaz. Están probando nuestro territorio en el centro otra vez.

La temperatura desciende en picado, como si alguien hubiera abierto un congelador. La expresión de Marco se endurece hasta

convertirse en piedra, el tipo de mirada que precede a un derramamiento de sangre.

—¿Cuántos? —Su voz podría cortar el cristal.

—Tres equipos hasta ahora. Haciendo preguntas en nuestros clubes sobre viejas deudas.

La mano de Sofia tiembla de repente, y las cartas se esparcen por el fieltro verde. La reina de corazones cae boca arriba como una acusación, y veo el pulso saltar en su garganta. Miedo real, del que viene de la experiencia, no de la imaginación.

—¿Bratva? —Su voz se quiebra, suena más joven—. ¿La Bratva rusa? ¿Aquí?

—Está controlado —dice Marco, pero sus ojos permanecen fijos en Sofia mientras ella se apresura a recoger sus cartas, sus uñas perfectamente cuidadas arañando el fieltro.

Dante hace señas bruscas, gestos violentos que no necesitan traducción. Ana traduce de todos modos, aunque yo soy la única presente que no ha aprendido a signar: —Dice que están probando los límites después de diez años de silencio.

—Diez años —repite Sofia, y huelo su miedo, agudo y metálico como la sangre en el agua—. Desde la masacre. Desde Mikhail.

Se detiene, llevándose la mano al pecho como si contuviera algo dentro. El nombre queda suspendido en el aire como una pistola cargada.

—Desde que aprendieron a no jodernos —termina Alex, pero su humor habitual cae en saco roto, y su mano se desliza hacia el arma que lleva oculta en la cadera.

Sofia se sobresalta, y luego sale disparada. —Con permiso.

Sus tacones resuenan demasiado rápido contra el mármol. La partida de póquer se suspende en un silencio cargado.

—Iré yo —digo, poniéndome ya de pie.

La mano de Luca se aprieta en mi muslo: advertencia, permiso y posesión, todo a la vez. Pero Sofia no debería estar sola con los demonios que representan los rusos.

La puerta del baño está entreabierta y, a través del resquicio, veo a Sofia aferrada al lavabo de mármol con la fuerza suficiente para romperlo. Su respiración es entrecortada, cada jadeo lucha contra un ataque de pánico que quiere arrastrarla al fondo. El terror que emana de ella llena la habitación como el humo.

—¿Sofia? —Entro, cerrando la puerta.

—No puedo respirar —logra decir, con los nudillos blancos—. Los rusos, si de verdad van a volver…

Abro el grifo, lleno un vaso de cristal con agua fría. —Bebe. A sorbos pequeños.

Coge el vaso con manos temblorosas, y me doy cuenta de que tiene sangre bajo una uña. Ha estado arañando algo. A sí misma, tal vez.

—Esa noche. La masacre. —Su voz se fractura como un hueso—. Todo el mundo cree que sabe lo que pasó.

—Los Moretti mataron a los Rosetti, y viceversa. Tu Papá quedó atrapado en el fuego cruzado —digo yo.

—Sí, pero siento que hay algo más. Algo… no sé. Pero siento que hay secretos que podrían destruirnos a todos si salieran a la luz.

La puerta se abre. Aparece Ana, con una mano en el vientre, donde crece la próxima generación de asesinos. —¿Todo bien?

—Bien —miente Sofia, volviendo a pintarse los labios como si fueran una armadura.

Volvemos juntas, tres mujeres que entienden que a veces el pasado llama a la puerta con las manos manchadas de sangre.

La partida de póquer se ha disuelto. Marco está de pie a la cabeza de la sala, con un vaso de cristal que atrapa la luz como un arma. Todos se centran en él con la atención reservada a un Don cuya palabra es ley.

—Antes de continuar —dice, su voz con la misma carga de ceremonia que de amenaza—, quiero hacer oficial algo.

Luca me pega a su costado, su brazo posesivo rodeando mi cintura. A través de su camisa, siento la pistola que lleva pegada a las costillas, el cuchillo enfundado en la cadera. Está preparado para la violencia incluso aquí.

—Faith —Marco se dirige a mí directamente—. Hace tres meses, entraste en nuestro mundo sin ser invitada.

Me enderezo, pero entonces lo veo: un ligero ablandamiento alrededor de sus ojos. No es exactamente una sonrisa, pero casi.

—Y te quedaste. No porque tuvieras que hacerlo. Sino porque lo elegiste. —Levanta su vaso—. Le diste a mi hermano algo que ninguno de nosotros pudo: una razón para ser más que un arma. Solo por eso, tienes mi respeto. Bienvenida a la familia, Faith. De verdad.

Esas sencillas palabras tienen peso. No de amenaza, sino de aceptación. Aceptación real.

—También hace un tiramisú excelente —añade Alex—. Lo que importa más de lo que la gente piensa.

La boca de Marco se tuerce. —No se equivoca.

—Corrompió a nuestro hermano más puro —interviene Alex, sonriendo a pesar de la tensión—. Lo hizo casi tolerable.

La mano de Luca se aprieta en mi cintura, un apretón posesivo que me hace apoyarme en él. —Cuidado, hermanito.

—Oye, no lo decía con mala intención —ríe Alex, levantando las manos en señal de falsa rendición.

Dante hace una seña elaborada y Ana traduce: —Dice que nos ves como somos de verdad, sin juzgarnos ni temernos. Eso te hace valiente o loca. Ambas cosas funcionan aquí.

—Por Faith —Marco levanta su vaso de nuevo—. Que tu lealtad sea tan permanente como tu oscuridad.

Bebemos, el whisky caro quema como una promesa sellada con alcohol y sangre. Luca me gira hacia él, aplastando su boca contra la mía con una posesión que hace que todo mi cuerpo responda. Su lengua reclama la mía mientras su mano se cierra en mi pelo, tirando lo justo para hacerme jadear. Saboreo el whisky y la violencia en sus labios.

—Buscaos una habitación —se queja Alex.

—Esta es mi habitación —gruñe Luca contra mi boca—. Toda esta casa es mi habitación.

—Nuestra habitación —lo corrijo, y siento su polla endurecerse contra mi cadera.

—Cuidado —murmura, lo suficientemente alto para que yo lo oiga —. Sigue hablando así y te follaré en esta mesa mientras ellos vigilan.

La promesa envía calor directamente a mi centro, haciéndome retorcer contra él.

Más tarde, mientras ayudo a recoger los platos mientras los demás debaten sobre disputas territoriales, me sorprendo tarareando, y luego me detengo. El sonido parece fuera de lugar aquí, demasiado inocente para una habitación donde planeamos asesinatos mientras tomamos el postre. Maria llama desde la cocina diciendo que la cena estará lista pronto, y me doy cuenta del hambre que tengo. De lo normal que se siente esto, a pesar de todo.

A través de las ventanas, las luces de la ciudad se extienden como dianas. En algún lugar entre ellas, la casa de mi padre está iluminada. Tenemos nuestros desayunos de domingo donde finjo ser alguien que ya no soy, donde escondo los moratones que Luca deja como cartas de amor en mi piel, donde reconecto con mi padre con tortitas y sirope.

—Estás feliz —observa Ana, uniéndose a mí en la ventana—. Eso es peligroso en esta vida.

—¿Por qué?

—La felicidad te ablanda. Te hace vulnerable. —Me estudia con ojos agudos—. La mayoría de las mujeres que se casan para entrar en este mundo pasan años luchando contra él. Tú entraste como si volvieras a casa en el infierno.

A casa en el infierno. Sí, eso es exactamente. No a pesar de la sangre en estas paredes, sino por ella. Esta familia ve mi oscuridad como un don, no como un defecto que deba ocultarse.

—Mi padre cree que Luca corrompió a su niñita —admito.

—¿Lo hizo?

Considero la pregunta, sintiendo los ojos de Luca sobre mí desde el otro lado de la habitación, siempre observando con esa paciencia de depredador. Mi coño se contrae solo con su atención.

—No. Además —añado, viendo a Luca empuñar un cuchillo mientras discute algo con Marco—, alguien tiene que mantenerlo lo suficientemente humano para que funcione. Es un trabajo a tiempo completo.

Ana se ríe, atrayendo a los demás. Pronto Sofia me está enseñando insultos en italiano mientras me explica cuáles se dicen mientras cortas a alguien y cuáles mientras le disparas. Marco finge no aprobarlo. Incluso Dante contribuye, sus señas animadas mientras Ana traduce historias de Luca antes de que yo llegara. Más salvaje, menos controlado, pura violencia sin propósito.

Dante se estira sobre la mesa y me hace una seña directamente a mí, lo suficientemente lenta como para que, incluso con mi limitado conocimiento del lenguaje de signos, lo entienda: —Le haces sonreír. Gracias.

La sinceridad en sus ojos oscuros me produce un dolor en el pecho. Le devuelvo la seña, torpemente pero intentándolo: —Familia.

Su expresión se suaviza por completo, y asiente una vez. La aprobación del hermano silencioso se siente como una bendición.

Esta es mi familia ahora. La que me eligió a pesar de, y a causa de, lo que soy capaz de hacer.

A través de todo, Luca observa con esos ojos pálidos que me han visto cubierta de sangre y suplicando por su polla a partes iguales. Cuando nuestras miradas se encuentran, articula una sola palabra sin sonido: «Siempre».

Sí. Sea lo que sea esto, peligroso, violento, absolutamente condenado, es mi hogar. El tipo de hogar que viene con sangre en el felpudo de bienvenida y cuerpos en el sótano. El tipo donde el amor significa que alguien matará por ti sin dudarlo.

El único tipo que quiero ya.

Que vengan los rusos. Que mi padre me juzgue. Que el mundo entero arda.

Luca se inclina, su boca cerca de mi oído. —¿Estás bien?

No es su habitual orden o exigencia. Una pregunta genuina. Preocupándose por mí.

—Mejor que bien —le digo con sinceridad—. Estoy en casa.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor, y por una vez, la posesividad se siente menos como una jaula y más como un refugio.

—Bien —susurra—. Porque nunca te irás.

—Lo sé. —Y lo digo en serio—. No quiero irme.

Estoy exactamente donde debo estar.

31 - Luca

Faith está arrodillada ante la tumba de su madre, colocando rosas amarillas. Hemos estado viniendo juntos, aunque no con regularidad. A veces semanalmente, cuando los fantasmas se vuelven ruidosos; a veces no durante un mes, cuando los vivos exigen demasiada atención. El olor a tierra y a rosas se mezcla con su perfume de jazmín, oprimiéndome el pecho con un sentimiento de posesión.

Mi cuerpo registra la amenaza antes que mi mente consciente: una respiración agitada detrás del monumento a unos seis metros al noreste, el sutil clic del obturador de una cámara cara. Alguien se cree muy listo, se cree invisible.

En tres segundos estoy detrás de él, mi mano se cierra alrededor de su garganta antes de que pueda bajar la cámara. El teleobjetivo cuelga de su correa mientras presiono al detective privado contra el árbol, la corteza áspera contra su chaqueta cara.

—Buenos días —digo en tono conversacional, aplicando la presión justa en su carótida para hacer que vea estrellitas—. Bonita cámara. ¿La Canon 5D?

Intenta hablar, pero estoy controlando su flujo de aire con demasiada precisión. La cámara se balancea entre nosotros y la atrapo con mi mano libre para revisar la pantalla. Cientos de fotos. Faith en la tumba, Faith entrando por las puertas, Faith y yo juntos. Semanas de vigilancia, a juzgar por las marcas de tiempo.

—Luca, ¿estás siendo dramático otra vez? —pregunta Faith sin levantar la vista de las flores—. Puedo oírte amenazar a alguien desde aquí.

—Un detective privado —le informo—. Te ha estado fotografiando.

—Ah, bien —dice, sin dejar de arreglar las rosas—. Estaba preocupada de que fuera algo serio. Buenos días, mamá. He traído a Luca otra vez. Está siendo sobreprotector.

Esa indiferencia casual hacia la violencia, la forma en que le habla a su madre muerta sobre mi evaluación de amenazas actual como si hablara del tiempo. Por esto es perfecta.

—¿Quién te contrató? —pregunto, revisando sus fotos sin dejar de presionar.

El detective privado intenta apelar a la ética profesional. —No puedo… revelar… clientes…

—Mi padre —dice Faith, poniéndose al fin de pie y acercándose—. ¿Verdad? Déjame adivinar. Preocupado por su niñita después de que eligiera al villano en lugar de los desayunos de los domingos.

Los ojos del detective se abren como platos al verla acercarse. Una rubia guapa con un vestido de verano, con aspecto de salvación. No entiende que ella es solo otra depredadora.

—Señora, este hombre es…

—Mi prometido —termina ella alegremente.

Coge la cámara y revisa las imágenes con un interés clínico. —Vaya, esta en realidad favorece. Mira, Luca. Le has pillado su lado bueno mientras mataba a… ¿es ese el camello de Morrison?

Echo un vistazo a la foto. Yo, en medio de la violencia, la hoja de mi cuchillo reflejando la luz de una farola.

—El martes —confirmo—. Fuera del almacén.

Le enseña la foto al detective. Se le va todo el color de la cara.

—Deberías borrar eso —le digo—. Por tu salud.

—Estás poniendo tu voz de miedo —me dice con cariño—. Es muy dramático, pero solo es un empleado.

—Violó tu privacidad —señalo.

Ella se ríe y me besa en la mejilla mientras sigo inmovilizando al detective. —Mi psicópata protector. ¿Qué haría yo sin ti?

—Probablemente matar gente con menos eficiencia —respondo con seriedad.

Puede bromear conmigo mientras sostengo la vida de un hombre en mis manos, me llama «psicópata» como una muestra de afecto cuando cualquier otra persona moriría por el insulto. Su privilegio único.

Destruyo sistemáticamente su equipo de vigilancia. Las tarjetas de memoria, aplastadas hasta hacerlas polvo; el teléfono, destrozado. —Tu jefe recibirá un mensaje. Faith Winters está bajo la protección de los Rosetti. Protección permanente.

—Desolló al último detective privado —añade Faith alegremente —. Bueno, en parte. Empezó por los dedos. ¿Sabía usted que cada uno hace un sonido diferente al separarse? Lo interrumpí antes de que llegara a las muñecas.

El hombre palidece y nos mira alternativamente como si tratara de decidir cuál de los dos es peor.

Lo suelto por completo. —Dile al juez Winters que su hija está exactamente donde quiere estar.

Sale corriendo, abandonando su equipo destrozado. Faith lo observa con satisfacción.

—Te has ablandado —observa—. El viejo Luca habría roto algo.

—Eres una terrible influencia. —Pero tiene razón. Ya no torturo por infracciones menores, solo por amenazas reales. Ella me ha dado un propósito más allá de la violencia vacía.

Nos sentamos junto a la lápida de su madre, el sol de la mañana calienta el granito. Estudio a Faith bajo la luz dorada.

—Me equivoqué contigo —admito.

—¿Cómo que te equivocaste?

—Al principio, pensé que me atraía tu inocencia. La chica de la iglesia que cantaba canciones para niños. —Le toco la cara, mi pulgar traza su pómulo—. Pero no era eso. Era la oscuridad que había debajo. Pude verla ese primer día. Cómo te mantenías apartada, observando a todos como si evaluaras amenazas.

—Viste a través de mi actuación.

—Y tú viste a través de la mía. El numerito del hermano psicópata.

—Ah, no —me corrige—. Definitivamente eres un psicópata. Solo que no eres *solo* un psicópata.

Ambas cosas son ciertas. Soy el psicópata que encontró un propósito. Ella es la asesina que encontró el permiso.

Llevo la mano al cuello de mi camisa, ajustándolo. Ella vislumbra lo que hay debajo: el chupetón morado que me dejó anoche cuando me hizo correr solo con su boca y sus dientes.

—¿Te duele? —pregunta inocentemente.

—Cada vez que me muevo. —Me inclino hacia ella—. Quiero más.

Ella se ríe. —Cuando quieras.

Una suave brisa juega con su pelo, envolviendo su rostro perfecto con mechones rubios. Podría quedarme aquí para siempre, viendo cómo el mechón de pelo le hace cosquillas en sus labios carnosos.

—Marco cree que deberíamos casarnos —digo.

Faith se queda quieta. —¿Porque estoy embarazada?

Esas palabras lo detienen todo. Me vuelvo para mirarla fijamente, procesando. Embarazada. Los datos se reorganizan en mi mente al instante. Docenas de pequeños cambios que había notado pero no conectado. La forma en que se ha estado apartando cuando Dante enciende un cigarrillo, algo que nunca antes le había molestado. Cómo se tensó cuando Maria mencionó el olor a café ayer. Sus pechos más llenos, más sensibles cuando los toco. Todas las pruebas estaban ahí. Lo vi todo, lo archivé, pero no hice la conexión porque estaba demasiado borracho de tenerla por fin como para analizarlo correctamente.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Tres días.

Tres días. Mientras yo documentaba cada aliento, cada movimiento, ella me ocultaba esto. No por engaño, sino por mi propia ceguera. Demasiado concentrado en las amenazas externas para ver el cambio que ocurría dentro de ella.

—¿Y no me lo dijiste? —Las palabras queman. No por ira hacia ella, sino hacia mí mismo por haberme perdido algo tan crucial.

—Quería decidir primero. Si podría criar a un niño en la sangre.

Mi mano se extiende sobre su vientre todavía plano, buscando cambios demasiado sutiles para detectarlos aún, pero sabiendo que están ahí. Posesivo y gentil a la vez. —Nuestro hijo. Criado en la verdad, no en la actuación.

Un hijo. La palabra lo reorganiza todo en mi mente como una ecuación química que encuentra el equilibrio. Nosotros, que nos ocupamos de los finales, creando un principio. Nuestros enemigos verán esto como una debilidad, una palanca. Mis manos tendrán que mancharse de mucha más sangre para mantener a este niño a salvo.

—Pequeño psicópata júnior —bromea.

—O actriz perfecta —replico.

Se vuelve hacia la lápida. —Mamá, estoy embarazada. Del bebé de un asesino en serie. Vivo en una mansión de la mafia. Ayudo a planear asesinatos. Y soy feliz. Realmente feliz. —El viento se mueve entre los árboles del cementerio—. Creo que lo entenderías. Tú luchaste hasta la muerte en lugar de someterte. Yo luché para llegar a *él*. Batallas diferentes, misma guerra.

Añado mi propio juramento: —La protegeré como tú lo habrías hecho. Excepto que yo sí tendré éxito.

No es una crítica, solo un hecho. Tengo recursos que Jenna Winters no tenía.

—No somos buenas personas —dice Faith—. Nunca lo seremos. Nuestro hijo crecerá conociendo la violencia como una canción de cuna.

—Bien. Mejor un pecador honesto que un santo mentiroso.

Me pone de pie tirando de mí. —Prométeme algo. Cuando yo ya no esté, sea como sea que ocurra, trae a nuestro hijo aquí. Cuéntale la verdad. Toda.

Lo prometo, aunque planeo morir primero o juntos. No puedo concebir un mundo en el que ella se haya ido y yo permanezca.

Volvemos a caminar por el cementerio, con las manos entrelazadas, mi pulgar frota círculos sobre su pulso. Otros dolientes que llegan se apartan instintivamente. Una abuela apresura a sus nietos para que pasen, un reconocimiento primario la hace aferrarse a ellos con más fuerza.

En el coche, Faith pone los pies en el salpicadero. Sabe que antes lo odiaba, y que ahora me parece adorable. Guía mi mano entre sus piernas, ya húmeda a través de la ropa interior.

—La violencia hace que te necesite —admite, ya sin vergüenza.

La toco con los dedos mientras conduzco, haciéndola correrse justo cuando pasamos por delante del juzgado de su padre; sus gritos de placer son una declaración de lo que ha elegido por encima de la versión de justicia de él. Sabe a victoria cuando me lamo los dedos en el semáforo en rojo.

—Llévame a casa —dice.

—¿A cuál?

Guía mi mano de nuevo entre sus piernas, todavía empapada por su orgasmo, su coño se contrae sobre la nada. —Donde puedas follarme más duro. El bebé me hace necesitarlo más fuerte.

Mi verga se endurece al instante, presionando dolorosamente contra mi cremallera. Nueve meses más de ella embarazada e insaciable. Nueve meses de su cuerpo cambiando, hinchándose con mi hijo mientras su hambre de violencia y de verga solo se intensifica.

—¿El sótano? —sugiero, sabiendo ya su respuesta.

—Sí —confirma, sus dedos trabajando en mi cinturón mientras conduzco—. Quiero celebrar a nuestro hijo donde celebramos nuestra venganza.

Me baja la cremallera con cuidado y su mano envuelve mi verga, acariciándola con esa presión perfecta que me hace desviarme ligeramente. —Faith…

—He estado lista para ti desde que amenazaste a ese detective —confiesa, su pulgar rodeando la cabeza de mi verga, esparciendo el líquido preseminal—. La forma en que te ves cuando estás a punto de hacerle daño a alguien por mí… Dios, Luca, me hace necesitarte dentro de mí.

Piso el acelerador con más fuerza. La mansión está a ocho minutos. Ocho minutos antes de que pueda ponerla sobre la misma mesa donde Neumann se desangró, follarla hasta que grite lo suficientemente fuerte como para despertar a los fantasmas que hemos creado.

—¿Sabes lo que hacen las hormonas del embarazo? —pregunta, todavía acariciándome con una lentitud enloquecedora—. Hacen que todo sea más sensible. Cada caricia, cada orgasmo. Y la violencia… —Gime, su mano libre se desliza bajo su vestido—. Verte trabajar me pone tan jodidamente cachonda ahora, que tuve que cambiarme la ropa interior dos veces durante tu interrogatorio de la semana pasada.

Mi verga palpita en su mano. La idea de ella observándome torturar a alguien mientras gotea de necesidad, llevando a mi hijo mientras anhela más violencia. Es todo lo que nunca supe que quería.

—El mundo no sabe —continúa, soltando mi verga solo para apartar su ropa interior empapada, mostrándome lo mojada que está — lo que estamos creando. En lo que nos estamos convirtiendo.

Quiero más de ella. Nueve meses no son suficientes para follarla de todas las formas posibles mientras está hinchada por mi hijo. Esta hambre entre nosotros solo se hará más fuerte, más oscura, hasta que consumamos todo lo que nos rodea.

Y no puedo jodidamente esperar.

32 - Epílogo: Marco

De pie en mi despacho, con vistas al perfil de Chicago, leo informes de inteligencia que me hacen apretar la mandíbula.

Valentina Bernardi se va a casar.

Esa principessa malcriada que me tiró una copa de vino a la cara en una negociación de paz caminará hacia el altar en seis semanas; no hacia un primo Bernardi o un socio de una familia aliada, lo cual sería aceptable, incluso esperado, sino hacia el puto Liam O'Brien, heredero de las operaciones de la mafia irlandesa en Chicago.

—Inteligente —murmuro, dejando el informe a un lado. El viejo Bernardi por fin ha encontrado una forma de evitar el control férreo que los Rosetti ejercemos sobre Chicago. Una alianza irlandesa-italiana controlaría los muelles, la mitad de los sindicatos y tendría suficiente influencia política para desafiar mi autoridad.

Mi teléfono vibra. Llega una foto de mi red de inteligencia: Valentina con su vestido de novia en una prueba. Seda y encaje color crema que la hacen parecer inocente, cuando sé que es todo lo contrario. Veintitrés años frente a mis treinta y cinco, puro fuego y desafío envueltos en ropa de diseñador.

La última vez que hablamos, me llamó «reliquia fosilizada de tradiciones anticuadas» cuando rechacé la reestructuración territorial que proponía su familia. De eso hace dos años. Aún puedo ver el brillo de sus ojos oscuros, la forma en que sus manos gesticulaban enérgicamente cada vez que se apasionaba.

Unos golpes en la puerta me sacan de mi ensimismamiento. Luca entra sin esperar, es uno de los pocos que puede hacerlo.

—Faith está embarazada —anuncia, con cara de pánico.

Lo estudio. Han pasado tres meses desde que encontró la horma de su zapato en la hija del juez. La familia todavía se está acostumbrando a que Luca tenga emociones genuinas más allá de la ira asesina.

—Felicidades. ¿Se lo has dicho a los demás?

—Sofia lo sabe. Le está enseñando a Faith a disparar mientras todavía puede moverse bien —hace una pausa—. Hay algo más. Los irlandeses están haciendo movimientos en los muelles. He oído que tienen el respaldo de los Bernardi.

—Estoy al tanto —me vuelvo hacia la foto de Valentina; con la barbilla levantada incluso durante la prueba de un vestido, como si desafiara al mundo—. La boda es en seis semanas.

Luca se inclina para ver la imagen.

—¿La princesa Bernardi? ¿Se casa con un irlandés?

—Lo intenta.

Él enarca las cejas.

—¿Que lo intenta?

Guardo silencio, calculando. Esa alianza no puede permitirse. Chicago ha sido territorio de los Rosetti durante tres generaciones. Más que eso, la idea de Valentina en la cama de otro hombre, teniendo bebés irlandeses, construyendo un imperio con O'Brien…

—Recuerdas —digo lentamente—, ¿la solución del bisabuelo para el problema Greco?

Luca abre los ojos de par en par. En 1952, Giuseppe Rosetti impidió una alianza no deseada secuestrando a la novia de su propia boda y casándose con ella; la mantuvo a su lado hasta que el síndrome de Estocolmo hizo efecto, hasta que le dio tres hijos, hasta que su familia original no la quiso de vuelta aunque ella hubiera querido irse.

—Eso fue hace setenta años —señala Luca—. Eran otros tiempos.

—Mismas soluciones —cojo el teléfono y escribo un mensaje a mi equipo de seguridad—. Necesito la iglesia bajo vigilancia. Todas las salidas mapeadas. También el lugar de la recepción, por si me pierdo la ceremonia.

—¿Vas a llevártela? ¿De su propia boda?

—¿Tú habrías dejado que Faith se casara con otro hombre? —pregunto, conociendo su respuesta. Aunque esto es diferente. Puramente negocios.

Se queda en silencio y luego dice:

—Luchará contra ti. La princesa Bernardi no es una virgen temblorosa de los años cincuenta. Conoce nuestro mundo.

—Bien. Prefiero que mis enemigos entiendan exactamente lo que les está pasando —recuerdo cómo me tiró aquel vino, la sonrisa de satisfacción al ver cómo manchaba mi traje de Armani—. Además,

las vírgenes están sobrevaloradas. Prefiero a alguien que lo haga interesante.

—Esto significará la guerra con los Bernardi y los irlandeses.

—Entonces, guerra será —mi voz transmite la serena certeza que me convirtió en Don a los veinticinco años—. Pero no habrá alianza. Y Valentina Bernardi será Valentina Rosetti antes de que tenga tiempo de procesar lo que ha pasado.

Luca me estudia con renovado interés.

—Nunca te había visto querer algo a nivel personal. Siempre ha sido por la familia, por los negocios.

Mi expresión no cambia, pero algo parpadea en mis ojos oscuros.

—La familia necesita impedir esta alianza.

—No lo haces por eso.

—Sí —digo con el tono que sé que pondrá fin a esa línea de preguntas—. Lo es.

Miro la foto de nuevo. Seis semanas para planificar. Seis semanas hasta que entre en esa iglesia y tome lo que debería haber sido mío hace dos años, cuando estaba de pie en mi despacho con aquel vestido rojo, discutiendo apasionadamente sobre derechos territoriales mientras yo imaginaba cómo la inclinaba sobre mi escritorio.

La dejé marchar entonces. La dejé pensar que había ganado.

Pero soy paciente. He sido paciente durante diez años construyendo este imperio. Puedo ser paciente durante seis semanas más.

—¿Me ayudarás? —le pregunto a Luca.

—Siempre —su lealtad es absoluta—. ¿Qué necesitas?

—Todo. Planos del edificio, detalles de seguridad, su agenda para las próximas seis semanas. Y... —hago una pausa—. Un juez que oficie un matrimonio con un consentimiento cuestionable. El padre Molina no lo hará.

—Conozco a alguien —dice Luca, porque, por supuesto, lo conoce. Su red de contactos eclesiásticos de moral laxa se ha expandido desde Faith—. ¿Cuándo quieres decírselo a los demás?

—Después de que esté hecho. Menos posibilidades de filtraciones.

Luca se dirige a la puerta y luego se detiene.

—De verdad que podría matarte, ¿sabes? La princesa Bernardi. Su padre la entrenó como a un hijo.

Sonrío, con una sonrisa afilada como una cuchilla.

—Puede intentarlo.

Después de que Luca se vaya, me quedo junto a la ventana, observando las luces de la ciudad. En algún lugar ahí fuera, Valentina Bernardi probablemente está planeando su boda, eligiendo flores, probando tartas. Haciendo el papel de novia sonrojada para un hombre al que no ama, por una alianza que fortalecerá a su familia.

En seis semanas, vestirá de encaje blanco, caminando hacia el altar.

Simplemente no llegará a él. No al irlandés, de todos modos.

Mi teléfono vibra con otra foto: Valentina saliendo de la tienda de vestidos, riéndose de algo que le ha dicho su prima. Joven, hermosa, completamente inconsciente de que su destino acaba de decidirse en mi despacho, muy por encima de Chicago.

—Seis semanas, principessa —le murmuro a su imagen—. Disfruta de tu libertad mientras dure.

He tomado mi decisión.

Ahora es solo cuestión de ejecución.

¡Mil gracias por leer la historia de Luca y Faith! Siempre supe que darle un romance a un acosador de verdad era moralmente dudoso… pero maldita sea, qué delicia fue escribirlo. Él observa. Él obsesiona. Él mata por ella. Faith Winters nunca tuvo una oportunidad.

Próximamente en la serie Rosetti Family: **Marco Rosetti**. El nuevo Don de Chicago. Frío como el acero. Cero paciencia para el cortejo. Así que cuando ve a la novia que quiere parada en el altar con otro hombre… no se opone. Se la lleva. Si te gustan los matrimonios forzados, las bodas arruinadas y los hombres peligrosos que siempre consiguen lo que quieren… te vas a enamorar de Marco.

Si este libro te dejó la cabeza hecha un lío delicioso, ¡déjame una reseña! Ayuda a otros lectores a encontrar a su próximo villano sexy favorito—y me mantiene abastecida de café para seguir escribiéndolos.